DOSTOYEVSKI (2)

HENRI TROYAT



BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS



DOSTOYEVSKI

(Volumen segundo)

BIBLIOTECA SALVAT DE
GRANDES BIOGRAFIAS

DOSTOYEVSKI

(Volumen segundo)

HENRI TROYAT

SALVAT

Versión de la obra original francesa: *Dostoïevski*, publicada por Arthème Fayard, París.

Traducción del francés a cargo de Irene Andresco, cedida por Ediciones Destino.

Las ilustraciones cuya fuente no se indica proceden del Archivo Salvat.

ISBN: 84-345-8145-0 (obra completa).
ISBN: 84-345-8175-2.
Depósito legal: NA-131-1985(2)
Publicado por Salvat Editores, S.A., Mallorca 41-49 - Barcelona.
Impreso por Gráficas Estella. Estella (Navarra), 1985.
Printed in Spain

Indice

Tercera parte



9. El regreso

Un mundo nuevo acoge a Dostoyevski a su llegada a San Petersburgo. La Rusia de Alejandro II tiene muy poco que ver con la Rusia de Nicolás I. El emperador ha declarado a los representantes de la nobleza moscovita que más vale abordar desde arriba la supresión de la servidumbre, que esperar a que empiece a disolverse por sí misma desde abajo. En 1860, la manumisión de los siervos ya sólo es cuestión de meses. Un *Comité Central,* bajo la presidencia del soberano, estudia las modalidades de una liberación sin primas de rescate a los señores, y con la posibilidad para los campesinos de adquirir en propiedad absoluta las tierras que han cultivado.

También se estudian otras grandes reformas liberales. La prensa vuelve a tener una independencia relativa. Se relaja la censura. Se vituperan los castigos corporales. Se habla de dar carácter totalmente público a las sesiones de los tribunales.

Estas apresuradas reformas, después de siglos de inmovilidad social, enardecían a la opinión pública. La nobleza, despojada de sus privilegios, era, a todas luces, hostil a las iniciativas gubernamentales. Pero los medios progresistas no apoyaban más que aquélla la valerosa labor de Alejandro II. Esta inesperada realización de su propio programa sólo los satisfacía a medias. La política del cuentagotas avivaba su impaciencia.

Habiendo despertado la sed del progreso humanitario, el emperador no podía aplacarla sin renunciar a sus propias prerrogativas. Cada mes, las reivindicaciones de los radicales sobrepasaban las intenciones del poder central. Puesto que tocaban al viejo edificio de los zares, tanto daba destruirlo de golpe.

Cada cual se creía llamado a discutir y a resolver los asuntos de política interior. Y todos necesitaban informes rápidos y fidedignos. Ya no había tiempo de pensar. Se tragaban «crudas» las noticias del día. Se ponían al corriente de la misma manera que se sacia un hambriento...

En este clima caldeado, la prensa desempeñaba un papel destacado. Ya no era sólo un medio de distracción, sino de información. Periódicos progresistas —*El Contemporáneo, La Palabra Rusa* y, en Londres, la hoja de Herzen, *La Campana*— denunciaban los abusos del antiguo régimen y pedían un cambio político integral. Por eso, lejos de apa-

◀ *Una imagen de Fiodor Dostoyevski en la época de su retorno a San Petersburgo, cuando contaba treinta y nueve años.*

ciguar los resentimientos de la opinión pública contra la monarquía y la Iglesia, las concesiones de Alejandro II no hacían sino exasperarlos y animarlos.

En este mundo conmovido es donde cae repentinamente Dostoyevski, con su amor por el zar y por Rusia. Llega de otra época, de otra tierra. Saluda con alegría las últimas medidas sociales. Tiene confianza en el porvenir de su país. Sonríe y se da cuenta de que sólo él sonríe. Entonces es cuando se arroja, resueltamente, en el tumulto.

Frente a sus contemporáneos, vuelve a encontrar su actitud de los años 40. No, el presidio no le ha cambiado. No es conservador. Es conservador-ruso. No es liberal. Es liberal-ruso. Este «conservadurismo-liberal-ruso» supone una serie de reformas, no copiadas de las de Occidente sino sacadas del antiguo fondo histórico ruso.

El pueblo eslavo posee una originalidad arraigada que interesa preservar cuidadosamente. Los eslavófilos reaccionarios son más moscovitas que rusos. Los liberales progresistas son más europeos que rusos. Entre estas dos posiciones extremas, una intermedia es la única buena. Y Dostoyevski quiere situarse en ella.

Sin embargo, no le comprenden, no quieren comprenderle. Para los estudiantes, Dostoyevski es el antiguo presidiario, el mártir de la libertad. Más adelante, cuando le pidan que lea en veladas literarias algunos pasajes de *Recuerdos de la casa de los muertos,* no es al escritor al que aplaudirán, sino al partidario. La fama que le crean se basa sobre un malentendido. Dostoyevski no es de los suyos. Y sufre porque le quieren por unas ideas que no ha tenido nunca, por un ideal que nunca ha defendido.

A Strajov llegará a decirle cuánto le repugnaba leer en voz alta ciertos pasajes de *Recuerdos de la casa de los muertos*: «...¡Como si me estuviera quejando siempre al público! ¡Como si me quejara siempre!... ¡Eso no está bien!...»

Esta situación falsa es insoportable. Se imponía dejar las cosas en su punto. Dostoyevski y su hermano Mijaíl decidieron fundar un periódico.

En realidad, la idea del periódico se remonta a 1858, y su programa de acción fue aprobado por la censura el 31 de octubre de aquel año. Pero sólo en 1860-61 es cuando, bajo el empuje de imperiosas necesidades morales, los hermanos Dostoyevski volvieron a pensar en su proyecto y lo realizaron. El periódico, o más bien la revista mensual, se titula *Vremia (El Tiempo).*

El director titular es Mijaíl Dostoyevski; está encargado de todos los asuntos administrativos y económicos. Fiodor Dostoyevski se ocupa de la dirección artística, literaria y política del nuevo órgano. Es él quien redacta el manifiesto de presentación, que es una clara defensa del liberalismo ruso: «Hemos comprendido por fin que también nosotros somos una nación bien determinada, original hasta el más alto grado, y que nuestro deber es crearnos una nueva forma de vida, nuestra forma de vida especial, nuestra propia forma de vida, sacada de nuestro suelo, de nuestra alma y de nuestras tradiciones populares.»

Y en el número 1 de la revista, aparecida en enero de 1861, el redactor precisa que la revista no puede asimilarse ni con las de los occidentales ni con las de los eslavófilos: «El público ha comprendido que con los occidentales nos empeñábamos en ponernos un disfraz que no nos iba y que se nos rasgaba por todas partes; y que con los eslavófilos concebíamos el poético sueño de resucitar a Rusia siguiendo el concepto ideal de las costumbres pasadas...» Gracias a esta valiente aclaración, *El Tiempo* está exactamente colocada entre dos fuegos. Los eslavófilos y los occidentales se ponen de acuerdo para atacarla.

Sin embargo, afluyen los lectores y se aumenta la tirada, siguiendo un ritmo respetable. Dostoyevski consigue la colaboración de Turgueniev, Ostrovski, Nekrasov, del crítico Apolon Grigoriev y del joven filósofo Strajov. Para atraer al público, Fiodor Mijailovich no duda en publicar *Los crímenes de Lacenaire* y pasajes de las *Memorias de Casanova.* Dostoyevski realiza una labor considerable. Escribe relatos fantásticos, artículos de crítica, encarga folletines, los corrige, compone su página afanosamente...

Trabaja casi exclusivamente de noche. Hacia las once, en el silencio de la casa, se instala ante un *samovar,* abre sus heladas hojas de papel y se pone a escribir, tomando té frío y tan concentrado como jugo de regaliz. A las cinco se acuesta y duerme hasta las dos de la tarde.

Pero este régimen está por encima de sus fuerzas. Tres meses después de la publicación del primer número de *El Tiempo,* cae enfermo. Desde luego se repone pronto. Pero sus ataques epilépticos son cada vez más frecuentes. Uno o dos por semana. Dostoyevski presiente vagamente la proximidad de los ataques. Todas sus dudas, todas sus agitaciones se reabsorben en una impresión de alianza superior. Está tranquilo, libre de cualquier preocupación, preparado para las alegrías fulgurantes del más allá. «Pero estos momentos radiantes —escribe en *El idiota*— sólo eran el preludio del segundo final, aquel al que sucedía inmediatamente el ataque. Esta segunda fase era, sin duda, indescriptible... Qué importa que sea una enfermedad si en ese minuto tengo una sensación, inaudita e insospechada hasta entonces, de plenitud, medida, apaciguamiento y fusión con el arranque de una oración, con la más elevada síntesis de la vida...» «Durante algunos momentos —decía Fiodor Mijailovich a sus amigos— conozco una felicidad imposible de concebir en estado normal, y que los demás no se imaginan siquiera. Experimento una armonía completa entre el mundo y yo, y esta sensación es tan fuerte, tan suave, que por algunos minutos de este gozo se podrían dar diez años, y quizá incluso toda la vida.»

Cuando Fiodor Mijailovich llegaba al extremo de este éxtasis místico, el espasmo le sacudía, caía al suelo aullando y babeando. Strajov, que había asistido a un ataque de Dostoyevski, nos lo describe así: «Se detuvo un momento, como si buscara una palabra para expresar un pensamiento. Tenía la boca abierta. Le miré con gran atención: estaba seguro de que pronunciaría palabras extraordinarias. De repente, salió de sus labios entreabiertos un sonido extraño, prolongado, absurdo, y cayó sin conocimiento en medio de la habitación.»

A veces se hería al caerse. Su rostro estaba señalado de placas coloradas. Cuando volvía en sí, tenía los músculos cansados por los calambres y la cabeza vacía. Tenía la impresión, según su propio relato, de ser culpable de algún crimen terrible y de que nada en el mundo podría redimirle de su culpa. ¿Era la muerte de su padre, o la del borracho Isaiev, la que le torturaba así? Esta sed de castigo ha dominado toda la vida íntima de Dostoyevski.

Después de sus ataques, no era raro que Fiodor Mijailovich perdiera la memoria durante algunos días. Estaba de mal humor. Escribía con dificultad. En su cuaderno de notas, durante los años 1862-63, se encuentran las siguientes indicaciones de un espantoso laconismo:

«Ataques epilépticos:

»1 de abril — violento,

»1 de agosto — débil,

»7 de noviembre — mediano,

»7 de enero — violento,

»2 de marzo — mediano.»

En estas deplorables condiciones escribió Dostoyevski su primera gran novela después del presidio, *Humillados y ofendidos,* y terminó los *Recuerdos de la casa de los muertos.*

La publicación de *Humillados y ofendidos* empezó en enero de 1861, en el primer número de *El Tiempo.* Este libro es una curiosa mezcla de artificios novelescos al estilo de Eugène Sue y de observaciones personales. Es una confesión disimulada y, a la vez, una novela folletinesca social.

Ivan Pietrovich (Vania) está enamorado de Natacha Ijmieniev. Ella quiere a Aliocha, el hijo del príncipe Valkorski, pero un desagradable proceso separa a las dos familias. No importa: Natacha se decide a abandonar el domicilio paterno y a «vivir su vida» con el joven e inconstante Aliocha. Hasta aquí, la novela se desarrolla según el lamentable estilo de las sentimentales novelitas para periódicos de modas. Pero basta que Dostoyevski toque un tema para que se nos haga atrayente, de pronto, como una confesión que se le arranca. Vania, el desdichado enamorado de Natacha, es un joven escritor cuyo primer libro tiene un gran éxito de venta. Y este primer libro se parece, hasta confundirnos, a *Pobres gentes.*

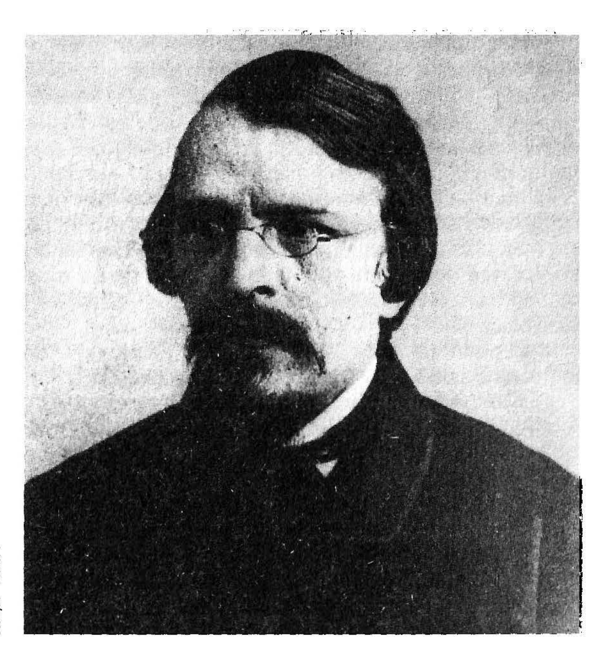
«Puse en escena a un modesto funcionario, un desdichado, incluso un poco tonto...», declara Vania en *Humillados y ofendidos.* (¿No es éste el retrato de Makar Dievuchkin de *Pobres gentes*?)

«¿Por qué este joven ha muerto tuberculoso?, pregunta la pequeña Nelly.» (¿No se trata del estudiante Pokrovski, de *Pobres gentes*?)

Por fin, el manuscrito de Vania cae en manos del «crítico B.», que ha «disfrutado con él como un niño», lo mismo que antaño disfrutó Bielinski con la lectura de *Pobres gentes.* El parecido entre Vania y Dostoyevski se nota desde las primeras páginas del libro.

Pero hay más. Vania, al enterarse de la pasión de Natacha por Aliocha, ayuda a su bienamada a huir con el joven príncipe y se encarga de proteger su unión. Llevará noticias de Natacha a sus padres. Ayudará

Mijaíl Mijailovich Dostoyevski.



Roger Viollet

a la joven pareja en todas las circunstancias difíciles. Será un benévolo ángel de la guarda. Esta benevolencia del pretendiente derrotado por su rival recuerda singularmente la actitud de Fiodor Mijailovich hacia María Dimitrievna y el maestro Viergunov.

«Confieso que todos estos señores, que llevan su grandeza de alma al extremo de abrazar al amante de su novia y de ser su recadero, no me gustan en absoluto. O no han amado, o sólo han amado con la cabeza, y solamente han podido inventarlos escritores más familiarizados con el amor cerebral que con el corazón...» Esta es la opinión del severo crítico Dobroliubov sobre la *complacencia* de Vania. Este episodio le parece una invención puramente literaria del autor; sin embargo, Dostoyevski nunca ha sido más sincero que transcribiéndolo.

«Os lo arreglaré todo, todo, las citas y todo... Os transmitiré vuestras cartas. ¿Por qué no lo iba a hacer?», exclama Vania.

Natacha le contesta: «Te he traicionado y me has perdonado y sólo piensas en mi felicidad... Hubiera sido feliz contigo, amigo mío... Amo a Aliocha con un amor insensato, pero me parece que te quiero aún más como amigo. ¡No sabría vivir sin ti, me eres necesario, y necesito también tu corazón de oro!...»

Parece que oímos a María Dimitrievna agradeciendo a Dostoyevski su abnegación y suplicándole que no la abandone, pero negándose al mismo tiempo a dejar a Viergunov, lamentándose, sollozando como una histérica en alguna habitación amueblada de Kuznietsz.

Sea como sea, este libro señala un retroceso indudable en la obra de Dostoyevski. La novela vacila entre dos intrigas mal soldadas: la de Natacha y la de Nelly. Las situaciones están forzadas. Los personajes no viven. Vania, que cuenta la historia de *Humillados y ofendidos*, tiene el carácter inestable, cómodo y desdibujado del «típico narrador». Natacha es una enamorada *a lo Dostoyevski* —primera época—. Ama a Aliocha, que sólo la ama a medias, pero también quiere a Vania, y sufre porque le hace sufrir, siendo al mismo tiempo incapaz de renunciar al secreto placer de hacerle sufrir, etc. Es la hermana espiritual de la Varienka de *Pobres gentes* y de la Nastienk de *La aldea de Stepanchikovo,* todas ellas muchachas inteligentes, sensibles y completamente incoloras.

El padre de Aliocha —el príncipe Valkorski— es un traidor de melodrama llevado al extremo hasta lo absurdo.

Aliocha, en cambio, se revela más interesante. Este carácter de atolondrado, siempre en falta y siempre perdonado, irrita y retiene la atención del lector. Aliocha es una especie de canalla inconsciente y bien educado. Reconoce sus yerros y se arrepiente de ello, pero ese arrepentimiento no le cura. Es indeciso. Es liviano. Carece por completo de *peso:* «¿Qué quieres? —le dice a Natacha hablando de otra muchacha—. Cuando estoy contigo tengo el deseo de hablar de ella, y con ella, el de hablar de ti...» Y su pena es tan ardiente, tan simpática, que no se le puede guardar rencor por su grosería.

¿Ha querido pintar Dostoyevski bajo los rasgos de Aliocha Valkorski al maestro Viergunov, su blando y lloricón rival de Kuznietz? Quizás. Pero la efigie del seductor está tratada aquí con una extraña simpatía. ¡Como si Dostoyevski le hubiera perdonado ya!

Muy por encima de todas estas figuras se debe colocar la encantadora silueta de Nelly. Es el corazón, la suculenta almendra del libro. Pero, para decir la verdad, la aventura de esta niña tuberculosa que Vania acoge en su casa, y que resulta ser hija natural del príncipe Valkorski, huele demasiado a novela sentimental, de esas que continúan en el número próximo. Pero el mismo carácter de la pequeña Nelly es una obra maestra de delicadeza y pureza. Nelly es una huérfana educada a fuerza de gritos y bofetadas por una insoportable arpía. Sin embargo, le está agradecida a esta mujer que la tortura porque la adoptó y la tuvo en su casa. Nelly querría *pagarle* el favor que le ha hecho la otra. Quisiera pagar siempre, pagar con su persona, con sus espaldas, con su amor. Cuando Vania la arranca de las manos de la vieja Bubnov y se la lleva a su casa, la cuida y la consuela, Nelly siente verdadera adoración por él. Pero, con un orgullo terco, se prohíbe confesarle su amor. Es orgullosa, salvaje, huidiza como una gacela. Sus desdichas la han hecho aguerrida en exceso: «¡Qué terquedad la de este diablo! —exclama la Bubnov—. Que la peguen o que la dejen tranquila, no abrirá jamás la boca; como si la tuviera llena de agua.»

Y la misma Nelly dice: «Me reñirán y yo me callaré a propósito; me pegarán y seguiré callándome. Por nada lloraré; ¡y ellos se enfurecerán aún más porque no lloro!» Le toma odio a Natacha, sólo porque Vania

se ocupa activamente de la intrusa. Sin embargo, cuando su «salvador» le cuenta las desdichas de la desgraciada joven, Nelly, la niña tuberculosa, pondrá manos a la obra para dar una sensación de felicidad a la que ha «sufrido mucho».

Luego, una vez cumplida su labor, morirá, agotada, abrasada por su amor.

La crítica fue dura para *Humillados y ofendidos.*

«El señor Dostoyevski no se molestará si declaro que su novela está, en cierto modo, "por debajo de la crítica de arte"», escribió Dobroliubov.

«Lo inverosímil nunca puede producir un efecto artístico —escribió Kucheliev-Bezborodko—. Todo esto sobrepasa los límites de lo artificial... El mayor defecto de esta novela consiste en que el autor no ha descrito, no ha pintado ni ha iluminado una sola figura viva, un solo tipo realmente verdadero...»

«Lo más grave —dijo Zarin— es que no se halla en esta novela nada fuerte sobre lo cual apoyarse. Se siente que alguien gime por algo. ¿Pero quién? ¿Y por qué?...»

Apolon Grigoriev, crítico de *El Tiempo*, dice que los personajes de *Humillados y ofendidos* son «maniquíes» y «libros ambulantes».

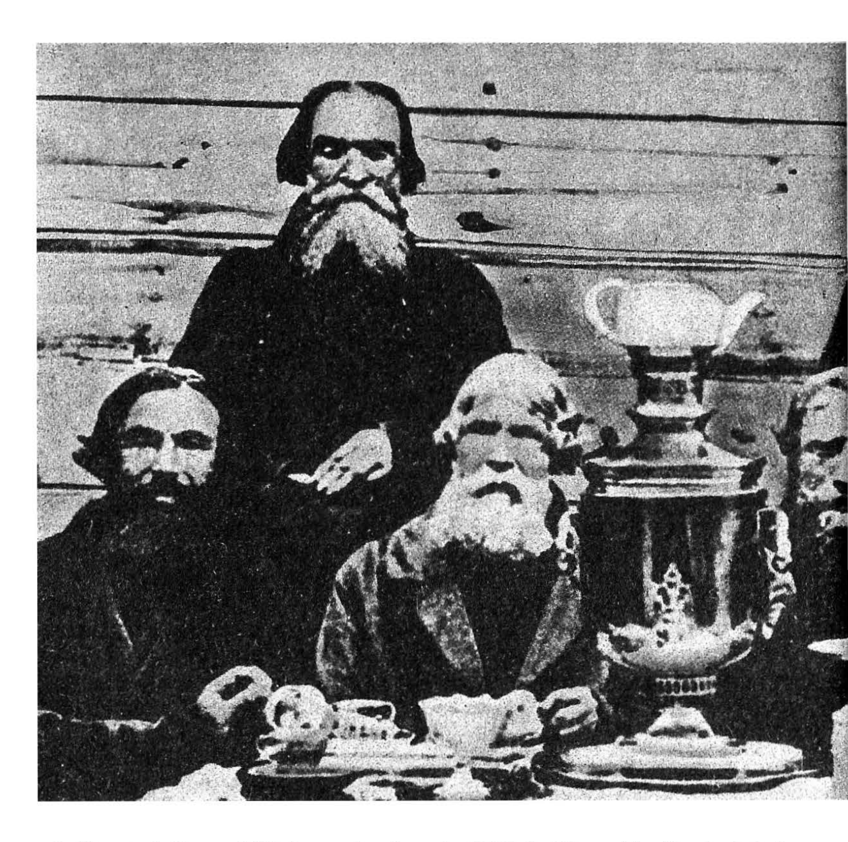
Dostoyevski contestó a esta censura: «Como necesitábamos una novela para la nueva revista, cuyo éxito me era inestimable, propuse una obra en cuatro partes. Aseguré a mi hermano que hacía tiempo que tenía un plan preparado, lo que era falso... Reconozco perfectamente que, en mi novela, son maniquíes los que actúan y no seres vivientes; libros ambulantes, y no personajes animados por el arte. (Para esto hubiera necesitado tiempo para madurar mis ideas en mi espíritu y en mi corazón.) De ello ha resultado una obra "bárbara" que, sin embargo, contiene unas cincuenta páginas de las cuales estoy orgulloso.»

Por lo demás, el éxito fulminante de los *Recuerdos de la casa de los muertos* rescata pronto el fracaso de *Humillados y ofendidos.* La crítica reconoce unánimemente esta vez las dotes inmensas del escritor.

«Hace mucho tiempo que no habíamos encontrado en nuestra literatura una obra tan apasionante para el lector como los *Recuerdos de la casa de los muertos*», escribe Miliukov.

Se compara a Dostoyevski con Dante. Se alaba la descripción de los baños, en donde se agitan, en un vapor nauseabundo, desnudos cuerpos deformes, llenos de cicatrices. Se cita el episodio del espectáculo en el que los presidiarios encadenados representan una comedia ante sus compañeros, con las cabezas afeitadas. Y también las escenas del hospital, de la flagelación, de la partida...

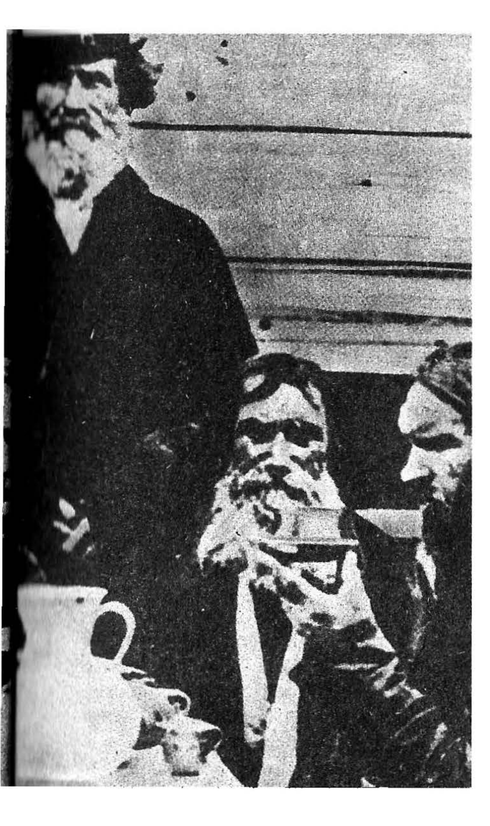
Un funcionario del Comité de Censura creyó en un principio que debía exigir modificaciones en el texto: «¿No interpretarán los lectores poco inteligentes la acción altamente humanitaria del gobierno en las casas de reclusión como un debilitamiento del castigo destinado a crímenes muy graves?», escribe este burócrata desconocido. Dostoyevski había ya preparado un inserto para explicar que los presidiarios le tomaban asco al pan de centeno —de merecida fama en el país— por la falta



de libertad. Pero el 12 de noviembre de 1860, la Dirección Central de la Censura, pasando por alto las consideraciones del Comité, autorizó la publicación de los *Recuerdos de la casa de los muertos,* «con la única condición de que fuesen suprimidas ciertas expresiones indecentes».

La publicación de *Humillados y ofendidos* y de los *Recuerdos de la casa de los muertos* en *El Tiempo* conquistó nuevos lectores para la revista. En 1861, el número de los suscriptores se elevaba a 4.302. Mijaíl había liquidado su negocio de cigarrillos para dedicarse a la revista. Los colaboradores tomaban de él y de Fiodor Mijailovich las directrices generales de sus artículos. Un valor, una fe loable, animaba a este grupo de jóvenes escritores y críticos. Trabajaban para Rusia. Trabajaban para el mundo.

Sin embargo, alrededor de ellos se precipitaban los acontecimientos políticos. El 19 de febrero, el edicto de Alejandro II liberaba definitivamente a los siervos del imperio. Pero la reforma había tardado demasiado. Se había hablado demasiado de ella para que pudiera satisfacer ya a la opinión pública. Y como dice Chelgunov, «cuando sólo quedaba



La reforma social de Alejandro II tuvo como consecuencia la aparición de los kulaks, *o campesinos ricos. Sin embargo, éstos eran una minoría, y el descontento social continuó.*

redactar los estatutos del 19 de febrero, la sociedad pudo pensar ya en otra cosa». Los radicales estaban impacientes por actuar. Herzen, el revolucionario desterrado, escribe en su periódico de Londres, *La Campana:*

«Cuando los generales y los funcionarios empezaron a aplicar la nueva ley al pueblo, éste se dio cuenta de que la libertad sólo se le daba de palabra, pero no de hecho... Se ha definido para el pueblo un nuevo estado de servidumbre» (1 de julio de 1861).

Y, el 1 de noviembre del mismo año, escribió:

«Escuchad: desde todos los rincones de nuestra inmensa patria, del Don al Ural, del Volga al Dnieper, aumenta el gemido, se prepara la sublevación. Es el primer rugido de la ola que empieza a hervir y que traerá muchas tormentas después de una calma deprimente...»

El periódico de Herzen está prohibido por el gobierno, pero penetra clandestinamente y circula de mano en mano. La juventud de las universidades se halla en plena efervescencia. Quiere un orden nuevo. ¿Cuál? Ella misma no lo sabe exactamente. Pero esto carece de importancia.

En noviembre de 1861 estalla el asunto llamado «de los estudiantes». A los estudiantes universitarios se les habían subido a la cabeza las ideas liberales. Leían las hojas revolucionarias, celebraban mítines, organizaban bibliotecas de obras prohibidas, creaban cajas de socorro social y editaban recopilaciones liberales. Terminaron incluso por fundar un tribunal secreto para juzgar a sus semejantes. Esta pequeña «cocina» al margen de la política oficial los distraía de sus estudios. Los anfiteatros eran lugares de discusión y no de enseñanza. Ya no se aprendía nada. Ya no tenían nada que aprender. La autoridad universitaria solicitó del emperador un decreto que prohibiera las reuniones y comisiones. Los estudiantes elevaron una enérgica protesta contra esta medida. La policía tuvo que intervenir para acallar los grupos callejeros de alborotadores. Los detenían y los soltaban dos o tres veces al día. Terminaron por encerrar a los dirigentes en la fortaleza de Pedro y Pablo. A aquéllos les encantaba esta repentina celebridad. Naturalmente, la ciudad entera sólo hablaba de su valor y una numerosa muchedumbre se apiñaba en la cárcel a las horas fijadas para visitar a los detenidos. Mijaíl Dostoyevski envió a los jóvenes, en nombre de la revista *El Tiempo*, un gran *rosbif*, un frasco de coñac y una botella de vino. Cuando los condenados al destierro abandonaron la ciudad, una escolta de admiradores les acompañó más allá de los suburbios.

Más tarde, cerraron la Universidad «por reforma». Pero los profesores consiguieron la autorización para leer sus conferencias en los locales de la Duma. Los estudiantes se encargaron de la organización de los cursos y de mantener el orden. Sin embargo, esta nueva Universidad municipal también fue prohibida, al día siguiente de la velada literaria y musical del 2 de marzo de 1862. En aquella velada, el profesor Pavlov leyó un artículo que, así como el resto del programa, había sido declarado con un tono que transformó completamente el sentido. Cuando llegó a la frase: «Desde que tomó el poder, el emperador, que tan felizmente reina ahora sobre nosotros, halló la copa llena...», no le dejaron explicar que Alejandro II había echado fuera de la copa «las pocas gotas de amargura debidas a la persistencia de la servidumbre». Una ovación entusiasta le cortó la palabra.

Al día siguiente se supo que el profesor había sido expulsado de San Petersburgo. Sus colegas se solidarizaron con él y suspendieron las clases. Para acabar con el incidente, el gobierno prohibió los cursos públicos.

Dostoyevski, que había tomado parte como orador en la sesión del 2 de marzo, lo recordará describiendo la lectura pública en *Los poseídos:*

«El clamor del público no permitió que se oyeran las últimas palabras... Aullaban, aplaudían. Algunas señoras hasta gritaban: "¡Basta! ¡Basta! Más vale no decirlo"» *(Los poseídos:* La fiesta).

A pesar de haberse cerrado la Universidad municipal, los agitadores revolucionarios prosiguieron su labor incansablemente. Pululan las sociedades secretas. Chernichevski y Utin —colaboradores de *El Contemporáneo*— fundan, junto con el coronel de artillería Lavror, el grupo *Tierra y Libertad*, «para luchar contra el gobierno imperial, que es el

peor enemigo del pueblo». Se introducen proclamas revolucionarias por debajo de las puertas de los domicilios particulares y en ellas se dice:

«¡Viva la república social y democrática rusa!»

Y también: «Sólo tendremos un grito: "¡A las hachas!" Y, entonces, muerte a los miembros del partido imperial, sin compadecerlos más de lo que nos compadecen ahora; golpeadlos en las plazas públicas, si estos canallas tienen la audacia de dejarse ver en ellas; golpeadlos en sus casas, golpeadlos en las estrechas callejuelas de las ciudades pequeñas; golpeadlos en las anchas calles de las grandes ciudades; golpeadlos en los pueblos y aldeas.»

Y aún más: «Cien mil personas se oponen en Rusia al bien público; inundemos de sangre las calles de las ciudades y no dejemos una piedra en pie.»

Dostoyevski encuentra, enganchado en el picaporte de su puerta, uno de estos llamamientos «a la joven Rusia». Esto le apena.

«Y yo, que desde hace mucho tiempo estaba en desacuerdo intelectual y afectivo con esta gente y con el espíritu de su movimiento —escribe Dostoyevski en el *Diario de un escritor*—, de pronto me he sentido apenado y casi avergonzado de su torpeza... De este hecho resultó una comprobación aplastante: el espantoso descenso del nivel de educación y de inteligencia que demostraban aquellas proclamas.»

Dostoyevski va a casa de Chernichevski, colaborador de *El Contemporáneo* y miembro del círculo *Tierra y Libertad*, para rogarle haga entrar en razón a los autores del manifiesto.

«Quizás esto no surta efecto —le contesta aquél, blandamente—. Y además, estos fenómenos son inevitables como acontecimientos accesorios.»

El 16 de mayo, se declaran en San Petersburgo unos misteriosos incendios. Durante dos semanas arden barrios enteros, a pesar de los esfuerzos de la policía y de los bomberos.

«Recuerdo —escribe Strajov— que Fiodor Mijailovich y yo habíamos ido a pasear fuera de la ciudad para distraernos. Desde el puente del barco se veían a lo lejos nubes de humo que se elevaban en tres o cuatro puntos de la ciudad. Desembarcamos, y terminamos en un jardín donde tocaba una orquesta y cantaban los zíngaros.»

El gobierno no pudo descubrir a los culpables, pero las sospechas recaían sobre los nihilistas de *Tierra y Libertad*. Por eso, se suspendió durante ocho días el periódico *El Contemporáneo*. Poco después, encerraron en la fortaleza de Pedro y Pablo al revolucionario Chernichevski.

En cuanto a Dostoyevski, agotado por los acontecimientos políticos y extenuado por su trabajo de redactor jefe, decidió hacer un viaje al extranjero. Hacía ya tiempo que los médicos le aconsejaban que fuese «a Europa» para descansar algunos meses. El viaje costaba demasiado caro para que María Dimitrievna pudiese acompañar a su marido. Además, ésta no quería dejar en San Petersburgo a su hijo Pavel, que preparaba un examen para ingresar en el Instituto. Dostoyevski marchó, pues, solo, el 7 de junio de 1862.

10. La decepcionante Europa

Dostoyevski llega a París hacia mediados de junio, pero no conoce a nadie en la capital, ni nadie le conoce a él. No se relaciona con Victor Hugo, que publica en aquella época *Los miserables;* ni con Flaubert, que publica *Salambô,* ni con Théophile Gautier, que acaba de publicar *El capitán Fracasse;* ni con Renan, ni con Saint-Beuve, ni con Taine. Se encierra en una soledad salvaje. Echa de menos a Rusia. Y su nostalgia se transforma pronto en mal humor.

«París es una ciudad terriblemente triste —escribe a Strajov—. Si no hubiese aquí una cantidad tan grande de monumentos admirables, me hubiera muerto de aburrimiento...»

Sólo estuvo diez días en Francia; sin embargo, sabía ya que «el francés es tranquilo, honrado, cortés, pero falso y sólo ama el dinero».

Rápidamente huye de Francia a Inglaterra. En Londres, Fiodor Mijailovich vuelve a encontrar al nihilista Herzen y, aunque sus opiniones políticas son completamente opuestas, llegan a entenderse. «Dostoyevski ha estado en mi casa ayer —escribe Herzen a Ogariev—. Es un ser ingenuo, un poco confuso, pero muy agradable. Tiene una confianza entusiasta en el pueblo ruso.»

En cuanto a Dostoyevski, se muestra «bastante tierno» hacia Herzen durante su visita, pero, algunos años más tarde, le reprochará el haber traicionado a Rusia: «Herzen no ha emigrado. Ha nacido emigrante —dice en el *Diario de un escritor*—. Los que se han separado del pueblo han perdido naturalmente a su dios. Se cae de su peso que Herzen era socialista, llevado únicamente por la lógica de las ideas y la ausencia de todo sentimiento hacia la patria... Renegaba de la familia y fue, según parece, buen padre y buen esposo. Renegaba de la propiedad, pero mientras tanto supo llevar admirablemente sus negocios y tuvo la satisfacción de no sentir la escasez en el extranjero. Organizaba la revolución, empujaba a los demás hacia ella; al mismo tiempo le gustaba disfrutar de confort y de paz en su casa.»

Gracias a la relación con Herzen, Londres disgusta menos que París a Fiodor Mijailovich.

El primer contacto de Dostoyevski con Europa es desastroso. El escritor queda profundamente decepcionado. Tanto es así, que incluso renuncia a integrarse en los ambientes literarios y se encierra en la más completa soledad. En la imagen, portada de una de las ediciones de Los miserables, *de Víctor Hugo.* ▶



Jules ROUFF et Cie. Editeurs. 14, Cloitre-Saint-Honoré, PARIS

«Las calles están alumbradas por faroles de gas, de los que no tenemos ni idea en nuestro país. A cada paso hay cafés con espejos y dorados. La gente se reúne y se refugia en ellos.»

Dostoyevski regresa a París el 8 de julio. Durante su primera estancia en la capital francesa, Dostoyevski había escrito a Strajov rogándole que le siguiera a Suiza e Italia. Strajov aceptó. El lugar del encuentro se acordó que fuera Ginebra. Dostoyevski efectúa el viaje por Colonia, Düsseldorf, Maguncia y Basilea. Se reúne con Strajov en Ginebra el 22 de julio.

Los dos amigos visitan la ciudad con aburrimiento. Fiodor Mijailovich juzga este país como «sombrío y triste». Sin embargo, van a Lucerna, a Turín y a Génova. Desde Génova, embarcan para Livorno y desde allí llegan, por ferrocarril, a Florencia. Pero Dostoyevski no sabe viajar.

Atraviesa los países como un sonámbulo. Sólo se despierta de su sueño interior para captar con una ojeada la silueta de un burgués gordo ante una mesa, en el café, o la de una patrona que se suena tirándose de la nariz como de una campanilla. En un abrir y cerrar de ojos, evoca sus pobres dramas íntimos, sus menguadas alegrías, sus remordimientos cultivados con mimo. Los vuelve, en carne viva, como pieles de conejo. Pero la decoración que los envuelve tiembla y retrocede en la bruma. Dostoyevski no ve más allá del hombre. Su visión se limita al hombre. No le interesa el paisaje. Si se fija en las calles estrechas y llanas de Turín, es para compararlas con las de San Petersburgo. Y el Arno le recuerda la Fontanka. «Ni la naturaleza, ni los monumentos, ni las obras de arte le interesaban —escribe Strajov—. Toda su atención se concentraba en la gente.»

Por fin, después de una semana pasada en Florencia, Strajov se decide a marcharse a París; y Dostoyevski, a Rusia.

En cuanto regresa a San Petersburgo, Dostoyevski redacta, para *El Tiempo,* sus recuerdos del viaje. Son las *Notas de invierno sobre impresiones de verano.* Con una ironía feroz, se burla de los países que ha atravesado.

«Nunca se le puede quitar a un francés, es decir, a un parisiense (pues, en el fondo, todos los franceses son parisienses), la idea de que es el primer hombre del globo. Por otra parte, exceptuando al parisiense, conoce muy poco el globo terrestre y no tiene interés en conocerlo.» Esto en cuanto al patriotismo.

«Todos los años, en el tiempo hábil, se discuten en la Cámara los asuntos políticos más importantes y el parisiense se emociona suavemente. Sabe que habrá elocuencia y se alegra de ello.» Esto para la elocuencia.

«Otra necesidad legítima, y no menos viva, del burgués de París es la de *revolcarse en la hierba.»* Esto en lo relativo al sentido de la naturaleza.

¿Y el amor? «Cuando el burgués quiere ponerse sentimental o engañar a su mujer, siempre la llama *ma biche.* Por el contrario, la mujer amante, en un acceso de graciosa jovialidad, llama a su querido burgués

Biribi. Para el parisiense, la mayoría de las veces, un buen simulacro de amor vale lo que el verdadero amor.»

Todo esto, Dostoyevski lo comprendió desde su primera y breve estancia en París. De Londres, trae la visión de una inmensa ciudad, ruidosa y movida: «Estos ferrocarriles establecidos por encima de las casas (y pronto habían de serlo por debajo), esta iniciativa atrevida, este desorden aparente, que es en el fondo el orden burgués en su apogeo, este Támesis envenenado, el aire impregnado de carbón, las plazas y los parques espléndidos, los siniestros barrios como Whitechapel y su población semidesnuda, salvaje, hambrienta, la ciudad con sus millones de personas y su tráfico universal...» Cree haber caído en el templo de Baal. Toda Europa, todo el Occidente le parecen estropeados por el progreso. Estos países sin dios, países del hombre-rey, del dinero, del cálculo, de la ciencia, se ahogan poco a poco bajo las riquezas de sus artificios. La salvación está en otra parte. La salvación se halla en un pueblo nuevo, en el pueblo ruso, al que no ha tocado la cultura, al que domina la fe simple de la infancia y que espera su hora en las puertas de la Historia. Rusia salvará a Europa.

La cuestión polaca

Sin embargo, desde principios del año 1863, Europa entera se levanta contra Rusia. Cuando el zar llegó a Varsovia, en 1856, había prometido a sus súbditos polacos el olvido total del pasado. «Pero nada de sueños —dijo—. Estoy convencido de que sólo podréis ser dichosos si Polonia se une, como Finlandia, a la gran familia que forma el Imperio ruso.»

Por decisión imperial de 1861 se concedía a Polonia un consejo de Estado compuesto de polacos y se creaban para la administración local consejos compuestos de representantes elegidos. Además, debían someterse a la competencia de comisiones especiales polacas las escuelas y los asuntos eclesiásticos. Colocan a un polaco, al marqués de Veliopolski, a la cabeza de la junta administrativa, y el gran duque Constantino Nicolaievich, partidario de las reformas liberales, fue nombrado virrey de Polonia.

Veliopolski era moderado. Y lo mismo en Polonia que en Rusia, la liberalización del régimen exacerbó el ardor de los descontentos en lugar de adormecerlo. Las concesiones hechas por el emperador se interpretaron como un signo de debilidad. Hubo un atentado contra el gran duque Constantino Nicolaievich. Finalmente, el 13 de enero de 1863 se desencadenó abiertamente una sublevación. Bandas de insurgentes atacaron a las tropas rusas en varios puntos de Polonia y Lituania.

La represión fue despiadada. Muraviev, llamado el *ahorcador*, declaró en Lituania que era inútil hacer prisioneros. En Polonia, el general Berg se señaló por la matanza de Fishau.

Francia, Inglaterra y Austria se conmovieron con estas represalias. Pero Rusia permaneció sorda a sus ruegos y amenazas.



Batalla de Bengrow, entre fuerzas prusianas y polacas (3-II-1863), durante la insurrección de Polonia. Biblioteca Nacional, París.

En Londres, el revolucionario Herzen se puso de parte de los polacos. «No podéis sostener por la fuerza de las armas el gobierno que causa la desgracia de los polacos y la nuestra sin cometer un crimen consciente, ni dejar que hagan de vosotros unos verdugos inconscientes. La disciplina deja de ser obligatoria cuando lleva al crimen.»

Esta posición frente al asunto polaco era un gran error del periódico *La Campana*. En efecto, la independencia polaca suponía un desmembramiento del imperio ruso. Para los liberales, seguir la orden de Herzen resultaba ser traidores a su patria. La mayoría de ellos no eran lo bastante «evolucionados» para colocar los intereses generales de la humanidad por encima de los intereses nacionales. Se atacaba a los rusos. Los rusos se peleaban. La sangre rusa corría en Polonia. Potencias extranjeras querían intervenir para imponer su mediación al gobierno imperial. El orgullo patriótico se despertó de golpe. Liberales y eslavófilos volvieron a encontrarse unidos. *La Campana* disminuyó rápidamente su tirada y Herzen fue obligado a suspender su propaganda.

En este ambiente calenturiento fue donde redactó Strajov su gran artículo sobre el ε unto polaco: «La cuestión fatal». Este texto, algo abstracto y bastante confuso, condenaba a los polacos porque participaban en la civilización occidental. En él se juzgaban severamente el ardiente catolicismo de los polacos, su orgullo y su desprecio por las naciones vecinas. Pero, para aclarar mejor lo absurdo de las reivindicaciones polacas, el autor había fingido que hablaba en nombre del enemigo. Esta sutileza desorientó al público. Los eslavófilos estimaron que «La cuestión fatal» sólo podía explicarse por una defección de los redactores a la causa rusa. *La Gaceta de Moscú* atacó violentamente a *El Tiempo* por esta manifestación en favor de Polonia. Los polacos y sus partidarios consideraron a Strajov como a uno de los suyos. En Francia, la *Revue de deux Mondes,* hostil a los rusos, reprodujo el artículo diciendo que respondía exactamente a la opinión del mundo civilizado.

Por fin, el 24 de mayo de 1863, el ministro del Interior suspendió la publicación del periódico, culpable de manejos «contrarios a las intenciones del gobierno y a todas las aspiraciones patrióticas...».

Las gestiones, explicaciones y protestas de Mijaíl y de sus amigos no dieron resultado. Strajov estaba apesadumbrado. Dostoyevski, desesperado por este estallido imbécil cuando se hallaban en el umbral del éxito, sólo pensaba en emprender un segundo viaje para descansar. Obtuvo un préstamo de 1.500 rublos del *Fondo Literario,* con la garantía de toda su obra, y comprometiéndose a reintegrar la cantidad antes del mes de febrero de 1864. Pero, esta vez, Fiodor Mijailovich no pensaba irse solo.

Paulina Suslova

Desde que había abandonado Tver para instalarse en San Petersburgo, Fiodor Mijailovih Dostoyevski llevaba una febril vida intelectual. Su labor de novelista, la administración de la revista, redactar artículos circunstanciales, todo esto creaba en él un estado continuo de tensión nerviosa. Agotado, inquieto, hubiera deseado hallar junto a su mujer una distracción de su trabajo literario.

Pero María Dimitrievna estaba enferma. Las mejillas y las órbitas hundidas de su rostro semejaban una mascarilla de muerte. Tenía la nariz afilada y los labios blandos y como entreabiertos ya por el último soplo. Además, no le amaba. Se lo había dicho. Se lo había lanzado en pleno rostro. Cualquier ocasión era buena para volver a empezar la antigua discusión. «No debí casarme contigo. Hubiera sido más feliz sin ti. Y tú hubieras sido más feliz sin mí. Soy una carga para ti. Lo veo...» Y cada una de estas frases lacera el corazón de Fiodor.

«Soy casado, estoy enfermo, escribo, dirijo una revista...», escribe tristemente Dostoyevski a la viuda de Bielinski. Necesitaría tanto relajarse, evadirse de la asfixiante habitación donde esta mujer, marchita ya, le habla de su pasado, le acusa, se acusa, y solloza como una histérica. Está sediento de un amor puro, joven, ingrávido. Sueña con risas

coquetas, miradas vivas y palabras delicadas. Le gustaría amar agradablemente.

En 1860, se enamora de la actriz Shubert, alegre y frívola, pero sólo será su galán. Por lo demás, acepta gustosamente este papel, al que ya está acostumbrado. Con placer morboso, sirve de intermediario entre la actriz y Yanovski, su marido. De nuevo, ama sin confesar su amor y se consagra a la que nunca le hará dichoso. Lo mismo que con la señora Panaiev y con María Dimitrievna, conoce la curiosa experiencia de la pasión amistosa. Afirma que, si sirviera para ello, le escribiría vodeviles. El 12 de junio de 1860 le escribe: «La amo profundamente, ardientemente, y le dije que no la amaba, sencillamente, porque quería conservar su confianza. ¡Dios mío, qué tristeza me entró cuando me pareció que usted no quería contar más conmigo...! Pero su carta, mi buena amiga, lo ha arreglado todo. ¡Que el cielo le envíe toda clase de dichas! ¡Me alegra tanto estar seguro de que no la amo! Ello me permite consagrarme más a usted sin temer nada para mis sentimientos. Hasta la vista, palomita mía. Con afecto y veneración beso su linda patita revoltosa y la estrecho de todo corazón entre mis manos.»

¿Cuánto tiempo anda metido Dostoyevski en este extraño juego? No se sabe.

Pero pronto se le presenta una nueva oportunidad de ser feliz. Con frecuencia, invitaban a Dostoyevski para que leyera fragmentos de sus obras en las veladas organizadas a beneficio de los estudiantes pobres. La linda Paulina Suslova no falta a ninguna de estas fiestas benéficas. Tiene el rostro pálido; los rasgos, campesinos; la mirada, dura y orgullosa. Es lenta hablando. Sus gestos han sido calculados previamente. «Se parecía a Catalina de Médicis —escribe Rosanov, su futuro marido—; de buen grado hubiera cometido un crimen, hubiera matado; de buena gana hubiera disparado sobre los hugonotes desde su ventana, durante la noche de San Bartolomé. En general, la Suslova resultaba majestuosa. Conozco personas que han sido definitivamente conquistadas y dominadas por ella.» Su padre era un antiguo *mujik* analfabeto que, a fuerza de astucia y de energía, había conseguido un empleo de gerente en casa de su amo, se había enriquecido honorablemente y había terminado por establecer una fábrica por su cuenta. Una de sus dos hijas, Nadiejda, llegó a ser la primera mujer médico de Rusia. En cuanto a la otra, Paulina, limitó sus ambiciones a ser la eterna estudiante.

Paulina representa exactamente el tipo de la muchacha exaltada que multiplica sus matrículas en los cursos de las Facultades; de diez conferencias, oye una; toma apuntes que no relee; se prepara para unos exámenes a los que no se presenta, pero es una asidua a todas las charlas de la juventud universitaria. Se apasiona por la política. Se alimenta de ideas hueras y de sentimientos inflados. Es partidaria de la revolución total, de las comisiones, manifestaciones, representaciones, provocaciones y agitaciones de todas clases. Es terriblemente feminista y preconiza el amor libre y la igualdad ante la ley. No cree en Dios. Más adelante, un informe del director de la Escuela Vladimir la caracteriza así: «Suslova es, en efecto, una criatura en la que no se puede tener con-

fianza. En primer lugar, lleva gafas azules y el cabello corto. Además, se dice que es muy independiente en sus ideas y que no va nunca a la iglesia.»

La joven nihilista queda vivamente impresionada por la creciente fama de Dostoyevski. Cree que sólo este ser que ha sufrido tanto, ha amado tanto y que conoce todas las pasiones humanas, puede comprenderla y curarla de sus dudas. Junto a él, sus angustias de muchacha se disciplinarán fácilmente. El la aconsejará. Dará un sentido nuevo a su vida desordenada. Hará de ella una mujer útil. Paulina necesita a Dostoyevski.

Abandonando toda clase de pudor, y todos los prejuicios, Paulina le dirige una carta insensata. Le suplica que la reciba. Por fin, le lleva el manuscrito de una novela corta y solicita el honor de colaborar en *El Tiempo.*

Su novela aparece en septiembre de 1861. Pero hasta diciembre de 1862 lucha Dostoyevski contra este amor joven que se desenmascara.

Dostoyevski es mayor que ella. Es bastante feo, con su rostro redondo de bigotes rojizos, frente abombada y ojos claros y duros como reflejos de cristal. En cambio, Paulina es guapa, fuerte, orgullosa. El es casado y se encuentra abrumado por las preocupaciones, deudas y experiencias. Pero ella es una muchacha libre, ingenua, viva y de magnífica salud. Esta unión sólo puede ser desdichada. Sin embargo, ¡a él le gustaría tanto huir de su mujer enferma, agria, chillona, que tose y escupe y no acaba de morirse! Y le gustaría olvidar también las pícaras amabilidades de la actriz Shubert. Le gustaría ser amado en cuerpo y alma. Querría... Querría volver a empezar su vida, con Paulina. La tentación que le produce esta carne joven y este espíritu nuevo es demasiado fuerte. Dostoyevski cede con plena consciencia de su falta.

En realidad, no es ella quien perderá, sino él. Desde el comienzo de esta unión Paulina Suslova siente odio por su seductor cuarentón. Esperaba ingenuamente que Dostoyevski le apaciguaría los desórdenes de su alma, que haría de ella una criatura selecta, bañada por las más elevadas luces y elegida para los más altos destinos; y he aquí que él mismo tropieza y cae hasta ella en lugar de elevarla hasta él. Ella hubiera querido que la dominara con el espíritu, y es ella quien le domina con los sentidos. Le ha revelado una dicha de la que él no puede pasar, y que la asquea paradójicamente. Se siente humillada, manchada. No quiere ver delante de ella este rostro lleno de pecas, con los bigotes húmedos y los ojos suplicantes. Y, sin embargo, sólo vive por la proximidad y la presencia de este hombre. Le compadece, le desprecia y le odia. El es su enemigo indispensable. «Por la noche —escribió Paulina en su diario íntimo— me despertaba, recordaba con horror lo que había ocurrido durante el día, y corría por la habitación sollozando.» Cuando Fiodor Mijailovich se decide a abandonar Rusia, después de la suspensión de la revista, Paulina acepta inmediatamente irse con él.

Pero la liquidación de la revista se presentó más difícil de lo que se pensaba. Dostoyevski se vio obligado a aplazar su viaje. Creía que Paulina esperaría a que terminaran los trámites, y que saldrían juntos a prin-

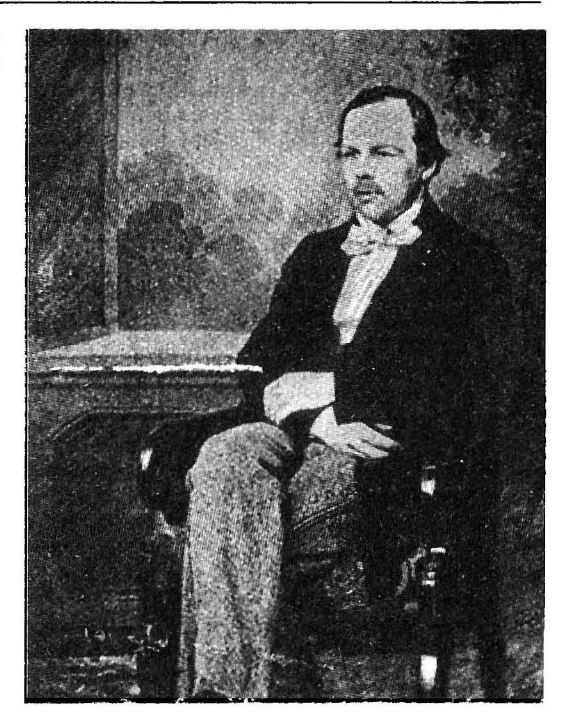


Dominique Arban

Paulina Suslova.

cipios del mes de agosto. Pero Paulina aprovechó esta ocasión que se le ofrecía para escaparse, viajar sola y llegar sola a una gran ciudad donde nadie la conocía. Quería intentar la definitiva evasión de ese desagradable compromiso. Cierra sus maletas y deja plantado a su amante. Va hacia París, donde Dostoyevski piensa reunirse pronto con ella.

Algunos meses más tarde, el 19 de agosto de 1863, Paulina recibe una carta de Dostoyevski avisándole su próxima llegada. Va hacia ella. Dentro de algunos días estará allí. Pero se detiene un poco en Wiesbaden. A pesar de toda su impaciencia por volver a ver a Paulina, no puede resistir al deseo de probar fortuna a la ruleta. Desde la estación va a la casa de juego. Entra en los inmensos salones con grandes y deslumbrantes arañas y las paredes decoradas por espejos. En el centro, el tapete verde parece alumbrar toda la sala con destellos de ajenjo. Y, en torno a esta mesa, hay un círculo de rostros deshechos, petrificados, mohosos, puestos en relieve por la escasa luz del techo. Sus ojos miran el cuenco reluciente de la ruleta. Son ojos que esperan, imploran, maldicen y calculan febrilmente. Crean una especie de intimidad colectiva a la cual no resiste Dostoyevski. Arriesga una cantidad modesta, y gana. Arriesga de nuevo y vuelve a ganar. Arriesga todo su haber, y la pala del *croupier* empuja hacia él un montón de fichas y de monedas: 10.400



Dostoyevski a los cuarenta años de edad.

francos. ¡Es rico, rico! Sale corriendo de la casa de juego, compra un billete en la estación y vuelve al hotel como un loco.

Pero, apenas ha cerrado su maleta, siente un deseo insensato: probar «la gran suerte de los 100.000 francos». Vuelve a la sala de juego. Allí pierde todas sus puestas, una tras otra. Al terminar el día, le quedan sólo 5.000 francos. Vuelve cansado a su alojamiento y se decide, por fin, a salir de Wiesbaden para París.

«No cuentes esto, querida Varvara Dimitrievna —escribe Dostoyevski a su cuñada—. Me refiero a Pacha (su hijastro Pavel Isaiev). Es todavía tan ingenuo que podría figurarse que puede uno fundar fácilmente su existencia sobre el juego... Es inútil que sepa ahora que su padre frecuenta las casas de juego.»

Ahora conoce el secreto del juego: «Es de lo más simple y tonto: únicamente es preciso ser dueño de sí mismo y, cualesquiera que sean las peripecias de la partida, evitar quemarse.»

«Desde que me acerqué, la víspera, al tapete verde y empecé a recoger los fajos de billetes —escribió Dostoyevski en *El jugador*—, mi amor pasó a segundo término... ¿Es posible que sea yo un jugador?»

El 26 de agosto, por fin, Dostoyevski llega a París. Escribe a Paulina citándola. Y Paulina anota en su diario, el día 27: «Acabo de recibir

una carta de Fiodor Mijailovich, enviada esta vez desde París. ¡Qué feliz es porque me va a ver pronto! Le he enviado una carta breve que tenía preparada por adelantado. Le compadezco mucho...»

Aquella misma noche, Dostoyevski la encuentra por fin en la pequeña pensión de la calle Soufflot, donde se hospeda ella. Paulina se acerca a él, muy pálida y con los ojos secos. La escena que sigue la conocemos por el diario de Paulina.

—Buenos días —dijo ella, con voz insegura.

Y, al abrazarla él torpemente, murmura:

—Pensaba que no vendrías. Te había escrito una carta.

—¿Qué carta?

—Diciéndote que no vinieras.

—¿Por qué?

—Porque es demasiado tarde.

Dostoyevski retrocede e inclina la cabeza. Ella no ve más que sus cabellos y su enorme frente torturada. Y, de pronto, exclama él con voz ronca:

—Escucha, Paulina, tengo que saberlo. Vamos adonde sea. Vas a decírmelo todo; si no, me muero.

Muy tranquila, Paulina le propone acompañarle a su casa.

«Durante todo el trayecto guardamos silencio. Yo no le miraba. Sólo de cuando en cuando él le gritaba al cochero con voz impaciente y desesperada: "De prisa, de prisa". Y el cochero se volvía y nos miraba con sorpresa... A veces, Fiodor Mijailovich me apretaba la mano nerviosamente. "Tranquilízate... Estoy contigo", le decía yo.»

Por fin, llegan a su casa. Entran en su habitación. Fiodor Mijailovich cierra precipitadamente la puerta y se arroja a los pies de Paulina. «Besando y abrazando mis rodillas y sollozando ruidosamente, exclama: "Te he perdido. Lo sabía".»

Jamás le pareció tan deseable como en aquel momento en que se aleja de él. Allí está, ante él, erguida, inmóvil, defendida por sus vestidos amplios y sedosos. Dostoyevski se figura este cuerpo cuya ardiente plenitud conoce. Gime: «Quizá *él* sea guapo, joven, elocuente... Pero nunca hallarás un corazón como el mío.»

Paulina le apacigua con una suavidad despegada. Luego, cuando Fiodor Mijailovich ha conseguido dominarse, le cuenta tranquilamente su aventura. Durante estos meses de libertad en París se ha enamorado de un español muy guapo, Salvador, de rostro llamativo, de boca roja, pura, animal... Un «suave vello» cubre su labio superior. Sus gestos son seguros. Y, cuando la mira, desfallece de alegría. Se entregó a él sin pensarlo, para salvarse de Dostoyevski. La pasión elemental de Salvador la descansa de las complicaciones intelectuales, de las torturas refinadas en que se complacía Fiodor Mijailovich. Ella, la eterna estudiante, necesitaba un animal joven y no un escritor genial. Habla, habla, y Dostoyevski la escucha y permanece ante ella con cara de muerto. Por fin, le pregunta:

—¿Eres feliz?

—No.

—¡Cómo! ¿Amas y no eres feliz? ¿Es posible?

—¡El no me quiere!

—¡No te quiere! —exclama Dostoyevski, cogiéndose desesperadamente la cabeza con las manos—. ¿Entonces le amas como una esclava? Confiesa. Necesito saberlo. ¿Le seguirías hasta el fin del mundo?

—No... Yo... me retiraré a un pueblo —murmura Paulina entre dos sollozos.

Pues, en efecto, llora. Y Dostoyevski mira estas lágrimas con un asombro encantado. Si llora delante de él, no se ha perdido aún toda esperanza. Si llora delante de él es porque puede consolarla todavía, es porque aún puede representar un papel junto a ella. Una ternura infinita le invade y la estrecha entre sus brazos como a una criatura.

—¡Oh!, Paulina, ¿por qué eres tan desgraciada? —dice—. Ya preveía yo que terminarías queriendo a otro. Lo sabía. Por error me has amado a mí...

Llegará a ser su amigo, ya que no puede ser su amante. La protegerá de los demás. Con morbosa delectación vuelve a encontrarse en su papel de confidente íntimo, de «proveedor» exaltado. Lo mismo que con la señora Panaieva, con María Dimitrievna y la señora Shubert, será el hambriento ante la mesa puesta, el comparsa, el tercero.

—Vámonos a Italia. Seré tu hermano —le dice Dostoyevski.

«Le prometí que iría a verle al día siguiente — anota Paulina—. Me sentía más tranquila después de haberle hablado. Me comprende.»

Paulina duda aún en seguirle. Pero, en el momento más intenso de sus tormentos, recibe carta de un amigo de Salvador: éste tiene fiebre tifoidea y ruega a Paulina que no vaya a verle. Paulina está enloquecida. Comunica la triste nueva a Fiodor Mijailovich. Este la consuela: «Los especialistas de París son eminentes médicos. El clima es sano. Salvador se curará, indudablemente, muy pronto.» Más rápidamente de lo que suponía, puesto que al día siguiente la Suslova se encuentra en la calle con un Salvador de ojos vivos y cutis fresco. Tras una breve explicación, decide romper con el bello español y acompañar a Fiodor Mijailovich a Italia.

«Soy feliz —dice Fiodor Mijailovich—. Pero ¿te comprenderá alguien alguna vez?»

Entonces, empieza la extraña odisea de esta helada amazona y de su rodrigón libidinoso. Se detienen en Baden-Baden: Fiodor Mijailovich «es muy dichoso y juega sin cesar a la ruleta», escribe la Suslova. Toman té en su habitación. Después, Paulina se tiende sobre la cama, retiene la mano de Fiodor Mijailovich en la suya, y el buen camarada le afirma que «no ha perdido la esperanza». De pronto, Dostoyevski retrocede y se pasa la mano por la frente.

«—¿Sabes lo que acaba de ocurrirme? —exclama con extraña expresión.

»—¿Qué? —yo contemplaba su rostro, conmovido en extremo.

»—Hace un momento he sentido deseos de besarte un pie.

»—¿Por qué? —le dije muy turbada, y encogí las piernas.

»—Lo he deseado y he decidido besarlo...»

Por fin se calla, pero da vueltas por la pequeña habitación del hotel, y tropieza con los muebles. Paulina le ruega que se vaya. «Vete a tu habitación. Quiero dormir.»

Se va, pero en seguida vuelve con el pretexto de cerrar la ventana. Se acerca a ella. Le aconseja en voz baja que se desnude. Paulina ve por encima de ella un rostro contraído por el deseo, con los ojos ansiosos y la nariz dilatada: «Me desnudaré más tarde... Vete.»

Dostoyevski se va, como un perro mojado. Vuelve a su habitación. Se acuesta. Y sueña con aquel cuerpo que respira, tibio y ligeramente húmedo, a pocos pasos de él.

Este impulso sensual en que está sumergido y esta pasión insatisfecha que se impone, exasperan a Fiodor Mijailovich hasta la demencia. Busca en el juego el relajamiento. El juego es para él como el acto sexual que le niegan. Encuentra en las angustias de la ruleta ese paroxismo de los sentimientos que ha conocido junto a Paulina. También tiene la impresión de disfrutar de una alegría vil, de cometer un crimen contra alguien, de golpear, de matar en sí mismo algo hermoso e íntimo. Regresa al hotel, extenuado, como después de una noche de amor.

Y, al día siguiente, aparece de nuevo tranquilo, fraternal.

En Baden-Baden Dostoyevski pierde 3.000 francos.

«¿Cómo se puede jugar cuando se viaja con la mujer amada?», le pregunta Mijaíl, que está enterado de su unión.

«Aquí se ganan 10.000 francos divirtiéndose —contesta Fiodor Mijailovich a su hermano—. He hecho este viaje para salvaros y salvarme de la miseria. Y, además, tengo fe en mi truco...»

Para continuar el viaje tiene que empeñar, en Ginebra, su reloj y la sortija de Paulina. Pero la cantidad que cobra les permite sólo llegar a Turín, donde les esperan algunas ayudas llegadas de San Petersburgo.

En Roma se estropean las relaciones de los dos enamorados.

Fiodor Mijailovich está agotado por esta mujer que comparte su vida y se le niega.

«¿Sabes? —le dijo un día a Paulina—. No se puede torturar a un hombre como lo estás haciendo conmigo. Termina uno por cansarse.»

En su novela *El jugador,* en la que Dostoyevski contó su propia aventura con Paulina, se puede leer la siguiente frase:

«Hay momentos en que hubiera dado la mitad de mi vida por poder ahogarla. Lo juro; si me hubiera sido posible hundirle lentamente un puñal en el pecho, creo que lo hubiera hecho con delicia. Y sin embargo, lo afirmo sobre mi honor, si en el Schlangenberg, en el *pico* de moda, me hubiese dicho en serio: "arrójate al abismo", inmediatamente me hubiera tirado con alegría.»

Y, más adelante, se destaca esta confesión clave: «Sí, casi nunca me ha mirado como a un hombre...»

Esto, sobre todo, le hace sufrir. Ya no es un hombre a los ojos de ella. Paulina no le teme ya, puesto que acepta viajar con él.

«Fiodor Mijailovich me dijo —escribe Paulina— que era humillante para él dejarme así (era la una de la madrugada y estaba acostada en la cama, desvestida); humillante porque los rusos no retroceden jamás.»

El tiempo, la reflexión y la costumbre debilitan poco a poco el deseo de Dostoyevski. Está cansado. Piensa en su obra. Querría volver a Rusia. Tanto más cuanto que el estado de María Dimitrievna se ha agravado bruscamente.

Fiodor Mijailovich no ha olvidado a su mujer en el curso de este triste viaje.

«Pienso a menudo en María Dimitrievna; ¡cuánto me gustaría recibir alguna buena noticia de ella! ¿Cómo está?», escribe Dostoyevski a su hermano Nicolai (28 de agosto de 1863).

«Cuando sepas algo de tu madre, escríbeme.» (Carta a Pavel Isaiev, 28 de agosto de 1863.)

«Escríbeme algo referente a María Dimitrievna.» (Carta a V. D. Constant, 20 de septiembre de 1863).

Desde Roma, Dostoyevski y Suslova se van a Nápoles; desde Nápoles regresan a Turín. Por fin, hacia mediados de octubre, Fiodor Mijailovich y su compañera se separan definitivamente; Paulina vuelve a París y Dostoyevski sale para Rusia.

Pero, por el camino, se detiene en Hamburgo y pierde en el juego todo el dinero que le quedaba para el viaje. Lleno de pánico, le escribe a la Suslova. Paulina, que estaba en un momento difícil, corre a empeñar en el monte de piedad su reloj y su cadena, pide prestada una pequeña cantidad a sus amigos y consigue enviar un primer socorro a Fiodor Mijailovich.

De este hombre, a quien acaba de salvar, escribirá más adelante lo siguiente:

«Cuando recuerdo lo que era yo hace dos años, siento odio hacia Dostoyevski. Ha matado la fe en mi corazón.»

Pero, por un encadenamiento misterioso de las circunstancias, Paulina se casará en 1880 con el crítico Vasili Rosanov, el genial comentador de Dostoyevski. En aquella época, Paulina tiene cuarenta años y Rosanov veinticuatro. El la adora y ella se burla de él. Después de seis años de vida infernal, Paulina le abandona y él se queda inconsolable. Le suplica que vuelva con él. Paulina le contesta: «Miles de maridos se encuentran en la situación de usted y no aúllan. Los hombres no son perros.»

Rosanov, enloquecido, se queja al padre de Paulina, que trata a ésta de «enemiga del género humano». Más tarde, el desdichado acude a sus amigos e incluso a la gendarmería. Pero la que recibirá sus más tristes confidencias será Anna Grigorievna, la viuda de Dostoyevski.

En cuanto a Dostoyevski, su unión con Paulina será uno de los grandes temas de su obra. Esta mujer, sucesivamente gélida y ardiente, será Dunia, la hermana de Raskolnikov, en *Crimen y castigo;* Aglae, en *El idiota;* Lisa, en *Los poseídos;* Catalina Ivanovna, en *Los hermanos Karamazov,* y, sobre todo, Paulina Alexandrovna, en *El jugador.*

Piensa ya en *El jugador* durante su viaje con Paulina. El 30 de septiembre de 1863, Dostoyevski escribe a Strajov: «En este momento no tengo nada preparado, pero sí un plan de novela, y me parece que es un plan muy acertado... Describo a un hombre... entendido en varias ma-

terias, pero incompleto en todo. Se rebela contra la autoridad a la vez que se siente temeroso ante ella... De todos modos, la necesidad del riesgo le realza ante sus propios ojos. El relato tratará únicamente de los tres años durante los cuales juega a la ruleta...»

Sin embargo, cuando regresa a Rusia, Dostoyevski no dispone de la tranquilidad necesaria para redactar esa novela. María Dimitrievna está mucho peor. Es preciso transportarla urgentemente a Moscú, cuyo clima es más sano que el de San Petersburgo.

El joven Pavel Isaiev los acompaña. Pero María Dimitrievna ha llegado a una tal irritabilidad, que ni siquiera puede soportar la presencia de su hijo, y Fiodor Mijailovich lo envía a San Petersburgo. Por lo demás, pronto Dostoyevski mismo se ve obligado a marchar a San Petersburgo, en donde Mijaíl piensa editar una revista, *La Epoca,* que sustituirá a *El Tiempo.*

El equipo de colaboradores es el mismo de *El Tiempo.* Pero falta el dinero. Compran a crédito el papel, imprimen a crédito, cosen y encuadernan a crédito, y casi no pagan a los autores. Tras múltiples dificultades, la censura autoriza la publicación de *La Epoca,* «a condición de que los redactores se comprometan a conservar con absoluta fidelidad la línea de pensamiento del periódico...».

A partir de este momento, Dostoyevski reparte su existencia entre su periódico y su mujer moribunda. Este lúgubre ir y venir entre San Petersburgo —donde le esperan malas noticias de las ediciones— y Moscú —con la habitación amueblada donde María Dimitrievna, medio loca, agoniza lentamente— se prolonga durante meses.

«¡Hay demonios! ¡Hay demonios en la habitación!», grita a veces la enferma. Y es preciso abrir la ventana y simular que se echa a un fantasma por ella, sacudiendo una toalla para que se tranquilice.

Ante la consumida cara de cera de la tísica, Dostoyevski siente un remordimiento furioso por su huida de Rusia, por su relación con Paulina, por su gran culpa, que sólo él percibe. En la cabecera de la desdichada, redacta una terrible confesión que es una de las cumbres de su obra: *Memorias del subsuelo.*

11. Memorias del subsuelo

«El hombre subterráneo», cuyas confesiones cuenta Dostoyevski, se parece al autor como, quizá, el doble de Goliadkin se parecía a Goliadkin. Este hombre subterráneo vive en una pocilga oscura, nauseabunda, que es su «concha». Vive solo. No tiene amigos. «Estoy enfermo, soy malo y no tengo nada de atractivo», dice. Pero la consciencia de su vileza constituye para él una secreta voluptuosidad. Se cuece en un jugo de remordimientos alegres, de odios sarcásticos, de pánicos grandiosos. Le gusta volver a su rincón, cierta «noche infame de San Petersburgo», y pensar en todas las porquerías que ha cometido, en todas las humillaciones que ha padecido durante el día. Experimenta un extraño gozo diciéndose que ha llegado al último grado de abyección, que nunca será un hombre como los demás, que él es una cosa especial, completamente extraordinaria, que está al lado de la muchedumbre, fuera de ella, aislado, al margen de la creación. «Estoy solo y ellos están todos juntos.»

Y, desde su soledad, observa a los hombres de acción, los «hombres inmediatos», según su propia fórmula. Estas gentes de nervios fuertes se hallan totalmente desprovistas de reflexión. Para que puedan actuar es preciso que tengan vacía la cabeza. El que piensa, sólo puede permanecer inmóvil. Pues el pensamiento roe como un ácido el decorado ficticio donde debe encuadrarse la acción. La esencia misma de la acción es el fracaso del espíritu. La acción supone leyes que la guían. La acción sólo es posible en un universo cuidadosamente montado. Las ciencias positivas han catalogado experiencias, erigido axiomas y levantado muros de piedra que limitan el horizonte. Y, ante estas murallas de piedra, el pueblo se inclina con respeto. «He aquí un muro muy resistente, un muro en el que puede uno apoyarse. Esto es evidente.» El rebaño de imbéciles que encierran estas paredes no piensa que la ciencia, de un campo sin límites, ha hecho una cárcel. No piensan más que en su pequeña seguridad del momento, en su pequeña labor así protegida. Se frotan las manos porque están al calor. Y si algún filósofo, algún hombre subterráneo, pretende negar el muro, exclaman: «Perdón, es imposible sublevarse, dos por dos son cuatro. La naturaleza no os consulta; no se preocupa de vuestros deseos y de saber si sus leyes os gustan o no. Estáis obligados a aceptarla tal como es; y por consiguiente también todos sus resultados. El muro es un muro, etc.»

Y el hombre subterráneo (mejor sería decir: Dostoyevski) contesta con estas admirables frases: «Pero, ¡Dios mío! ¿Qué tengo que hacer

con las leyes de la naturaleza y de la aritmética, si estas leyes, por una razón o por otra, no me gustan? Naturalmente, no podré romper este muro con mi frente si no tengo suficientes fuerzas para ello; pero no me reconciliaré con él bajo el pretexto de que es un muro de piedra y de que mis fuerzas no bastan para derrumbarlo. ¡Como si este muro constituyera un apaciguamiento y sugiriese la menor idea de tranquilidad por la única razón de estar construido sobre el *dos por dos son cuatro*!»

«¿Hay locuras matemáticas y locos que piensen que dos por dos son tres?», escribió Baudelaire.

El hombre subterráneo, el contemplador, negará todas las construcciones artificiales, tropezará con todas las evidencias y traspasará el veto de las leyes científicas. Pensará, concebirá más allá de los límites del número y de la materia. Vivirá en lo imposible. Por lo demás, Dios exige lo imposible de su criatura. ¡Qué miserable ídolo sería Dios si admitiera que el hombre ha de complacerse en esta habitación tapizada donde él mismo se ha encerrado, si admitiera que el hombre se duerma en el bienestar presente, si admitiera que el hombre se disminuyese a sí mismo, olvidando esta chispa divina del pensamiento para llegar a ser una máquina de precisión...!

«Toda la preocupación del hombre parece consistir —escribe Dostoyevski— en demostrarse a sí mismo que es un hombre y no un engranaje.»

Esto en el mundo moral tanto como en el físico. Los principios morales aprisionan a los seres tanto como los principios físicos. Sobrepasar la hilera de estacas de estos principios es alcanzar la verdad superior.

Una vez roto el marco moral, no existiría ni el bien ni el mal. Y asimismo, una vez quebrantadas las leyes científicas, sólo existiría el caos. A ese caos es a donde nos invita el hombre subterráneo.

En este caos, el hombre subterráneo experimenta la sensación total de la libertad. Y prefiere la libertad a su bienestar. «El hombre sólo necesita una voluntad independiente, que le cueste lo que sea y le lleve a donde sea... Estoy convencido de que el hombre nunca renunciará al verdadero sufrimiento, es decir, a la ruina y el caos.» Gracias al sufrimiento, el hombre se acerca a lo inconcebible, a lo inaccesible, al milagro. Gracias al sufrimiento, se eleva por encima de sí mismo.

De hecho, los caminos del sufrimiento, los caminos de la libertad conducen, ya al descubrimiento de Dios, ya a la deificación del hombre. El Dios-Hombre y el Hombre-Dios. Nietzsche absorbe al hombre en el superhombre, en el Hombre-Dios. Para Nietzsche la evolución del superhombre debe matar todo lo que es humano en el hombre. El superhombre no es solamente un hombre evolucionado. Es un ídolo, es un Dios en el que no subsiste nada de su origen terrestre. En cambio, en Dostoyevski, la esencia humana se armoniza con la esencia divina. Dios no absorbe a su criatura y el hombre no se abisma en Dios. Dios existe y el hombre existe. Ambos están protegidos por un intermediario adorable: Cristo. Y la libertad del hombre es quizá un sufrimiento, pero al cabo de la prueba, por más abyecto que sea, por más herido que esté, cae bajo la luz inefable de Cristo.

Quizá le fue dado a Dostoyevski, durante sus ataques epilépticos, asomarse a lo alto del muro y abarcar con la mirada la tierra prohibida. Vuelve a caer deslumbrado, cegado, echando de menos esta visión milagrosa. ¡Pero ha visto, ha visto!... ¡Es uno de los pocos que han visto!... Lo confiesa en el hombre subterráneo. Y el hombre subterráneo llega a ser así la clave de toda su obra. Pues, a lo largo de su obra, se siente dividido entre el concepto natural y el concepto sobrenatural del mundo. Está colgado entre el cielo y la tierra. Está solicitado por el cielo y por la tierra. No escoge entre el universo de la causalidad y el universo del «dos por dos son tres». Equilibra peor o mejor las dos arquitecturas. Con una torpe aplicación, se esfuerza por incorporar una historia extravagante a la masa compacta de la realidad. En torno a una pesadilla acumula detalles materiales que no hubiera despreciado un Flaubert. Diríase que se disculpa: «¿Lo veis? No pierdo la cabeza. Todo esto es posible. Todo esto es verdad.»

Y, sin embargo, el conjunto heteróclito estalla por todas partes. Todo suena a falso en este decorado cuidadosamente dispuesto. Los acontecimientos se suceden a una cadencia de sueño. Un torbellino irresistible se lleva a los seres. Sostienen discursos de quince cuartillas y leen en público sus confesiones. ¿Cuándo duermen? ¿Cuándo comen? El autor no lo sabe. Nada depende de él. Nadie puede contar con nadie. El bien y el mal se confunden. El «muro» tiene enormes brechas, y los actores, con las caras embadurnadas de cualquier manera, actúan entre un montón de piedras, en una luz helada, de muerte, sobrenatural, de fin del mundo.

Su drama no es un drama posible según las leyes científicas. Su drama sólo resulta concebible fuera de estas leyes, en nosotros mismos. Los hombres y las mujeres de Dostoyevski no son verdaderos con una verdad primera, sino con una segunda verdad. Son lo que nosotros hubiéramos sido si no existiesen para nosotros las reglas sociales, las prohibiciones físicas, la costumbre. Son seres como usted y como yo, pero tomados antes de la acción, antes de la palabra. Lo que hacen es lo que quizá hubiéramos hecho *si*... Lo que dicen es lo que hubiéramos dicho *si*... Dostoyevski ha abolido el *si*... Ha negado el condicional. Ha hecho actuar y hablar a sus héroes, como se actúa y habla sólo en pensamientos. Sus personajes son ideas que se mueven en el marco de la materia. El hombre subteráneo, Raskolnikov, Stavroguin, Kirilov, Chatov, Vierjovienski, Ivan Karamazov, todos estos seres están abrasados por una idea. Arden por ella y para ella. Los problemas de confort, dinero, situación social no representan nada para ellos. Se burlan de lo que existe a sus pies, bajo sus manos, bajo sus dientes, ante sus ojos. Ignoran las fronteras de la realidad y del sueño. Pasan de la una al otro. Ensanchan el mundo.

Por eso es absurdo pretender, como lo han hecho algunos, que los héroes de Dostoyevski son esencialmente rusos y que su aventura no se concibe en otro país que no sea Rusia.

No hay que ser tan ingenuos como para creer que la Rusia del siglo XIX estaba poblada de histéricos, epilépticos y tuberculosos, y que

el público ruso se reconoció en las novelas de Dostoyevski. Todo lo contrario; la reacción de los lectores y de la crítica fue unánime: «Esta gente no es de nuestro país.» Y, a propósito de un personaje de *Humillados y ofendidos*, el conde Kucheliev-Bezborodko escribió incluso que «es más admisible en el extranjero, en Francia, en Inglaterra, en Bélgica, que en Rusia...»

Desde luego, amar las grandes ideas, la exaltación intelectual y los cambios de humor, son rasgos del carácter eslavo. Indudablemente, en los eslavos, la *segunda verdad* está menos profundamente hundida que en los latinos o en los sajones; pero se trata de una diferencia de *nivel* y no de *naturaleza*. Los personajes de Dostoyevski no son estrictamente rusos, puesto que les dominan problemas universales. Las ideas que representan son ideas que sobrepasan el dominio de la literatura nacional. Dicen la angustia del mundo y no la angustia del ruso frente a la creación. El subterráneo de Dostoyevski atraviesa las fronteras y une a todos los países con una red secreta.

Sea como fuere, este libro, publicado por vez primera en *La Epoca*, no mereció la atención de la crítica oficial. Sólo Apolon Grigoriev le manifestó a Dostoyevski: «En lo sucesivo tienes que escribir cosas de este género.» Fiodor Mijailovich no olvidará nunca estas sencillas palabras.

Mientras tanto, la revista aparece irregularmente. Los suscriptores dirigen reclamaciones al redactor. La venta cae en picado. Mijaíl, que no tiene ningún sentido práctico, y desde hace algún tiempo bebe más de la cuenta, pone en peligro el negocio.

Fiodor Mijailovich está retenido en Moscú. El estado de María Dimitrievna empeora de día en día. Pero sigue sin querer ver a su hijo.

«Dice que le llamará para darle su bendición cuando se sienta morir.» (Carta a Mijaíl, del 26 de marzo de 1864.)

«Cada día esperamos su muerte. Sus sufrimientos son atroces y yo soporto las consecuencias.» (Carta a Mijaíl, del 2 de abril de 1864.)

«Tu madre va de mal en peor. El médico no responde ya de nada. Reza, Pacha.» (Carta a Pavel Isaiev, del 10 de abril de 1864.)

El 15 de abril, María Dimitrievna sufre un acceso terrible: arroja sangre a chorros; se ahoga. Dostoyevski manda a su hermano un telegrama y una carta: «Te ruego que envíes aquí a Pacha. ¿Tienes alguna americana negra? Habría que comprarle unos pantalones.»

María Dimitrievna, agotada pero consciente, se despide de todos los que la rodean y, con gran valor, se dispone a morir.

La sacuden ya estremecimientos nerviosos. Su respiración es ronca, jadeante. Un ruido espantoso brota de su garganta. Más tarde, «su rostro amarillento y apergaminado se echó hacia atrás, se le abrió la boca, sus piernas se estiraron convulsivamente... Lanzó un profundo suspiro». Así es como describió Dostoyevski la agonía de Catalina Ivanovna, la tísica, en *Crimen y castigo*.

María Dimitrievna muere a las siete de la tarde. «Esta tarde a las siete —escribe Dostoyevski a su hermano Mijaíl— ha muerto María Dimitrievna después de haberos deseado larga vida a todos. No la olvidéis

en vuestras oraciones. Ha sufrido tanto que me pregunto quién podría negarle su perdón.»

Y, aquella misma noche, ante el cadáver de su mujer, Dostoyevski anota esta extraña frase en su carné: «Macha (María) está acostada encima de la mesa. ¿Volveré a ver algún día a Macha?»

Dostoyevski no puede soportar la idea de separarse de esta mujer que le engañó, le torturó y cargó su vida con peso inútil. Es toda una parte de su pasado. Es toda su juventud. Ahí está toda su juventud, extendida sobre esta mesa, con una gran pesadez en los párpados y con los labios soldados. ¡Qué solo se encuentra de pronto, qué desamparado, qué miedo le da vivir! Acaba de reconocer, después de muchos años de existencia en común, el valor incalculable de este ser.

El 31 de marzo de 1865, Dostoyevski escribió a Vrangel:

«¡Oh, amigo mío! Me amaba infinitamente y yo la amaba con exceso, pero no fuimos felices juntos... Aunque nuestro matrimonio fue positivamente desgraciado por su carácter extraño, suspicaz y fantasioso hasta un grado enfermizo, nunca hemos dejado de amarnos; incluso, cuanto más desdichados éramos, más nos uníamos. Era la mujer más noble, más leal y más generosa de cuantas he conocido en mi vida... Nunca pude imaginarme hasta qué punto sería penosa y vacía mi existencia una vez la enterrasen...»

Después de la ceremonia fúnebre, Fiodor Mijailovich regresa a San Petersburgo, donde le esperan los asuntos de la revista. Con todas sus fuerzas, trata de dominar su pena con el trabajo.

Pero, tres meses más tarde, un nuevo luto debía herirle. El 9 de julio, Pavel Isaiev recibió la siguiente carta:

«Mi querido Pacha, envíame ropa. Mi hermano se está muriendo. No se lo digas a nadie. He escrito a Nicolai. Quizá vaya yo a la ciudad por unos momentos. No hables de ello.

Tuyo, F. Dostoyevski.»

El 10 de julio, a las siete de la mañana, Mijaíl, que padecía de un tumor en el hígado, exhalaba el último suspiro.

Este golpe acaba de desesperar a Dostoyevski. Se diría que el destino no le deja tomar aliento, que le persigue y le golpea, con una maldad calculada. Después de morir su mujer, le quedaba su hermano para consolarle. Ahora no le quedaba nadie. Está solo, más solo que en la cárcel, más solo que en Siberia. No sabe para quién vivir. No sabe para qué vivir.

«Me quedé solo y tuve miedo. Mi vida se había roto en dos pedazos. En la primera mitad, ya concluida, estaba todo aquello por lo que había vivido, y, en la segunda, aún desconocida, todo era nuevo, extraño, sin un corazón capaz de sustituir para mí los dos corazones que habían dejado de latir... ¿Crearme nuevos vínculos, inventarme una nueva existencia? Esta idea me repugnaba. Por primera vez comprendí que no podría sustituirlos por nadie, que sólo los había amado a ellos en el mundo, y que un nuevo amor no sólo era imposible, sino impío. En torno a mí, he sentido el frío y el vacío...»

El viudo

La fortuna que dejó Mijaíl consistía en 300 rublos, los cuales sirvieron para pagar el entierro. Pero tenía 25.000 rublos de deudas, de los cuales 15.000 en pagarés que iban a vencer. La revista se sostenía únicamente con el crédito personal de su director. En cuanto desapareció éste, todo se hundió. No quedaba un céntimo en caja, y se debían seis entregas de *La Epoca* a los suscriptores. Sólo la impresión de los números debía costar 18.000 rublos. Estos rublos sumados con los 15.000 indispensables para el pago de las letras de cambio elevaban a 33.000 rublos el déficit de la revista.

Desde luego, Dostoyevski no estaba obligado a hacerse cargo del reembolso de las letras. Podía también interrumpir la publicación de la revista y compensar a los acreedores con la subasta del material. Pero eso hubiera sido deshonrar la memoria de su hermano. Descartó, pues, este arreglo que le parecía un sacrilegio. Asumió la responsabilidad total de todas las deudas, ya fuesen ciertas o dudosas. Y aun hizo más. Con la más escrupulosa generosidad, se hizo cargo de la viuda y de los cuatro hijos del hermano.

Tras esta decisión, Dostoyevski fue a Moscú, pidió prestados 10.000 rublos a su vieja tía Kumanin y regresó a San Petersburgo con la firme resolución de proseguir, pasara lo que pasara, la publicación de *La Epoca*. Pero el asunto estaba verdaderamente complicado. Tuvo que conseguir una nueva autorización de la censura, y el número del 31 de diciembre sólo pudo aparecer el 22 de marzo.

Además, le fue terminantemente prohibido a Fiodor Mijailovich firmar sus artículos, tanto en calidad de redactor como de editor. Entre tanto, los suscriptores, descontentos por el retraso, protestaban por escrito y de viva voz.

Mientras tanto, Dostoyevski se mataba trabajando. La revista se imprimía en tres imprentas distintas y se unificaba después. Fiodor Mijailovich, que era el único redactor, corregía las pruebas, recibía a los colaboradores, discutía con la censura, repasaba los artículos y buscaba dinero por toda la ciudad. Trabajada con regularidad hasta las seis de la mañana, y, de veinticuatro horas, dormía cinco.

«¡Ah!, querido amigo —le escribe a Vrangel—, con gusto volvería a presidio por el mismo número de años, si pudiera pagar de esta manera mis deudas y sentirme libre de nuevo... De toda mi reserva de fuerza y energía, no me queda más que un sentimiento de turbación y de inquietud próximas a la desesperación... La ansiedad, la amargura, una fría agitación, un estado de lo más anormal. Además, estoy solo... Y, sin embargo, siempre me parece que me estoy preparando para vivir. Es ridículo, ¿verdad? ¡Una vitalidad de gato!»

Es tal su necesidad de distracción, de abnegación, de calor afectuoso, que se esfuerza poco a poco en reanudar las relaciones con sus parientes y en crearse nuevas amistades. Suavemente, vuelve a la vida. Conoce a la familia Korvin-Krukovski, cuya hija mayor, Anna, ha enviado dos bonitos cuentos a la revista *La Epoca*.

Anna es una muchacha alta, esbelta, de rasgos finos, cabellos largos color paja fresca, y ojos «verdes como los de una ondina». Inteligente, independiente, orgullosa, está resuelta a desempeñar un gran papel junto a un hombre excepcional.

Dostoyevski experimenta una extraña turbación en presencia de la bella Anna y de sus padres:

«Continuamente parecía estar de mal humor, se mesaba nerviosamente la barbilla rubia y mordisqueaba sus bigotes, mientras todo su rostro se agitaba con tics.»

Un día, con la justificada indignación de los padres, experimenta la necesidad de contar a las muchachas la futura *Confesión de Stavroguin*. Se apasionan por su relato; Dostoyevski se da cuenta de ello. Y Anna se siente orgullosa de que un espíritu tan elevado se interese por ella. Pero le reprocha su desprecio por la juventud vanguardista y las ideas nuevas.

«Toda la juventud actual es tonta e ignorante —dice Dostoyevski—; para todos ellos, un par de botas vale más que Pushkin.»

«En efecto, Pushkin ha envejecido un poco para nuestra generación», contesta ella.

Dostoyevski se excita, grita, amenaza con marcharse, por fin se va, pero vuelve al día siguiente con aspecto contrito.

Una tarde, mientras la hermana menor, Sonia, interpreta al piano la *Sonata patética*, que ha aprendido para Dostoyevski, la hermana mayor y Fiodor Mijailovich tienen, en «el saloncito», una explicación definitiva: «Compréndame —cuchichea Dostoyevski—, la he amado desde la primera vez... Y no es amistad lo que siento por usted, sino una pasión que embarga todo mi ser...»

Pero Anna Krukovskaia teme unir su destino al de este ser enfermo y genial. Le niega su mano. Mientras están hablando así, en voz baja, la pequeña Sonia deja de tocar y escucha.

Esta niña de catorce años ama con locura a Dostoyevski y reprueba las mezquinas maniobras de su hermana. Pero él, que ha penetrado tan bien el alma de Nietochka y de la pequeña Nelly, es incapaz de leer en este tierno rostro cuya mirada le acompaña, mientras llega a la puerta, encorvado, con los brazos colgando, vencido, arrojado hacia su soledad. Sonia llegó a ser una célebre matemática, con el nombre de Sofía Kovalevsky. En cuanto a Anna, realizó su sueño de palabras altisonantes y grandes gestos, ya que se casó con un conspirador francés, Jacquelart, que fue condenado a muerte y encerrado en una fortaleza cerca de la frontera alemana. Gracias al padre de su joven esposa, que pagó 20.000 francos a un centinela, pudo evadirse.

Una vez más Dostoyevski se ve humillado por una mujer. Vuelve a su trabajo, con furia recrudecida. Pero la revista va decayendo de día en día. El número de los suscriptores ha bajado a 1.300. Los acreedores, cuyas facturas ha endosado a su nombre, le atosigan con cartas y visitas.

Hacia finales de verano, Dostoyevski recibe un exhorto. Ha de pagar, bajo pena, si no lo hace, de embargo y encarcelamiento. Las deu-

das más urgentes llegan a 3.000 rublos. Dostoyevski se esfuerza en hacer razonar a sus acreedores. Pero la mala situación de la revista los hace intratables.

El 9 de junio, el periódico *La Voz* anuncia la suspensión de *La Epoca*. Entonces es cuando el editor Stellovski se presenta en casa de Dostoyevski y le propone que le comprará por 3.000 rublos el derecho de editar en tres tomos el conjunto de sus obras. Además, Stellovski exige que Dostoyevski le entregue una novela inédita antes del 1 de noviembre de 1866. Pasada esta fecha, Dostoyevski se compromete a pagar una multa. Y si el manuscrito no queda entregado el 1 de diciembre, Dostoyevski pierde los derechos sobre sus obras actuales y futuras, que se convierten en propiedad exclusiva del editor. Stellovski cuenta con un retraso que le permitiría publicar todas las novelas de su deudor sin tener que pagar derechos.

Stellovski era un plagiario, muy conocido como tal en los medios literarios. Fue el explotador de Pisemski, Krestovski y Glinka. Astuto y mezquino, se aprovechaba de la desgracia de los demás, por lo cual su visita equivalía a una condena.

Mientras tanto, Dostoyevski se veía al borde de la ruina. Por una curiosa casualidad, el plazo de doce días que le había dado Stellovski coincidía exactamente con el plazo que le habían concedido para el embargo.

Fiodor Mijailovich firmó.

Pero, de hecho, sólo debía cobrar una pequeña parte de la cantidad prometida por Stellovski, pues éste había comprado a bajo precio cierto número de letras aceptadas por Dostoyevski, y lo que daba con una mano a título de editor, lo recogía con la otra a título de acreedor.

Al poco tiempo, a Fiodor Mijailovich sólo le quedan 175 rublos. No importa, y decide irse al extranjero. Una triple esperanza le impulsa a huir de Rusia. Quiere volver a ver a Paulina, a la que ama todavía: «La amo aún, la amo aún profundamente, pero no quisiera amarla. No merece un amor así», escribe Dostoyevski a la hermana de la Suslova. También quiere probar suerte a la ruleta. Y quiere trabajar tranquilamente en los libros que le han encargado.

Dostoyevski llega a Wiesbaden a finales del mes de julio. La Suslova debe reunirse allí con él a principios del mes de agosto. Mientras la espera, Fiodor Mijailovich vuelve a la casa de juego.

De nuevo, los grandes tapetes verdes cubiertos de luises de oro, de federicos, de florines. De nuevo, esos rostros serios, ávidos, esas manos agarradas al borde de la mesa como al pretil de un precipicio. De nuevo, esas palabras mágicas: «Treinta y uno, impar y pasada, cuatro, negro, par y falta...»

«Tenía fiebre —escribe Dostoyevski en *El jugador*—. Empujé de golpe aquel montón de oro sobre el rojo y, repentinamente, volví en mí. Sólo fue un momento, el único en el transcurso de aquella noche: un estremecimiento helado me recorría, mis manos y mis rodillas temblaban de angustia y, a la luz de este relámpago de lucidez, entreveía con espanto lo que sería para mí, en aquel momento, perder...»

En cinco días, Dostoyevski pierde los 175 rublos que le quedaban. Ha empeñado su reloj. No ha pagado la cuenta del hotel. Dostoyevski doblega su orgullo y envía un llamamiento de angustia a Turgueniev, a quien, sin embargo, guarda rencor:

«Estoy disgustado y avergonzado de molestarle. Pero es usted exactamente la única persona a quien me puedo dirigir actualmente, y además es usted mucho más inteligente que los demás. Esto me facilita el escribirle. He aquí de lo que se trata. Le hablo de hombre a hombre, y le pido 100 táleros... ¿Qué hacer cuando uno se va a pique?»

Turgueniev le envía 50 táleros a Dostoyevski.

«Gracias por los 50 táleros, mi buen Ivan Siergueievich. No me han salvado, pero me han ayudado a desenvolverme algo», le contesta Fiodor Mijailovich.

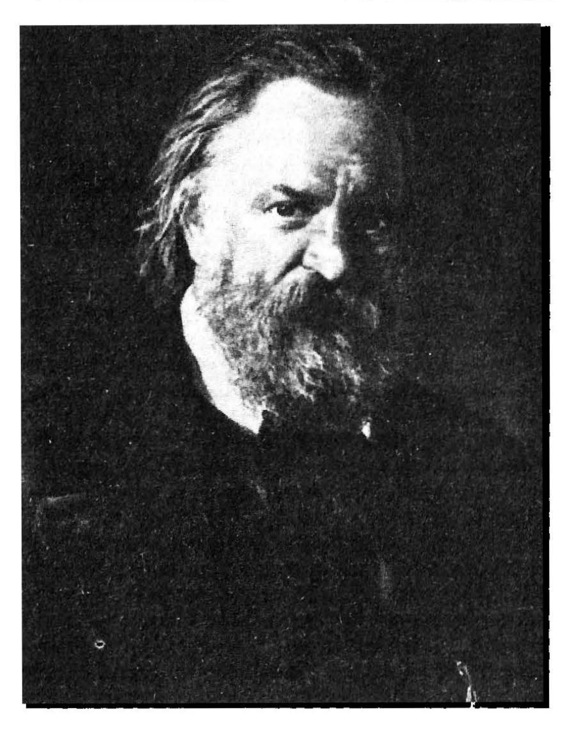
Humillado y asqueado, espera la llegada de Paulina que, quizá, traiga algún dinero. Pero Paulina desembarca en Wiesbaden sin tener siquiera con qué pagar la habitación.

Muy pronto, Dostoyevski piensa en repatriarla. Esta fuga amorosa, que él soñó con un exceso de optimismo, sólo es una breve estancia en un hotel apolillado, cuyo dueño le vuelve la espalda y cuyo servicio ríe burlonamente. A finales de agosto, Paulina se va de Wiesbaden a París. Después de su partida, el gerente del hotel se niega a servir almuerzos y comidas a Fiodor Mijailovich: «No necesita usted comer, puesto que no sabe ganarse la vida. Se le dará té.»

«Por lo tanto —escribe Dostoyevski a la Suslova— no como y me alimento con té; y el té es malísimo, sin nada para picotear al mismo tiempo; no me limpian los zapatos ni los trajes. No acuden cuando llamo, y el personal me trata con un desprecio inexpresable y estrictamente alemán. No hay cosa peor, para un alemán, que ser pobre y no pagar el día fijado.» Por un último atisbo de dignidad, Dostoyevski sale del hotel antes del almuerzo y regresa al caer la noche. Pero este ejercicio diario desarrolla su apetito. Entonces se resigna a quedarse en su habitación. Lee y escribe. Escribe numerosas cartas pidiendo dinero. Pero no tiene un céntimo para franquearlas. ¡Qué se le va a hacer!

«Hace tres días que sólo tomo té, por la mañana y por la noche, y, es extraño, ¡no tengo tanta hambre! Lo fastidioso es que me buscan camorra y, a veces, me niegan una vela para la noche...»

Dostoyevski implora socorros de Paulina, del barón Vrangel en Copenhague, de Herzen en Ginebra, de Miliukov y del editor Katkov en Rusia. Pero Vrangel está con permiso; Herzen, de excursión por la montaña; Miliukov, al que Dostoyevski había pedido que vendiera una de sus futuras obras en 300 rublos, recibe una negativa de la *Biblioteca de las Lecturas*, de *El Contemporáneo* y de *Los Anales de la Patria*. Y Katkov, a quien propuso una novela de cinco o seis entregas para *El Mensajero Ruso,* no da señales de vida. Sin embargo, la idea del libro es seductora: «La acción transcurre en nuestros días —escribe Dostoyevski a Katkov—. Un joven estudiante, expulsado de la Universidad, pequeñoburgués de origen, que vive en una extremada pobreza, ha decidido evadirse de golpe de su penosa situación: lo hace por ligereza, por ines-


Alexander Herzen.

Historisches Bildarchiv, Bad Berneck

tabilidad de ideas, bajo la influencia de ciertos pensamientos "inacabados", extraños, que flotan en el aire. Ha decidido matar a una vieja... prestamista. La vieja es tonta, avara, malvada; está sorda y enferma; percibe intereses crecidísimos y maltrata a su joven hermana, que le sirve de criada. "¡No sirve para nada! ¡No es útil para nadie!... ¿Para qué vive?" Estas preguntas turban el cerebro del joven. Decide matarla, desvalijarla y emplear ese dinero en conseguir la felicidad de su madre que vive en provincias, preservar a su hermana de los requerimientos amorosos de un propietario rural en cuya casa está de señorita de compañía, y terminar sus estudios.

»Pero intervienen la verdad divina y la ley terrena y el estudiante termina por verse *obligado* a denunciarse él mismo; obligado, arriesgándose incluso a morir en trabajos forzados, pero con la única esperanza de asociarse de nuevo a la vida de los hombres; la sensación de su exclusión, de su aislamiento entre los demás hombres, que experimentó inmediatamente después de su crimen, le había torturado sobremanera. La ley de la verdad y de la naturaleza humana fue más fuerte. El criminal decidió asumir los tormentos para compensar su delito...»

En esta breve exposición se reconocen ya los rasgos esenciales de *Crimen y castigo.*

Sí, fue en esta habitación exigua y gris como un armario, cuando se veía privado de alimento, de luz y ni siquiera le lavaban la ropa, cuando mendigaba, a derecha e izquierda, algún socorro para regresar a Rusia, cuando se hallaba en el último grado de la pobreza y de la soledad, fue allí donde Dostoyevski preparó esta obra esencial, que le hizo célebre.

«Quizá lo que escribo ahora sea superior a todo lo que he escrito hasta ahora.»

Mientras tanto, Vrangel ha regresado a Copenhague. Ha encontrado las dos cartas desesperadas de Dostoyevski. En seguida le envía el dinero necesario para el viaje y le invita a pasar algunos días con él. Fiodor Mijailovich acepta con alegría esta ocasión de visitar a su viejo amigo.

Llega a Copenhague el 1 de octubre. Y sale de allí el día 10 del mismo mes, con dirección a San Petersburgo.

Desde su llegada a la capital, padece tres ataques epilépticos consecutivos. «Sin embargo, estoy sentado y trabajo», escribe Dostoyevski a Vrangel.

Por fin, después que ha pasado por Wiesbaden, recibe los 300 rublos que le pidió a Katkov. Pero este dinero no le basta ya.

«Trabajo para su periódico y, por tanto, no puedo aceptar otras proposiciones que me permitirían subsistir; no tengo un *copeck*, y mi ropa la he empeñado. Por consiguiente, le ruego que me envíe un anticipo de 1.000 rublos.»

La familia de su difunto hermano se halla en la indigencia. El mismo está perseguido por los acreedores, a quienes no ha pagado aún. «Algunos son razonables, sin embargo, y aceptan mi propuesta de escalonar los pagos en cinco años; pero hay otros que no quieren escucharme. Me acorralan, me dejan abatido para mucho tiempo, y tengo que sentarme y escribir. A veces, me resulta imposible.»

Unos ataques epilépticos retrasan aún más su trabajo. En fin, para colmo de mala suerte, las hemorroides le retienen durante quince días en la cama. Sin embargo, en el mes de noviembre, gracias a una labor intensa, ha compuesto la mayor parte de su novela.

Pero no está satisfecho de ella. Quema el manuscrito. Y vuelve a empezar:

«Una nueva forma, un nuevo plan me han seducido...»

Trabaja noche y día. Funde en un solo montaje el argumento del que habló a Kraievski, *Los pobres borrachos* (episodio de Marmeladov) y el argumento del estudiante asesino, del que habló a Katkov. Abandona el proyecto de un diario de Raskolnikov y adopta la forma novelada. Va adelantando su obra a medida que se imprime. Cada mes redacta los capítulos que aparecerán el mes próximo: o sea, ¡seis cuadernillos en cuatro semanas!

El 18 de febrero de 1866 escribe a Vrangel: «Hace dos semanas se ha publicado en *El Mensajero Ruso* la primera parte de mi novela. Se titula *Crimen y castigo*. He oído muchas alabanzas con motivo de este libro. Contiene muchas cosas animosas y nuevas.»

12. Crimen y castigo

El problema de Raskolnikov, el héroe de *Crimen y castigo*, es, como el del hombre subterráneo, el problema de la libertad total. Un estudiante pobre y orgulloso busca una salida a su pobreza. Conoce a una vieja usurera. ¿Qué vale la existencia de este ser perjudicial junto a la suya? Si la matara, si se apoderara de su dinero, podría ayudar a su madre y a su hermana, que viven en provincias, pagar sus propios estudios, gozar de buena posición y hacer el bien en torno suyo. «Por una sola vida, miles de vidas salvadas del estancamiento y de la disolución... ¿Qué importancia tiene, en la balanza de la vida, esta bruja mala?» Su plan es terriblemente lógico, peligrosamente seductor. «Volvió a su casa como un condenado a muerte. Ya no razonaba sobre aquello, ni podía, por otra parte, razonar sobre nada; pero, con todo su ser, sintió de pronto *que ya no poseía libertad de juicio, ni voluntad, que todo acababa de arreglarse así deliberadamente.*»

Los acontecimientos se doblegan con facilidad de cómplices a todos sus proyectos. Le arrastra un peso terrible, «como si un extremo de su abrigo se hubiera enganchado en el engranaje de una máquina y hubiese sido arrastrado por completo». No puede resistir más. Golpea. Mata. Roba. Y, por un extraño concurso de circunstancias, ningún indicio exterior permite a los jueces sospechar de él.

Pero entonces empieza el verdadero drama del castigo interior. «Si todo se ha realizado con conocimiento de causa, si tenías un objeto claramente definido y trazado, ¿por qué, pues, ni siquiera has mirado hasta ahora lo que había en el portamonedas? ¿Cómo ignoras lo que te ha producido el asunto que te ha acarreado estos tormentos?», piensa Raskolnikov.

Y, poco a poco, de pregunta en pregunta, de espanto en espanto, llega a discernir el verdadero móvil de su crimen: «No he matado para poder ayudar a mi madre, no —le confiesa a Sonia—; ni tampoco para erigirme en bienhechor de la humanidad, después de haber adquirido los medios. No; he matado sencillamente, he matado para mí solo, y no me preocupaba saber, en aquel momento, si llegaría a ser algún bienhechor, o si pasaría mi vida como una araña cogiendo víctimas en mi telaraña para saciarme con su vitalidad. Sobre todo, no era la necesidad de dinero lo que me afectaba más cuando maté; necesitaba menos el dinero que otras cosas... Necesitaba saber otra cosa, otra cosa empujaba mi brazo; quería saber, lo más pronto posible, si era un parásito como los demás, o un hombre. ¿Sabré o no sabré vencer el obstáculo?

¿Me atreveré a agacharme y tomar el poder o no me atreveré? ¿Soy una criatura temblorosa, o *tengo derecho?*»

Raskolnikov, lo mismo que el hombre subterráneo, se ahoga entre las paredes de la moral oficial. Experimenta la posibilidad de sobrepasar al rebaño anónimo que le rodea. Se siente distinto de los demás, llamado para un destino especial, designado para la terrible aventura de la independencia espiritual. Hombres como él tienen el derecho de desconocer todas las reglas. Para ellos existe una moral superior, o más bien, no existe ya la moral, sino una entera libertad. Para ellos un crimen no tiene el valor de un crimen, y el castigo es sólo una palabra sin sentido. Indudablemente, así es como se justificó Napoleón ante sus propios ojos, si alguna vez sintió deseos de hacerlo. «Un verdadero amo, a quien todo está permitido —piensa Raskolnikov—, cañonea Tolón, organiza una matanza en París, *olvida* a su ejército en Egipto, *gasta* medio millón de hombres en la campaña de Rusia y sale de apuros en Vilna con un juego de palabras. Y es a este hombre a quien, después de muerto, erigen estatuas. Por lo tanto, todo está permitido...»

A algunos les está permitido todo. Le está permitido todo a quien quiere permitírselo todo, pues este deseo es ya una señal de excepción.

Para Raskolnikov, la vieja es el obstáculo elemental, es el muro de carne que debe echar abajo, vencer y olvidarlo luego para entrar en la senda de la libertad. «No he asesinado a un ser humano, sino a un principio.» Una vez asesinado este principio, Raskolnikov va a conocer su vocación de superhombre, de Dios. Se tranquilizará, se volverá a encontrar en la independencia por fin conquistada.

Pero, en realidad, nunca ha sido menos independiente que desde que huyó de la condición humana. Una idea fija roe su misma sensación de libertad. El, que quiso evadirse de todas las sujeciones morales, se ha impuesto una nueva. Noche y día litiga consigo mismo y se juzga en su espíritu en relación al crimen del cual hubiera querido enorgullecerse. Día y noche le atosigan los mismos argumentos y las mismas respuestas. Se desdobla, se convierte en su propio abogado y en abogado de su víctima. Ha dejado de ser un individuo. Es un lugar de debate.

El crimen no es justificable ante la mirada de la conciencia profunda, y la personalidad se disuelve y se pierde como el cadáver de la víctima. Ningún objeto elevado, ningún ideal, ninguna *religión* podría autorizar el crimen. Y cualquiera que levante la mano sobre su prójimo la levanta sobre Dios y sobre sí mismo. Cuando Raskolnikov dejó caer el hacha sobre el cráneo de la vieja, no es a esta hembra de sórdida avaricia a quien ha matado; se ha matado a sí mismo, o más bien a la luz divina que lo habitaba.

«Después de todo, Sonia, sólo he matado un piojo, un asqueroso piojo, inútil y perjudicial», exclama Raskolnikov.

«Este piojo era un ser humano», contesta Sonia.

Cualquier vida humana vale más que el pensamiento abstracto de un individuo. Nada que sea humano merece la muerte de un hombre. Porque, sea como fuere, este hombre está hecho a imagen de Dios. Sí, este «piojo inútil y perjudicial» que fue la usurera, el cobarde borracho

que fue Marmeladov y la prudente prostituta que es Sonia, son todos amados por Dios, *todos son a imagen de Dios*. Esto es grandioso, inconcebible; pero, para Dios, están colocados al nivel de Raskolnikov.

Por lo tanto, al traspasar el muro, Raskolnikov vacila desde los primeros pasos. En esta inmensa llanura no se halla en su casa. Y sus energías, que bastaban para llevarle a la frontera, le traicionan de pronto. Quería ser un superhombre, y he aquí que tiembla como un niño en una habitación oscura.

Está lejos de todos. Es un extraño para todos y para sí mismo. Es otra persona. Quienes le rodean lo toman por un loco. Entonces huye de estos seres que nada tienen que ver con él, y se vuelve hacia los desgraciados. Quiere al borracho Marmeladov, a Catalina Ivanovna —la viuda tísica—, y a Sonia, que se prostituye para dar de comer a sus hermanos. Pero tampoco éstos son sus semejantes. Su crimen le aísla en el centro de la corriente humana. Su crimen le limita a él. Sólo una confesión total, un castigo excesivo le volverían a sumergir en lo más espeso de la muchedumbre. Sin embargo, teme que le descubran, detengan y juzguen. Frecuenta a los policías, habla con ellos del asesinato de la vieja. Y el juez Porfirio, que sospecha de él hace mucho tiempo, juega con él, agota su paciencia, le retiene, le tranquiliza y de nuevo le aterra con una sangre fría diabólica.

«Si se va usted, volverá —le dice Porfirio—; *usted no podría pasarse sin nosotros*... Estoy incluso convencido de que usted llegará a querer aceptar el sufrimiento.»

La prueba de la libertad es demasiado dura para Raskolnikov. Después de mil combates, él, el superhombre, se prosterna a los pies de Sonia, la mujer pública. Le confiesa su crimen y ella le aconseja que se denuncie:

«¿Quieres, pues, que vaya a presidio, Sonia?»

«¡Lo que hace falta es aceptar el sufrimiento y redimirse por él!», le contesta ella.

Raskolnikov le obedecerá. Irá a arrodillarse en una encrucijada y a besar «la tierra que ha manchado». Después, se presentará a la policía.

«Despacio, parándose y continuando, pero claramente», dirá:

«Soy yo quien ha asesinado a hachazos a la vieja prestamista y a su hermana Isabel, y las he robado.»

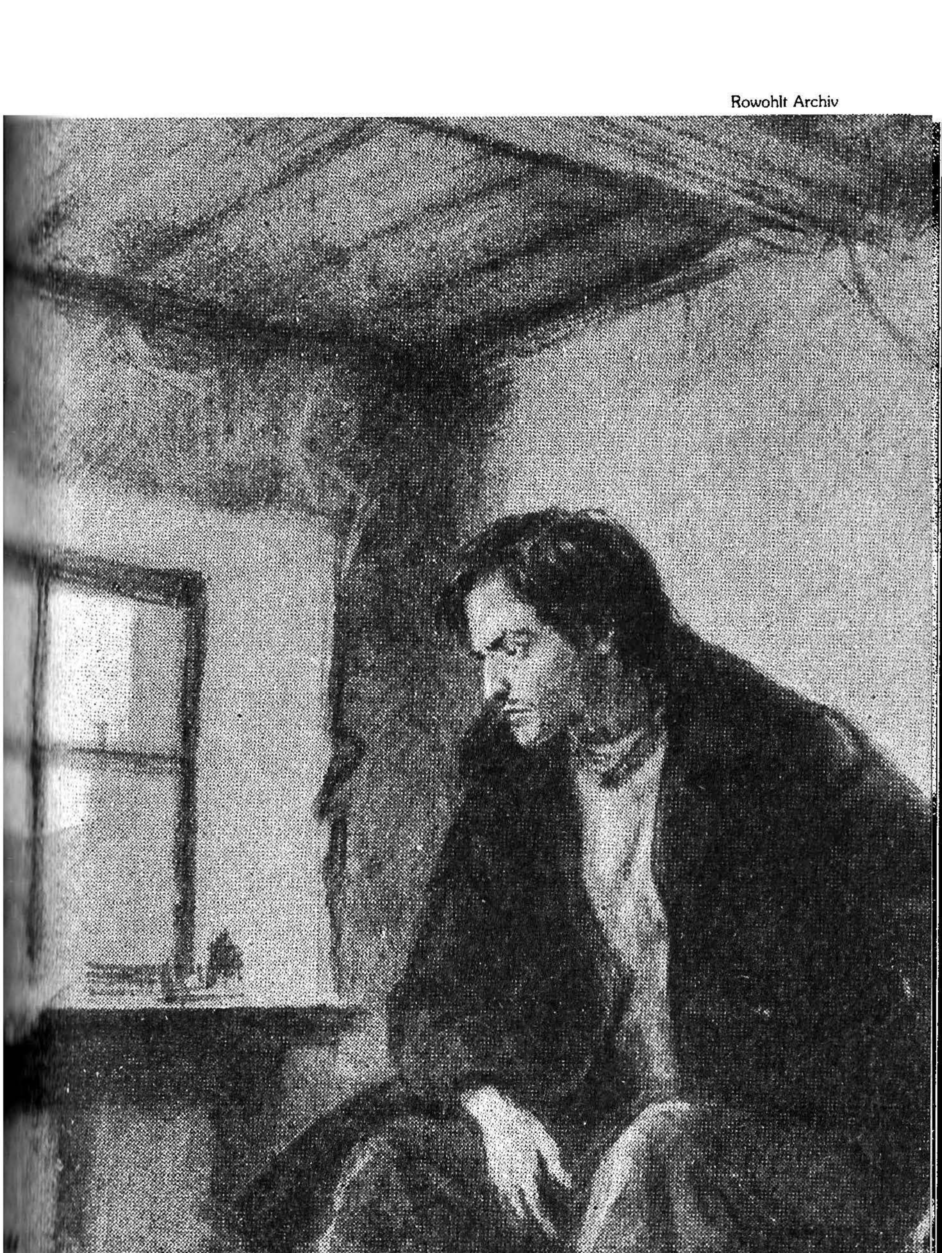
Raskolnikov será condenado a trabajos forzados, y Sonia, la pequeña prostituta, le acompañará a Siberia.

«Pero —escribe Dostoyevski— no se arrepentía de su crimen...

»¿Por qué les parece tan odiosa mi acción? —se preguntaba—. ¿Porque es un crimen? Mi conciencia está tranquila. Indudablemente, he cometido un asesinato... ¡Pues bien! para respetar la ley, tomen mi cabeza y no hablemos más de ello...»

Y piensa que muchos bienhechores de la humanidad sólo han sido justificados porque se mantuvieron con tesón en su camino. Lo que le condena a él es que le ha faltado envergadura. Ha fallado el armazón. «Así pues, lo que él consideraba como culpa suya era el no haber podido mantenerse firme y el haber ido a autodenunciarse.»

Rowohlt Archiv



Raskolnikov sufre el peor de los tormentos: el castigo interior. Sólo aceptando la pena que le impone la ley podrá redimirse. Ilustración para Crimen y castigo.

De esta mentira, de estas dudas nacerá súbitamente la fe. Sí, súbitamente, como una chispa incendia un montón de paja. Antaño ya, Sonia le había leído el relato de la resurrección de Lázaro en el Evangelio según San Juan: «Soy la resurrección y la vida. Quien crea en mí, *aunque esté muerto,* vivirá; y quien viva y crea en mí, no morirá para siempre.» Entonces no había comprendido el verdadero sentido de estas palabras. Y sólo ahora, en Siberia, sube a sus labios la palabra resurrección. «¿Cómo ocurrió esto? El mismo Raskolnikov no se dio cuenta, pero, de repente, algo le embargó y le precipitó a los pies de Sonia... Quisieron hablar y no pudieron. Sus ojos se llenaban de lágrimas. Ambos estaban pálidos y abatidos, pero en sus rostros consumidos brillaba ya el amanecer de un porvenir nuevo, de una completa resurrección a la vida...»

Gracias a Sonia, la prostituta, Raskolnikov conoce por fin la verdadera libertad. Esta libertad no es libertad orgullosa. El hombre no es Dios. Lo más fuerte sólo existe si existe Dios. Negar a Dios es negarse uno mismo. Querer llegar a ser Dios es querer morir en cuanto hombre, es querer fundirse con el cosmos, es querer ser y no ser a la vez. En resumen, entre los muros de la moral oficial existe la libertad de elegir el bien. Esta libertad menor supone la posibilidad del pecado. Se podría hacer el mal, pero uno se abstiene porque «está prohibido», porque se expone a «un castigo», a «la cárcel, al infierno». Quienes desprecian las lecciones de estas guías tontas, aquellos a quienes estas recetas de cocina espiritual dan náuseas, los pensadores, los fuertes, éstos son los que traspasan el muro. Y entonces se encuentran en el dominio de la segunda libertad, de la libertad final. Ya no hacen el bien por obedecer a una regla que aprendieron de niños, ya no temen el mal por las represalias de la tierra o del cielo; practican el bien o el mal siguiendo su *propia voluntad,* siguiendo su instinto. Algunos se creen superhombres y se rompen la crisma en las primeras experiencias. Otros, en cambio, descubren la dulzura de realizar el bien por el bien. Este bien libre, sin necesidad, por puro amor, les lleva imperceptiblemente hacia Dios y les salva.

Raskolnikov llegará a la paz de Dios por la desviación del crimen. Ha hecho el mal. Ha pecado por orgullo. Ha estropeado la libertad que le estaba reservada. Ha querido destruir lo que había de humano en él. Creyó que, después de traspasar el muro, lo primero que perecería en su corazón sería este instinto del bien. Pero es el instinto del bien el que resiste mejor la prueba, y le tortura y le inclina hacia la tierra para su salvación. El arrepentimiento rescatará la culpa, comprará la libertad. En su humildad recuperada, Raskolnikov se comprende a sí mismo, comprende a Dios y se comprende en Dios y en el mundo. Ha hallado su sitio. Ha encontrado su vida. «El que conserve su vida la perderá, y el que pierda su vida por mí la hallará» (San Mateo). Por lo tanto, la conclusión de Dostoyevski vuelve a las palabras mismas del Evangelio. En torno a Raskolnikov, que es la concentración, el punto vivo del libro, gravitan los destinos de otros pecadores que, lo mismo que él, han quebrantado las leyes de la moral corriente, y que, como él, serán perdo-

nados. En una tasca infame es donde Raskolnikov se encuentra con Marmeladov, el marido de Catalina Ivanovna y padre de Sonia. Marmeladov es un cobarde, un charlatán que ha perdido su colocación y se gasta en beber todo lo que posee. Ha empeñado los vestidos de su mujer. Tolera que su hija mayor se prostituya para ganar lo que él no gana por vicio y desidia. Y mide con una especie de voluptuosidad indigna toda la profundidad de su caída y la imposibilidad de volverse a levantar en la tierra.

«Pero se apiadará de nosotros —dice—, El, que se apiada de todos. El, que lo ha comprendido todo... Y a todos, a todos, los juzgará. Y cuando haya terminado con todos, nos convocará a nosotros también. "¡Vamos, acercaos también vosotros! ¡Venid los borrachos, los impúdicos!..." Y nos acercaremos todos, sin vergüenza ninguna... Y nos dirá: "Sois unos cerdos, vuestra imagen es la de la bestia y lleváis su sello; pero acercaos de todos modos." Y entonces, los prudentes, los razonables exclamarán: "Señor, ¿cómo recibís también a éstos?" Y El contestará: «Si los recibo, prudentes, si los recibo, razonables, es porque ninguno de ellos se ha creído digno del más allá."»

Por lo tanto, la humildad es una posibilidad de redención para el que la experimenta. Y Sonia, la pequeña prostituta, la experimenta más que nadie. «También tú has quebrantado la regla —le dice Raskolnikov—, has podido quebrantarla. Has levantado la mano sobre ti misma, has arruinado tu vida, la tuya... (viene a ser lo mismo). Por consiguiente nos conviene ir juntos, seguir el mismo camino.»

Pero mientras Raskolnikov saca un orgullo infinito por haber hecho retroceder los límites humanos, Sonia conoce su envilecimiento y lo acepta como una enfermedad necesaria. Se siente sinceramente ligada al único hombre que no la ha despreciado. Siente por él «una compasión insaciable», según la expresión de Dostoyevski. Y ante esta pureza conservada en el corazón mismo del pecado, ante esta modestia apacible, Raskolnikov se arrodilla con profundo recogimiento: «No me he arrodillado ante ti, sino ante todo el sufrimiento humano...»

«No he dicho esto por tu deshonra y tu pecado, sino a causa de tu gran sufrimiento.»

«Pero, dime —articuló Raskolnikov presa de una especie de paroxismo—, ¿cómo pueden convivir en ti este fango y esta bajeza con los sentimientos más sagrados y contrarios...?»

Ya hemos visto que es a Sonia a quien Raskolnikov confiesa su crimen. Y ella le contestará:

«¿Qué ha hecho usted? ¿Qué ha hecho contra sí mismo?... No, no, ahora no hay nadie en el mundo que sea más desgraciado que tú...»

Más tarde, sin embargo, ella le seguirá a Siberia para asistir a su resurrección.

Esta figura de pecadora transparente, de mujer condenada según la ley terrena, pero disculpada ante el cielo, es una de las criaturas más encantadoras de Dostoyevski. Su extravío, su dulzura hacen daño y uno se siente misteriosamente responsable de su pena. Es como si Sonia hubiera atraído sobre ella toda la gran culpa de los hombres. Es como si

nos hubiera salvado perdiéndose. Pero, de hecho, no se perderá ninguno de los que piensan que se perderán. Puesto que o nadie es culpable, o todos lo son.

Junto a Sonia, Dunia, la hermana de Raskolnikov. Dunia, la tierna, la resignada, conoce también su parte de pecado radiante. También ella, que acepta venderse a Lujin, el frío canalla, es una pecadora y una santa. Pecadora porque quiere entregarse a un ser al que no ama. Santa porque sólo lo hace por salvar a su hermano. «Este matrimonio es una ignominia. Quiero ser indigno —dice Raskolnikov a Dunia—, pero no quiero que tú lo seas...»

Otro «gran pecador» es Svidrigailov, en cuya casa ha estado de señora de compañía la hermana de Raskolnikov, a la que aquél persiguió con sus insinuaciones. Es de un cinismo total. No cree en nada. No teme nada. Para él, la vida futura es sólo una «pequeña habitación —como si dijéramos, un cuarto de baño— en el campo, ahumada, con arañas en los rincones; en eso consiste toda la eternidad». Se divierte donde puede y no se preocupa de las consecuencias que pueden tener sus caprichos. «Figuraos que sólo le di dos latigazos», dice refiriéndose a su difunta mujer. Antaño, violó a una niña de catorce años, sordomuda, que se ahorcó después de irse él.

Svidrigailov vuelve a encontrarse con Dunia en San Petersburgo y la persigue para obtener sus favores. La lleva a una habitación y le propone salvar a su hermano —cuya confesión ha sorprendido— a condición de que se le entregue. Cogida en el cepo, Dunia toma un revólver y quiere matar a su seductor. Luego, arroja con asco el arma. Y él, viendo que no *le ama lo bastante* para matarle, la deja ir tristemente.

Esta negativa, esta dignidad en la negativa, le abruma. El, que no ha amado a nadie, ni odiado a nadie, se despierta en la pasión. El, que sólo ha experimentado sensaciones, conoce por fin la terrible proximidad de un sentimiento.

«Aquella noche, hasta las diez estuvo recorriendo tabernuchos infectos y burdeles. Después, va a casa de Sonia y le entrega una importante cantidad de dinero. Luego va a casa de su novia, una chiquilla enfermiza que le han vendido unos padres desventurados, y regala a la familia 15.000 rublos. Finalmente, alquila una habitación en un hotel de mala fama y, valientemente, intenta conciliar el sueño.

»Pero una sucesión de pesadillas le agotan. Sueña con una chiquilla acostada en un ataúd, y reconoce a la niña que se suicidó por él. También le parece que descubre a una niña de cinco años abandonada en el rincón de un pasillo. La lleva a su casa. ¡Pero la criatura se vuelve hacia él con el rostro encendido y le tiende los brazos!

»"¡Ah, maldita!", exclama Svidrigailov levantando la mano sobre ella... Pero en aquel momento se despertó.»

Más tarde, en un acceso de fiebre y de asco, baja a la calle y se suicida.

Marmeladov, Sonia, Dunia, Svidrigailov, Lujin, todos los canallas, todos los cínicos, todos los desgraciados que enmarcan la gran figura de Raskolnikov, llevan en sí su disculpa. Conocen su miseria moral. Y,

para Dostoyevski, sólo los jueces merecen ser juzgados. En la tierra sólo es vil el hombre privado de deseo, el espíritu seco, el intelectual orgulloso. Ningún crimen mata el derecho al perdón. El amor lo salva todo. El amor y la humildad. Porque el amor humano debe ser humilde.

Se le ha recriminado a Dostoyevski el pintar sólo monstruos y enfermos. «Musa de lazareto». «Talento cruel».

El doctor Tchyj, el gran especialista dostoyevskiano, estima que la cuarta parte de los personajes de Dostoyevski son neuróticos. Encuentra seis en *Crimen y castigo,* dos en *Los hermanos Karamazov,* seis en *Los poseídos,* cuatro en *El idiota,* y cuatro en *El adolescente.*

Y, efectivamente, Raskolnikov está continuamente «tiritando de fiebre» o «vuelve a delirar». Svidrigailov padece voluptuosas y terroríficas alucinaciones. Marmeladov se encuentra en el umbral del delirio alcohólico. Catalina Ivanovna está en el último grado de la tuberculosis. Y —como dice Svidrigailov— todo San Petersburgo «es una ciudad de semilocos».

Desde luego, la primera impresión es que no tenemos nada que ver con estos seres desconcertantes. Y, sin embargo, nos atraen como el fondo de un abismo. Nunca los hemos encontrado. Pero nos son misteriosamente familiares. Los comprendemos. Los amamos. En fin, nos reconocemos en ellos. Y es que no son más anormales que nosotros. Son lo que no nos atrevemos a ser. Hacen y dicen lo que no nos atrevemos a hacer y decir. Ofrecen a la luz del día lo que nosotros hundimos en las tinieblas de nuestras consciencias.

¿Y sus enfermedades? ¿Y sus locuras? ¡Pues bien! No son más que *disculpas.* Para que el lector admita la existencia de estos seres, la lógica de sus discusiones y de sus actos, Dostoyevski se ha visto obligado a inocularles la demencia, la tuberculosis, la epilepsia, la histeria... Los ha cargado para descargarnos a nosotros. Nos ha hecho la concesión de ponerles una etiqueta patológica sobre la espalda. Estos personajes, que no son más que ideas ambulantes, han sido provistos por Dostoyevski de una cartilla sanitaria: «Lo que cuento ahí es completamente plausible, puesto que se trata de un desequilibrado.»

Y la crítica oficial choca contra este pretexto. Examina los libros de Dostoyevski como manuales de psicopatología. No piensa en levantar la máscara y mirar el rostro auténtico de estos monstruos, su rostro humano, nuestro propio rostro.

«Nos preguntamos, una vez más, si la literatura tiene derecho de aferrarse a excepciones enfermizas», escribe De Vogüé. ¿Dónde está la excepción? ¿Dónde están los enfermos? Para estar enfermo hay que tener un cuerpo. Los personajes de Dostoyevski no lo tienen. Los personajes de Dostoyevski no son sino los vehículos de nuestros propios pensamientos, sólo son nuestros pensamientos. Y si el mundo en que se mueven se parece al nuestro, es por una hábil trampa del autor. Y aun esas habitaciones heladas, esos garitos malolientes, esas callejuelas brumosas, esos faroles plantados oblicuamente en el barro, esas ropas sórdidas en las ventanas, componen más bien un decorado irreal de sueño. No es una pintura realista, es una visión de pesadilla. Y los mismos de-

talles que el autor aclara en ese barullo de sombra y miseria nos chocan como indicios de un sadismo sobrenatural. Tienen un sentido misterioso: «los cuadros que representan señoritas alemanas» en casa de la usurera; «las rodajas de pepino, las galletas renegridas y el pescado cortado en lonchas», en la taberna; «el sofá tapizado de indiana», en casa de Marmeladov, y «ese asqueroso perro, lleno de barro y con el rabo entre las patas» que pasa junto a Svidrigailov cuando se va a matar... Cada una de estas precisiones nos sacude, como una conmoción eléctrica. Pero no nos despiertan. Sirven sencillamente para hacernos apreciar el camino recorrido desde lo real hasta lo soñado. Son la unidad de medida que nos propone Dostoyevski, de vez en cuando, por caridad. Y después, volvemos a reanudar nuestro paso de sonámbulos.

Para llevar a feliz término la publicación de su libro, Dostoyevski debe luchar con su mismo editor, que exige modificaciones. Katkov y su «lugarteniente» Leontiev estiman que el capítulo de la lectura del Evangelio puede «interpretarse mal» y que se verán en él «huellas de nihilismo». Dostoyevski insiste. Es tiempo perdido. «Me puse a la tarea, y la transformación de este gran capítulo me ha costado tanto como tres capítulos, por el gran trabajo que me ha dado.»

Pero, en realidad, este arreglo no impidió que la crítica tratara de nihilista a Raskolnikov. «Por primera vez, tenemos ante los ojos a un nihilista que sufre, a un nihilista torturado por un sufrimiento profundamente humano», escribió Strajov. Se compara a Raskolnikov con el revolucionario Bazarov, de Turgueniev.

Pero, entre Bazarov y Raskolnikov, la distancia es considerable. Bazarov es un hombre nuevo, un héroe de su tiempo y estrictamente de su tiempo: un nihilista. Raskolnikov, en cambio, es de todos los tiempos. No es un problema social lo que le atormenta, sino un problema metafísico. No es el *resultado* de una moda intelectual, sino de una *constante* humana. Bazarov sólo se concibe en el marco del siglo XIX. Raskolnikov hubiera podido aparecer en la Edad Media, lo mismo que en nuestros días. Bazarov es un hombre. Raskolnikov es *el* hombre.

Los estudiantes secundaron la crítica y sólo vieron en Raskolnikov una carga ciega contra la juventud universitaria. Por una extraña coincidencia, un asesinato cometido en Moscú por un estudiante, al poco de publicarse la novela, confirmó el punto de vista de aquéllos. Su admiración por Dostoyevski decayó de la noche a la mañana.

En cuanto al gran público, acogió *Crimen y castigo* con un entusiasmo ingenuo. Este libro, que participaba de la novela policíaca, del relato sentimental y de la tesis filosófica, contentó a todos. No siempre lo comprendieron. Pero lo admiraron sin reservas. El nombre del autor estaba en boca de todos. Se citaba a Dostoyevski junto a Turgueniev y Tolstoi. Era la gloria.

De todos modos, esta repentina claridad no saca de sus apuros económicos a Fiodor Mijailovich. Se acerca el 1 de noviembre, fecha en que debe entregar una novela inédita a Stellovski, y aún no ha escrito la primera línea de esta nueva obra. El día 1 de octubre, Miliukov visita a Dostoyevski.

«Iba y venía —escribe Miliukov— a grandes pasos por la habitación, fumando un cigarrillo; estaba muy inquieto.

»—¿Qué le pasa a usted? —le pregunté.

»—Es horrible, estoy perdido —contestó, sin dejar de pasear.

»—¿Qué? ¿Qué pasa?

»—¿Sabe usted qué clase de contrato me liga a Stellovski?

»—Usted me habló de un contrato, pero ignoro sus cláusulas.

»—¡Pues bien! Mire.

»Se acercó a la mesa escritorio, cogió de ella un papel que me dio, y siguió deambulando por la habitación.

»Yo estaba espantado. No sólo percibía Dostoyevski una cantidad irrisoria por sus obras, sino que estaba obligado a suministrar para noviembre, es decir, para cinco meses después de firmarse el contrato, "una novela nueva, inédita, comprendiendo por lo menos diez pliegos impresos de gran formato", y, de no cumplirse esto, Stellovski se reservaba el derecho de publicar sus futuras obras sin remuneración.

»—¿Está muy adelantada esa novela? —pregunté.

»—No he escrito ni una línea.»

Miliukov, trastornado, ofrece reunir a algunos amigos, repartir entre ellos el trabajo de los capítulos, y componer el libro en colaboración.

«Nunca firmaré con mi nombre la obra de otro», contestó Dostoyevski.

Entonces, Miliukov le sugiere que dicte la novela a una taquígrafa. Pero Fiodor Mijailovich vacila. ¿Sabrá adaptarse a este nuevo sistema de trabajo? ¿Y dónde encontrará una secretaria dispuesta?

«¡Yo me ocuparé de ello!», exclama Miliukov.

Al día siguiente, 2 de octubre, Miliukov va a casa de Olchin, que dirige un curso de taquigrafía para señoras, y le explica el asunto. El 3 de octubre, a las seis de la tarde, Olchin se acerca a una de sus alumnas y le dice sencillamente:

«Anna Grigorievna, ¿quiere usted aceptar un pequeño trabajo de taquigrafía? Me han pedido que busque a alguien. He pensado en usted.»

13. Anna Grigorievna

El 4 de octubre de 1866, Anna Grigorievna Snitkina sale temprano de casa de sus padres, compra algunos lápices y una cartera en una papelería de Gastiniy Dvor y se encamina por el callejón de Stalarniy hacia la casa de Dostoyevski. Anna Grigorievna es una jovencita de veinte años, de rostro pálido, iluminado por hermosos ojos de un gris leal y alegre. Es de buena familia. Ha terminado sus estudios en el Gimnasio María con medalla de oro. Si su madre ha aceptado que sirva de secretaria a un escritor es porque su padre, cuando vivía, fue un ferviente admirador de Dostoyevski. En realidad, ¿cómo es este Dostoyevski? Debe de ser un contemporáneo de papá, un señor obeso y calvo, o ¿es muy alto, muy delgado y muy severo? Anna está muy emocionada pensando que va a «colaborar» con un autor tan célebre como Dostoyevski. ¿No la encontrará tonta? ¿Sabrá Anna hablarle de sus libros? Se le escapa el nombre de ciertos personajes de *Pobres gentes*. ¿Qué hacer si le interroga sobre este tema? ¿Confesar su olvido, o fingir distracción?

A las once, se detiene ante el «inmueble Alonkin», un gran edificio, compuesto de infinidad de pequeños alojamientos, y que recuerda bastante la casa de Raskolnikov en *Crimen y castigo*.

«¿El alojamiento número trece?»

«Bajo la bóveda, en el segundo piso.»

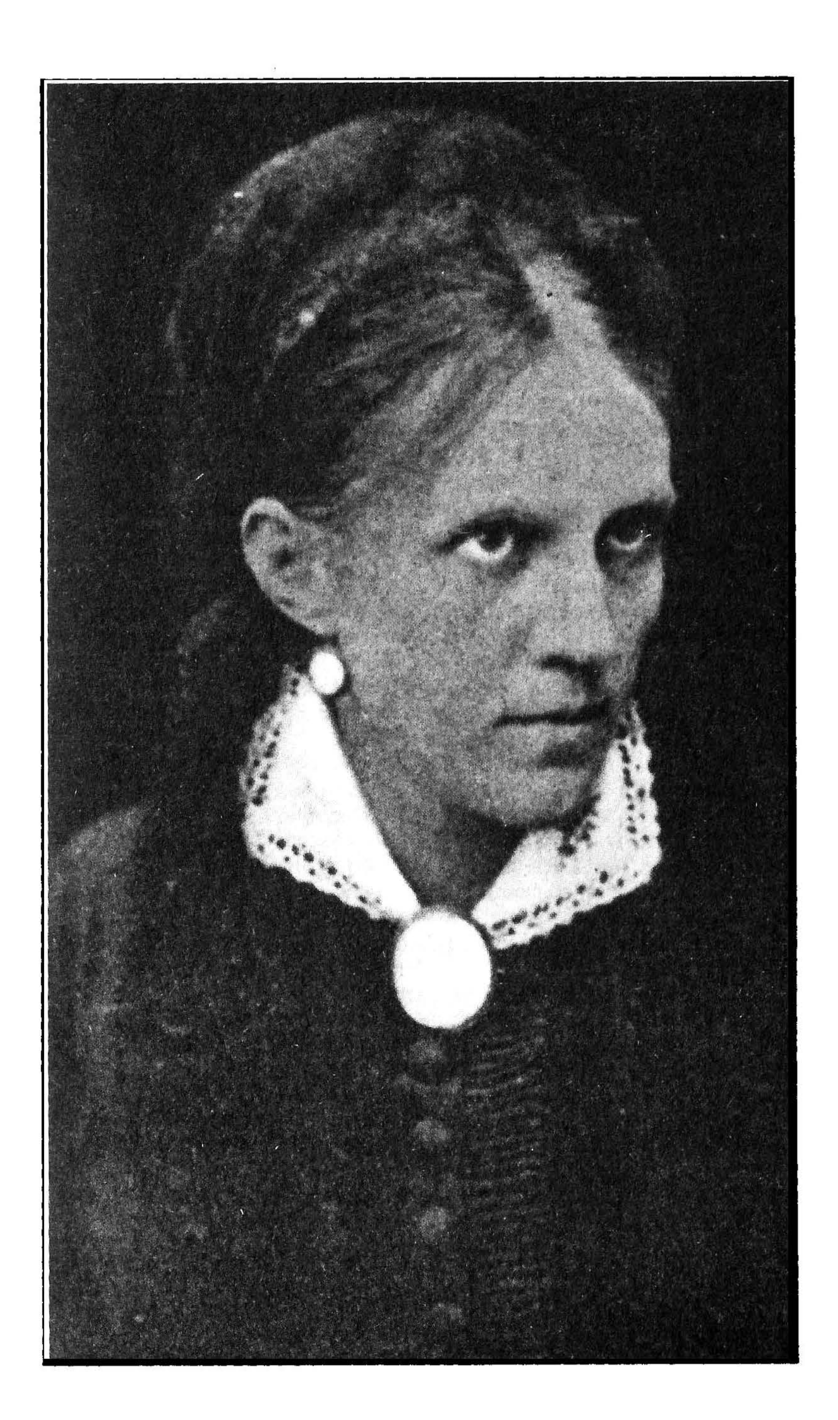
El despacho en el que la introduce una sirvienta de edad indefinible es una gran habitación, modestamente amueblada con un sofá, varias sillas y una mesa escritorio. Apenas se ha sentado, se abre la puerta, y Fiodor Mijailovich entra disculpándose porque le habían entretenido.

«Era de estatura mediana —anota Anna en sus *Recuerdos*—. Sus cabellos de color castaño claro, incluso ligeramente rojizo, estaban untados de pomada y cuidadosamente alisados. Pero lo que más me extrañó en este rostro, fueron los ojos. Dostoyevski llevaba una chaqueta de paño azul bastante rozada ya, pero el cuello y los puños de la camisa tenían una blancura nívea.»

Dostoyevski se acerca. Tiene aspecto de estar cansado, triste, perdido. En realidad, la víspera sufrió un violento ataque epiléptico, y aún no se ha repuesto completamente.

Con voz apagada, ruega a Anna Grigorievna que se siente y que escriba al dictado un pasaje para *El Mensajero Ruso*. Dostoyevski lee muy de prisa, y Anna protesta: «¡Nunca se habla así!»

Anna Grigorievna. ▶



Más tarde, mientras Anna traduce el texto taquigrafiado, Dostoyevski deambula de arriba abajo y se impacienta:

«¡Cuánto tarda! ¿Es posible que se necesite tanto tiempo para copiar?»

Después de examinado el trabajo, encuentra que su secretaria ha olvidado un punto, y que no ha indicado con claridad un acento.

«¡Es inadmisible! ¡Inadmisible! De todos modos, me es imposible dictar hoy. Vuelva mañana.»

«¡Ah, mamá! ¡No me habléis de ese Dostoyevski», exclama Anna Grigorievna.

Anna vuelve al día siguiente y, esta vez, el trabajo se organiza lo mejor posible. Fiodor Mijailovich dicta, con su buen humor recobrado, los primeros capítulos de *El jugador*. De vez en cuando, se detiene para contarle a la joven algún recuerdo suyo: su infancia, su detención, el cadalso, Siberia... Escucha, encantada, emocionada, a este hombre que ha sufrido tanto y pensado tanto, y que, sin embargo, se interesa por ella.

«¿Cuántas páginas hemos hecho ayer? ¿Terminaremos para el día fijado?»

La novela avanza. Y Fiodor Mijailovich se tranquiliza poco a poco. Experimenta un placer especial en trabajar junto a esta muchacha joven, tan lozana y tan amable. El hecho mismo de dictarle una novela de amor añade una turbación deliciosa a la aventura. Ferozmente, voluptuosamente, Fiodor Mijailovich evoca la altanera figura de Paulina Suslova frente a esta chiquilla aplicada. Incluso da el nombre de su antigua querida a la heroína de la novela.

El profesor Alexéi Ivanovich, que cuenta la historia, está perdidamente enamorado de Paulina, la hijastra del general Zagorianski. Paulina se entera del amor del joven y le tolera que le hable de ello, pero le trata con desprecio. «¡Pues bien!, lo confieso, me deleita ser esclavo suyo —le dice Alexéi Ivanovich—. Hay un gozo en el último grado de la humildad y del rebajamiento... Aproveche mi esclavitud. ¡Aprovéchese de ella! ¿Sabe usted que más tarde o más temprano la mataré?»

Cuando Paulina le explica que necesita dinero, Alexéi Ivanovich va al casino y juega a la ruleta con los 700 florines que Paulina le ha entregado. Una fiebre repentina se apodera de él. «Experimenté un deseo de desafiar al destino, de hacerle burla, de sacarle la lengua.» Pierde todo y abandona la sala, abrumado. Pero Paulina insiste y él vuelve al casino. Esta vez, la suerte le sonríe. «Mis sienes estaban sudorosas; mis manos temblaban. Unos polacos me ofrecieron sus servicios, pero yo no escuchaba a nadie. La suerte no me abandonaba. De pronto, hubo jaleo, risas: "¡Bravo, bravo!", gritaban. Algunos hasta aplaudían. Allí tenía 30.000 florines, y la banca cerraba hasta el día siguiente.»

Vuelve apresuradamente al hotel y entra en la habitación donde le espera Paulina.

«No quiero coger este dinero sin dar nada a cambio», dice Paulina. Le acaricia, le besa y se le entrega.

«Eres simpático... simpático —repetía Paulina—. ¡Qué! ¿Me vas a dar mis cincuenta mil francos?»

Cuando ya los tiene, Paulina se los arroja a la cara y huye.

Después de la partida de Paulina, Alexéi Ivanovich se va a París, donde gasta el dinero con una aventurera. Más tarde, vuelve a jugar para vivir. Pierde, gana, vuelve a perder...

«Verdaderamente, se experimenta una sensación singular cuando, estando solo, en tierra extraña, lejos de su país y de sus amigos —y sin saber si tendrá qué comer aquel día— se arriesga el último florín, el último de verdad.»

La novela termina con esta melancólica frase: «Mañana, mañana habrá terminado todo.»

Además de las dos figuras centrales, que son Paulina y Alexéi Ivanovich, *El jugador* cuenta con un personaje cómico que merece citarse: la riquísima vieja, tía del general, la «babulienka», cuya muerte espera toda la familia con impaciencia. Llega un buen día a la ciudad de juego, con un séquito de criados. Por orden suya, la llevan con su sillón de ruedas hasta el casino, donde se pone a jugar como una desenfrenada. «La abuela no podía estarse quieta; fijaba sus ardientes ojos sobre la bola que zigzagueaba a través de las casillas de la bandeja móvil; hasta dio un puñetazo sobre la mesa cuando el *croupier* anunció treinta y seis, en lugar de cero descontado.» Después de una ganancia importante, inmediatamente hundida en una enorme pérdida, la «babulienka», completamente arruinada, abandona la ciudad.

Esta novela rápida, superficial (al leerla se adivina que ha sido dictada apresuradamente), nos da a conocer la doble pasión de Dostoyevski: Paulina... y el juego.

Al hojear *El jugador*, cree uno estar recorriendo una réplica del *Diario* de la Suslova. La misma atmósfera de adoración insatisfecha, los mismos saltos de humor y los mismos cambios apasionados.

«En tu presencia, pierdo todo mi amor propio», dice el héroe a la bienamada, y Dostoyevski debió de repetirle a menudo esta frase a Paulina.

«La cogí en mis brazos, le besé las manos, los pies, caí de rodillas ante ella», escribe Dostoyevski en *El jugador*. «Cayó a mis pies, abrazando, apretando mis rodillas y, sollozando, exclamó: "Te he perdido, lo sabía"», escribe la Suslova en su *Diario*.

Se podrían multiplicar las comparaciones.

En cuanto a su obsesión por la ruleta, Dostoyevski nos la explica con una fórmula asombrosa: «Experimenté como un deseo de desafiar al destino, de hacerle burla, de sacarle la lengua.»

La ruleta le permite jugar con el destino, como el destino juega con él. Gracias a la ruleta, pasa más allá del «muro». Cae en el dominio de lo ilógico, de la posibilidad total, del azar. «Dos por dos son cuatro» ya no significa nada. Las martingalas más sabias quedan anuladas por los caprichos innumerables de la suerte. En el juego, y sólo en el juego, nada depende de nada.

El juego es la primera experiencia de la libertad en el mundo físico.

El 30 de octubre de 1866, tras veinticinco días de trabajo afortunado, *El jugador* está dispuesto para la imprenta. El 1 de noviembre Dos-

toyevski va a casa de Stellovski para entregarle el manuscrito. Pero el editor se había adelantado: se había ido a provincias; sus criados ignoraban la fecha de su regreso y, en la editorial, el jefe se negó a aceptar la novela so pretexto de que no había recibido instrucciones sobre el particular. Entonces, a Dostoyevski se le ocurrió presentarse en la Comisaría del distrito y depositar en manos del celador el libro, contra un recibo debidamente firmado y fechado.

El tramposo había sido descubierto, el encargo cumplido y, sin embargo, Dostoyevski no estaba completamente satisfecho.

Se había acostumbrado a esta chiquilla que venía todos los días a su casa, y que discutía sobre sus héroes con un entusiasmo juvenil. Con ella el trabajo era fácil y divertido. Era agradable pensar, hablar, vivir junto a ella.

La idea de una inmediata separación le apena. Va a visitar a la madre de Anna Grigorievna, y propone a la muchacha que «colabore» en los últimos capítulos de *Crimen y castigo*. Anna Grigorievna acepta inmediatamente. El 8 de noviembre se dispone a continuar su trabajo en casa del escritor.

Dostoyevski la recibe en un estado de agitación extrema. Muy pálido, muy emocionado, le ayuda a quitarse el sombrero y la lleva a una butaca. Contempla este rostro puro que el tiempo no ha marcado, este rostro sencillo y victorioso. ¡Qué joven es! ¡Cómo lo desconoce todo! ¡Cuánto la ama!, ¿pero qué derecho tiene a confesarle su amor, cuando le dobla la edad, está enfermo, acribillado de deudas y es pobre? Siente el mismo escrúpulo que ante Anna Korvin-Kruskovskaia. Teme una negativa. Está seguro de una negativa.

«Oiga —le dice—, he pensado en una nueva novela. Pero el final me preocupa un poco. Se trata de la psicología de una muchacha. Si estuviera en Moscú, consultaría a mi sobrina Sonia; hoy es a usted a quien ruego...»

Y le cuenta la historia de un pintor, «un hombre que ya no es joven, en una palabra: un hombre de mi edad»... Este pintor tiene una vida difícil; se le han muerto su padre, su mujer, parientes, su hermana preferida. Está solo, desilusionado, pobre. Y, sin embargo, siente la necesidad de una nueva felicidad. Y, en este momento decisivo de su vida, encuentra a una joven dulce, inteligente y sensible: «¿Cree usted que podría amarle sinceramente?... Durante un minuto, póngase en su lugar. Figúrese que este pintor soy yo, que le confieso mi amor, que le pido que sea mi mujer, diga, ¿qué contestaría usted?»

Se detiene, avergonzado por su propia audacia. ¿No habrá estropeado una amistad muy tierna al hablar de esta forma? ¿No habrá asustado a esta joven que no sospechaba nada? Pero Anna Grigorievna le está mirando con una alegre tranquilidad. Luego, la joven le dice sencillamente:

«Le contestaría que le amo a usted, que le amaré toda mi vida...»

La familia de Mijaíl, de quien Dostoyevski se había hecho cargo, y Pavel Isaiev —el hijastro— veían amenazados sus intereses con el nuevo enlace del escritor. Trataron de demostrarle que era absurdo, e in-

cluso vicioso, que un «viejo» se casara con semejante «jovencita». Estas recriminaciones torturaban a Fiodor Mijailovich, porque respondían exactamente a sus más íntimas dudas.

«Mi juventud le turbaba visiblemente», anota en su *Diario* Anna Grigorievna. Y, más adelante, Dostoyevski escribió a la Suslova: «He notado que mi taquígrafa me quería sinceramente, aunque nunca me dijo nada; y a mí me iba gustando cada vez más. Como desde la muerte de mi hermano la vida me pesa y aburre, le he propuesto que sea mi mujer. Ha aceptado... La diferencia de edad es enorme (veinte y cuarenta y cuatro); pero me voy convenciendo de que será dichosa: tiene corazón y sabe amar.»

La carta a la «eterna amiga» demuestra una turbación y una vergüenza manifiesta. Esta felicidad burguesa, esta tranquilidad, la tierna edad de la novia... Todo esto le turba, como si estuviera cometiendo una mala acción. Y después, una vez que esté amarrado en el puerto, ¿no echará de menos las tempestades de alta mar? ¿Y todas estas gentes que se asombran en torno suyo? Todas estas gentes que, indudablemente, se ríen sarcásticamente cuando les da la espalda, que le tratan de «viejo loco», de «sádico»... ¡Qué importa! El 15 de febrero de 1867, a las siete de la tarde, Fiodor Mijailovich Dostoyevski se casa con Anna Grigorievna en la iglesia de la Trinidad.

«En el futuro, tú lo serás todo para mí —escribe Fiodor Mijailovich a Anna Grigorievna, en la primera carta que le dirige con motivo de su cumpleaños—; eres mi esperanza y mi fe, mi dicha... Todo.» Y la joven novia que recibe esta declaración está emocionada e inquieta a la vez. ¿Estará a la altura de su tarea? ¿Será digna de la responsabilidad que la incumbe de pronto?

Fue abnegada y discreta en extremo.

Desde los quince años, había admirado a su futuro marido. Siguió admirándole toda la vida, sin comprenderle demasiado y tratando sencillamente de hacerle feliz.

Se había forjado de él una imagen cómoda y reconfortante. Pequeñoburguesa, sólo vio en él un pequeñoburgués. Ingenua para su edad, lo presentó bajo los rasgos de un buen padre de familia, despojado de todas las taras, limpio de todos los bajos instintos, amante, y tan bueno y sencillo entre todas estas gentes complicadas y malas. De un Rembrandt, hizo una estampita de primera comunión; de un ser violento y misterioso, un héroe para comedias de patronato.

¡Ah, no! No era muy inteligente. Tampoco era muy instruida, a pesar de su medalla de oro. Pero tenía un sentido práctico a toda prueba. Había nacido «secretaria». Uno de sus amigos decía de ella: «Si no se hubiera casado con Dostoyevski, hubiera puesto una oficina de cambio en la gran avenida Nievski.»

No trajo a la vida de Dostoyevski desesperaciones fértiles, grandes orgullos espectaculares y éxtasis sobrenaturales a los que le habían acostumbrado las mujeres. No fue un generoso botín para sus novelas. No enriqueció el tesoro de sus notas. Pero ordenó estas notas con un cuidado de ejemplar ama de casa.

Meticulosa, ahorradora, virtuosa, le gustaban los libros de cuentas, apuntaba el precio de un café a la crema o de un pastel en su diario íntimo, examinaba los contratos de su marido, vigilaba el pago de los honorarios, contenía a los acreedores, copiaba, clasificaba, catalogaba, se afanaba en el orbe del genio, como un ama de casa en su cocina; es el tipo de mujer que «ordena todo lo que está desordenado».

En cierto modo, ha desempolvado la vida de Dostoyevski. Junto a este hombre, no ha sido la musa, sino la hermana de caridad. Pero Dostoyevski necesitaba más una hermana de caridad que una musa.

Fueron penosos los comienzos de Anna Grigorievna en el matrimonio. La cuñada, los hermanos, los sobrinos de Dostoyevski, y su hijastro Isaiev, una especie de canalla, perezoso y charlatán, se consideran perjudicados por su casamiento y se mostraron fríos con la intrusa. Pavel Isaiev, que vive en casa de Dostoyevski, prohíbe a los criados que obedezcan a la nueva ama de casa, roba el azúcar, se zampa a escondidas la nata destinada para el café de su padrastro, y declara encogiéndose de hombros:

«¡Eh, papá! ¡Cuando yo llevaba la casa, todo marchaba bien!»

Se queja a Dostoyevski de las imaginarias ofensas que no deja de infligirle la joven esposa, a él, al «hijo». Y Dostoyevski riñe amablemente a Anna Grigorievna:

«Annushka, deja de discutir con Pavel, no le ofendas, es un buen chico.»

Las escenas familiares son cada vez más frecuentes. La salud de Fiodor Mijailovich se resiente a consecuencia de ello. Sufre ataques epilépticos de una extraordinaria violencia.

«Cogí a Fiodor Mijailovich por los hombros —escribe Anna Grigorievna— y con toda mi energía le obligué a sentarse en el sofá; pero cuál no sería mi sorpresa al ver que el cuerpo insensible resbalaba hacia el suelo en el momento en que no tenía ya fuerzas para retenerlo. Empujando una mesa en la que se hallaba una lámpara encendida, procuré al enfermo la posibilidad de echarse en el suelo; luego, sentada a su lado, todo el tiempo que duraron las convulsiones, tuve su cabeza sobre mis rodillas...

»¡Ay! Para mi inmensa pena, pronto sufrió un nuevo ataque, mucho más fuerte que el primero, y sólo al cabo de dos horas recobró el conocimiento gritando de dolor. ¡Era un espectáculo horrible!» Y Fiodor Mijailovich escribe a Maikov:

«Nada hay más insoportable que experimentar y conocer esa conmoción de los nervios y del cerebro. Empiezo realmente a perder la inteligencia.»

Los médicos le aconsejan que se vaya al extranjero. Anna Grigorievna aprueba este proyecto de evasión. Y Dostoyevski no desearía cosa mejor que huir, pero sus acreedores le hostigan insistentemente.

Sin embargo, cuando anuncia su partida a la familia, surge una protesta unánime. ¿No había prometido, hace tiempo, alquilar una villa adonde iría a descansar toda la familia durante el verano? Si renuncia a esta idea, debe compensar a sus parientes dejándoles dinero para que

puedan vivir durante su ausencia. Cada cual cotiza sus exigencias. Suben a 1.100 rublos.

Pero Dostoyevski sólo dispone de 1.000 rublos.

«Ya lo ves, mi querida Annushka, el destino está contra nosotros —dice Dostoyevski—. Si nos vamos al extranjero en primavera necesitaremos dos mil rublos, y apenas si tenemos la mitad. Pero si nos quedamos en Rusia, podremos vivir dos meses tranquilamente...»

Mientras tanto, los acreedores vuelven a la carga y amenazan a Dostoyevski con la cárcel.

«El encarcelamiento por deudas quizá me hubiera sido muy útil, desde cierto punto de vista —escribe Dostoyevski—. Hubiera acopiado materiales auténticos para una segunda *Casa de los muertos,* o sea, un beneficio de 4.000 a 5.000 rublos; pero acababa de casarme, y además ¿habría aguantado los calores del verano en la Casa de Tarasov? (cárcel para deudores).»

Anna Grigorievna, aconsejada por su madre, propone a Dostoyevski empeñar todos los muebles de su propiedad para pagar el viaje. Anna prefiere abandonar su ajuar, antes que padecer la guerra sorda de la familia. ¿Qué otra solución queda, puesto que cualquier día pueden venir a detener a Fiodor Mijailovich? Contrariado, Dostoyevski acepta el primer sacrificio de su mujer.

El 12 de abril, unos peritos vienen a tasar los sencillos muebles de Anna Grigorievna. Y el 14 de abril, a las cinco de la tarde, el matrimonio abandona la ciudad a la que volverá al cabo de cuatro años.

14. La pasión por el juego

«Estaba solo y sin medios de fortuna, con una criatura joven que acogía con una ingenua alegría la idea de recorrer el mundo conmigo; pero yo veía también que esta ingenua alegría suponía cierto arrebato y falta de experiencia, lo cual me cohibía y torturaba. Temía que Anna Grigorievna se aburriese junto a mí.»

Desde San Petersburgo, los Dostoyevski se fueron a Berlín, pasando por Vilna. Pero Berlín le pareció a Fiodor Mijailovich una ciudad tan fría, vacía y aburrida que sólo permaneció en ella cuarenta y ocho horas, marchando en seguida a Dresde. («Los tristes alemanes han agotado mis nervios hasta la exasperación.») En cuanto llegaron a Dresde, Dostoyevski alquiló un piso de tres habitaciones, y se apresuró a comprarle a su mujer un sombrero de paja blanca de Italia, adornado de cintas negras, que se llamaban entonces «sígame».

«Con gran asombro por mi parte, vi que no le disgustaba a mi marido ocuparse de esas compras», podemos leer en el *Diario* de Anna Grigorievna.

Muy pronto, los Dostoyevski organizaron el empleo de su tiempo de un modo invariable. Fiodor Mijailovich trabajaba de noche y no se levantaba hasta las once para almorzar. A las dos, se reunía con su mujer en la galería de cuadros, y le explicaba la *Madona* de Rafael, el *Cristo de la Moneda* de Tiziano, o la *Caza* de Ruysdael. A las tres, el matrimonio comía en un restaurante, y daban luego un paseo en el gran parque donde una orquesta tocaba «música barata».

«Fiodor Mijailovich tenía cultura musical —escribe Anna Grigorievna— y apreciaba a Beethoven, Mendelssohn y Rossini, pero no aguantaba a Mozart.»

A las nueve volvían a su domicilio para tomar el té. Dostoyevski leía un poco antes de ponerse a trabajar. Y Anna Grigorievna abría un carné en el que anotaba cuidadosamente, con signos taquigráficos, sus impresiones diarias.

En este encantador y anodino *Diario* de jovencita se encuentra de todo: el menú de las comidas, el precio de los huevos y de la levadura, el delicioso relato de las charlas y de las iras del querido *Fiedia,* apuntes de los comensales de los restaurantes... Se queda uno desconcertado al pensar que en el momento en que Dostoyevski preparaba *El idiota,* su mujer, su amiga, su confidente, anotaba en su pequeño álbum: «Me levanté temprano y me puse a lavarme, lo que despertó a Fiedia. Pero no se enfadó conmigo.» O bien: «La víspera, al prestarme su peine, Fie-

dia me rogó que tuviera cuidado... Pero mis cabellos estaban muy enredados y por eso, olvidando todas las recomendaciones, he roto tres púas del peine. Empecé a sollozar, y decidí irme de casa, llevándome el peine, y deambular hasta la noche...» Ninguna alusión a la génesis de la obra. Anna Grigorievna se acantonó fuera del laboratorio dostoyevskiano. Amó al hombre sin comprender al artista. ¡Si se hubiera casado con un tendero hubiera escrito lo mismo! «Mi querida Annushka, daría mucho por saber qué escribes ahí, con esos ganchos», le decía a veces Dostoyevski.

¡Si lo hubiera sabido, el pobre!

Hacia las doce, Fiodor Mijailovich iba a besar a su mujer antes de seguir su labor. Se sentaba en el borde de la cama. Y estas citas nocturnas eran la recompensa de la joven. «No son más que largas confidencias, palabras tiernas, risas, besos», escribe Anna Grigorievna.

Por fin, se separa de ella. Y, dejando ahí a esta ignorante y dulce criatura, se dirige hacia la mesa donde le esperan las notas de su próxima novela.

Dostoyevski ha huido de Rusia para trabajar. Y, sin embargo, no adelanta en su trabajo. De nuevo, le atormenta este destierro, deseado en un principio.

«Rusia me es indispensable —escribe a Maikov—, indispensable para mi trabajo literario... Como un pez privado de agua, pierdo todas las fuerzas, todos los medios...»

¿Qué ha ido a hacer en Dresde? ¿Y dónde encontrará el dinero para regresar a San Petersburgo? Sólo una esperanza: la ruleta. Sin embargo, aún no se atreve a hablar de ello a su mujer. Pero se le estropea el humor. Se vuelve agrio, rencoroso. La emprende con el matrimonio, con los alemanes, con los paisajes. «Lo critica todo; ¿por qué son estrechas las avenidas, por qué hay un estanque en este sitio, por qué esto, por qué aquello?», escribe Anna Grigorievna.

Por fin, Fiodor Mijailovich se decide a exponerle su idea. Y ella la aprueba. La aprueba porque teme una escena, un ataque. La aprueba contra su razón, contra su corazón. Dostoyevski está tan dominado por la fiebre de jugar, que acepta dejar a su joven esposa en Dresde, completamente sola, en una ciudad desconocida, para dirigirse a Hamburgo.

«Dice Fiedia que, si gana, vendrá a buscarme y pasaremos una temporada en Hamburgo. ¡Qué bonito sería! Por lo demás, quizá sería mejor que no se marchara.»

Por fin, el 16 de mayo, a las tres de la tarde, Dostoyevski se va, acompañado hasta la estación por su mujer, deshecha en lágrimas.

Y el 17 de mayo, al llegar a Hamburgo, le escribe:

«¿Por qué he dejado a mi Annushka?... He comprendido que no soy digno de un ángel tan dulce, tan hermoso, tan puro como tú, y que, encima, cree en mí. ¿Cómo he podido abandonarte? ¿Adónde voy? ¿Para qué?... Dios te entregó a mí para que redimiera mis enormes pecados presentándote a El desarrollada, conservada, salvada de todo lo que es bajo y mata el alma. Y yo... ¡vengo a turbarte con cosas tan estúpidas como mi viaje aquí!...»

El 18 de mayo, una nueva carta: «Desde por la mañana, empecé a jugar, y al mediodía había perdido 16 imperiales... Después de almorzar, volví con la intención de ser tan razonable como fuera posible y, gracias a Dios, recuperé todo lo que había perdido y 100 florines más. Hubiera podido ganar 300, pues los tuve en la mano. Pero los arriesgué y perdí. Ahora, Annushka, escucha mi conclusión: cuando se es razonable, cuando se tiene el corazón de mármol, frío y sobrehumanamente prudente, entonces se puede ganar —con toda seguridad, sin la menor duda— todo lo que se quiera... En una palabra, quiero aplicarme con extraordinaria energía a ser reflexivo.»

Pero sin duda su energía le traiciona, puesto que, al día siguiente, le confiesa a su querida Annushka:

«El día de ayer ha sido completamente nefasto. He perdido más de lo que mis medios me permitían. Cuando se tienen nervios como los míos, ángel mío, no se debe jugar. Estuve jugando aproximadamente diez horas, y terminé perdiendo... Hoy quiero hacer la última tentativa con lo que me queda: una gota de agua... Nuestra situación tiene verdaderamente algo extraño. ¿Se figuraría alguno de los nuestros en San Petersburgo que en este momento estamos separados y el porqué?»

Para descansar de sus emociones, se pasea en el parque, visita el Kursaal, oye música, «que es muy superior a la de Dresde». Le tienen enfermo los remordimientos. Trata de convencerse de que juega para salvar de la miseria a su querida Annushka y a toda la familia de San Petersburgo. Pero, muy pronto, no puede mentirse a sí mismo. Ya sólo vive para este minuto de ansiedad intensa, en que la bola lanzada se lleva las miradas en un vértigo de reflejos: negro, rojo, par, impar, ganancia o pérdida... La vida entera se halla suspendida en las vueltas de la rueda. El gozo y el dolor están comprimidos hasta el extremo. Le atraviesa una sensación superaguda. Está cubierto de sudor. Tiembla. Ya no piensa en nada. «En todas partes y durante toda mi vida —escribe el hombre subterráneo— he traspasado los límites.»

Traspasar los límites, rozar el peligro, arriesgar el todo por el todo, ¿no es ésta la única manera de vivir? Pero allí, en Dresde, una mujer joven se preocupa, llora y anota en su *Diario* íntimo: «Nuevas pérdidas, ¿qué resultará de todo esto?»

Dostoyevski se reprocha su indiferencia. Se promete regresar en cuanto haya ganado. «No salgo de esto —escribe el 20 de mayo—; estoy en un círculo vicioso, y no he conseguido ningún resultado, de manera que no me voy aún. ¿Qué me traerá el día de mañana?»

El «día de mañana» no trae nada que merezca la pena: «Mi querido ángel, ayer experimenté un sufrimiento terrible. Después de haber terminado la carta que te escribí, fui a Correos y allí me dijeron que no había carta tuya. Mis piernas flaquearon, no podía creerlo... Pensé que estabas enferma, moribunda. Aproximadamente durante una hora estuve andando por el jardín, temblando. Luego, pasé a la ruleta y lo he perdido todo... Regresé y fui de nuevo a empeñar el reloj... Oye, se ha terminado el juego, voy a volver lo más pronto posible. Envíame, pues, inmediatamente, en cuanto recibas esta carta, 20 imperiales...»

Después de enviar esta súplica, Dostoyevski vuelve a la ruleta y, de los 20 florines que le quedan, arriesga 10. Un momento le sonríe la suerte. Recoge 30 federicos de oro (300 florines). Pero, en lugar de abandonar la sala, se obstina y pierde todo lo que ha ganado.

«Comprendo que no hay nada que hacer si no puedes soportar mi ausencia y temes tanto por mí... Razona un poco, querida mía; en primer lugar mi propio fastidio por nuestra separación me ha impedido terminar provechosamente este maldito juego y volver a ti: no tenía el espíritu libre... He comprobado ya veinte veces, al acercarme a la mesa de juego, que si se juega con tranquilidad, con sangre fría y reflexión, *no hay ninguna posibilidad de perder.»*

Anna Grigorievna envía los 20 imperiales y, el 25 de mayo, va a la estación para acoger al marido pródigo. Pero Fiedia no se halla en el tren. Enloquecida, la mujer vuelve a su casa, donde le entregan una carta fechada el 24 de mayo: «Anna, amiga mía, esposa mía, perdóname, no me trates de canalla. He cometido un crimen, he perdido todo lo que me has enviado, todo hasta el último céntimo. Ayer recibí el dinero, y ayer mismo lo perdí. Annushka, ¿cómo podré mirarte ahora, qué pensarás de mí? ¡Oh!, amiga mía, ¡no me acuses irrevocablemente!... Odio el juego, y no solamente hoy, sino ayer, anteayer ya lo maldecía. En cuanto hayas recibido mi carta, envíame 10 imperiales.»

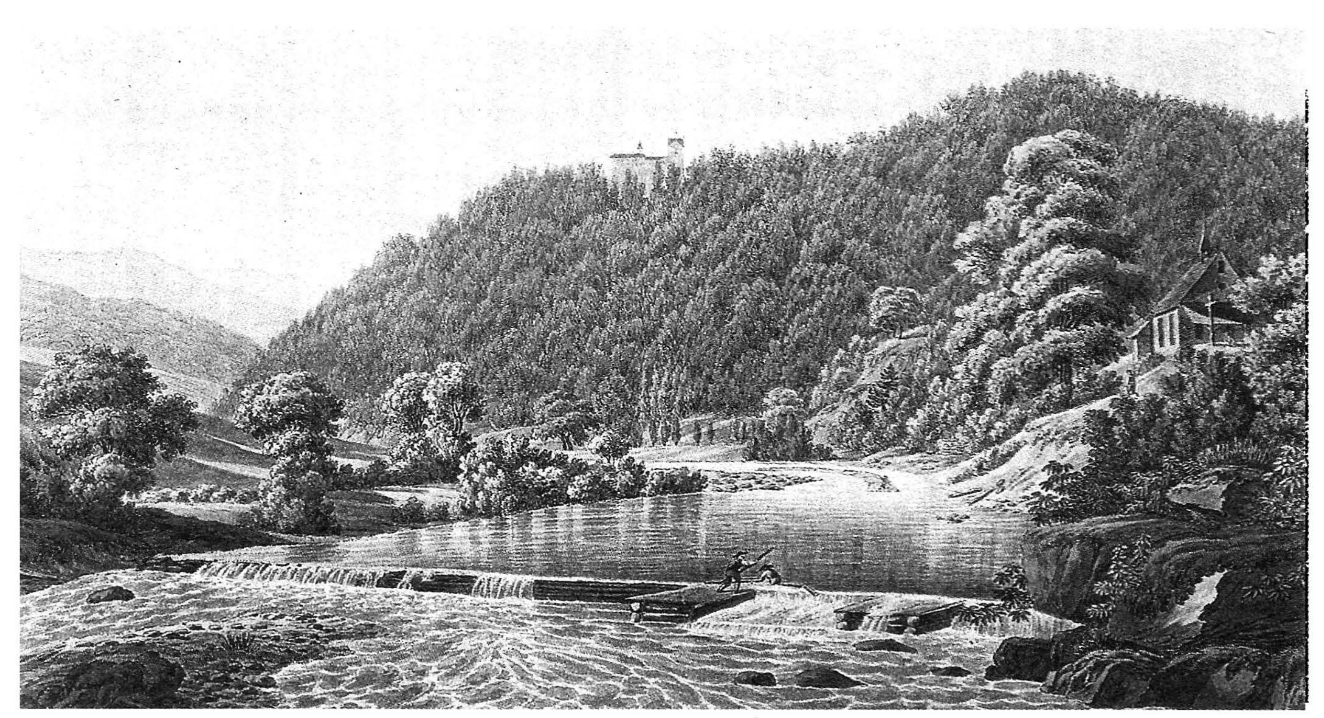
Por fin, el 27 de mayo, Dostoyevski regresa a Dresde. Su mujer le espera en el andén. Dostoyevski está pálido, tiene los ojos hundidos. Ha adelgazado. Anna se refugia en sus brazos. Y, con la primera mirada, Dostoyevski comprende que le ha perdonado de verdad.

Aquel mismo día, Anna Grigorievna entrega a Dostoyevski una carta que ha recibido para él durante su ausencia. En realidad, Anna la había abierto antes, porque había reconocido la letra de la Suslova, pero ha vuelto a pegar el sobre. «Era una carta tonta y grosera que demostraba la poca inteligencia de esta criatura», anota Anna en su *Diario.*

Dostoyevski lee la cartita y se turba. Y Anna Grigorievna, roída por los celos, se impone un inmenso esfuerzo para aparentar que no había notado nada. «Anna Grigorievna se ha revelado más profunda y mejor de lo que yo creía», escribe a Maikov.

Sin embargo, las preocupaciones, los pesares y el aburrimiento minan el buen humor de Fiodor Mijailovich. Piensa en el dinero perdido. Se acusa de haber jugado mal. Explica su fracaso por el apresuramiento, por la intranquilidad. Además, sólo fue a la ruleta dos o tres días todo lo más, y con una cantidad ínfima. ¡Ah!, si pudiera pasar dos semanas en una ciudad de juego, sabría atacar la suerte con una sangre fría de autómata. Irse a Suiza y detenerse en Baden-Baden. Esta es, a su juicio, la suprema sabiduría. Expone este plan a su mujer, y ella cede, convencida o cansada.

Apenas ha obtenido la promesa de una estancia en Baden-Baden, se tranquiliza y vuelve a trabajar. Hace un artículo sobre Bielinski. «¡Ah!, he sudado escribiéndolo; este trabajo me ha cansado muchísimo... Hubiera escrito con más facilidad diez páginas de novela que cuatro páginas de este artículo.»



Vista del castillo de Eberenstein, en las cercanías de Baden-Baden.

En realidad, Dostoyevski no era completamente objetivo en su opinión sobre este hombre al que había admirado y odiado con la misma fuerza. Quería expresar su agradecimiento por la crítica que le había animado en sus comienzos, pero cierto rencor frenaba su entusiasmo. Tuvo que volver a empezar cinco veces su artículo.

En cuanto regresó a Dresde, Dostoyevski envió una carta a Katkov suplicándole que le adelantara los 500 rublos necesarios para el viaje a Suiza e Italia. Pero sólo el 3 de julio pudo salir el matrimonio de Dresde para Baden-Baden.

En Baden-Baden, Dostoyevski arrastra a su mujer a las salas de juego y le muestra el funcionamiento de la ruleta. Juegan, ganan y en seguida pierden lo que han ganado.

Al día siguiente, Fiodor Mijailovich se lleva 10 ducados y deja sola a su mujer en la habitación del hotel. Son las cuatro. A las siete, aún no ha regresado. Anna Grigorievna se ha tendido sobre la cama, enferma de angustia y, en torno suyo, lentamente, la sombra se hace más densa.

A las once, por fin, aparece Dostoyevski, lívido, huraño, despeinado, con la corbata torcida. Ha perdido. Decide tirar su viejo portamonedas que, indudablemente, le trae mala suerte.

Al día siguiente, el mismo programa. Se va al casino con cinco ducados. Anna le espera. Dostoyevski vuelve: «"¿Has perdido?" "Sí", me contestó con turbación.»

Al cabo de diez días, Dostoyevski ha despilfarrado todas las reservas económicas del matrimonio. Entonces comienza para ellos una vida loca, desesperada, que dura casi un mes. Fiedia empeña su anillo de boda en el monte de piedad, juega, pierde, gana, saca su alianza, la empeña de nuevo, regresa a su domicilio tan pálido y deshecho que Anna sospecha que lo ha perdido todo en el juego: pero Dostoyevski trae cuarenta y seis piezas de oro. Y, con alegría febril, le cuenta a su mujer las fases de la partida:

«He tenido una suerte increíble. Puse al rojo y gané a cada jugada. Todos estaban maravillados.».

Y Anna le escucha... Y le admira.

«¡Qué alegría! Nuestra vida está asegurada por algún tiempo!», escribe Anna en su *Diario*.

Anochecido, Anna encuentra a su marido desplomado en un banco del parque. Unos jugadores le han arrastrado a la ruleta. Se ha enfadado. Ha perdido.

Otra vez, porque su vecino de mesa, un inglés, estaba demasiado perfumado, no pudo dominar sus nervios y estableció mal su plan de juego.

Pero, en cuanto la suerte le sonríe, vuelve a recobrar la esperanza, compra frutas, flores y bombones.

El 15 de julio Fiodor Mijailovich es poseedor de 4.000 francos. El 18 de julio, sólo quedan venticuatro monedas de oro en el saquito familiar reservado para el juego.

En algunas horas, Dostoyevski agota esta modesta reserva. Se pre-

senta ante su mujer y la suplica que le dé un objeto cualquiera para llevarlo al monte de piedad. Anna Grigorievna se quita los pendientes, los contempla un momento, rompe a llorar y los deposita en la palma de la mano abierta. «Fiedia se puso de rodillas delante de mí, me besó las manos, me dijo que no había conocido a nadie mejor y más adorable que yo.» Dostoyevski sale; cierra la puerta, dejando a esta pobre mujer desplomada en una butaca, que llora hipando como una niña. Siente un remordimiento atroz. Es un malhechor, un ladrón, un cobarde. Lo sabe. Y la consciencia de esta vileza le resulta misteriosamente agradable. Va corriendo al monte de piedad, y luego hacia la sala de juego. Tiembla como un criminal. Cuanto más desesperada es su situación, más le atrae el tapete verde. En esos minutos es cuando el juego se convierte en un verdadero cuerpo a cuerpo con la suerte. Ganad y seréis perdonados. Perded y seréis unos asesinos. Es la misma moral de Raskolnikov antes del presidio.

«Fiedia regresó al cabo de dos horas; había perdido el dinero de los pendientes. Se echó en una silla y quiso tenerme en sus rodillas. Pero me dejé resbalar a sus pies y traté de calmarlo. Me juró que había jugado por última vez y que renunciaría a ello en lo sucesivo. Ocultó el rostro entre sus manos y lloró. Sí, lloró. Me dijo: "Te he cogido —te he robado— tu última alhaja, y la he perdido."»

Como un chiquillo cogido en falta, este hombre de cuarenta y seis años, este escritor célebre solloza ante la chiquilla con la que se ha casado.

Pero, al día siguiente, mendiga cinco francos, después empeña sucesivamente su alianza, una mantilla de chantilly y la alianza de su mujer. La noche del 19 de julio ha ganado bastante dinero para recuperar las dos alianzas. El 20 de julio lo ha perdido todo y como último recurso empeña de nuevo los anillos.

Mientras tanto, Anna Grigorievna recibe una carta de su madre: «Si no le enviamos a K. el dinero necesario para retirar nuestros muebles, se quedará con ellos. ¡Sería horrible! Estos muebles que mis padres han adquirido con tanto trabajo y que me han legado, ¡perderlos ahora!...» Apenas ha terminado de leerla, Dostoyevski entra en la habitación, lívido, crispado y con los ojos enrojecidos.

«Todo se había terminado..., lo había perdido todo. Su pena era tan grande que temí un ataque.»

Escriben a Katkov, a la madre de Anna, piden prestadas tres monedas de oro al escritor Goncharov, que está veraneando en Baden-Baden; descubren a un prestamista para empeñar el gabán, citan a un «pequeño judío» que da siete florines por el abrigo de Fiedia, seis florines por el vestido de Annushka, y dos por un traje viejo. Se ven obligados a sacar algunas cosas ocultándose de la patrona. «Hice un paquete tan pequeño como me fue posible y Fiedia lo metió debajo de su abrigo.»

De nuevo, el juego, las pérdidas, las ganancias irrisorias. «El pobre Fiedia volvió desolado. Me dijo que se volvería loco, o que se pegaría un tiro...»

No han pagado a la patrona, y no tienen nada que comer, ni té.

La habitación es tórrida. Los niños de la vecindad chillan. Un herrero está instalado bajo las ventanas de los Dostoyevski, y el martillo de la fragua golpea el yunque a intervalos regulares: el ruido, el calor, el papel mohoso de las paredes en que duermen las moscas. Anna Grigorievna se siente al borde de la desesperación. En el suelo, en un rincón, ropa sucia. Anna se levanta. Con el rostro muerto, prepara la colada.

Algunos días más tarde, Fiedia gana lo suficiente para retirar todos los objetos empeñados, y Annushka recibe 150 rublos de su madre. Después de comer, Fiedia sale para desempeñar las joyas.

«A las ocho, Fiedia regresó. Se lanzó hacia mí con lágrimas y movimientos de desesperación, y me confesó que lo había perdido todo, todo lo que yo le había dado para desempeñar las alhajas... Me pidió de nuevo el dinero necesario para recuperar los objetos, pero, como yo no podía tener confianza en él, le acompañé a casa de Weismann. Por el camino, Fiedia me besaba las manos implorando mi perdón, como si realmente hubiese sido el gran culpable.»

«Anna Grigorievna ha empeñado *todo* lo que poseía —escribe Dostoyevski a Maikov—. ¡Qué ángel! ¡Cómo me ha consolado y cómo se ha aburrido en la maldita ciudad de Baden, en las dos minúsculas habitaciones que habíamos alquilado encima de una fragua!»

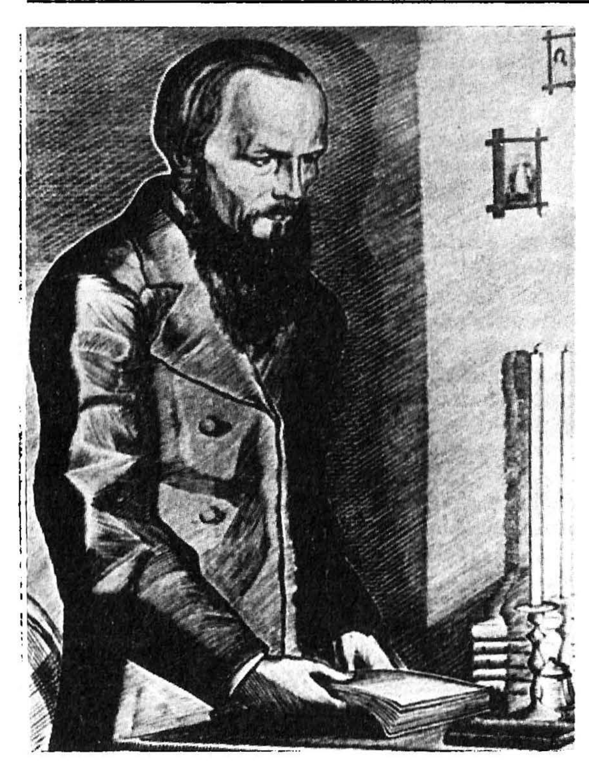
Aparte de Goncharov, el único ruso que Dostoyevski ha encontrado en Baden-Baden es Turgueniev. Hacía ya tiempo que Fiodor Mijailovich le debía 50 táleros: «¡Y aún no se los he devuelto!» Anna Grigorievna aconseja a su marido que visite a Turgueniev para demostrarle que no ha olvidado la deuda.

Dostoyevski lo hace, pero a disgusto. No quiere a Turgueniev por sus modales de gran príncipe lánguido. Le asquean sus condescendientes abrazos. No le ha gustado el último libro del escritor, *Humo*, del que ha retenido esta frase: «Si Rusia desapareciera de la superficie del globo, no habría pérdida ni conmoción alguna en la humanidad.» Y, desde el principio de su entrevista, la conversación degenera en discusión.

«Me dijo que era totalmente ateo. Pero, Dios mío, el deísmo nos dio a Cristo, es decir, una representación tan alta del hombre que no se le puede comprender sin veneración y que no se puede dudar de que no sea el eterno ideal de la humanidad. Pero, en cambio, ¡qué nos han dado todos esos Turgueniev, Herzen, Utin, Chernichevski?... Son todos tan vergonzosamente irritables, tan estúpidamente orgullosos que uno cree estar soñando. ¿Qué esperan? Y ¿quién los seguirá?».

Pero lo más inadmisible es que Turgueniev desprecia a Rusia, pretendiendo amarla.

«Entre otras cosas, me ha dicho que debíamos arrastrarnos ante los alemanes, que sólo hay un ánimo para todo el mundo: la civilización, y que todas las tentativas específicamente rusas, independientes, son groseras y estúpidas. Me dijo que estaba escribiendo un gran artículo sobre todos los eslavófilos. Le aconsejé que se encargara, para más comodidad, unos anteojos de París. "¿Para qué?", me preguntó. "Porque está usted colocado muy lejos —le contesté—; dirija los anteojos sobre Rusia y examínenos; de otra forma le sería difícil vernos."»



En su obra El jugador, *Dostoyevski refleja su amarga experiencia en el juego.*

Al oír estas palabras, Turgueniev se pone colorado y se muerde los labios para no replicar. Pero Dostoyevski, recordando la mal acogida que dispensó la prensa a *Humo*, sigue con pérfida ingenuidad:

«No podía figurarme que el poco éxito de *Humo*, y todos esos malos artículos le exasperasen a usted hasta tal punto. Le aseguro que no merece la pena. ¡No piense usted en ello!»

«¿Cómo se le ocurre decir semejante cosa? ¡No estoy exasperado en absoluto!», exclama el otro.

Y cuando Dostoyevski, para cambiar de tema, empieza a criticar a los alemanes, Turgueniev le contesta con una voz que tiembla de ira:

«Al expresarse así, me ofende usted *personalmente*. Sepa usted que estoy instalado definitivamente aquí, que me considero alemán y no ruso, y que me siento orgulloso de ello.»

Y Dostoyevski regresa a su casa, encantado de haber confundido a este aristócrata desarraigado.

A principios de agosto, gracias al envío de Katkov —al que Fiodor Mijailovich ha solicitado un nuevo anticipo de 500 rublos—, los Dostoyevski encuentran posibilidad de irse a Ginebra. Pero, una vez que han pagado las deudas, sólo les quedan 140 francos y el viaje cuesta 100.

Una breve visita de Fiedia a la ruleta, y la reserva de dinero desciende a 106 francos justos.

«Cuando me lo dijo, la ira se apoderó de mí —escribe Anna Grigorievna—; ¿se puede carecer de juicio hasta ese punto? Quise reñirle, pero se arrodilló y me pidió perdón.»

Se empeñan por última vez los pendientes, en 120 francos, y se desempeñan las alianzas mediante 20 francos.

«Entonces, Fiedia fue a la ruleta; le rogué que no tardara... Fiedia volvió al cabo de veinte minutos: me contó que había cambiado la moneda por táleros y lo había perdido todo. Le aconsejé que no se afligiera por eso y que me ayudara a hacer el baúl.»

Sonia

Cuando los Dostoyevski llegan a Ginebra, sólo les quedan 30 francos. Alquilan una habitación amueblada en casa de dos solteronas, en la esquina de las calles Guillermo Tell y Barthelier. Al cabo de cuatro días, todo su capital consiste en 18 francos. Y no hay más ingresos en perspectiva que 50 rublos prometidos por la madre de Anna Grigorievna. Fiodor Mijailovich se decide a pedir ayuda a su amigo Maikov.

«Sé, querido Apolon Nicolaievich, que usted mismo no dispone de suficiente dinero. Nunca me hubiera dirigido a usted, pero me ahogo, me ahogo literalmente.» Maikov le envía inmediatamente 125 rublos, que desaparecen muy pronto.

Desde su llegada a Ginebra, Dostoyevski reanuda el trabajo interrumpido. Acaba el artículo sobre Bielinski, que no se publicará nunca. Lee los periódicos rusos, Balzac, Georges Sand... Asiste también al Congreso de la Paz. Ve pasar a Garibaldi por la calle de Mont Blanc, toda engalanada. El héroe italiano, de pie en una calesa, agita un absurdo sombrerito como respuesta a las ovaciones. Más tarde, en la sala del Congreso, brota un torrente de discursos que exasperan a Fiodor Mijailovich:

«Es imposible figurarse las mentiras que estos señores socialistas y revolucionarios —a los que yo veía por primera vez en carne y hueso, y no en los libros— han podido decir desde lo alto de la tribuna dirigiéndose a cinco mil oyentes. Era inconcebible lo ridículo, débil, incoherente, absurdo y contradictorio de todo esto. Y estos canallas son los que sublevan a las masas trabajadoras. Es triste. Empezaron por decirnos que, para que reinara la paz sobre la tierra, era preciso aniquilar la fe cristiana, destruir las naciones grandes y sustituirlas por naciones pequeñas, suprimir el capital con el fin de que todo sea de todos...»

Mientras tanto, el invierno va llegando. El cielo está gris. Sopla el viento. En la calle, la gente anda de prisa. Dostoyevski se encuentra mal con este clima «podrido». Vuelven a darle los ataques. Y también vuelve a sentir su inevitable odio por el extranjero:

«Todo lo de aquí es repugnante, putrefacto y carísimo. Todos están borrachos. Ni siquiera en Londres he visto tantos borrachos fu-

riosos y ruidosos. Y al menor bloque de piedra lo llaman "elegante y majestuoso".

»"¿Dónde está la calle tal?" "Mire, señor, vaya todo seguido y, cuando pase junto a una elegante y majestuosa fuente, tome por, etc..."

»Esa elegante y majestuosa fuente es una porquería de estilo rococó, bamboleante y de mal gusto, pero vuestro interlocutor no deja de enorgullecerse de ella, incluso cuando sólo se trata de indicaros una calle».

El jardín inglés no vale lo que las viejas plazas de Moscú. Y, en general, la ciudad es el «templo del aburrimiento».

Ante este mal humor creciente, Anna Grigorievna aconseja a su marido que vaya al balneario de Saxon-les-Bains, cuyas salas de juego tienen fama mundial. Sabe que Fiedia necesita algunas pérdidas imperdonables y el tormento de un nuevo remordimiento para volver a trabajar. Sus desastrosos ensayos en la ruleta le calman asombrosamente. Vuelve a tener confianza. Piensa resarcirse de su fracaso con una labor acelerada.

Cuando su mujer le propone que pruebe la suerte, acepta con alegría. El 5 de octubre llega a Saxon-les-Bains. Tiene la intención de marcharse al día siguiente, después de haber jugado una vez a la ruleta. Pero el 6 de octubre de 1867, escribió: «Annushka, querida mía, no soy más que un animal. Ayer, a las diez de la noche, contaba con una ganancia limpia de 1.300 francos. Hoy, ni un *copeck*. Lo he perdido todo, todo. Y total, porque ese canalla de criado del hotel de Saxon-les-Bains no me despertó, como le había ordenado, para que me pudiese marchar a las once a Ginebra. He dormido hasta las once y media. No había nada que hacer allí, y ya no podía irme hasta las cinco. A las dos fui a la ruleta, y lo he perdido todo, todo...»

Las previsiones de Anna Grigorievna resultaron exactas, puesto que, desde su regreso, Dostoyevski se puso a trabajar con nuevas energías. En primer lugar trata de escribir «una sencilla *historia* sin moral ni pretensiones, basándome únicamente en los acontecimientos y en los caracteres de los personajes, que deben actuar por sí mismos, sin que los empuje ninguna idea».

Dostoyevski quiere aprovechar el proceso Umietzki, cuyo relato ha leído en el periódico *La Voz*: una muchacha, humillada por sus padres, prende fuego cuatro veces a las dependencias de la casa familiar. Pero en esto sólo hay un punto de partida. Y Dostoyevski se impacienta por no poder ordenar sus ideas en torno a este documento.

El 17 de noviembre, Fiodor Mijailovich, agotado por el trabajo y por su enfermedad, regresa a Saxon-les-Bains.

«¡Ah!, querida mía, ¡no debiste dejarme ir a la ruleta! Sólo con aproximarme a ella, mi corazón deja de latir, mis manos y mis pies tiemblan y se hielan. Llegué aquí a las cuatro menos cuarto, y me enteré de que la ruleta funciona hasta las cinco; creía que la cerraban a las cuatro. Me quedaba, pues, una hora. He corrido allá. Del primer golpe, perdí 50 francos. Después, de pronto, me rehíce. No sé cuánto gané, no lo conté. Luego, he perdido terriblemente casi todo. Y bruscamente, con la últi-

ma puesta he recuperado mis 125 francos y he ganado 110 más. De manera que ahora cuento con un total de 235 francos. Annushka, querida, me he preguntado si debía mandarte 100 francos. Pero es demasiado poco... Se necesitarían 200 francos por lo menos. En desquite, me he prometido que, por la noche, de ocho a once, me convertiré en un auténtico judío: jugaré del modo más razonable. Te lo juro... Hasta el martes, seguramente...»

Pero, desde el lunes, cambia el tono:

«Annushka, querida mía, mi incomparable, lo he perdido todo, todo. ¡Oh, ángel mío!, no te entristezcas, no te preocupes. Ten ahora la seguridad de que llegará una época en que seré digno de ti, en que no te despojaré como un asqueroso y miserable ladrón. Ahora nos salvará la novela, sólo la novela.»

Dostoyevski ha empeñado su anillo de boda y su abrigo de invierno. Le hacen falta 50 francos para regresar a Ginebra. En adelante, se enmendará. Acudirán a Katkov, al poeta Ogariev —a quien ha encontrado en Ginebra— y si es preciso, empeñarán las joyas.

«Lo recuperaré todo. La otra vez, volví deshecho, pero ahora mi corazón tiene esperanzas... P. S. No pienses, por amor de Cristo, que voy a jugarme los 50 francos...»

Esta vez, su regreso no se señala por un trabajo intenso, sino por la destrucción de todo el comienzo de su novela. Vuelve a leer su manuscrito, lo encuentra execrable y lo quema.

Acaba de escribir a Katkov rogándole que le envíe 100 rublos mensuales anticipados, y 200 en diciembre. Y Katkov, que se revela como «un hombre encantador», ha aceptado su ruego, a condición de que Fiodor Mijailovich le entregue la primera parte de su obra el 1 de enero de 1869.

A finales de diciembre no tiene nada preparado. Mientras tanto, una idea asombrosa se le ha ocurrido a Dostoyevski: *la idea de representar un hombre admirable desde todos los puntos de vista*, escribe Dostoyevski a Maikov. «No hay nada que sea más difícil en nuestra época. Creo que usted lo admitirá fácilmente. Esta idea me obsesionaba ya bajo cierta forma artística, pero sólo bajo cierta forma, y era preciso darle toda su amplitud. Sólo mis apuros me han llevado a explotar este tema aún poco madurado. Me he aventurado como en la ruleta. Quizá se desarrolle bajo mi pluma. Es imperdonable.»

Sin embargo, el plan del libro va tomando cuerpo poco a poco. Junto al héroe surgen una heroína y otros personajes casi tan interesantes como él. «Me parece que la primera parte es floja. Sin embargo, aún no se ha perdido nada, me parece... La primera parte todavía no es más que una introducción... La novela se titula *El idiota*...»

Y, en otra carta, Dostoyevski precisa las dificultades que encuentra en su trabajo:

«En el mundo no hay más que una sola figura positivamente admirable: Cristo... En la literatura cristiana, entre los personajes admirables, el más logrado es Don Quijote. Pero es admirable sólo porque resulta, al mismo tiempo, cómico. El *Pickwick* de Dickens (de una inspiración

muy inferior al Don Quijote, pero notable, sin embargo) es también cómico y sólo interesa por esa faceta de su carácter. También Jean Valjean es un intento audaz. Pero despierta la simpatía por sus terribles infortunios y por la injusticia de la sociedad para con él. En lo mío no hay nada parecido, absolutamente nada, y por eso temo un fracaso irremediable. Quizás algunos detalles sean aceptables. Pero temo que el conjunto parezca aburrido.»

El destierro, la miseria, la enfermedad. A Dostoyevski le parece que todas las plagas de la tierra se juntan para caer sobre él. Y esto le infunde secretamente el valor de llevar a cabo su empresa. Hace frío. Sólo hay una mala y pequeña chimenea en la habitación, sin ventanas dobles como en Rusia. Aunque dedica gran parte de sus ingresos a comprar leña, no llega a aumentar la temperatura más allá de 6 °C. Escribe sin quitarse su grueso gabán de invierno. Los envíos de Katkov se consumen en los primeros días del mes y entonces empiezan las visitas al monte de piedad. Hallándose en ese estado de desamparo físico y moral, Dostoyevski se entera de la gran noticia: Anna Grigorievna está encinta.

He aquí a Dostoyevski ebrio de orgullo con la idea de tener un hijo. «Ya queríamos al pequeño que iba a nacer.» Deciden que si es niña se llamará Sonia, en recuerdo de Sonia Marmeladov, y si es chico, Mijaíl, en recuerdo del hermano de Fiodor Mijailovich.

Escatimando en sus gastos diarios, Dostoyevski apalabra una comadrona y una enfermera. Algunos días antes del nacimiento, un verdadero enloquecimiento se apodera de él. De noche, tiene un violento ataque epiléptico. Después del ataque se duerme. Su mujer, que padece terribles dolores, le despierta:

«¡Cuánto te compadezco, querida!», le contesta.

Luego, deja caer la cabeza sobre la almohada y se vuelve a dormir.

A la mañana siguiente, Dostoyevski corre a buscar a la comadrona. Esta no se ha levantado aún. Dostoyevski llama, escandaliza, amenaza y consigue que la comadrona acuda a la cabecera de Annushka.

«Aún tiene para siete u ocho horas. Volveré más tarde.»

Pero no vuelve. Fiodor Mijailovich sale otra vez a buscarla, y se la encuentra cenando en casa de unos amigos. Se la lleva.

«No se debe esperar nada antes de la noche.»

Por tercera vez, hacia las nueve de la noche, molesta a la matrona, que se hallaba jugando a la lotería.

«¡Oh! ¡Estos rusos! ¡Estos rusos!», exclama.

Sin embargo, le sigue, pero le prohíbe que entre en la habitación, donde Anna Grigorievna experimenta los últimos dolores. Fiodor Mijailovich se encierra en la habitación vecina, cae de rodillas y reza. De repente, en medio de los gemidos que aumentan, se oye un grito agudo, un grito de niño. Se arroja sobre la puerta, la hunde a golpes de hombro, cae al pie de la cama y besa las blandas manos de la joven madre.

«Un niño, ¿verdad?»

«Una niña, una encantadora niña», contesta la enfermera.

Dostoyevski se apodera del «paquete» que le entregan, lo besa y exclama:

«¡Annushka! ¡Mira qué guapa es!»

«¡Oh! ¡Estos rusos! ¡Estos rusos!», repite la comadrona, sofocada al ver semejante desbordamiento de alegría.

Más adelante, Dostoyevski aprovechará sus impresiones para describir el parto de la mujer de Chatov en *Los poseídos*:

«A causa de su exaltación, Chatov murmuraba palabras confusas: "Había dos seres humanos y, de pronto, hay otro más... Un espíritu nuevo, completo, acabado, tal como la mano del hombre nunca lo ha creado... Un pensamiento nuevo y un nuevo amor... Hasta podría decirse que es espantoso... Y no hay nada más grandioso en el mundo...»

Desde los primeros días Dostoyevski adora a su hija hasta el embrutecimiento. Asegura que la niña le reconoce ya, que le sonríe, que le comprende. Asiste al baño de la criatura. La envuelve en mantillas y le pone él mismo los imperdibles. La lleva en brazos y la acuna. Si llora, deja inmediatamente el trabajo, acude a su lado, se preocupa.

Dostoyevski escribe a Maikov: «Esta cosita de tres meses, tan insignificante y parecida a una migaja, tenía ya un rostro, un carácter...; no lloraba ni arrugaba su carita cuando yo la besaba, y dejaba de gritar cuando yo me inclinaba sobre ella.»

Como el envió de Katkov se gastó rápidamente en pagar a la enfermera, a la comadrona y a la patrona, Dostoyevski decidió volver a Saxon-les-Bains para probar por última vez su suerte.

El resultado no se hizo esperar:

«Annushka, ángel querido —escribe Dostoyevski el 16 de abril—, ¡lo he perdido todo! En cuanto llegué, lo perdí todo en media hora, ¡Pues bien! ¿Qué te voy a decir ahora, mi ángel celestial, a quien tanto hago sufrir? Perdóname, Annushka, he envenenado tu vida. Y sin embargo, ¡existe Sonia! He empeñado la sortija... Envíame la mayor cantidad de dinero posible. No es para jugar. (Te daría mi palabra, pero no me atrevo: te he mentido con demasiada frecuencia...) Envíame 100 francos. Te quedarán 20, o quizá menos. En ese caso, empeña algo. Quiero reunirme lo más pronto contigo.»

Mientras espera los socorros de Ginebra, se juega el dinero que le han dado por su alianza y pierde. Le quedan 50 céntimos. «Amiga mía, ésta será la última lección, la lección definitiva y terrible», escribe aquella misma noche a su mujer.

Pero añade: «Mira, ángel mío, sin esta fea y vulgar aventura, sin ese gasto inútil de los 220 francos, quizá no se me hubiera ocurrido esta admirable idea, que contribuirá a nuestra general y definitiva salvación. Sí, amada mía, creo que quizá Dios, en su infinita misericordia, ha hecho esto por mí, miserable e insignificante jugador, para inspirarme y salvarme del juego, y salvaros a ti y a Sonia, a todos nosotros.»

Se trata de una carta que Dostoyevski quiere escribirle a Katkov para disculparse por su retraso en entregar *El idiota*, y para proponerle un arreglo: promete a su editor la segunda edición de la novela como garantía por los anticipos que le pide. También le ruega que le envíe inmediatamente 300 rublos. Este dinero, que llegará probablemente a Ginebra antes del 1 de mayo, permitirá a los Dostoyevski instalarse en Ve-

vey, cuyo clima es mejor que el de Ginebra. Y, en Vevey, Dostoyevski escribirá grandes cosas. Luego, cuando esté terminada la novela, el matrimonio saldrá para Italia...

Dostoyevski regresa, orgulloso de su nuevo proyecto. Pero, algunos días más tarde, la pequeña Sonia coge frío durante un paseo y se pone a toser. El médico al que consultan asegura que no hay por qué alarmarse demasiado. Dostoyevski no se tranquiliza. No quiere escribir. No se aparta de la cuna. Espera. Y sus presentimientos se realizan. La niña muere el día 24 de mayo.

La pena de Fiodor Mijailovich fue terrible. Lloraba y gemía ante el pequeño cadáver, se inclinaba sobre la carita leve, sobre las minúsculas manos y las cubría de besos. Ayudó a su mujer a vestir a Sonia con un vestido de satén blanco, a colocar el cuerpo en un ataúd tapizado también de satén blanco y dispone con ella todos los preparativos de la ceremonia. Cuando las primeras paletadas de tierra sonaron sobre la madera de la tapa, creyó que le golpeaban en pleno pecho, que le mataban, que le sepultaban a su vez.

Había puesto toda su esperanza, todo su orgullo en esa criatura. Se había imaginado el porvenir que les esperaba a los tres, las veladas familiares, las lecturas, un repertorio de dichas íntimas que, de pronto, resultaba imposible. No había gozado de muchas alegrías en su vida. Acababa de experimentar una, tan alta y tan pura que le parecía haberse perfeccionado con ella. Y he aquí que también se la prohibían. Aquello se había terminado: nunca más volvería a ver la carita aún poco formada, nunca más podría espiar el menor fruncimiento de aquellas cejitas, nunca más resbalaría su dedo por el tibio cuellecito... No podía ver pasar un niño por la calle sin evocar en seguida a la criaturita desaparecida. Este recuerdo le sacudía, le destrozaba. Por primera vez sentía deseos de rebelarse contra el Destino.

«¡Ah!, Apolon Nicolaievich —escribe a Maikov— ¡qué importa que haya sido ridículo mi amor por mi hijita! ¡Qué importa si he hablado de ella de manera ridícula en las numerosas respuestas que dirigí a las personas que me felicitaban! Les parecía ridículo. Pero a usted no temo escribirle. Me dicen, para consolarme, que tendré más hijos. ¿Pero dónde está Sonia? ¿Dónde está este pequeño ser por el que me hubiera dejado crucificar, me atrevo a decirlo, si con ello le hubiera podido salvar la vida? Dejemos este tema; mi mujer está aquí y llora. Pasado mañana abandonaremos por fin nuestra pequeña tumba y nos iremos no importa a dónde...»

Hacia finales de mayo, los Dostoyevski abandonan Ginebra, donde todo les recuerda a la pequeña Sonia, y se instalan en Vevey.

Pero incluso en Vevey la pena de Fiodor Mijailovich y de Anna Grigorievna sigue aumentando. Su existencia les parece inútil. «Todos nuestros pensamientos, todas nuestras palabras se recogían en el recuerdo de Sonia y de los días felices transcurridos junto a su cama, cuando iluminaba nuestra vida», anota Anna Grigorievna.

«¡Nunca olvidaré, nunca dejaré de atormentarme!», escribe Fiodor Mijailovich. «Incluso si tengo un segundo hijo, no sé cómo podré amar-



Escena callejera rusa, *de V. E. Makovski.*

le. ¿De dónde sacaré más amor? Necesito a Sonia. No comprendo que pueda no existir, que no la volveré a ver nunca...»

De noche, Anna Grigorievna tiene pesadillas y solloza. Su madre, que ha llegado de San Petesburgo, trata en vano de consolarla. En la pequeña ciudad de Vevey faltan distracciones. El admirable decorado del lago, azul y ligero como el humo, las montañas de un blanco lechoso sobre el cielo radiante, esta tranquilidad y belleza para turistas, acaban asqueando a Fiodor Mijailovich. Cae enfermo y su mujer también. Le parece que no se restablecerá mientras no termine su novela.

«Odio mi novela hasta sufrir náuseas. Me he obligado terriblemente a trabajar, pero sin resultado... Si restablezco mi novela, me restablezco yo mismo; si no, estoy perdido.»

Mientras tanto, la policía de San Petersburgo intercepta sus cartas y organiza en torno suyo una vigilancia que le irrita. Aquel sacerdote de Ginebra era un agente de la policía secreta. Fiodor Mijailovich se entera, por un anónimo, de que le registrarán en la frontera al llegar a Rusia. Y, como a propósito, recibe en aquella misma época una obra prohibida: *El secreto del palacio de los zares*. Dostoyevski y su primera mujer figuran en la obra entre los héroes desterrados. También pretenden que él ha fallecido y que su mujer ha entrado en un convento. Este absurdo panfleto exaspera a Dostoyevski. Redacta un mentís, que no envía, pero cuyo borrador se ha conservado. «Cualquier difamación, por absurda que sea, alcanza su meta...»

A principios del mes de septiembre, los Dostoyevski salen de Vevey para Italia. En primer lugar, se detienen en Milán. Pero la ciudad aburre a Fiodor Mijailovich. No deja de llover. No se encuentran libros rusos. «¡Nada en ruso! Hace seis meses que no he leído ni un libro ni un periódico ruso... Ha fracasado completamente mi idea de *El idiota*...» Suplica a su amigo Maikov que le tenga al corriente de cuanto ocurra en Rusia. Este le anuncia la creación de un nuevo periódico: *El Alba*. Strajov, que había sido colaborador de *El Tiempo* y de *La Epoca*, está a la cabeza de la redacción. Dostoyevski se enorgullece de ello, un tanto emocionado: «De manera que no se han perdido nuestra dirección y nuestro trabajo en común... Que este nuevo asunto haya tenido necesidad de empezar precisamente donde habíamos dejado el anterior, es demasiada felicidad», le escribe a Strajov.

Desde Milán, los Dostoyevski van a Florencia, donde se instalan definitivamente, no lejos del palacio Pitti. Este cambio de residencia distrae a Fiodor Mijailovich y a su mujer. Visitan juntos las iglesias y los museos. Dostoyevski admira las obras de su pintor preferido: Rafael. Por fin, descubre una importante biblioteca, que está suscrita a dos periódicos rusos. Fiodor Mijailovich acude allí todos los días y pasa la tarde en la sala de lectura.

Los envíos de Katkov llegan con la deseable regularidad. La novela avanza. Y Dostoyevski decide incluso precipitar el final: «Si hay lectores que siguen *El idiota*, se sorprenderán algo por esta conclusión inesperada. Pero, reflexionando bien, comprenderán que no había otro final posible.»

15. El idiota

El Mensajero de Rusia había empezado a publicar *El idiota* en el mes de enero de 1868. Dostoyevski decía de su novela que nunca había tenido un tema más caudaloso, pero que no había sabido expresar ni la décima parte de su pensamiento. En efecto, *El idiota* es, junto con *Los poseídos y Los hermanos Karamazov,* una de sus obras maestras.

El príncipe Mishkin, epiléptico, regresa de una clínica de Suiza, donde un profesor le ha cuidado por caridad. Es huérfano. Todo su bien consiste en un pequeño envoltorio de ropa. No conoce nada de la vida. «He llegado a la absoluta convicción —le ha dicho el médico— de que es usted un verdadero niño, es decir, un niño en el sentido absoluto de la palabra; de un adulto sólo tiene el rostro y la estatura. Por el desarrollo del carácter, del alma y, quizás, incluso de la inteligencia, no es usted un hombre formado, y así se quedará usted, aunque viviese hasta los sesenta años...»

Este niño de veintiséis años es cortés, sin ser obsequioso, tímido, bueno e ingenuo. No ha vivido. O, por lo menos, no ha vivido activamente. Su vida se ha pasado en contemplaciones interiores. Se ha acantonado fuera de los muros sociales, fuera del universo del «dos por dos cuatro». Permanece puro de cualquier contacto con los hombres. Y, cuando cae entre ellos, en esta gran ciudad poblada por aves de rapiña, tramposos, voluptuosos, bufones y borrachos, resulta un intruso.

Su primera visita al llegar a San Petersburgo es para el general Epachin, con el que tiene un lejano parentesco, y del que espera algunos consejos referentes a sus asuntos personales. Apenas salido del aislamiento, Mishkin demuestra su torpeza. Discursea largamente con el criado encargado de recibirle, hace una tontería ante el secretario del general; más adelante, rompe un jarrón de China durante una inspirada retahíla. Y este jarrón de China es una especie de símbolo en el mundo de la materia con el que choca y tropieza cuando se deja arrastrar por sus convicciones.

Sin embargo, este simpático joven que rompe porcelanas, este charlatán cándido y torpe, no subleva a los que le rodean. La naturalidad sin doblez con la cual aborda a la gente desarma a quienes le son hostiles. Desde luego, se ríen de él. Pero le perdonan sus inconveniencias, como se le perdonan a un extranjero sus faltas idiomáticas. Se siente que es *de otro lugar*. Parece absurdo que se le exija una conducta, un modo de expresión que se ignora en su país. Además, este *viajero*, este *transeúnte*, que parece, a primera vista, carecer completamente de ins-

trucción, posee, de hecho, una ciencia particular. Tiene un conocimiento que los *enmurallados* de este mundo no pueden en absoluto concebir. Posee la inteligencia principal. «La inteligencia principal está más desarrollada en usted que en todos ellos —le dice la hija del general—; usted la posee en un grado que ellos ni siquiera han podido soñar; porque hay dos clases de inteligencia: la inteligencia principal y la inteligencia secundaria, ¿no es verdad?»

En efecto, toda la novela conduce a esto: *la incursión de la inteligencia principal en el dominio de la inteligencia secundaria.* Esta inteligencia principal, que es la inteligencia fuera de las leyes de la causalidad y de la contradicción, fuera de las reglas de la moral, que es la inteligencia subterránea, la del sentimiento, creará perturbaciones en el medio donde va a ser trasplantada. En esta atmósfera cerrada, la llegada de Mishkin es como una bocanada de aire fresco. Primeramente, su paso es saludado con una carcajada. Es grotesco, idiota (incluso su madre, de pequeño, le trataba de idiota). Pero, poco a poco, este idiota vuelve a plantear los principios más fuertemente establecidos. Este pobre de espíritu da que pensar a los hombres inteligentes. Este intruso llega a ser indispensable. Este débil doma a los fuertes. Y los doma sin querer. Tiene la certeza de que todo el mundo es generoso en torno suyo y que todos le quieren. Tratando a los seres más podridos, más malos, como criaturas dulces y piadosas, los convierte en aliados suyos. Las personas se hacen buenas porque así lo desea y así las supone él. Se halla en el centro de un campo de fuerzas. De él emanan atractivos misteriosos. Y bajo su influjo hay orgullosos que conocen la bendición de la humildad; egoístas que abren su alma al arrepentimiento y descontentos que vuelven a hallar la ingenuidad de la infancia. Ante su vista el odio y la vergüenza se desvanecen durante cierto tiempo. La vida de cada cual toma un sentido extraterreno. Ante los ojos de cada uno, Mishkin constituye la prueba de otra existencia, de otro mundo posible. Deja una huella en quienes le escuchan. Después de haberle conocido, no se es ya el mismo de antes.

Pero los que sienten más intensamente el encanto de su presencia son los violentos, los malvados, los extraviados, todos aquellos que han «traspasado los límites». ¿Quién será el primero que le comprenda? Rogojin, el comerciante, el bruto que asesinará a su querida al final de la novela. Y también Nastasia Filipovna, la prostituta. ¿Por qué? Pues precisamente porque estos seres se han liberado de todos los principios de la moral corriente. Han pasado al otro lado del muro. Desde luego, se han equivocado de campo, al salir de los recintos que los encerraban antes. Pero ellos, que han intentado conquistar la libertad, que han sufrido, que realizan malas acciones, están más cerca de la verdad y la merecen más que quienes nada hicieron por enterarser de ella. La pasión lo disculpa todo. La pasión, incluso criminal, vale más que la quietud.

Además, entre los amigos de Mishkin, junto a los que se han evadido del universo-prisión, están los que aún no han entrado en él: los niños. El espíritu de los niños es maleable, no se somete a normas. No han tenido aún tiempo para formarse una visión estática del mundo.

Todo es movimiento, todo es azar para ellos. Nada depende de nada. Todo puede engendrarlo todo. Estas criaturas nuevas, estos «pajaritos» son, por instinto, lo que otros se esforzarán en llegar a ser pasando por terribles pruebas. Viven cerca de la naturaleza, cerca de Dios. Más tarde, creerán en las normas de los hombres, y no volverán a conocer la libertad. Sus padres y sus maestros los convertirán en unos viejecitos antes de tiempo, serán fuertes en ciencias, razonadores helados, burgueses sensibles al confort, unos monstruos. Pero, por el momento, están aún vacantes, son vulnerables. Y, puesto que están vacantes y son vulnerables, son amigos de Mishkin. Mishkin es, como ellos, un pequeño que se ha perdido entre los grandes.

«Las personas mayores no saben —dice Mishkin— que, incluso en el asunto más difícil, un niño puede dar un consejo de una importancia extrema. ¡Dios mío!, cuando este lindo pajarito os mira con tanta confianza y felicidad, daría vergüenza engañarle. Los llamo pajaritos porque éstos son lo mejor que hay en el mundo... En cuanto a Thibaut (el maestro de escuela), su odio era sencillamente envidia; primero, sacudía la cabeza y se asombraba viendo que los niños captaban perfectamente todo lo que yo les decía, mientras que él no lograba que le comprendieran; después, se burló de mí cuando le dije que no les enseñábamos nada, ni él ni yo, sino que eran ellos, por el contrario, quienes nos instruían.»

Los intelectuales han levantado contra el cielo un techo de verdades humanas que los oculta de las claridades superiores. Su pròpio orgullo se interpone entre ellos y la verdad. «Ha ocultado a los sabios y a los inteligentes lo que reveló a los niños.»

Entre todos estos sublevados, entre todos estos rebeldes bienaventurados, existe una especie de misteriosa confraternidad. Perdidos en lo infinito del sentimiento, están unidos entre sí por corrientes telepáticas. Se adivinan antes de actuar. Poseen intuición profética del porvenir. Nada asombra, nada decepciona a estos visionarios extasiados. Por eso, cuando le preguntan al idiota si cree posible el matrimonio entre Nastasia Filipovna y Rogojin, contesta sencillamente:

«Sí, creo que se podría casar con ella mañana mismo; pero ocho días después la asesinaría.»

«Tengo miedo; no sé por qué, pero tengo miedo —dice otro personaje de la novela—: se diría que flota algo en el aire, una desgracia que volase como un murciélago, y tengo miedo, tengo miedo...»

Nastasia Filipovna prevé exactamente su muerte. Escribe, refiriéndose a Rogojin: «Yo le mataría, tanto miedo me da... Pero antes me matará él...»

Y el príncipe Mishkin, viendo un cuchillo en la mesa de Rogojin, adivina que es el arma que empleará más adelante el criminal:

«¿Lo usas para cortar las hojas?»

«Sí, para cortar las hojas.»

«Pero está... está completamente nuevo.»

Al salir de casa de su huésped, el idiota se pegunta: «Pero ¿es fatal que Rogojin ha de asesinar?...»

Más tarde, irá a casa de Rogojin, sin que le hayan invitado, sencillamente porque «presiente» que ha ocurrido una desgracia. Y Rogojin le esperará delante de su casa, sencillamente porque «presiente» una visita.

«Lev Nicolaievich, sígueme, amigo mío; es necesario», le dice. Sin embargo, estos seres, que tienen una consciencia tan alucinante de su destino, no saben escaparse del peligro que les acecha. No saben, no pueden y no quieren, al parecer, evitar el abismo hacia el cual avanzan. Son esclavos de su propia clarividencia. No dominan su vida, la *sienten*. Son unos hambrientos de impresiones fuertes. No anhelan la dicha ni la desesperación. Sólo les importa la consciencia de existir. Y cualquier dolor les sirve para comprobar los límites de esta existencia. Sufro, luego soy. Supero mis tormentos, luego seré. Quienquiera que se deje sacudir por los acontecimientos, se dirige hacia Dios. Quienquiera que desee evitarlos, se aparta de El.

«El que conserve la vida, la perderá, y el que pierda su vida por mí, la hallará.»

La novela no es sino una serie de catástrofes, previstas todas por los «personajes sensibles», de las cuales ninguna ha sido rechazada voluntariamente. Los héroes de Dostoyevski sólo aspiran a lo que ha de perderlos. El príncipe Mishkin, «el hombre absolutamente bueno», acaba de llegar a casa del general Epachin. Apenas introducido en la familia, interviene en todas las intrigas. Se ocupa de lo que no le importa, de lo que amenaza su tranquilidad, su vida. En cuanto ve, en fotografía, el rostro doloroso de Nastasia Filipovna, decide dar su nombre a esta gran pecadora. Sin embargo, no ignora que semejante deseo es absurdo. Le disputa esta mujer el siniestro y brutal Rogojin, y, cuando cede por fin, sabe que envía a la muerte a Nastasia Filipovna. Y Nastasia Filipovna sigue a Rogojin porque es el mayor error que pueda cometer. Y Rogojin la mata porque adivina que este acto le pesará toda su vida. Y el asesino y el hombre absolutamente bueno se reconcilian ante el cadáver, porque experimentan por fin la sensación de haber realizado lo inevitable.

«Rogojin profería en alta voz algunas palabras incoherentes... Entonces, el príncipe dirigía hacia él su temblorosa mano, le tocaba suavemente la cabeza, le acariciaba los cabellos y las mejillas... Era todo lo que podía hacer.»

Este libro pasional parece ser la primera gran *novela de amor* que haya escrito Fiodor Mijailovich Dostoyevski. Y, sin embargo, el amor, los amores que forman la trama de *El idiota* no tienen auténtico valor. Son obstáculos que vencer y no descansos previstos. Son las etapas de una marcha hacia la verdad. No son la verdad. Nunca marca el amor en Dostoyevski un descanso del alma o del cuerpo. Nunca se satisface el deseo. Nunca se consuma verdaderamente el acto carnal. La mujer existe para él sólo como reactivo. Su lugar entre el hombre y Dios no es inútil. Ahí está para despertar al hombre para el sufrimiento, para torturarle, para hacerle caer, para levantarle, para atraerle fuera de las leyes morales y precipitarle, jadeante, asombrado, sintiéndose nuevo en

el mundo inefable de la libertad. *Ellas* representan la tentación por la que se anuncia la calma final.

Inútilmente se buscaría en las novelas de Dostoyevski de la segunda época una mujer que fuera el motivo central de la obra, una réplica de Anna Karenina o de la Natacha de Tolstoi, o de la Tatiana de Pushkin, de la Bovary o de Eugenia Grandet. Los grandes libros de Dostoyevski son libros «machos». La antropología de Dostoyevski —empleando la expresión de Berdiaiev— es una antropología masculina. Las mujeres, para él, no tienen valor propio. Son medios. Nunca constituyen un fin. Y, la mayoría de las veces, una mujer *sirve* para dos hombres a la vez. A cada uno de éstos le atrae la misma mujer por razones diversas, así como cada hombre puede amar a dos mujeres a la vez. La mujer atrae el desdoblamiento de la personalidad masculina. Amor-piedad, amor-voluptuosidad. Mishkin ama a Nastasia Filipovna y también a la hija del general Epanchi, la linda Aglaé. La belleza de Aglaé le seduce, le atrae. Pero experimenta una infinita compasión por el rostro doloroso de Nastasia Filipovna.

«No he podido soportar su rostro, me da miedo —dijo—. No la amo por amor, sino por piedad.»

Y, teniendo que elegir entre Nastasia Filipovna y Aglaé, se vuelve hacia la primera. «Sólo vio ante él a la loca, a la desesperada, de la que siempre le había quedado una triste impresión. ¡Es tan desgraciada!»

En cuanto a Nastasia Filipovna, ésta duda entre el príncipe enfermo —casto y bueno hasta ser tonto— y el cruel y voluptuoso Rogojin. Despierta la piedad en Mishkin y una furiosa sensualidad en Rogojin. Su cuerpo y su corazón desempeñan cada uno su papel en el destino de estos dos seres unidos a ella. Perderá a uno con su cuerpo, y al otro con su corazón. Y, sin embargo, cuando haya muerto, sus dos amantes reconciliados se darán cuenta de que han avanzado juntos hacia la misma liberación.

Por lo tanto, para Dostoyevski, el amor dedicado a un ser humano no se le roba a Dios. El amor terreno, por ser imperfecto, fugaz, torturante y ridículo, sacude las almas y las prepara para el único amor que no las decepcionará.

Hay que notar, por otra parte, que el amor del prójimo es el único auxilio que pueden exigirse mutuamente los personajes de Dostoyevski. Mishkin, el santo, no sabe actuar, sólo sabe amar. Si trata de actuar, se equivoca. No sólo no consigue ayudar a nadie, sino que estropea las más felices situaciones. El paso de este «hombre absolutamente bueno» a través del libro se liquida con un asesinato y tres o cuatro dramas de familia. En cuanto al «hombre absolutamente bueno», se vuelve loco. No ha sabido vivir en este clima que no era el suyo. No ha sabido adaptarse a la condición humana. No ha sabido llegar a ser un hombre. Sin embargo, su perdición ha salvado a quienes le rodeaban. Su presencia ha enriquecido vidas y ha despertado consciencias para las cuestiones esenciales.

«En verdad os digo: si el grano de trigo caído en la tierra no muere en la tierra, se quedará solo, y si muere dará muchos frutos.»

Este versículo del Evangelio parece ser la conclusión secreta de la novela *El idiota.*

El protagonista de *El idiota* es, quizás, el menos humano de cuantos creó Dostoyevski. Aliocha Karamazov es un hombre bueno, pero que no desconoce el mal, conoce las pasiones, las tentaciones del cuerpo y del espíritu y las domina. Aliocha Karamazov es un ser completo. Pero el príncipe Mishkin es una figura extraterrena, liberada de toda sensualidad. «No puedo casarme con ninguna mujer, estoy enfermo», dice él mismo.

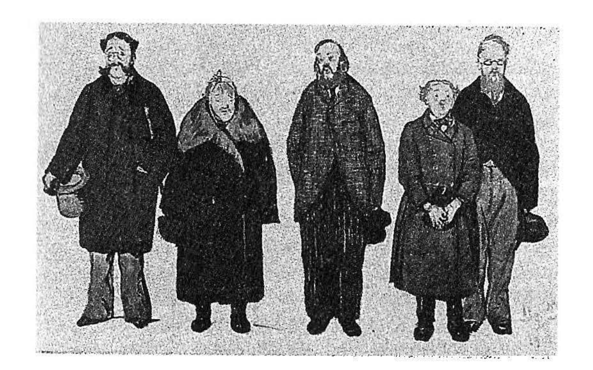
Sin embargo, era preciso darle a este ser sobrenatural unos ligamentos con el mundo sensible. Era preciso dotar a esta idea de un cuerpo, un rostro, un pasado... Para enriquecer a este héroe ingrávido y sin volumen, Dostoyevski pone a contribución su propia personalidad. Mishkin es un epiléptico. Experimenta, lo mismo que Dostoyevski, una gran alegría antes del ataque. Como él, espera el precioso minuto en que se le revela, en un relámpago, la suprema armonía del mundo: «En este momento creo comprender la extraordinaria frase del apóstol: "¡Ya no existirá el tiempo!"» Su enfermedad lo mantiene continuamente en una especie de radiante hipnotismo. El mundo se le hace transparente. Ve más allá de los seres. Vive misteriosamente en el porvenir. Los recuerdos del príncipe están tomados de los recuerdos mismos de Dostoyevski. El príncipe cuenta, en efecto, la historia de un hombre al que leen una sentencia que le condena a ser fusilado como un criminal político: «Veinte minutos más tarde llegó el indulto del desgraciado: le concedían la conmutación de la pena. Pero, entre la lectura de la pena de muerte y la del edicto en que se la rebajaban en un grado, transcurrieron veinte minutos o, por lo menos, un cuarto de hora, durante el cual el desdichado vivió convencido de que iba a morir dentro de unos momentos.» Sigue la descripción exacta de los *petrachevtsy.*

Otro detalle personal: Mishkin no puede soportar el mirar un cuadro colgado en casa de Rogojin, que es una copia del *Descendimiento de la Cruz,* de Hans Holbein... «Considerando este cuadro, un hombre podría perder la fe», exclama el príncipe. Leemos en los *Recuerdos* de Anna Grigorievna: «Camino de Ginebra, nos detuvimos un día en Basilea para visitar el museo donde se halla un cuadro del que habían hablado a mi marido. Es un lienzo de Holbein, en el que se ve a Cristo, que acaba de soportar un martirio sobrehumano, descendido de la cruz y descomponiéndose... Demasiado débil para mirarlo más tiempo, me fui a otra sala... Cuando volví, mi marido estaba aún allí, en el mismo sitio, encadenado. Su rostro emocionado tenía esa expresión de pánico que ya le había notado muy a menudo al comienzo de sus ataques epilépticos.» Y le dijo esta frase: «Un cuadro así podría hacer perder la fe...»

En cuanto a la actitud del príncipe frente a su rival Rogojin, recuerda la actitud que adoptó Dostoyevski con su rival Viergunov en Siberia.

«No soy enemigo tuyo y no quiero interponerme en tu camino... Si, en efecto, os habéis arreglado ahora, dejaré de veros a ella y a ti...»

Sí, a lo largo de la novela, se siente que Dostoyevski se esfuerza en acumular los detalles materiales, las precisiones y las observaciones



Figurines de A. N. Benois para la versión escénica de la novela El idiota.

personales para justificar a los ojos de un público mal preparado esta historia de un mundo tan distinto. Introduce en el universo del «dos por dos, cuatro» unos personajes concebidos bajo el signo del «dos por dos, tres». Se dedica a conciliar a los inconciliables. Y, sin embargo, no hay un solo comparsa de esta novela cuyos pies se posen realmente sobre el suelo. Rogojin, Nastasia Filipovna, Hipólito, Liebiediev, Aglaé, Ivolguin, todos reciben una iluminación de pesadilla.

«¿No puede Rogojin soportar la luz?», se pregunta el príncipe. Le gustaría conocer con exactitud el alma de su rival. ¿Sólo hay en este hombre una pasión ciega? ¿Es incapaz de sufrir y de compadecerse del sufrimiento? «Rogojin es taciturno, se calla espantosamente —dice Nastasia—, sólo hablan sus ojos.» Parece que este hombre no se pertenece. Desde el comienzo del libro, se le siente enganchado, cogido, orientado hacia su crimen. Mata a esta mujer, tanto tiempo deseada, en el mismo momento en que se le abandona. Y esto, por haber esperado comprenderla en el abrazo de sus dos cuerpos. Pero el abrazo, precisamente, los ha separado. Esta carne, ese olor, ocultan a un ser que ninguna caricia revela. Rogojin y Nastasia Filipovna se hallan encerrados cada uno en su propia soledad. Los gestos humanos no bastan para aproximarlos. Inclinado sobre este rostro, sobre este aliento, Rogojin sufre por sentir tan lejana a una criatura a la cual está abrazando. No es totalmente suya. Nunca lo será. Un día u otro, volverá a dejarlo. Sólo la muerte puede conservársela. Le asesta una puñalada en el corazón. Luego, espera la visita del príncipe.

«Una sábana blanca cubría a la persona dormida, pero los miembros se perfilaban vagamente... La alcoba presentaba un aspecto desordenado; en la cama, en las butacas, en el suelo, por todas partes había ropas tiradas, revueltas, un magnífico vestido de seda blanca, flores, cintas. Aparecía el extremo de un pie desnudo, asomando por debajo de un montón de encajes —mancha blanca en la oscuridad—; este pie parecía el de una estatua de mármol. Su inmovilidad era espantosa. Cuanto más miraba el príncipe, más siniestra era la impresión que le causaba el silencio de la habitación. De pronto, una mosca se despertó, voló zumbando por encima de la cama y se posó en la almohada. El príncipe se estremeció.»

Al príncipe no le sorprende la confesión de Rogojin. Y cuando el otro le dice «No debemos dejar que se la lleven», le contesta:

«¡No, no, por nada del mundo! ¡No, no, no!»

Poco a poco, los dos caen en la inconsciencia. Cuando vienen a detener a Rogojin, le encuentran gimiendo al pie de la cama. Y el príncipe le acaricia suavemente los cabellos y la cara.

En cuanto a Nastasia Filipovna, desde el comienzo de la aventura ha previsto su muerte. «Estoy pálida como una muerta», dice sonriendo, antes de ir a la iglesia. Efectivamente, no hay más solución que la muerte para los desgarramientos de esta alma pecadora. Nastasia Filipovna ama a Rogojin como un animal se siente atraído hacia otro por su olor. Ama a Rogojin y, sin embargo, reconoce que este palurdo es indigno de ella. Sólo el príncipe puede comprenderla. Sólo el amor del príncipe puede salvarla del rebajamiento. Pero ese amor está demasiado cerca de la compasión para satisfacerla. Es orgullosa. No acepta la limosna de la piedad. Y, por reacción, llega a mimar su deshonra, que le impide ser amada como lo desea. «No puede usted amar más que su oprobio —le dice Aglaé—, la incesante idea de que está perdida y de que alguien ha hecho de usted una mujer acabada. Si estuviera usted menos mancillada, o si no lo estuviera en absoluto, sería más desgraciada.» Esta sed de humildad casa extrañamente, en Nastasia Filipovna, con una vanidad sin límites. En realidad, *quiere humillarse*. Y *no quiere ser humillada*. Esta observación es cierta para todas las criaturas de Dostoyevski.

En torno a esos tres protagonistas bulle una pintoresca muchedumbre de parásitos, de cínicos, de caídos.

Liebiediev, empleado servil, alcahuete grasiento, usurero, falso testigo, pero que sobresale en la explicación del Apocalipsis y que se entristece, con frases bien hechas, sobre la suerte de la Dubarry: «Si me azotas —le dice a Rogojin—, será la prueba de que no me rechazas. Azótame, los golpes son una toma de posesión...» También tenemos al general Ivolguin, «dimitido y desgraciado», que miente por el placer de mentir, y que termina por no discernir la mentira de la realidad.

Y el general Epachin, enamorado importante y tímido de Nastasia Filipovna. Y Gania, otro de sus pretendientes, pero que sólo piensa en casarse con ella para crearse una posición sólida. «¿Merece o no que uno se imponga tal tormento por setenta y cinco mil rublos?»

Existe también la linda Aglaé, que se ríe del príncipe y le adora. Por fin, y sobre todo, la curiosa figura de Hipólito, el joven tísico, cuyas horas están contadas y que experimenta la necesidad de leer su confesión en público.

Con este moribundo como intermediario, plantea Dostoyevski el problema de la significación última de la vida.

Hipólito, lo mismo que el autor, está destrozado por la lucha entre el pensamiento y la materia.

¿Hay algo más allá de los muros? ¿Existe una fuerza capaz de infringir las leyes de la naturaleza? ¿Es posible el milagro o todo está regulado como el «dos por dos, cuatro»? Hipólito se vuelve hacia Dios, ex-

presión del pensamiento triunfante. Piensa en el cuadro que ha visto en casa de Rogojin: «El rostro de Cristo está atrozmente desfigurado por los golpes que ha recibido; está hinchado y tiene horribles llagas abotagadas y ensangrentadas; los ojos, muy abiertos, brillan con un destello muerto, vidrioso. Pero, cosa extraña: cuando se mira el cadáver de este Hombre que ha sufrido tanto, se os plantea una pregunta curiosa, particular. Si era así el cuerpo (y debía ser idéntico a éste) que vieron sus discípulos, sus apóstoles, las mujeres que le seguían y que se encontraban al pie de la cruz, todos los que creían en él y le adoraban, ¿cómo pudieron pensar, viendo tales restos, que resucitaría este mártir? Si la muerte es tan horrible, se dice uno a pesar suyo, si las leyes de la naturaleza son tan poderosas, ¿cómo triunfar sobre ellas? ¿Cómo vencerlas cuando ni siquiera las venció aquel que se hacía obedecer, en vida, por la naturaleza y la sometía, que exclamaba "Talifa Kumi" y resucitaba a una joven, que dijo a Lázaro que saliera, y Lázaro salió de su tumba?»

Y, de hecho, las leyes de la naturaleza, las reglas del «dos por dos, cuatro», no han retrocedido ante el misterio de Cristo. Se han apoderado del Hombre milagroso como de un simple mortal, y todo el poder del pensamiento no ha podido impedir a los clavos que desgarraran las palmas crispadas; a la lanza, que abriera el flanco jadeante; a las espinas, que arañaran esta frente que llevaba en sí el mundo; y a los escupitajos, que chorrearan por esta faz adorable.

De manera que la naturaleza toma, para Hipólito, «el aspecto de una máquina moderna que ha triunfado, tragado, despedazado y engullido estúpidamente al ser admirable, infinitamente querido que, El sólo, valía más que toda la naturaleza y todas sus leyes, esa naturaleza que quizá sólo fue creada para producirlas».

Los sistemas filosóficos y las religiones no son nada frente a la materia y al número. Cristo resucitó, dicen. Pero su ignominioso fin es ya un fracaso para la fe. La muerte reina sobre el universo.

¡Pues bien! Puesto que es así, puesto que sólo existe un Primer Motor insensible que tritura indistintamente a los buenos y a los malos, a los niños y a los viejos, a los burgueses obtusos y a los genios puros, sólo queda inclinarse ante él, como Cristo mismo dio el ejemplo. Pero aceptar el primer motor no quiere decir adorarlo.

«¿No pueden devorarme sin exigir que yo bendiga al que me devora?», exclama Hipólito.

Y si se equivoca, si blasfema hablando de esta manera, ¿en qué es responsable de su error? «Si es difícil e incluso completamente imposible comprender esto, ¿es posible que yo sea culpable porque no he podido concebir una cosa que sobrepasa al entendimiento? Rebajamos demasiado a la Providencia cuando, desesperados por comprenderla, le prestamos nuestras propias ideas.»

Esta dialéctica desesperada es la del hombre subterráneo: «Con la boca cerrada y rechinando los dientes, embotarse en la inercia, soñando que ni siquiera puede uno enfadarse contra alguien...»

No es razonando como se puede contestar a este ataque lógico.

La fe no se obtiene por deducciones, como la solución de un problema. No se la gana por la inteligencia, sino por el sentimiento. Y, algunos días más tarde, cuando Hipólito interroga al príncipe sobre el sentido de la vida, Mishkin le contesta con estas admirables palabras: «Siga su camino y perdónenos nuestra felicidad.» Que el que sea incapaz de experimentar esta felicidad fuera de toda razón, siga su camino y deje en paz a los demás. Puesto que la fe es enemiga del «dos por dos, cuatro», no es aplicando los principios del «dos por dos, cuatro» como ha de revelársele al corazón del incrédulo. Esta es la lección que se desprende del admirable episodio de Hipólito.

Este relato prolijo, mal equilibrado y jadeante, se realiza en una atmósfera de pesadilla. En cada página, lo inverosímil se halla junto al «detalle vivido». En cada página se nota el esfuerzo de un autor arrebatado por el pensamiento y que se afana por no perder pie.

«Lo que la mayoría de la gente llama fantástico y excepcional, es para mí la más profunda realidad —escribe Dostoyevski a Strajov—. No es la novela lo que me interesa esencialmente, sino la idea.»

La crítica se desconcertó con este libro inexplicable y que escapaba a todas las clasificaciones. Algunos ni siquiera lo mencionaron. Otros se indignaron: «¡Dios mío! Qué no habrá inventado el señor Dostoyevski en esta novela que es, en verdad, la peor de cuantas ha publicado... Veo en esta obra una compilación literaria, que comprende una muchedumbre de caracteres y acontecimientos absurdos y desprovistos de toda preocupación artística. ¡En la obra del señor Dostoyevski hay páginas enteras incomprensibles!» Esta es la opinión del crítico Burienin.

16. Los poseídos

«Me doy cuenta de que el público se ha impresionado menos con *El idiota* que con *Crimen y castigo* —escribe Dostoyevski—. Mi amor propio está en juego: quiero atraer de nuevo la atención sobre mí.»

Por eso, apenas ha terminado de escribir *El idiota,* empieza otra novela: *El eterno marido.*

Los 7.000 rublos que debía cobrar en total Dostoyevski por *El idiota* se redujeron considerablemente por los anticipos que había recibido. Una parte de la liquidación se empleó en recobrar los objetos que habían empeñado en San Petersburgo y en ayudar a su hijastro y a la familia de su hermano Mijaíl. Lo demás, una cantidad ínfima, sirvió para pagar los gastos de la permanencia de los Dostoyevski en Florencia.

A principios del año 1869, Anna Grigorievna se dio cuenta de que estaba, por segunda vez, encinta. A pesar de las nuevas dificultades financieras que se avecinan, Dostoyevski está loco de alegría. Rodea a Anna de cuidados excesivos, que la hacen sonreír. Decide que esta vez será una niña y que se llamará Amada. Oculta de su mujer un tomo de *Guerra y paz,* porque Tolstoi cuenta en él la agonía de la princesa Volkonsky, que muere de parto.

«Espero a este hijo con emoción —escribe a Strajov—, con temor, con esperanza y con timidez.»

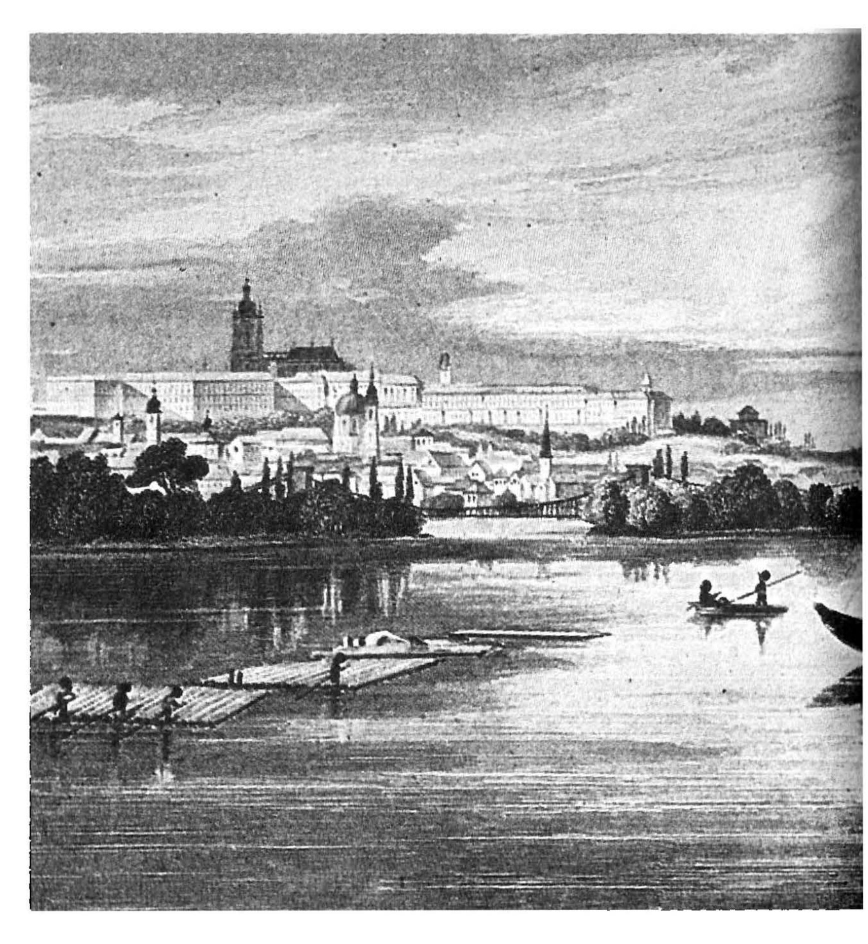
Finalmente, temiendo que su mujer diera a luz en un país donde no conoce a nadie, y donde los médicos italianos le comprenden mal, se decide a abandonar Florencia para ir a Praga, ciudad eslava por excelencia, ya que se ha celebrado allí el Congreso eslavo de 1867.

El viaje se realiza por Venecia, donde Dostoyevski visita la iglesia de San Marcos y el palacio ducal; por Bolonia, donde admira la *Santa Cecilia* de Rafael; por Trieste y por Viena. Pero en Praga, los Dostoyevski no encuentran ni un piso, ni una habitación libres. Se ven obligados a regresar a Dresde, donde por lo menos estarán en una ciudad conocida.

Llegan a Dresde en el mes de agosto y, en septiembre, Anna Grigorievna da a luz a una niña.

«Hace tres días que ha nacido Amada, nuestra hija. Todo ha transcurrido lo mejor posible: la criatura está gorda, sana y es bonita.»

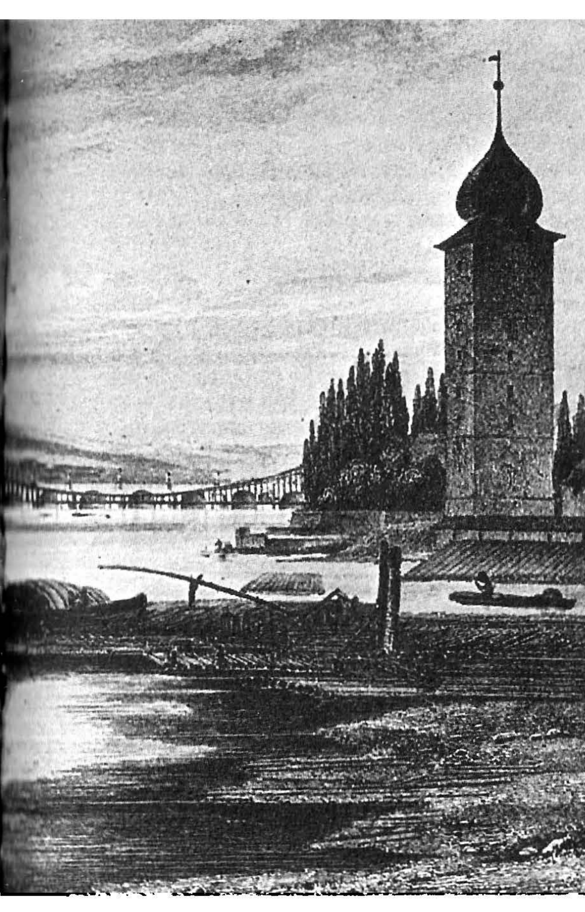
Sí, pero el alquiler no está pagado; el médico, la comadrona y los proveedores esperan que les paguen, y quedan, en total y para todos, 10 táleros en la caja familiar.



Dostoyevski escribe al director de *El Alba* solicitando un anticipo sobre su próxima novela. Pero el dinero tarda en llegar. Todos los días Dostoyevski se presenta en la ventanilla del banco y todos los días le despiden los empleados. El personal termina por burlarse de él.

«¿Cómo puedo escribir en este momento? Deambulo de arriba a abajo, me arranco los cabellos, y por la noche no puedo dormir. ¡Pienso en mi desamparo y rabio! Y espero. ¡Oh, Dios! Le juro, le juro que me es imposible describirle detalladamente mi miseria actual. Me avergüenzo de ella... Y, encima, me piden efectos artísticos, claridad, poesía sin esfuerzos, sin arrebatos y me citan como ejemplo a Turgueniev y a Goncharov. ¡Que vean en qué condiciones trabajo!»

Por fin, llega un envío de 100 rublos. Pero en seguida los gastan. Y, en el mes de diciembre, Dostoyevski no dispone ni siquiera de cinco táleros para enviar su trabajo prometido a *El Alba*.



Vista de la ciudad de Praga en el siglo XIX. Dostoyevski se trasladó a esta ciudad en 1869.

«No tengo dinero, ni puedo procurármelo, para enviar mi manuscrito al redactor jefe. El manuscrito abulta mucho y pedirán cinco táleros... Necesito cinco táleros para el manuscrito, pero también tenemos que vivir. ¡Ah! ¡Qué difícil es todo!»

Por fin, *El Alba* concede un nuevo anticipo, y el abultado original de *El eterno marido,* bien empaquetado y bien atado, sale de Dresde hacia Rusia.

Esta novela parece ser una imitación de Dostoyevski por sí mismo. En la vida de cada escritor, llega un momento en que éste prueba su estilo «a la manera de...»

Un día, el «seductor» Vielchaninov recibe la visita de un hombre que lleva un sombrero con un crespón y que, desde hace algún tiempo, parace seguirle por todas partes. Vielchaninov reconoce a Trusotski, cuya mujer ha sido querida suya hace nueve años.

«No pensaba entrar —dice Trusotski—, y si las cosas han tomado este cariz es por una casualidad.

»¿Cómo por casualidad? ¡Si le he visto desde mi ventana cruzando la calle de puntillas!»

La mujer de Trusotski ha fallecido. Le ha dejado una hija, la pequeña Lisa, que ha nacido ocho meses después de la «partida» de Vielchaninov, y que, por lo demás, morirá pronto sin que a Trusotski le afecte lo más mínimo.

Vielchaninov piensa que Trusotski posee la esencia de los «eternos maridos».

«Un ser semejante nace y crece únicamente para casarse y convertirse en el complemento de su mujer.»

Entre los dos hombres se establece una extraña camaradería, formada de odio y de piedad. No son más que repugnantes escenas de reproches, remordimientos y perdones, acompañadas de lágrimas y de abrazos, a los que no puede sustraerse Vielchaninov, porque se siente culpable. Trusotski extrema la perversidad hasta llevarse a su compañero al campo, con la familia de su nueva novia. Frente a Nadia, la joven colegiala, Vielchaninov representa su papel de seductor patentado. Trusotski, con una especie de rabia satisfecha, reconoce los comienzos de una traición idéntica a la que ha padecido ya. De regreso a Petrogrado, cuidará a Vielchaninov, que ha caído enfermo.

Corre a la cocina, enciende la lumbre y despierta al portero. Y Vielchaninov, emocionado, balbuce:

«Usted..., usted..., usted es mejor que yo. ¡Lo comprendo todo, gracias!»

Pero apenas se ha dormido, un presentimiento atroz le sacude. Tiende los brazos y un arma le da en la mano izquierda. Trusotski está ante él con una navaja de afeitar. Vielchaninov llega a dominar a su rival.

Más adelante, encontrará en el andén de una estación a una mujer joven bastante bonita, a la que sigue un oficial borracho y alborotador. Los mirones sonríen. Va a haber jaleo. Interviene Vielchaninov y restablece el orden. La mujer se deshace en agradecimientos y lamenta que su marido haya desaparecido «en el momento en que lo necesitaba». Pero, por fin, surge el marido. Es Trusotski.

Los dos rivales cruzan algunas palabras corrientes. Luego Vielchaninov da la mano al «eterno marido». El otro la rechaza:

«¡Y Lisa! ¡Y la pequeña Lisa!», balbuce.

«Sus labios, sus mejillas y su barbilla se pusieron a temblar y las lágrimas brotaron de sus ojos.»

El tren se pone en marcha. Trusotski salta al vagón. Vielchaninov se ha quedado solo y perplejo en el andén de la estación.

Este corto relato, de una composición viva y cuidada, se opone a la manera confusa y genial de *El idiota*. Sin embargo, *El eterno marido* ofrece en resumen todos los grandes temas de Dostoyevski. Pero no están desarrollados en el curso de una intriga. Se trata más bien de una serie de notas sin conclusiones inmediatas. En *El eterno marido*, Dostoyevski sólo ha realizado la mitad de su trabajo habitual. Ha indicado

los caminos de la reflexión. No ha acompañado al lector a lo largo de estas vías misteriosas. Sea como fuere, el libro es una admirable *condensación* del arte dostoyevskiano. Y la escena del asesinato frustrado puede situarse entre las más grandes escenas del autor.

Después de terminar, corregir y enviar *El eterno marido,* Dostoyevski vuelve a unos proyectos más amplios. Piensa escribir *La vida de un gran pecador,* una especie de amplio ciclo en cinco novelas, destinado a probar «la existencia de Dios». El héroe principal debía ser una réplica de San Tijón Zadonski. Pero una parte de la acción transcurría en un monasterio, y Fiodor Mijailovich no quería redactarla hasta instalarse en Rusia. Estas notas le sirvieron más tarde para describir al *staretz* Zosim de *Los hermanos Karamazov* y ciertos personajes de *El adolescente.*

«Para esta idea he vivido. Pero, por otro lado, para escribir esa novela es preciso que vuelva a Rusia... No sólo tengo que visitar un convento, sino vivir en él durante algún tiempo», escribió Dostoyevski. Y también:

«El problema principal, que será planteado en todas las partes de la obra, es el que me ha torturado, consciente e inconscientemente, durante toda la vida: la existencia de Dios. El héroe será, a lo largo de su existencia, tan pronto ateo, tan pronto creyente, fanático, heresiarca, de nuevo ateo... La figura central de la segunda parte será Tijón Zadonski, pero presentado bajo otro nombre, naturalmente.»

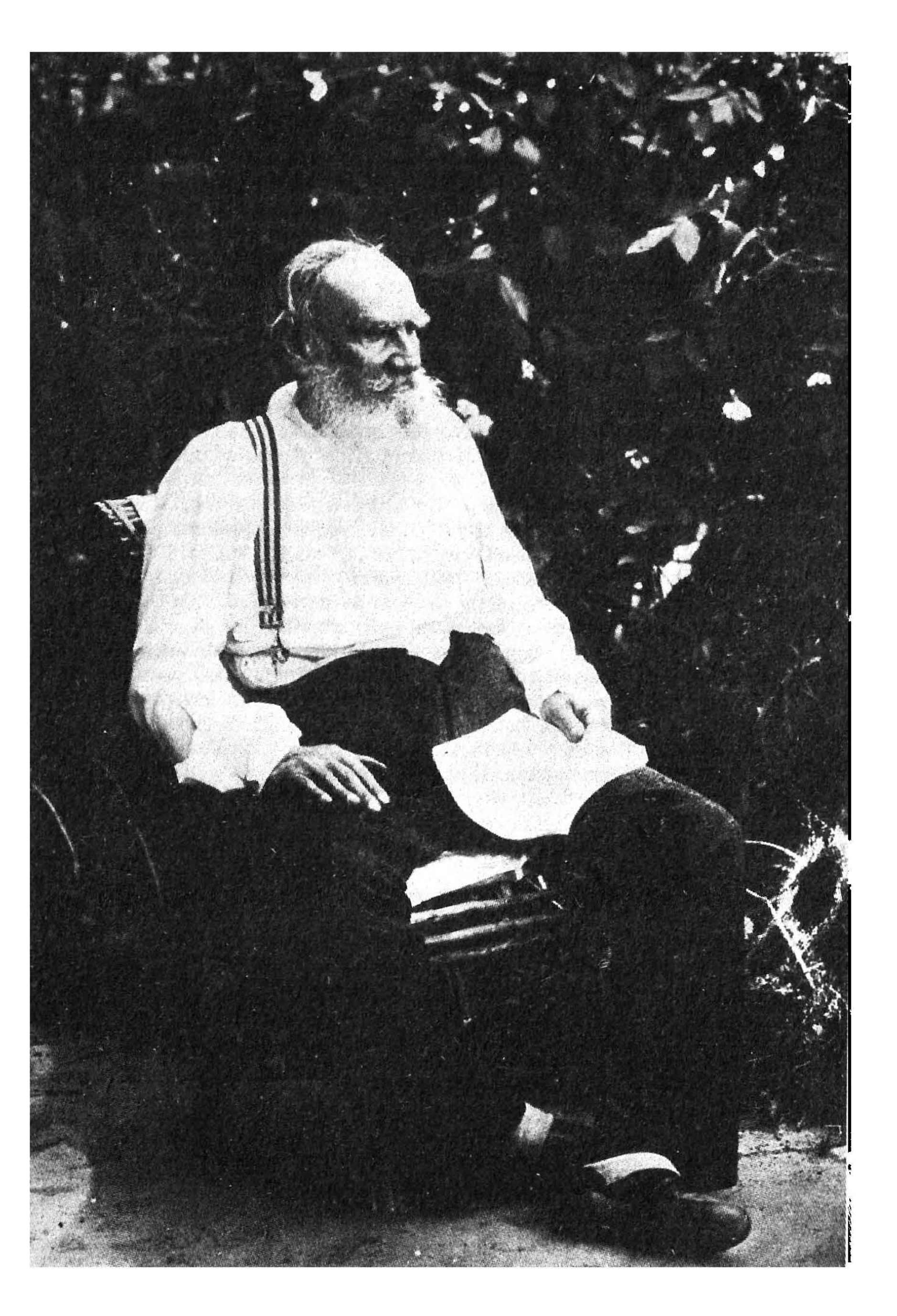
Mientras tanto, elabora un nuevo tema sobre la revolución social. El hermano de Anna Grigorievna se había reunido con los Dostoyevski en Dresde, durante las vacaciones escolares. El joven Snitkin, estudiante del Instituto Agronómico de Petrovsk, estaba muy al corriente de los movimientos nihilistas en las universidades. Sus relatos apasionaban y entristecían mucho a Dostoyevski. El tipo del estudiante Ivanov, del que Snitkin hablaba con admiración, secretamente se le iba haciendo simpático. Ivanov era «un hombre de gran espíritu y de carácter fuerte que había renegado de una manera categórica de sus antiguas convicciones».

Este traidor a la causa de la revolución fue ejecutado por el jefe de «la Asociación del reglamento popular», Nechaiev, ayudado por cuatro lamentables acólitos.

La noticia de este crimen indignó y aterró a Dostoyevski. Su odio por las ideas nuevas aumentaba de día en día. La necedad y la fatuidad de la juventud universitaria le sublevaban. Decidió dar un gran golpe. Sirviéndose de los documentos que publicaba la prensa, y de las palabras relatadas por el joven Snitkin, empezó a componer un terrible panfleto: *Los poseídos.*

«Lo que escribo ahora es tendencioso. Quiero expresarme con fuego. ¡Ah!, ¡los nihilistas y los occidentales vociferarán contra mí! ¡Me llamarán retrógrado! Pero ¡que el diablo se los lleve, expresaré todo mi pensamiento!» (Carta del 6 de abril de 1870.)

«Uno de los acontecimientos principales de mi relato será el asesinato, muy conocido en Moscú, de Ivanov por Nechaiev.» (Carta del 20 de octubre de 1870.)



«Quiero dar a conocer mis opiniones, sin ambages, a la juventud actual.» (Carta del 14 de diciembre de 1870.)

Sin embargo, el trabajo se presenta penoso. El plan de la obra se destaca mal. Los héroes primitivos se desdibujan ante los personajes secundarios.

«El nuevo héroe me ha gustado tanto, que he vuelto a empezar todo lo que había escrito.»

Una serie de notas llenan su carné. Se mezclan con jeroglíficos, bocetos a pluma y cálculos:

«Luego, N-V (Nechaiev) se va efectivamente, pero vuelve y asesina a Chatov...»

«Stavroguin, cuando cree, no cree que cree, y, cuando no cree, no cree que no cree...»

A veces, la indicación de una escena está precedida por estas palabras: «Aquí», «Fundamental», «Importante», «De mucho valor», «Variante notable...»

«Créame usted —escribe Dostoyevski—; sé perfectamente que si tuviera dos o tres años asegurados para componer esta novela, como les ocurre a Turgueniev, Goncharov o Tolstoi, ¡yo también escribiría una obra de la que se hablaría aún dentro de cien años!»

Este panfleto le interesa más que ninguna de sus novelas. Le interesa porque se compromete escribiéndolo, porque se aventura a perder una parte de su público o a conquistar un público mundial. Al enviar las primeras cuartillas a *El Mensajero Ruso*, que publicará su libro, multiplica las recomendaciones:

«Ruego al honorable redactor que compruebe las frases escritas en francés en la novela. Creo que no hay faltas, pero puedo equivocarme...»

Y también:

«En un sitio empleo la expresión siguiente: "Hemos colocado coronas de laurel sobre cabezas piojosas." Le ruego, por Dios, que no suprima la palabra "piojosas."»

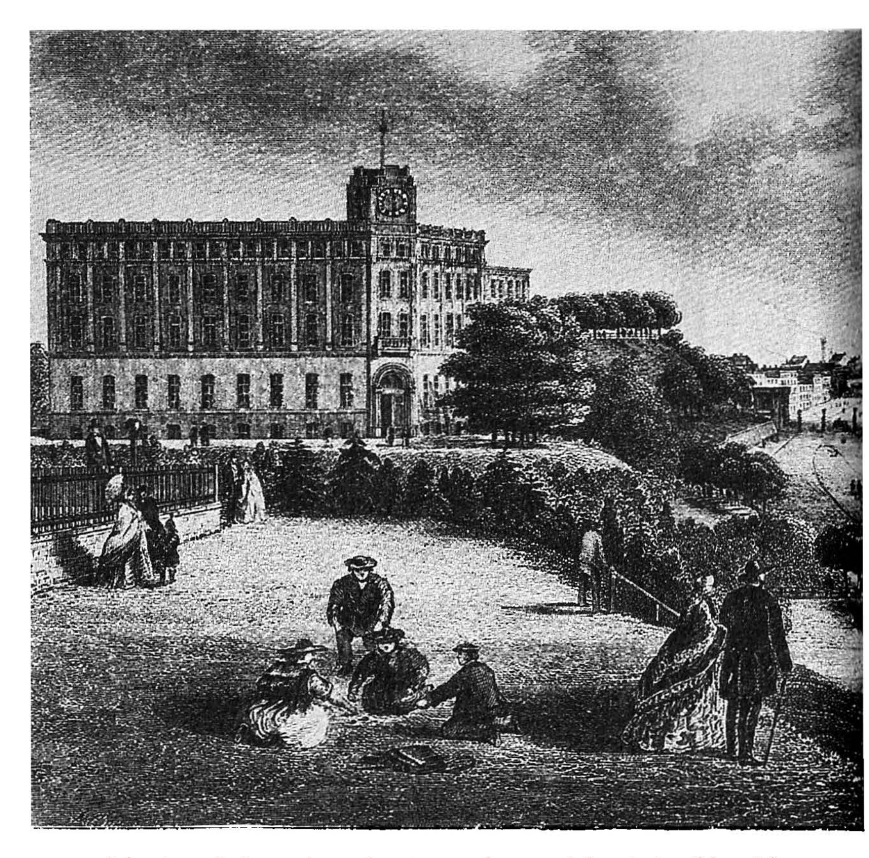
Después de medianoche, cuando todo el mundo descansa en la casa, sentado frente a su papel y a su taza de té frío, Dostoyevski se libera por fin de su rabia. Escribe de la misma manera que le pegaría a alguien, o que mordería. Está librando el gran combate de su carrera. Pero ¿tendrá fuerzas para luchar hasta el fin?

Tras un largo período de calma vuelven a darle los ataques. «¿No es atroz? Estoy ahí en mi sillón, con la cabeza pesada, los miembros rotos, incapaz de cualquier esfuerzo serio... a mi lado, la pequeña llora... y no tengo dinero para mandar a comprar un medicamento en la farmacia.»

Lleva cuenta exacta de sus ataques epilépticos:

«Ataque violento...» «Ataque bastante violento...» «Ataque a las seis de la mañana... Sobre todo por la noche, a la luz de las velas, una tristeza enfermiza. Un reflejo rojo (no un color) sobre todos los objetos...»

◀ *Lev Tolstoi.*

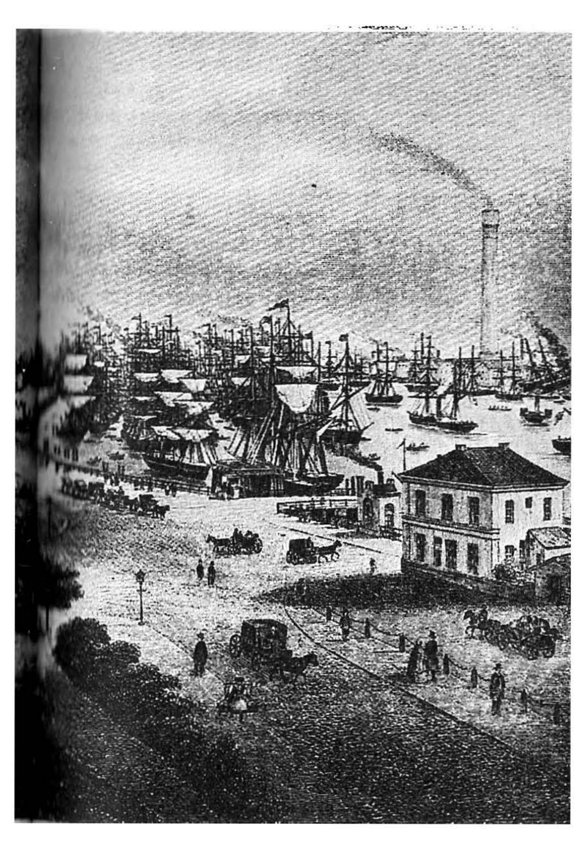


«A las tres de la madrugada, ataque de una violencia terrible... Me he caído y me he arañado la frente. Sin recordar nada y sin comprender nada, he traído la vela intacta y encendida a la habitación, he cerrado la ventana y, solamente luego, he comprendido que acababa de tener un ataque. He despertado a Annushka y se lo he dicho; ha llorado mucho viéndome la cara... He tratado de tranquilizarla y, de repente, tuve otro ataque... Cuando volví en mí, la cabeza me dolía terriblemente y no podía hablar correctamente. Annushka ha pasado la noche conmigo (intenso espanto místico).»

Para descansar, va a Hamburgo. Allí pierde todo el dinero que llevaba, sufre un violento ataque en el hotel, se cae y se hiere en la nuca: «Al cabo de una semana, aún se veía el chichón.»

Regresa a Dresde, como un perro mojado.

El 17 de julio de 1870, Dostoyevski anota en su cuaderno: «Lucho con la primera parte de la novela, y me desespero. Se ha declarado la guerra. Annushka está muy cansada. Amada es nerviosa e insoportable...»



Hamburgo, una de las muchas ciudades en las que Dostoyevski probó fortuna en el juego, sin resultado.

Los ejércitos alemanes invaden Francia y toda la población de Dresde está emocionada. Los transportes han sido requisados por la autoridad militar. Se ha suspendido el servicio postal. No llegan los periódicos de Berlín.

«¡La guerra! ¡Con tal de que no me molesten en mi trabajo!...»

«En el Rin, por ambos lados, se han agrupado cerca de trescientos mil hombres... Los valores bajan. Todo aumenta... Ni unos ni otros soportarán una guerra larga. Y, sin embargo, quieren batirse por mucho tiempo. ¿Qué sucederá? Mañana o pasado mañana, indudablemente, tendrá lugar el encuentro decisivo.»

El 7 de agosto, por fin, escribe estas lacónicas frases:

«He desechado definitivamente la novela (¡es horrible!). Los franceses han sido derrotados el día 6; ahora se repliegan ante Metz y, según creo, vacilan, no saben adónde ir y pierden el tiempo.»

Pero en sus cartas es donde se debe buscar el testimonio de sus reacciones francófilas durante la guerra:

«¡Es hermosa esta escuela alemana que tortura y saquea como una

horda de hunos! Y los prusianos se comportan peor que los bárbaros!... Los profesores, los doctores y los estudiantes son los que se acaloran principalmente y fanfarronean, pero no el pueblo. Todas las noches veo a esta gente en la sala de lectura. Anteayer, un sabio muy influyente, con el pelo completamente blanco, gritó en voz alta: "¡Que bombardeen París, es necesario!" ¡He ahí el resultado de su necedad, ya que no el de su ciencia!»

Un poco más tarde, escribió: «No; lo que ha sido edificado con la espada no podrá perdurar. Y se ponen a gritar: "¡La joven Alemania!" Todo lo contrario, es una nación que ha agotado sus fuerzas, porque confía en las ideas de la espada, la sangre y la violencia; no tiene la menor noción de lo que es la victoria espiritual y se ríe de ello con brutalidad. No; es una nación muerta. ¡Una nación sin porvenir!...»

La institución de la Comuna en París provoca su indignación contra los socialistas:

«... Los hombres de este movimiento no hacen más que pregonar el paraíso terrenal (empezando por los falansterios), y, apenas están en el poder, demuestran ser completamente incapaces de decir algo positivo... Cortan cabezas. ¿Por qué? Porque es lo más fácil. Decir algo es mucho más difícil... El incendio de París es una monstruosidad. "¿Ha fracasado nuestro golpe de mano? ¡Pues bien!, que perezca el mundo, ya que la Comuna está por encima de la felicidad del mundo y de París."»

«El Occidente ha perdido a Cristo (por culpa del catolicismo), y por eso se está muriendo, únicamente por eso.»

De esta manera, los acontecimientos políticos vuelven a suscitar en él su gran ira contra el socialismo francés. El extranjero le parece una cárcel de donde no se evadirá nunca. Sin embargo, permanecer un año más en Alemania sería una tortura intolerable. Tiene la impresión de que no se acuerda de su patria, que su talento no se encuentra ya reconfortado y alimentado por ella, que es un hombre perdido, como todos los que se han desarraigado del suelo patrio.

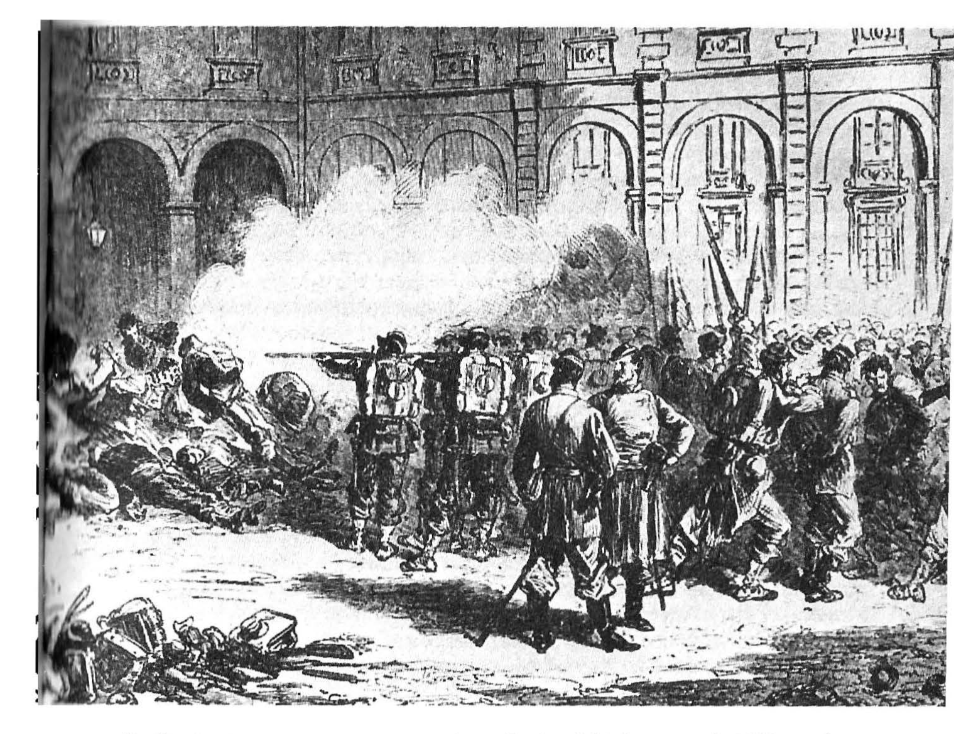
Desde Florencia escribía ya: «En el extranjero, Turgueniev se seca y pierde su talento, como lo ha observado, por otra parte, el periódico *La Voz;* no temo germanizarme, porque odio a todos los alemanes, pero necesito a Rusia. Sin Rusia, todas mis fuerzas y todo mi talento desaparecerán. Me doy cuenta de ello con todo mi ser.»

Y, en Dresde, sigue lamentándose: «Si supierais cuánto me aburro y cómo aspiro a volver a Rusia...»

O: «Es verdad que estoy apartándome, no del siglo, no del conocimiento de los acontecimientos rusos... sino de la corriente rápida de la vida...»

O: «¡De prisa! ¡De prisa a Rusia! ¡Es preciso terminar con el maldito extranjero y con sus fantasías!»

Pero ¿dónde hallar el dinero para el viaje? Tratan de exigírselo a Stellovski, que publica *Crimen y castigo* en libro, pero el bribón se niega a pagar. Entonces, Maikov se dirige a los Fondos Literarios y solicita un préstamo de 100 rublos, que permitirá la repatriación de Dostoyevski. El Comité se lo niega en términos categóricos.



Fusilamiento masivo de communards *en París, el 21 de mayo de 1871, según un grabado aparecido en* Le Monde Illustré. *Dostoyevski sintió gran indignación ante el levantamiento de la Comuna.*

«Si los hubiera solicitado un nihilista, no le hubieran contestado así», escribe Dostoyevski.

Para colmo de desgracias, Anna Grigorievna está encinta otra vez.

El 29 de junio, Dostoyevski escribe en su carné: «Está débil, enervada, duerme muy poco. ¿Es posible que esté encinta?»

«¡Tengo miedo! Tengo miedo... —escribe también—, estoy sencillamente desesparado, pues nunca llegaré a terminar este libro...»

Para tranquilizarle, Anna Grigorievna le sugiere que vaya a probar su suerte a la ruleta, en Wiesbaden. Dostoyevski se va. Y vuelve a empezar la eterna comedia.

Dostoyevski entra en la sala de juego, sigue la partida, juega mentalmente, luego hace una apuesta, gana, gana más y quiere retirarse con 18 táleros de beneficio. Pero, en este momento, una fiebre absurda le empuja a forzar el azar. Vuelve al tapete verde. Y las pérdidas se suceden implacablemente. A las nueve de la noche lo ha liquidado todo. Mira el rectángulo de paño verde, las arañas, los rostros cadavéricos, y huye como un loco. Se siente avergonzado, sufre, piensa en su mujer y en su niña que le están esperando.

«Sufría tanto que corrí en seguida en busca de un sacerdote... Por el camino, mientras me apresuraba en la oscuridad, atravesando calles desconocidas, pensaba: "Es un pastor de Dios, no le hablaré como a un hombre, sino como a un confesor."»

Por la ciudad dormida, anda, corre, sudoroso, despeinado, buscando su camino por las callejuelas oscuras. Por último, llega ante un templo. Le parece que es una iglesia rusa. Quiere entrar. Es una sinagoga.

«Fue para mí como una ducha fría. Corrí al hotel. Ahora es medianoche; te estoy escribiendo... Envíame 30 táleros. Me arreglaré con ellos. Annushka, estoy a tus pies y te abrazo. No creas que me he vuelto loco. Una gran obra se está realizando en mí; se ha desvanecido una estúpida y despreciable fantasía, que me atormentaba desde hace diez años... Ahora todo ha terminado. Es la última vez. ¿Querrás creer, Annushka, que ahora tengo libres las manos? Me ataba el juego. Ahora sólo pensaré en mi trabajo y no soñaré con el juego durante noches enteras, como solía ocurrirme. Entonces, mi obra se realizará mejor y más de prisa, y Dios me bendecirá.»

Esta promesa, repetida con tanta frecuencia, no iba a ser ya una palabra vana. Dostoyevski la mantuvo y no volvió nunca a la ruleta.

«Nunca más volvió a la ruleta —escribe Anna Grigorievna—, aunque estuvo varias veces en Ems y dispuso de bastante dinero para ir a Mónaco. Pero el juego ya no le atraía. No sólo no jugó, sino que ni siquiera volvió a hablar nunca de ello; parece... que la pasión del juego fue una especie de enfermedad que no dejó ni huellas en los diez últimos años de su vida.»

¿Cómo justificar este brusco cambio en Dostoyevski? Nada, ni en sus cartas, ni en el diario de su mujer, ni en las notas de sus amigos, permite explicarlo. ¿Fue por un razonamiento, fue por el corazón por lo que se dejó convencer? Me parece que no se ha concedido toda la importancia precisa al incidente de la sinagoga. Dostoyevski acaba de tener una pérdida importante. En su enloquecimiento, en su abatimiento, sólo ve un refugio: la iglesia ortodoxa. Pero hasta esa iglesia le es negada. Cree ir hacia el Salvador, y se encuentra con quienes le crucificaron. No hay duda de que, para un ser tan enfermo, nervioso y supersticioso como Dostoyevski, el recuerdo de esta aventura basta para vencer las tentaciones más sutiles.

Fiodor Mijailovich regresa a Dresde, apaciguado por su última prueba, y vuelve a ponerse al trabajo. Le embarga sólo un pensamiento: regresar a Rusia antes del parto de su mujer.

La dirección de *El Mensajero Ruso,* que le ha enviado ya un anticipo «para las fiestas», le promete un nuevo anticipo de 1.000 rublos para el mes de junio.

Entonces escribe a Katkov y le suplica que apresure el envío de la ayuda. También escribe a Maikov rogándole que vuelva a empezar las negociaciones con Stellovski. Dostoyevski se salvará. Salvará a toda su familia gracias a su trabajo. Los Turgueniev, los Tolstoi, los Goncharov cobran honorarios importantes. ¿Por qué le pagarían menos a él? ¿Es que tienen tanto talento?

«Saben ustedes, es una literatura de terratenientes, lo que nos ofrecen. Han dicho cuanto tenían que decir (admirablemente, lo reconozco, en Lev Tolstoi). Pero no por ello dejan de ser las últimas palabras de un terrateniente...»

Dostoyevski pronunciará la *palabra nueva*. ¡Asombrará al mundo! Pero, ¡por amor de Dios, que le dejen trabajar en paz en su patria!

El dinero de *El Mensajero Ruso* llega hacia los últimos días del mes de junio de 1871. En seguida rescatan la ropa empeñada, pagan las deudas y se preparan para el gran viaje.

Dos días antes de la partida, Dostoyevski le entrega a su mujer varios rollos de papel de gran formato y le pide que los queme. Sabe que le registrarán seguramente en la frontera rusa. Y no quiere que sus borradores caigan en manos de las autoridades, como cuando le arrestaron en 1849. Anna Grigorievna, apenada, enciende la chimenea y se inclina sobre la llama. Pronto los manuscritos de *El idiota,* de *El eterno marido* y de la primera versión de *Los poseídos* no son más que un montón de cenizas negras, cruzadas por chispas rápidas.

El 17 de julio, por la noche, Fiodor Mijailovich y su familia salen de Dresde para San Petersburgo.

Efectivamente, les registran los equipajes en la frontera. El empleado los examina con un cuidado muy molesto. Dostoyevski y su mujer se lamentan ante sus baúles abiertos. Unos minutos más, y perderán el tren. «Mamá, dame un panecillo», gime Amada, la niñita.

El empleado se encoge de hombros y autoriza a los desterrados a subir al vagón. El tren se pone en marcha.

Ya, tras los polvorientos cristales, desfilan la tierra rusa y el cielo ruso, con sus pequeñas nubes estiradas, deshilachadas por el viento.

Un senderito atraviesa el terraplén, se hunde en la hierba y termina allí, en una casucha con tejado de paja. Junto a la vía, una campesina agita un pañuelo rojo. Lleva un pañuelo sucio en la cabeza. Tiene un zurrón de corteza de abedul. Y calza zapatillas de cuerda trenzada. Grita, ríe y desaparece por la velocidad y el humo del tren. Rusia se acerca. La verdadera Rusia. No la de los intelectuales agriados, ni la de los revolucionarios, ni la de los «poseídos», sino la Rusia de la tierra, del trabajo y de la fe. La que salvará a la otra.

Dostoyevski se emociona. Mira a su mujer y a su hija. Están cansadas. Dormitan una junto a la otra.

Pasa un pueblecito con su iglesia de tejado verde. Hace calor. El compartimento huele a aceite rancio, a sudor, a carbón. Pero Fiodor Mijailovich no se preocupa de eso. Tiene la impresión de que sale de presidio por segunda vez, que renace a la vida por segunda vez. ¿No tendrá, como al volver de Siberia, la sensación de haber dormido durante años y de despertarse en el corazón de un mundo que se le ha hecho extraño? No, no; ha seguido la corriente. Ha permanecido ruso. Sus libros lo demuestran, lo demostrarán. ¿Qué son *Los poseídos* sino una defensa de Rusia contra los demonios de que habla San Lucas?

«Y había allí un hato de muchos puercos que pacían en el monte; y le rogaron que les dejaran entrar en ellos; y les dejó. Y salidos los de-

Apuntes manuscritos de Dostoyevski para Los poseídos.

monios del hombre entraron en los puercos; y el hato de ellos se arrojó de un despeñadero en el lago, y ahogóse...»

Si *Crimen y castigo* es la historia de un hombre que sobrepasa las reglas de la moral corriente y que, buscando la libertad, cae en lo arbitrario y en el crimen, *Los poseídos* (o, más exactamente, *Los demonios*) es la aventura de un pueblo que desconoce los principios sociales y se pierde esperando salvarse.

El asesinato es, para el individuo, lo que la revolución es para la colectividad. Raskolnikov quiere demostrarse que no es una escoria, quiere comprar con un acto reprensible el derecho a la independencia total, y llegar a ser, en cierto modo, su propio Dios. Los demagogos de la insurrección quieren conceder a la muchedumbre una dignidad sobrehumana, merecer la emancipación por medio del asesinato, e instituir una religión de la masa en lugar de la creencia en Dios. Y así como Raskolnikov, el renegado, pierde toda la libertad al día siguiente de su culpa y se convierte en esclavo de una idea fija, así el pueblo que se subleva sólo encuentra, después de su prueba, la servidumbre humillante y el desconsuelo.

Sí, la tentación eterna del «todo está permitido» puede ser personal o colectiva. Las dos experiencias son paralelas en sus menores detalles, y ambas van a parar al mismo fracaso en el infinito. No hay libertad sin Dios. Quienquiera que busque la libertad fuera de Dios se condena a la negación de sí mismo. El socialismo es una cuestión religiosa y debe ser tratado como tal.

En efecto, el socialismo, *el socialismo ruso*, no pretende organizar sólo el bienestar de la clase obrera, no pretende sólo reglamentar la vida terrena del hombre, pretende también limitar a esta felicidad inmediata toda nuestra vida. El socialismo no es una etapa en el destino de la humanidad. Es la religión de la humanidad. La finalidad que ésta se propone no se coloca al margen del cristianismo, sino que lo sustituye. Para esta religión no hay Dios, ni inmortalidad del alma, ni redención, ni felicidad fuera de la felicidad tangible y accesible a todos.

«Les daremos la felicidad que les corresponde como criaturas débiles que son.»

Todo empieza y todo termina aquí abajo. El mundo se transforma en hormiguero. Los valores individuales, la vida íntima, los arrebatos espirituales y las esperanzas superiores se hunden en este pantano de lo inconsciente y de la nulidad. El Estado se encarga de proveer al lamentable rebaño de pitanza, de guaridas y de pequeñas alegrías diarias. Y el hombre se considera feliz.

Pero el hombre no sólo necesita ser feliz. El pan de cada día no es el único alimento a que aspira. Tiene hambre de creer a cada momento que existe una alegría elevada, completamente inimaginable y deliciosa, de la que no será excluido. Tiene hambre de algo que no podría procurarse ni por el trabajo ni por la astucia. Siente el hambre de lo inconmensurable, de lo incomprensible, de lo infinito.

«Toda la ley de la existencia humana —dice Stepan Trofimovich, en el último capítulo de *Los poseídos*— consiste en que el hombre pue-

de siempre inclinarse ante algo inmensamente grande. Si se llegara a privar a los humanos de esta "inmensidad", no querrían vivir, morirían de desesperación.»

¡Ay!, los hechos han demostrado que Stepan Trofimovich sobrestimaba a los hombres.

Indudablemente, en la época en que Dostoyevski escribía *Los poseídos* el movimiento nihilista no tenía aún la importancia y la dirección precisa que el autor le atribuye en su libro. Los contemporáneos de los años 70 no conocieron revolucionarios tan complejos como los Stavroguin, los Kirilov, los Chatov, los Vierjovenski o los Chigaliev. El mismo Nechaiev, de quien se sirvió Fiodor Mijailovich para construir la siniestra figura de Vierjovenski, distaba de poseer la envergadura de este personaje. Estos tipos de insurgentes satánicos, de desequilibrados del socialismo, sólo aparecieron en el siglo XX. Y es en el siglo XX donde debería situarse, en realidad, la novela de Dostoyevski. *Los poseídos* es una genial anticipación, una terrible profecía, cuyo alcance no pudo apreciar el público cuando apareció la obra. Sólo vio en ella una *caricatura* de la época. No ha sabido discernir en esta novela la promesa atroz de otra época. Tampoco ha comprendido que esta «caricatura» llegaría a ser pronto un retrato de terrible parecido. La tragedia de la Revolución rusa ha dado una siniestra conclusión a este gran libro que la anunciaba. Pero, ante el sangriento caos, se plantean dos preguntas: ¿quién lo ha querido?, ¿quién lo ha preparado? ¡Pues bien!, justamente han sido estos hombres de los años 40, los Bielinski, los Turgueniev, esos liberales en zapatillas, esos miopes que se acercaban al pueblo sin comprenderle y que no sabían para qué odiosa imitación iban a servir sus jadeantes argumentos.

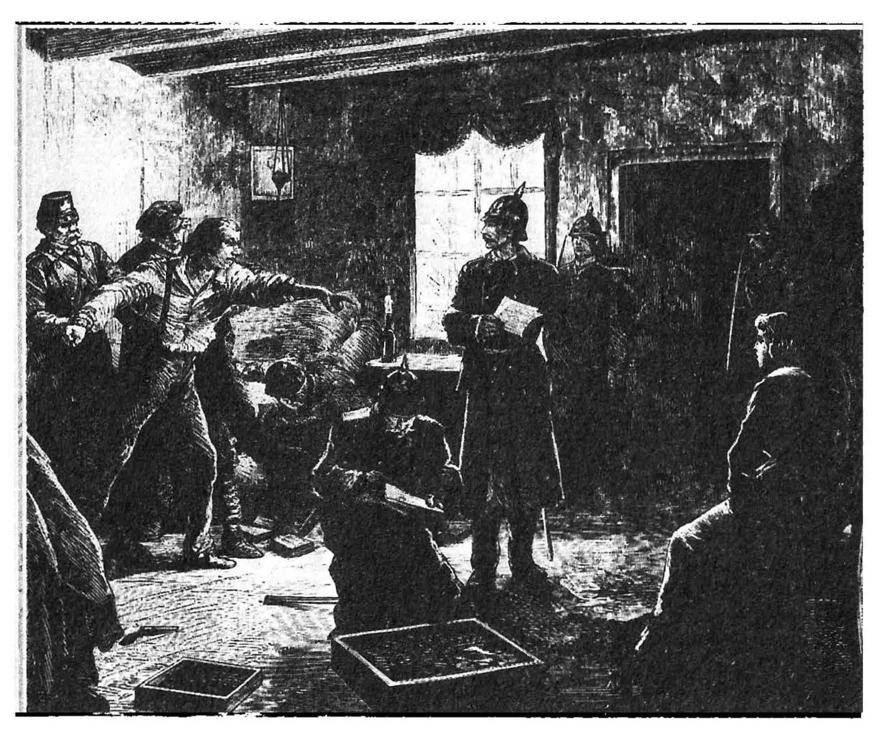
Toda revolución supone dos aspectos de una misma realidad. En el plano intelectual, unos seres evolucionados, unos filósofos agriados y unos pensadores que se juzgan irresponsables. Y, en el plano de la acción, una masa embrutecida, que interpreta al revés sus sugerencias, se embriaga con la idea de una independencia inmediata, y da curso libre a sus más bajos instintos. Y volvemos a encontrar aquí la imagen, grata a Dostoyevski, del *doble,* del «Goliadkin» gesticulante que cada uno de nosotros lleva en sí. Estos sangrientos bandidos son el castigo de sus amos. «¡Vosotros mismos decíais que todo estaba permitido!» ¿Qué contestará el intelectual? ¿Qué contestaron los miembros de la *intelligentsia* rusa después de la Revolución, los Stepan Trofimovich, los Iván Karamazov de 1917? Se marcharon. Huyeron de su obra desfigurada. Y esperan. ¿El qué? Esperan la resurrección nacional que les predijo Dostoyevski en *Los poseídos.* Los demonios no permanecerán siempre en el gran cuerpo dolorido en que han penetrado. Dios vigila. Y llegará un día en que esta horda de demonios será expulsada y se encarnará en los cerdos. Y los cerdos, enloquecidos, furiosos, se precipitarán en el lago, como está escrito en el Evangelio. «El enfermo sanará —escribe Dostoyevski— y se sentará a los pies de Jesús, y nosotros le miraremos con asombro. Querida, *usted comprenderá luego;* ahora me altero demasiado. *Usted comprenderá después...,* comprenderemos juntos...»



En su obra Los poseídos, *Dostoyevski expresa su odio hacia los movimientos revolucionarios y hacia todos aquellos que participaban en la conspiración. La novela es un panfleto, pero contiene rasgos de la ideología del escritor.*

Los poseídos, como todas las novelas de Dostoyevski, vale menos por la intriga que por las ideas generales que la alimentan. Las ideas, es decir, los personajes. Pues aquí, como en *Los hermanos Karamazov,* como en *El idiota,* cada personaje es una idea, es sólo una idea.

Todo el libro está dominado por la inquietante silueta de Vierjovenski. Dostoyevski lo describió según los documentos que poseía so-



Dostoyevski ha creado en esta obra seres extremadamente diabólicos, en los que no cabe un ápice de piedad. Grabado que reproduce el momento de la detención de un escritor nihilista en San Petersburgo.

bre Nechaiev y según los recuerdos personales que había conservado de sus relaciones con el conspirador Spechniev, del que decía antaño: «Ya veis que tengo un Mefistófeles a mi lado.»

Y, de hecho, Vierjovenski es un verdadero Mefistófeles. «En primer lugar, encanta —escribe el autor—; luego disgusta a causa de la excesiva claridad de su pronunciación y por la afectación de sus palabras, siempre preparadas.» Es sucesivamente obsequioso e insolente, no se abandona nunca a un propósito, a un gesto; calcula, computa y arroja sus redes con una maldad tranquila. En la pequeña ciudad de provincia donde ha creado un círculo nihilista, finge desdibujarse ante el hermoso Stavroguin, pero, en realidad, es a él, Vierjovenski, a quien obedecen los conspiradores.

En el grupo revolucionario, todos le odian y le temen. Su idea de la revolución es terrible:

«Nuestros partidarios no son sólo aquellos que matan o incendian, aquellos que tiran con pistola según el método clásico, o bien muerden a sus oficiales. Esos, todo lo más, nos molestan... El maestro de escuela

que se ríe con sus alumnos de Dios y de su cuna, ése sí es de los nuestros. El abogado que defiende la causa del asesino instruido, porque éste tiene una cultura superior a la de su víctima y para conseguir dinero no podía dejar de matar, éste también es de los nuestros. Los colegiales que asesinan a un *mujik* para experimentar sensaciones, son de los nuestros... Haremos una revolución tal, que todo se volverá del revés sobre sus bases.»

¿Y después? Después, Vierjovenski, inspirándose en el sistema preconizado por uno de los miembros del Comité —Chigaliev—, organizará una igualdad total entre todos los hombres.

«Para empezar —dijo— se rebajará el nivel de la educación, de las ciencias y de los talentos. Un nivel elevado, en las ciencias y en las artes, sólo es accesible a los espíritus superiores, y no tenemos nada que hacer con los espíritus superiores... Habrá que desterrar o condenar a muerte. ¡Arrancar la lengua a Cicerón, sacar los ojos a Copérnico, lapidar a Shakespeare; he aquí el chigalievismo!»

Gracias a esta organizada asfixia del pensamiento, el hombre perderá toda dignidad, todo espíritu de investigación, y se convertirá en un peón entre los demás.

«La fuerza más importante, el cemento que lo une todo, es la vergüenza por tener una opinión propia.»

El hombre elemental tiene miedo de no parecerse a su vecino, de tener una idea propia, de estar solo, de ser responsable. La esclavitud desmigará esta responsabilidad en una multitud de cabezas iguales. Gracias a esta nivelación, no habrá personalidad definida. Incluso la moral llegará a ser impersonal. Toda la existencia se desarrollará más allá del bien y del mal.

Sin embargo, para que el hombre sea este monstruo artificial, hay que preservarlo contra todo lo que podría despertar en él la sed de su gracia perdida. Hay que preservarlo del amor, de la familia:

«Apenas aparecen la familia y el amor, se tiene deseo de la propiedad. Mataremos este deseo, dejaremos libre curso a la embriaguez, a las calumnias y a las denuncias; autorizaremos un libertinaje desenfrenado; asfixiaremos, desde la infancia, el genio. Que todo se reduzca al mismo denominador, a la igualdad completa...»

De vez en cuando, para evitar que el rebaño se aburra, se organizará un pequeño motín local rápidamente reprimido. Sobre este pueblo esclavizado reinará una tiránica minoría: «Los esclavos necesitan jefes.»

De manera que la revolución contra la autocracia va a parar a una nueva autocracia.

«Saliendo de la libertad ilimitada, terminó en el despotismo ilimitado.»

El único principio que permanecerá en el tumulto será el principio religioso. El mundo cambiará de amo terreno y negará hasta la existencia de Dios. Pero ¿quién será el nuevo amo?

«La noche descenderá sobre Rusia —dice Vierjovenski a Stavroguin—, la tierra llorará a los antiguos dioses... Entonces haremos un llamamiento... ¿A quién? Al zarevich Iván.»

El zarevich Iván es Iván Stavroguin. Es a Iván Stavroguin a quien hace Vierjovenski la ofrenda del universo. Le propone crear una leyenda en torno a su persona, cuya robusta belleza seducirá a las masas.

«Toda la tierra tendrá sólo un anhelo: una ley justa acaba de ser promulgada. El mar se turbará hasta sus profundidades, se destruirá la vieja barraca de tablas, y desde ese momento pensaremos en edificar una casa de piedra.»

«¡Locura!», contesta Stavroguin.

Pero ¿no es un tejido de locuras toda la historia rusa?

En realidad, Vierjovenski siente por Stavroguin una especie de amor diabólico, una devoción sumisa. Fijémonos en la escena en que anda detrás de él, le tira de la manga, y el otro apenas le contesta:

«Es usted un promotor, es usted el sol —le dice Vierjovenski— y yo soy su lombriz...» Y, de pronto, le besa la mano. Parece que este apóstol de la nivelación experimenta, a pesar de todo, la necesidad de creer en alguien superior a él. Este rebelde empieza por buscarse un amo. Este cínico comienza por adorar al que le desprecia.

«Soy un bufón, lo sé, pero no quiero que usted, la mejor parte de mí mismo, lo sea.»

Y también:

«Iré con usted a todas partes. Le seguiré como un perro.»

Nada más curioso que este secreto apetito de humillación y de ruego en un ateo. El amor es una necesidad vital, puesto que subsiste hasta en Vierjovenski. Qué importa que el sentimiento experimentado por Stavroguin sea ridículo, vergonzoso y odioso en su aplicación humana. Vierjovenski reconoce la necesidad de inclinarse ante alguien que sea más grande que él. Y eso basta para condenar todo su sistema social.

En cuanto al dios de Vierjovenski, el zarevich Iván, su figura pareció inexplicable al principio, porque el editor Katkov se había negado a publicar un importante capítulo de *Los poseídos,* titulado «La confesión de Stavroguin». Tuvo que transcurrir medio siglo antes de que se revelara el verdadero secreto de este personaje.

Lo mismo que Raskolnikov, Stavroguin es un «destructor de muros». Raskolnikov ha sacudido los preceptos de la vieja moral. Ha sufrido para conquistar una libertad ilusoria. Ha luchado contra sí mismo y contra Dios, con un ardor fanático. Ha sido perdonado. Lo ha encontrado Cristo, porque, sin saberlo, buscó a Cristo.

Pero Stavroguin no busca nada. Raskolnikov, cuando cree, cree que cree. Y cuando no cree, cree que no cree. «Stavroguin, cuando cree, no cree que cree. Y cuando no cree, no cree que no cree.» Raskolnikov es un apasionado de la negacion. Stavroguin es un sistemático de la negación. *No ama* su propia opinión, porque no la ha pagado con suficiente tortura. Sus ideas se han instalado en él por una misteriosa ósmosis. Le parece de una evidencia elemental que Dios no existe, que la moral es absurda, que «todo está permitido» y que no hay castigos interiores.

Sin embargo, si la negación del principio espiritual no nos conmueve, si no tenemos que defendernos del retorno de la fe, ¿cómo se puede

amar, odiar, esperar, vivir? Si sólo permanece nuestra buena voluntad, ¿en nombre de qué nos negaríamos a poner en práctica nuestra buena voluntad? Este renegado apacible ha dejado que mueran en él todas las fuentes cálidas de la existencia. No sabe exactamente para qué está en el mundo. Y no trata de saberlo. Vive por cansancio. Se arrastra de día en día, y el aburrimiento le gana insensiblemente. El aburrimiento nace de la incredulidad. ¿Qué hacer, qué decir que merezca la pena de hacerse o decirse, puesto que uno lo hace y lo dice sólo para sí mismo? Stavroguin trata de sacudir su melancolía, y todas las distracciones son buenas para él, pues no respeta nada. Acoge con una espantosa gratitud todo lo que puede alterar su calma. Recibe una bofetada, pero no piensa en devolverla para sentir a fondo la nueva sensación del furor y de la humillación: «Si además contiene uno su ira, el placer sobrepasa todo lo que se puede imaginar.» Roba con un descaro que le parece delicioso. Se bate en duelo para conocer la rabia y la vergüenza en su más alto grado. Hace que azoten a una niña, acusándola de un robo que no ha cometido, luego la viola y ni siquiera intenta impedir que ponga fin a sus días. La ve entrar en un retrete. Mira su reloj, deja pasar veinte minutos, se acerca a la puerta y mira por una rendija: «Finalmente vi lo que necesitaba ver.» La niña se había ahorcado.

«Fue entonces, mientras tomaba el té y charlaba con unos compañeros, cuando por primera vez en mi vida me hice a mí mismo esta reflexión: yo no sabía, no sentía lo que es el bien y el mal, y no sólo no lo sentía, sino que no había ni bien ni mal...»

Y añade: «Estaba aburrido de la vida hasta la estupidez.»

Este aburrimiento le asfixia, y Stavroguin se revuelve como un enfermo en su lecho; trata de encontrar «la mejor posición».

Esta posición mejor la busca primero mediante repugnante sacrificio de su vida sentimental. Se casa con una coja idiota y repulsiva. «La idea del matrimonio de un Stavroguin con un ser contrahecho cosquilleaba mis nervios.» Y no se casa con ella en un arrebato de locura, o como consecuencia de una apuesta de borracho. No; se casa con ella fríamente, cínicamente, para ver qué ocurre... Pero lo monstruosamente ridículo de esta boda no le satisface. Se cansa pronto de su nueva ignominia. Busca otra perversidad que pueda distraerle de su calma. ¿La bigamia? Lo piensa un momento, luego abandona esta idea. El espectro de la niña frecuenta sus sueños. Pero la angustia que le procuran estas visiones diarias no le curan del aburrimiento. Hasta la angustia llega a ser aburrida.

Entonces, se lanza a la lucha social. ¡Ay!, tampoco se encuentra a gusto entre los rebeldes, porque *no cree*. «¡Oh!, ¡sea usted más tonto, Stavroguin, sea más tonto!», exclama Vierjovenski. Stavroguin no tiene fe ni en la religión cristiana, ni en la religión socialista rusa. La organización del paraíso sobre la tierra, al estilo de Chigaliev, no le seduce en absoluto, y la promesa de que llegará a ser algún día el zarevich Iván le hace encogerse de hombros. ¿Para qué todo eso? Las matanzas, el establecimiento de una colmena obrera sobre los escombros de la civilización y la institución de una nueva dictadura sobre un rebaño de im-

béciles no le curarán de su aburrimiento. Sólo el arrepentimiento podría aliviarlo. Decir arrepentimiento es decir también penitencia, humillación. Que publique su confesión, que arrostre las burlas y las injurias, que sufra y hallará la luz. Raskolnikov se salvó porque reconoció su culpa y porque deseó el perdón. Desear el perdón es ya una recompensa celestial.

Pero, a punto de ceder a los remordimientos, Stavroguin vuelve a su horrible indiferencia.

En torno a Stavroguin, Vierjovenski ha agrupado a algunos revolucionarios miserables y exaltados. Los conspiradores están convencidos de que su círculo sólo es una unidad entre centenares de sociedades análogas, diseminadas por toda Rusia. Vierjovenski les ha dado a entender que el Comité Central le ha enviado junto a ellos. No habla más que de informes secretos, órdenes superiores y misteriosos enlaces. Induce a los miembros del complot a sospechar unos de otros. Siembra entre ellos el temor de la traición. Reina sobre ellos, porque ninguno de los que le rodean confía en nadie.

Después de un escándalo organizado por Vierjovenski, un incendio y un asesinato, los miembros del grupo se espantan ellos mismos de su acción. «¿A dónde nos conducirá esto?» Para volver a dominarlos, Vierjovenski les asegura que uno de los suyos, Chatov, piensa en denunciar la banda y que hay que matarle. En realidad, Vierjovenski cuenta con un crimen colectivo para estrechar la unión de todos estos modregos. Una vez que se realice el crimen, estarán unidos entre sí por el miedo y el odio.

Chatov, la víctima designada por Vierjovenski, es «uno de estos idealistas rusos a los que una fuerte idea cualquiera impresiona de pronto, y son abatidos de golpe». Antaño fue un liberal convencido, pero ha repudiado los errores de su juventud y se encuentra en flagrante oposición con Vierjovenski. Sin embargo, este cambio en sus opiniones le ha desconcertado tanto, que no sabe a qué entregarse, a quién creer, cómo emplear su vida. Está agotado, solitario. Por eso, al mismo tiempo que le maldice, no tiene el valor de abandonar el círculo de Vierjovenski.

«¿A quiénes ha rechazado? —dice—. A los enemigos de la *vida viva,* a los liberadores que temen su propia independencia, a los lacayos del pensamiento, a los enemigos de cualquier libertad y de cualquier personalidad, a los predicadores decrépitos de la carroña y de la podredumbre? ¿Qué hay en ellos? Senilidad, dorada mediocridad, la incapacidad más burguesa y llana, igualdad envidiosa, igualdad sin dignidad personal, igualdad como la entiende un criado, o como la concebía un francés del 93... ¡Pero lo peor es que por todas partes hay pícaros, pícaros, pícaros!...»

Para Chatov, lo mismo que para Dostoyevski, el socialismo se junta con el ateísmo. El socialismo es ateo porque quiere edificar su universo según las leyes de la ciencia. Pero los pueblos se forman y viven según otras misteriosas leyes. La historia de un pueblo conduce a la busca de Dios, y, más exactamente, de *su* Dios.

«La meta de todo movimiento popular —dice Chatov— es única-

mente la busca de Dios, de su propio Dios, de su Dios... Cada pueblo ha tenido siempre su propio Dios. Es una señal de decadencia cuando los pueblos empiezan a tener dioses comunes... Cuanto más fuerte es un pueblo, más exclusivamente personal es su Dios... En cuanto un pueblo deja de creer que es el único detentor de la verdad, en cuanto no cree que es el único llamado, el único capaz de resucitar y de salvar al mundo por la verdad, deja inmediatamente de ser un gran pueblo y sólo es una materia etnográfica.»

Cada pueblo posee *su* Dios, según Chatov. Pero sólo existe un Dios verdadero. Por lo tanto, todos los pueblos, menos uno, están equivocados. Pero ¿quién es el único portador de Dios? «El pueblo ruso», contesta Chatov. El pueblo ruso, porque es el único pueblo cristiano que no ha sido contaminado por la civilización, porque es el único pueblo ingenuo, el único pueblo-niño de la Tierra.

De esta manera, Chatov-Dostoyevski encarga al pueblo ruso de un papel verdaderamente mesiánico. Lo mismo que el pueblo hebreo se considera como el pueblo elegido, así, para Dostoyevski, el pueblo ruso debe considerarse como el futuro salvador del mundo. Entonces, cuando, siguiendo los dogmas cristianos, la aparición de Cristo ha hecho imposible toda idea mesiánica y ha elevado a la humanidad entera al rango de «raza elegida», Dostoyevski se empeña en reservar al pueblo ruso solo el privilegio de ser amado por Dios. La consciencia mesiánica cristiana ya no es universal para él, sino nacional.

Se ha querido ver en esta actitud una «rejudaización del cristianismo». Esta crítica no está plenamente justificada. Dostoyevski no niega que todos los pueblos hayan sido iniciados en la verdad de Dios. No admite esta revelación estrictamente étnica que supone la religión judía. Pero pretende que en el transcurso de los siglos todas las naciones se han revelado, sucesivamente, indignas de su papel mesiánico, y que sólo Rusia ha permanecido en la vía de Dios, porque no la ha tocada el progreso. *De manera que Rusia no ha sido el único pueblo investido de un papel mesiánico, sino el único que lo ha conservado.* Hay aquí un matiz que no siempre han percibido los exegetas de la obra de Dostoyevski, y que interesa señarlar aquí.

Sea como sea, la idea del pueblo portador de Dios es peligrosa, pues lleva a la adoración del pueblo por el pueblo. En este error es en el que cae Chatov.

«¿Cree usted, precisamente usted, en Dios?», le pregunta Stavroguin.

Y Chatov balbuce:

«Creo en Rusia... Creo en su ortodoxia...»

«Pero ¿en Dios? ¿En Dios?», insiste Stavroguin.

«Yo... *creeré* en Dios.» (Subrayado por mí.)

Dostoyevski, como Chatov, ha ido hacia Dios a través del pueblo. Pero mientras que para Dostoyevski el pueblo no ha sido más que una etapa, para Chatov ha sido un fin.

En éste, los elementos populares y religiosos se hallan confundidos hasta tal punto que ya no sabe distinguirlos. Chatov encarna el error de

las sectas religiosas rusas, que mezclan el paganismo campesino con el culto evangélico de Cristo. Es el prototipo de esos heresiarcas exaltados que reducen la creencia ortodoxa a los límites de Rusia, que la cargan de ritos extraños, de misterios extrabíblicos, que la ahogan so pretexto de preservarla. Y su angustia nace precisamente porque no encuentra ya a Cristo a través de esta bárbara deformación. ¡La fe es mucho más sencilla, mucho más amplia de lo que él imagina! La felicidad está tan próxima que busca a tientas, como un ciego.

Chatov se da cuenta de ello cuando su mujer, que le engañó antiguamente con Stavroguin, regresa para dar a luz en casa de él. La recibe con una especie de tímido éxtasis. La rodea de cuidados que a él mismo asombran. Y, cuando nace el niño, cuando ve ante sí este ser bruscamente dado a la vida, una alegría desconocida le conmueve de pies a cabeza.

«El misterio de la aparición de un nuevo ser sobre la tierra es grande, es un inexplicable misterio», exclama.

«¿Qué está desvariando? Es sencillamente el desarrollo ulterior del organismo», declara la comadrona, conquistada por las ideas socialistas.

Pero Chatov ya no la escucha: ha entrevisto un milagro, ha creído, y en lo sucesivo creerá siempre. Y, por primera vez desde hace años, se considerará feliz.

Aquella misma noche será convocado por orden del grupo revolucionario y asesinado por Vierjovenski y sus acólitos.

Mientras tanto, Stavroguin ha huido. Para desviar las sospechas, Vierjovenski decide endosarle toda la responsabilidad del crimen a uno de los miembros de la sociedad, Kirilov.

Este Kirilov es una especie de epiléptico, de desequilibrado, que ha jurado suicidarse *para probarse su independencia*. Puesto que está decidido a morir, sólo habrá que hacerle firmar una confesión en la cual se acusará del asesinato de Chatov. Kirilov acepta la superchería.

Kirilov es, seguramente, una de las figuras más curiosas del mundo dostoyevskiano. Es un ateo, como Stavroguin, pero, contrariamente a éste, pone en la negación el ardor que algunos ponen en la fe. Su insensata lógica da vértigo:

«Si existe Dios —dice—, todo depende de él, y no puedo hacer nada fuera de su voluntad. Si no existe, todo depende de mí y debo afirmar mi independencia... Pero ¿cuál es el grado más alto de la insubordinación para un hombre? La negación de su propia existencia. Si el hombre puede, por su propia voluntad, poner fin a sus días, es que es libre y que él mismo es Dios.»

«Si Dios no existe, yo soy Dios.» Y Kirilov añade esta sorprendente frase: «El hombre sólo inventó a Dios para poder vivir sin matarse.»

Volvemos, con este rodeo, a la dialéctica del hombre subterráneo. El hombre se forjó un ídolo y levantó los muros de la religión sólo para defenderse de la libertad que le espanta. Se ha constituido prisionero por temor a la independencia. Se ha humillado ante su propia creación. Pero él, Kirilov, triunfará sobre la costumbre. Y vuelve al antiguo tema de la crucifixión, tratado por Hipólito:

«Si las leyes de la naturaleza no han perdonado a éste... entonces el planeta entero es sólo una mentira, descansa sobre la mentira y resulta ser una estúpida irrisión.»

Puesto que el principio divino en su forma antigua es absurdo, y puesto que el hombre es Dios sin quererlo, hay que traer al mundo la prueba del verdadero orden. El suicidio de Kirilov, que no será motivado por ninguna razón externa, será la justificación de esta libertad total que hace al hombre dueño del universo.

«El precursor debe necesariamente matarse; si no, ¿quién empezaría, quién probaría? Me mataré necesariamente, para empezar y para demostrar...»

«Empezaré, abriré la puerta.»

Después de su sacrificio, los hombres comprenderán, derribarán los muros de la moral cristiana y serán dioses a su vez.

«Habrá un hombre feliz y orgulloso al que le será indiferente vivir o no vivir.»

Y es curioso observar cuán impregnado está Kirilov, dentro de su ateísmo, de la doctrina que rechaza. Se mata para salvar a los hombres, como Cristo fue crucificado para salvarlos antaño. En realidad, está obsesionado por la imagen de Cristo. Tiene sed de subir a su vez a la cruz, de sufrir por los demás, de pagar con su sangre la dicha de los demás. Y este extasiado amor del prójimo hace de este ateo una figura casi cristiana. Digo casi porque Chatov reconoce a Cristo sin reconocer a Dios. Y debemos recordar aquí una extraña carta de Dostoyevski, escrita desde Siberia, a la señora Von-Vizin:

«Si alguien me hubiese demostrado que Cristo está fuera de la verdad, y si estuviera realmente establecido que la verdad está fuera de Cristo, hubiera preferido quedarme con Cristo antes que con la verdad.»

Dostoyevski se ve desgarrado entre la ortodoxia mesiánica de Chatov y el cristianismo ateo de Kirilov. Pero, en ambos casos, la imagen de Cristo permanece intangible. ¿Cristo con Dios, o Cristo sin Dios? Este problema, que ha torturado a Dostoyevski toda la vida, tortura igualmente a sus personajes. Kirilov, «para salir de ello», se aloja una bala en la cabeza.

Hay otro suicidio que marca el término de una carrera de libertino. Stavroguin, después de haber rozado la redención, se entrega estúpidamente a la muerte. «He querido probar mi fuerza por todas partes...», escribe en una carta. «He mirado con odio a nuestros renegados, porque envidiaba sus esperanzas...»

Los demás personajes del libro se desdibujan junto a estas siluetas inspiradas. Es preciso, sin embargo, señalar al padre de Vierjovenski, Stepan Trofimovich, una especie de intelectual fracasado, llorón, idealista y grandilocuente, copia del profesor Granovski, uno de los fundadores del liberalismo ruso. Junto a él, se dibuja el retrato del «gran escritor» Karmasinov.

Con Karmasinov, Dostoyevski ha trazado una repugnante caricatura de Turgueniev. Es, lo mismo que Turgueniev, un «ruso-europeo», y Dostoyevski pone en su boca las mismas palabras de éste: «Me he he-

cho alemán, y me honro con ello», dice. O bien: «Hace siete años que vivo en Karlsruhe. Y cuando, el año pasado, el Consejo Municipal decidió establecer una nueva conducción de agua, he sentido en el fondo de mi corazón que esta cuestión de la canalización de las aguas de Karlsruhe me interesaba más que todos los asuntos de mi querida patria.» Dostoyevski, para acentuar el parecido entre Karmasinov y Turgueniev, atribuye a aquél un rostro «de buen color, con espesos bucles de cabellos canos que salían de bajo su chistera y se enrollaban alrededor de sus orejitas limpias y rosadas». Le atribuye una voz «melosa y algo chillona». Finalmente, le hace leer en sociedad su últimal obra, titulada *Gracias*, cuyo texto está inspirado por ciertas páginas que Turgueniev destinaba a la revista de los hermanos Dostoyevski.

Turgueniev se reconoció en este ataque y se quejó por carta a sus amigos: «Dostoyevski se ha permitido algo más vil que la caricatura; me ha representado bajo los rasgos de K., secretamente favorable al partido de Nechaiev. Es verdaderamente curioso que haya escogido para parodiarlo el único relato que di a la revista que editaba antes, relato por el que, además, me roció de protestas de gratitud y de cartas de felicitación...»

Por lo demás, no había necesidad de tanto para que se levantara contra Dostoyevski la indignación de los «occidentales». La publicación de *Los poseídos* fue acogida por una violenta reacción de la prensa y de los lectores de izquierdas. Este loco ataque contra las ideas liberales les parece impío, bárbaro, contrario a las leyes de la estética. Es deplorable que un antiguo presidiario pase tan alegremente al campo adversario. Es despreciable que un ex conspirador denigre hasta ese punto las conspiraciones.

«La novela del señor Dostoyevski, *Los poseídos*, prueba de un modo completamente indiscutible lo que, por lo demás, era evidente ya desde la publicación de su primer libro, *Pobres gentes*, esto es, la ausencia, en el autor, de toda fantasía creadora», declara Nikitin.

Y añade: «En *Los poseídos* se afirma el fracaso literario del autor de *Pobres gentes*.»

En la revista *El Resplandor* se destacan estas frases:

«Si habéis tenido paciencia para leer hasta el final la obra de uno de nuestros escritores, antaño muy popular, experimentaréis, mezclado con vuestra ira, un sentimiento de piedad, quizás incluso de tristeza. Sufriréis viendo la caída de un autor, sin duda bien dotado, la caída de un hombre... Sí, se quiera o no, es preciso reconocer que con *Crimen y castigo* hemos perdido al antiguo Dostoyevski... Ahora, la crítica sólo puede considerarle con indiferencia, desprecio o piedad...»

El redactor jefe de *El Mensajero Ruso*, habiendo publicado que *Los poseídos* se contaba «entre las obras más bellas y de más talento de los últimos años», fue atacado y ridiculizado por la prensa liberal.

En cuanto a Strajov, escribió a Dostoyevski, con motivo de *Los poseídos*, una carta muy bella que merece la pena ser citada:

«En lo que se refiere a la riqueza y a la diversidad de ideas, es usted manifiestamente el primer escritor de Rusia. Comparado con usted,

hasta Tolstoi es monótono... Sin embargo, complica usted demasiado sus obras. Si la contextura de sus novelas fuera más sencilla, se duplicaría su efecto. *El jugador* y *El eterno marido,* por ejemplo, produjeron las más decisivas impresiones, mientras que lo que usted expuso en *El idiota* no ha sido completamente comprendido... Con la décima parte de su mérito, un francés, o un alemán hábil, se hubiera hecho célebre en los dos hemisferios y hubiera entrado como un astro de primera magnitud en la historia de la literatura universal...»

Dostoyevski reconoce sus defectos y se queja de ello con una encantadora humildad:

«En mí —escribe—, varias novelas distintas se comprimen en una sola, que, de esta forma, carece de armonía y de medida...

»La fuerza de la inspiración es siempre más intensa que los medios de expresión. (A Victor Hugo, por ejemplo, le ocurría esto. También en Pushkin se encuentran huellas de esa dualidad.) Esto es lo que me pierde...»

En realidad, *Los poseídos* es un fragmento de la *Vida de un gran pecador,* de la que se habló anteriormente, y que Dostoyevski no llegó a escribir.

En los cuadernos de notas de aquella época, se encuentran los nombres de personajes vivos que, a veces, desempeñaron un papel secundario en la vida de Dostoyevski, títulos de libros o el recuerdo de acontecimientos de su juventud. Esta preparación autobiográfica para la *Vida de un gran pecador* llevó a algunos exegetas a preguntarse si no habría cometido Dostoyevski mismo un «gran pecado».

La tradición oral asegura que Dostoyevski fue un día a confesarle a Turgueniev «el acto más infame».

«¿Por qué me ha dicho usted esto?», preguntó Turgueniev.

«Para demostrarle hasta qué punto le desprecio.»

Y Strajov, en 1883, escribe a Tolstoi hablando de su *amigo* Dostoyevski, del que se había hecho biógrafo entusiasta:

«Era malo, envidioso, vicioso... Nótese que su bestial sensualidad no tenía en cuenta la belleza o el encanto femeninos. Los personajes que más se le parecen son el héroe de *Memorias del subsuelo,* Svidrigailov, de *Crimen y castigo,* y Stavroguin de *Los poseídos.*»

Strajov dice a todo el que quiera oírle que Dostoyevski ha violado a una niña. Sus acusaciones fueron confirmadas por Venguerov y Viskovatov.

«Viskovatov —escribe Turgueniev— me contó un día que Dostoyevski se había jactado de haber... en un baño, con una niña que le había traído una institutriz.»

En cuanto a Bulgakov, se limita a decir que «quizá no sea una calumnia.»

Faltan los documentos para tomar partido en esta discusión, pero la obsesión erótica de Dostoyevski autoriza, indudablemente, todas las sospechas.

Desde *Nietochka Niezvanova,* está obsesionado por la idea de la sensualidad infantil.

«Pues bien, ahora haz conmigo lo que quieras. Tiranízame, pellízcame, te lo ruego, pellízcame, pellízcame una vez. Querida mía, pellízcame...»

«Nos besábamos, llorábamos, reíamos. Nuestros labios se habían hinchado con los besos.» (Se trata de dos niñas apenas púberes.)

Y Lisa, de *Los hermanos Karamazov*, es tan histérica a los dieciséis años como estas chiquillas: «Tiene dieciséis años y se ofrece», dice Iván.

«¿Cómo que se ofrece?», exclama Aliocha.

«¿Cómo? Pues como las mujeres pervertidas...»

En *Crimen y castigo*, Svidrigailov ha violado a una niña de catorce o quince años, sordomuda. «Un día, la encontramos colgada en el desván.» La misma noche en que va a suicidarse, Svidrigailov sueña con esta niña a la que ha ultrajado. Y este mismo sueño tendrá Stavroguin, en *Los poseídos*, pues él también ha abusado de una niña, y su víctima se ha ahorcado como la de Svidrigailov.

Este tema que vuelve de un libro a otro, con cinco años de intervalo, ¿no lo ha suscitado alguna preocupación íntima, algún recuerdo?

Dostoyevski llegó incluso a contar esta historia en el anticuado salón de la señora Korvin-Krutovski, y ¡delante de unas muchachas!

La pequeña Sofía, de catorce años de edad, ha anotado el acontecimiento en sus *Recuerdos*. El protagonista de la novela se despierta de un sueño feliz, pero se siente abatido por la impresión de una misteriosa responsabilidad, de una culpa lejana e imperdonable. «Recuerda que una vez —escribe Sofía—, después de una noche de orgía, empujado por sus compañeros borrachos, violó a una niña de diez años...»

¿Era Dostoyevski un depravado *efectivo* en el mismo grado de Svidrigailov y Stavroguin, o sólo se trata en él de una veleidad reprimida? «No se describe a sí mismo —dice Gide en su *Diario*—, pero lo que describe hubiera podido llegar a vivirlo si no lo había sido todo ya él mismo.» ¿Por qué no admitir que Dostoyevski deseó a una niña, y que sólo este insulto imaginario ha bastado para envenenar su vida? Esta violación que hubiera podido cometer la evoca en una grandiosa alucinación. Se carga con ella, se acusa con un placer enfermizo. Aprecia la alegría de humillarse cínicamente ante otro. ¡Y qué otro! Turgueniev, el ser a quien más odia y desprecia en el mundo.

«Comprendo muy bien —escribe— que a veces se pueda, sencillamente por vanidad, cargar con la responsabilidad de un crimen, e incluso adivino perfectamente de qué clase puede ser esta vanidad.»

En esta frase es, según parece, donde debe buscarse la solución del problema sexual de Dostoyevski.

Cuarta parte

17. El adolescente

El 8 de julio de 1871, los Dostoyevski llegaron por fin a San Petersburgo. Al pasar delante de la catedral de la Santa Trinidad, donde se había celebrado su enlace, Fiodor Mijailovich se volvió hacia su mujer y le dijo:

«¡Pues bien, Annushka, de todos modos hemos sido felices durante estos cuatro años!... ¿Qué nos reserva nuestra existencia en San Petersburgo? Ante nosotros ahora todo es niebla.»

Después de pagar las deudas y el viaje, sólo le quedaban a Dostoyevski algunos rublos en el bolsillo. Además, la vajilla y los utensilios de cocina que habían sido confiados a una vieja habían desaparecido después de la muerte de ésta. Los abrigos empeñados en casa de un prestamista habían sido vendidos al expirar el plazo para el pago de los intereses. Los libros de Dostoyevski los había vendido su hijastro Pavel, que estaba falto de dinero.

Algunos días después de la llegada del matrimonio, los parientes de Dostoyevski acudieron en masa a verle. Prosigue el desfile interminable: abrazos, preguntas, charla. Pavel, el hijastro, se ha casado, y su mujer es encantadora. El hijo mayor de Emilia Fiodorovna, la viuda de Mijaíl, es un reputado pianista; su segundo hijo está empleado en el banco, su hija es taquígrafa...

Estas continuas visitas agotan a Anna Grigorievna. «La víspera —escribe ésta—, como me encontraba mal ya, mi marido se pasó rezando todo el día y toda la noche por un feliz desenlace.» Por fin, el 16 de julio da a luz a un niño, que se llamará Fiodor. «En este momento le están fajando y grita con voz vigorosa y sana.»

A finales del mes de julio, Dostoyevski fue a Moscú para cobrar sus haberes en la dirección de *El Mensajero Ruso*. A su regreso, la familia se instaló en un piso de la calle Sierpujovskaia. Dostoyevski espera encontrar allí una paz relativa para proseguir su trabajo. Por desgracia, un periódico anunció, en el mes de septiembre, que el novelista acababa de regresar después de una larga estancia en el extranjero. No hizo falta más para despertar el celo de los acreedores. Fiodor Mijailovich se vio incluso amenazado con la cárcel por deudas, por un tal Ginterstein.

«Ya ve —le decía este—, usted es un escritor ruso de talento, y yo sólo soy un pequeño comerciante alemán; pero quiero demostrarle que puedo hacer que encierren por deudas a un célebre novelista ruso: tenga la seguridad de que lo haré.»

Fue Anna Grigorievna la que tomó la defensa de su marido. Aseguró al terrible Ginterstein que Fiodor Mijailovich tenía la intención de aceptar el encarcelamiento del que le hablaba el comerciante, y que continuaría escribiendo tranquilamente en el calabozo. «Además, usted se verá obligado a proveer a su manutención», le dijo. El alemán se atemorizó y consintió en un arreglo.

En lo sucesivo, siempre fue Anna Grigorievna la que recibió a los acreedores de Dostoyevski. «¡Qué tipos tan extraños desfilaron por mi casa en aquella época! —escribe Anna Grigorievna—. Traficantes profesionales de pagarés, viudas de empleados, propietarios de habitaciones amuebladas, oficiales de reserva, gentes todas pertenecientes a la última clase de la sociedad. Habían comprado estos reconocimientos de deuda por un bocado de pan y exigían el reembolso total. Todos me amenazaban con el embargo o con la cárcel, pero ya sabía yo cómo había que hablarles. Mis argumentos eran los mismos que había empleado con Ginterstein.»

Esta mujer joven se revela como una comerciante de primer orden. Junto a un marido soñador, confiado y enfermo, Anna Grigorievna lleva la lucha diaria con el entusiasmo de un empresario moderno. Sobre ella caen las pequeñas dificultades de la existencia. Ella es la que revisa las cuentas. Y ella paga los gastos. No se hace nada sin contar con Anna. En 1873, decide preparar una edición en libro de *El idiota* y de *Los poseídos*. Ella misma compra el papel. Hace el trato con el impresor. Corrige las pruebas. Recibe a los empleados de las librerías y se mantiene firme cuando le exigen rebajas superiores al 20 por ciento.

«—El precio de diez ejemplares es treinta y cinco rublos; pero, teniendo en cuenta la rebaja del veinte por ciento, me debe usted solamente veintiocho rublos.

»—¿Por qué tan poco? ¿No podría usted rebajarme el treinta? —pregunta el empleado.

»—Imposible.

»—Por lo menos el veinticinco.

»—Le aseguro que es imposible —le dice, muy preocupada. (Pensaba: "Se irá y habré dejado marchar al primer comprador.")

»Pero él dijo:

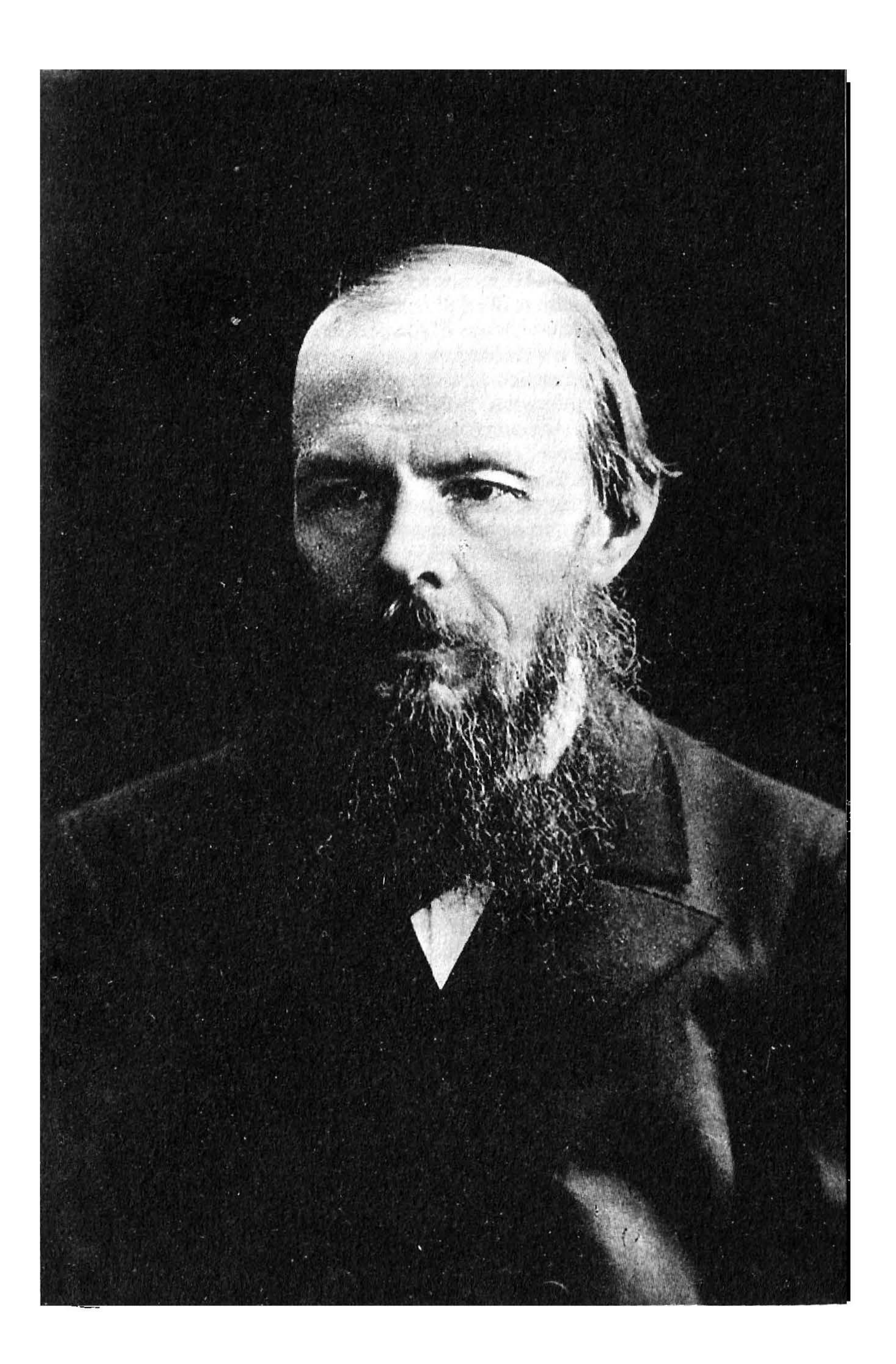
»—Si es imposible, ¡tome!

»Y me entregó el dinero. Yo estaba tan contenta que le di treinta *copecks* para el coche.»

La operación se presentaba excelente. A fin de año, Anna Grigorievna había vendido tres mil ejemplares. Los quinientos que quedaban se liquidaron en los años siguientes.

Sin embargo, a finales de 1872, el príncipe Mecherski, propietario de *El Ciudadano*, ofreció a Dostoyevski el puesto de redactor jefe en

El regreso a San Petersburgo no libró a Dostoyevski de problemas. Por el contrario, éstos parecían seguirle allí donde se encontrara. Su mujer fue para él, en aquellos momentos, una valiosa ayuda. ▶



su periódico, con un sueldo anual de 3.000 rublos. El fracaso de *Los poseídos* había reavivado en Dostoyevski el deseo de entablar una lucha a muerte contra las ideas liberales. Hacía ya algún tiempo que pensaba publicar una revista, que hubiera titulado *Diario de un Escritor,* y hubiera dado en ella su opinión sobre los acontecimientos de la época. La proposición del príncipe Mecherski iba a permitirle realizar, bajo otra forma, su sueño. En vez de una hoja autónoma iba a disponer de una importante crónica en un semanario honorablemente cotizado. Dostoyevski aceptó. La censura ratificó el nombramiento de Fiodor Mijailovich en el puesto de redactor jefe de *El Ciudadano,* pero «con todas las reservas sobre la ulterior actividad de este personaje...».

El equipo literario de *El Ciudadano* estaba compuesto por escritores de la extrema derecha, tales como Maikov, Filipov, Stajov y Bielov. El espíritu del periódico era claramente conservador y antieuropeo. Y tenía que serlo aún más bajo la égida de Dostoyevski.

Los primeros días, Fiodor Mijailovich pudo creer que la dirección del periódico le dejaría algín momento para escribir sus libros. Pero muy pronto se vio obligado a sacrificar totalmente la actividad de novelista a la de periodista. Su nueva función absorbía todo su tiempo. Recibía a los autores, leía los artículos, los corregía (principalmente los del príncipe Mecherski), revisaba las pruebas, dictaba las cartas, estaba al corriente de la política y redactaba, además, su sección «Diario de un Escritor».

En sus relaciones con el príncipe Mecherski, propietario del periódico, Dostoyevski dio pruebas de una diplomacia que sorprende en este ser arrebatado. El príncipe Mecherski se jactaba de escribir bien, pero Dostoyevski estaba obligado a revisar todos los artículos que le mandaba su patrón. Se disculpaba con astucia de cortesano:

«Querido príncipe, su respuesta a las *Noticias de San Petersburgo* está redactada muy lindamente y con gran claridad, pero es un poco seca, un poco provocativa (atrae la polémica) y, quizás, el tono no es muy feliz... Le envío la respuesta que he escrito yo. He introducido en ella algunos pasajes de la suya. Pero he podido cometer faltas; le estaré muy agradecido si puede usted repasar mi original...»

Sin embargo, Fiodor Mijailovich tuvo que pagar un día con su persona un anodino error cometido por el noble publicista.

El príncipe Mecherski había enviado a Dostoyevski un artículo en el que se citaba la alocución del emperador a los diputados kirguises. Fiodor Mijailovich ignoraba que estaba prohibido divulgar los discursos del emperador y de los miembros de la familia imperial, sin previa autorización del ministro de la Corte. Imprimió el artículo sin cumplir los requisitos acostumbrados. Este descuido le costó 25 rublos y 48 horas de prisión. ¿Qué era esto comparado con los meses pasados en el fuerte de Alexis, en 1849? Dostoyevski cumplió alegremente su pena en la prisión de la calle de los Mercados. Su mujer le llevó ropa y comida. Sus amigos fueron a visitarle al día siguiente por la mañana. Y, además, aprovechó incluso su encarcelamiento para volver a leer *Los miserables,* de Víctor Hugo.

«Es una dicha para mí que me hayan detenido —dijo—, pues sin ello nunca hubiera encontrado ocasión para releer, y con cuánto interés, esta obra magistral...»

Con el *Diario de un Escritor,* que llegó a ser, al cabo de tres años, una publicación independiente, inaugura Dostoyevski un género nuevo que une la confidencia íntima con los debates sobre política extranjera, los temas eternos con las pequeñas preocupaciones del momento, los sucesos con las fantasías noveladas. Es una conversación, a ratos perdidos, con el lector. Es un diálogo, pues a cada momento Dostoyevski arremete contra su adversario, arranca de sus labios la objeción, roba el pensamiento en la mente de aquél y responde con un fuego terrible. Sus crónicas están redactadas en un estilo familiar, flojo, difuso, pero que a veces se eleva hasta una elocuencia bíblica. Ahí está ante nosotros, enredado con ideas y palabras, debatiéndose en sus propias convicciones, pataleando, profetizando, engañándose, enfadándose y persistiendo en su error con una especie de disgusto infantil.

Dostoyevski llevaba un año en su puesto directivo cuando recibió la visita de Nicolai Alexeievich Nekrasov. Nekrasov, el fastuoso poeta de los humildes, el buen amigo de los damnificados de la tierra, había sido el compañero de juventud y después el enemigo literario de Dostoyevski. Hacía años que no veía a Fiodor Mijailovich, pero necesitaba inmediatamente una novela firmada por un nombre célebre para *Los Anales de la Patria.* Decidió, pues, olvidar las antiguas discusiones y solicitar la colaboración de Dostoyevski. Nekrasov proponía 250 rublos por inserción, mientras Katkov sólo pagaba 150. Dostoyevski, muy halagado con este ofrecimiento, consultó con su mujer y, siguiendo el consejo de ésta, aceptó entregar una novela para el próximo año.

Este proyecto sólo presentaba un inconveniente notable: *Los Anales de la Patria* era una revista de izquierda. Sus colaboradores eran, la mayoría, enemigos de Dostoyevski y éste temía que exigieran una sumisión total a sus ideas. «Ahora —escribe a su mujer—, Nekrasov puede molestarme seriamente si expongo algo contra sus tendencias... Pero, aunque tuviésemos que mendigar, no cederé ni un ápice.»

Para dedicarse exclusivamente a su nuevo libro, Dostoyevski decide dimitir de sus funciones de redactor jefe en el periódico *El Ciudadano.* Alquiló incluso una casa de campo en Staraia Rusa, pequeña estación balnearia de la provincia de Nóvgorod, donde había pasado ya el verano de 1872.

«Todo era pequeño en aquella casa —escribe Amada Dostoyevski—; las habitaciones, bajas y exiguas, estaban decoradas con viejos muebles estilo Imperio; unos espejos verdes reflejaban al revés los rostros que tenían el valor de mirarse en ellos. Rollos de papel pegados sobre tela colgaban de las paredes, en sustitución de los cuadros, exhibiendo, ante nuestros asombrados ojos de niños, monstruosas chinas con uñas de una vara de largo y los pies aplastados por zapatos de bebé. Una galería cubierta, con cristales de diferentes colores, constituía nuestro gozo, y el pequeño billar chino con sus bolas de cristal y sus campanillas nos distraía durante los largos días de lluvia, frecuentes en nues-

tros veranos del norte. Detrás de la casa había un jardín con ridículos y pequeños arriates de flores...»

Dostoyevski trabaja de noche, como de costumbre; se acuesta a las cinco, se levanta a las once, y llama a los niños, que acuden apresuradamente para contarle los pequeños incidentes de la mañana. Después de la comida del mediodía, se encierra en su despacho con Anna Grigorievna y le dicta su trabajo de la noche.

«¡Bueno! ¿Qué te parece, Annushka?»

«¡Magnífico!»

Ocurre incluso que la mujer solloza en algún pasaje patético. Y Dostoyevski no conoce mejor recompensa que estas lágrimas. Sin embargo, protesta: «¿Es posible que esta lectura te produzca una impresión tan fuerte? ¡Cuánto lo siento! ¡Cuánto lo siento!»

El libro que Dostoyevski escribe en la soledad familiar de Staraia Rusa es una gran obra prolija, compuesta con notas y residuos de carné aliñados con salsa romántica. Esta historia mal equilibrada comprende diez novelas en una. Se tiene la sensación de que el autor ha soldado cabo con rabo novelas inéditas, fragmentos de artículos, embriones de ensayos sobre otros temas. El conjunto es disparatado, apresurado y, no obstante, genial.

Como todas las grandes novelas de Dostoyevski, *El adolescente* es la historia de una lucha por la libertad. Raskolnikov mata para probarse su libertad, el Idiota sólo encuentra la libertad en la locura, los «poseídos» persiguen la libertad a través de la revolución. El héroe de *El adolescente* quiere comprar la libertad con su dinero. La riqueza de un Rothschild es la más segura garantía de fuerza e independencia.

«Mi idea es ser un Rothschild, ser tan rico como Rothschild; no rico sencillamente, ¡sino precisamente como Rothschild!...»

Así se expresa el joven Arkady Dolgoruki, hijo ilegítimo del propietario Viersilov y de una sierva. No conoce a su padre ni a su madre. Y es una especie de huérfano que entra interno en casa de un francés, ignorante y cruel, M. Touchard. Este internado es un aristocrático establecimiento, reservado a los «príncipes y a los hijos de los senadores», y Touchard exige un suplemento de honorarios para aceptar a un bastardo. Habiéndole sido negado ese suplemento, se venga con su alumno de su fracaso. «Tu sitio no esta aquí —le dice—, sino allí», y le enseña una habitación oscura. «No tienes derecho a sentarte junto a los niños nobles; eres de una extracción despreciable; no eres más que un lacayo.» Le pega y le expone a las burlas de sus compañeros. Y el pequeño Arkady, en lugar de rebelarse, trata de desarmar con humildad a Touchard. «Me pegó durante casi dos meses. Recuerdo que quería amansarle por algún medio; me eché sobre su mano para besarla y se la besé sollozando.» Se complace en su rebajamiento: «"Usted me ha humillado; ¡pues bien, yo mismo voy a humillarme aún más! ¡Tenga, mire, admire!" (...) Touchard me pegaba para demostrar que yo era un lacayo y no un hijo de senador, de modo que entré en seguida en el pellejo de un lacayo... "Usted ha querido que yo sea un lacayo, ¡pues bien! aquí tiene, soy un lacayo; un canalla, soy un canalla..."»

Hay cierto orgullo en la humillación llevada hasta su grado extremo. Aceptando la ofensa, se asombra al ofensor mismo. El espectáculo de una cobardía completa es tan excepcional como el espectáculo de un hermoso valor. Las dos actitudes proceden de una igual preocupación por la *mise en scène*. Rara vez se es orgulloso o indigno sólo para uno mismo.

«Desde el verdadero despertar de mi entendimiento, he odiado a los hombres —confiesa Dolgoruki—. Nunca puedo confiarme totalmente, ni siquiera a alguien próximo a mí; o mejor dicho, puedo, pero no quiero; me lo prohíbo misteriosamente... Soy desconfiado, taciturno y cerrado... A menudo tengo deseos de romper con la sociedad... No veo ninguna razón para ser benéfico con los hombres. La humanidad no es lo bastante admirable para ocuparse de ella...»

Un día, cediendo a un arrebato de entusiasmo, alabó a su amigo Vasin. «Pues bien: aquella misma noche —dijo— sentí que lo quería ya mucho menos. ¿Por qué? Unicamente porque al alabarlo me había rebajado ante él.» Y también: «Desde las más elementales clases del instituto, en cuanto adivinaba que uno de mis compañeros iba a aventajarme en los estudios por la rapidez de sus contestaciones o por su fuerza física, en seguida dejaba de tratarlo y de hablarle...»

Este criado quiere ser el amo. O, mejor dicho, quiere ser criado y amo a la vez, un amo bajo la apariencia de un criado.

Cuanto más ha sufrido durante el día, más voluptuoso le parece imaginarse un porvenir de alegría y de valor. No busca el sufrimiento por el sufrimiento mismo, sino porque da a su idea de dicha futura un precio y un destello nuevos. Para él, como para todos los personajes de Dostoyevski, el sufrimiento no es una finalidad, sino un medio. El sufrimiento lo compra todo, lo paga todo. En el fondo, es la única moneda que admite Dostoyevski en sus novelas y para él mismo. ¡Qué bien sabe regatear, defenderse, ser astuto, cuando se trata de adquirir por el tormento, para sí o para sus personajes, la felicidad superior! Es como esos chalanes que no vacilan en salir de la tienda para volver inmediatamente, que lloran, se indignan y fingen que ceden, con la consciencia, sin embargo, de haber hecho un buen negocio. El, el «verdugo de la plata», el eterno inconsciente, el incorregible despilfarrador, se revela un negociante de primera línea en cuanto no se paga con perras gordas, sino con «libras de carne».

El pequeño Arkady sabe ya que la fortuna no tiene más valor sentimental que el haber sido duramente adquirida: «Apenas acostado por la noche y acurrucado bajo las mantas, confinado en la soledad total, lejos del vaivén de los extraños, comenzaba a reorganizar la vida sobre otra base.»

Tiene su idea. Pero ¿cuál puede ser la idea de un humillado, de un ofendido? Quiere sobrepasar a todo el mundo, romper los muros, pulverizar los prejuicios, ser temido, respetado, obedecido, como él mismo teme, respeta y obedece. Pero, ¿qué medio le permitirá realizar su proyecto? No tiene más que mirar en torno suyo para medir el inmenso papel de la riqueza en la sociedad. Sólo un hombre rico puede hacer todo



Necesitado de tranquilidad para seguir escribiendo, Dostoyevski renuncia a su cargo de redactor jefe de El Ciudadano *y alquila una casa de campo en Staraia Rusa, cerca de Moscú (en la imagen), a donde se traslada con su familia.*

lo que desea. Sólo un hombre rico puede comprar los cuerpos, las conciencias, el perdón. La moral de cada uno depende de su fortuna. Más allá de ciertas cifras, ya no existe moral. Los preceptos morales que Raskolnikov quiere aplastar bajo el peso de su víctima, los quiere aplastar Arkady bajo el peso de su oro. Los medios para evadirse del rebaño son, para uno el crimen, para el otro el dinero. La tentativa de Raskolnikov es trágica. La de Dolgoruki es ridícula. Pero tienden hacia una misma meta. Y el mismo fracaso las espera. Los dos han empezado la aventura del superhombre, y los dos han sido detenidos en el camino por el recuerdo de su persona humana, por la atención misteriosa de Dios.

Escuchemos a Dolgoruki: «¿Sabe usted en qué emplearía mi riqueza? ¿Qué inmoralidad hay en que, de una multitud de garras judías, sucias y malhechoras, estos millones caigan en las manos de un solitario firme, razonable y que lanza sobre el mundo una mirada penetrante?»

¿Qué leíamos en *Crimen y castigo*? «De todos los piojos de la humanidad, he elegido el más perjudicial y, matándolo, me proponía cogerle exactamente lo que necesitaba para dar mis primeros pasos...» Y también: «Cien, mil obras buenas o excelentes iniciativas con este dinero de la vieja. Mátala, coge su oro para poder consagrarte después al bien general de la humanidad.» ¿No es el mismo toque de batalla?

En realidad, ni Raskolnikov, ni Dolgoruki tienen en cuenta el bien general de la humanidad. Y no es tampoco su propio confort lo que desean. Lo que esperan es el poder, independientemente de todas las satisfacciones que procura. El poder por el poder.

«No fue por ayudar a mi madre por lo que maté, no —dice Raskolnikov—. Tampoco fue para erigirme en bienhechor de la humanidad, después de haber adquirido los medios para ello... necesitaba saber entonces, y lo más rápidamente posible, ¡si era un parásito como los demás, o un hombre!»

«No necesito dinero, o, mejor dicho, no es dinero lo que necesito —dice el Adolescente—, ni siquiera es poder; sólo necesito lo que se adquiere con el poder y no puede adquirirse sin él: la consciencia tranquila y solitaria de la fuerza...»

Sí, el grado supremo del gozo es permanecer humilde sobre un montón de oro. ¡La voluptuosidad de desdibujarse cuando se tienen todos los derechos a la magnificencia, de jugar a ser pobre cuando vuestras cajas de caudales están repletas de billetes! Es la satisfacción íntima y un poco sucia del hombre subterráneo la que encontramos ahí. «Si sólo tuviera el poder —piensa el Adolescente— no lo necesitaría ya: estoy seguro de que por mi propia voluntad ocuparía siempre el último lugar. Si fuera Rothschild, me pasearía con abrigo raído y un paraguas en la mano. ¿Qué me importaría que me empujaran en la calle o tener que correr por el fango para no ser atropellado por los coches? La consciencia de ser Rosthschild bastaría para alegrarme en ese momento.»

Y también: «¡Oh! Este insolente general puede ofenderme en el relevo, donde esperamos los dos nuestros caballos; pero si supiera quién soy, correría a enganchar los caballos él en persona y me ayudaría a instalarme en mi modesto vehículo.»

Cuando se canse de su poder, el Adolescente piensa distribuir su dinero, pues «sólo la consciencia de que he tenido entre las manos millones y que los he arrojado al fango me alimentaría en mi desierto...»

Así como Raskolnikov no necesita el dinero robado, Dolgoruki no necesita el dinero ganado. Los dos luchan sencillamente por adquirir la «consciencia tranquila y solitaria de la fuerza».

Pero esta consciencia tranquila y solitaria de la fuerza, Raskolnikov la busca en plan orgulloso, y Dolgoruki la busca en plan humilde. Aquel roba, mata, se expone a ir a Siberia para comprar el poder. Este escoge un método prudente y sin gloria: amasar dinero. «El dinero —piensa el Adolescente— es el único medio que permite a las mayores nulidades llegar al primer puesto.» Pero ¿cómo enriquecerse? Estudia a quienes le rodean. Todos esperan la fortuna, el bienestar. Todos harían cualquier cosa para enriquecerse. ¿Es preciso venderse? Anna Andreievna se venderá con toda alegría. ¿Es preciso falsificar un cheque o una acción? Stiebielkov falsificará lo que sea... ¿Hay que organizar un chantaje? Lambert y Trichatov no retrocederán ante tal proyecto. El Adolescente no es de esta raza de presa. Es humilde. Su honradez sólo es una aprensión. No ganará el dinero peligrosamente: lo ahorrará céntimo a céntimo. Reduce su menú a pan y agua. Al cabo de un mes, resulta que el intento es plenamente satisfactorio, aunque el estómago se le ha desarreglado algo con este severo régimen. La segunda prueba que se impone el pequeño Arkady consiste en privarse de la mitad del dinero de que dispone para menudencias. En dos años, reúne así 70 rublos. Esta tenacidad de hormiga augura el porvenir que se prepara el muchacho.

Mas ¡ay! un hombre no es sólo una voluntad dirigida.

Lo mismo que Raskolnikov, en su ascensión hacia el estado de superhombre, reconoce de pronto que es un «parásito como los demás», son sentimientos humildemente terrenales lo que hace tropezar a Arkady. No es otra *idea* la que triunfa sobre la *gran idea* de Raskolnikov y del Adolescente, es la vida. No ceden ante la dialéctica enemiga, sino ante lo que hay de mortal en ellos, ante ellos mismos.

El primer fracaso del Adolescente lo marca su encuentro con Rinochka. Se ha descubierto un niño abandonado delante de la puerta de Nicolai Semionovich, en cuya casa vive Arkady, en Moscú. Van a llevar al niño a los «Niños Hallados», cuando interviene Dolgoruki, paga una nodriza y se hace cargo de todos los gastos. Gastó en ello la mitad de su capital. Pero Rinochka muere poco después.

«La aventura con Rinochka me ha demostrado que ningún principio podría arrastrarme tan arrolladoramente que no me detenga ante ningún acontecimiento de importancia y no le sacrifique cuanto haya hecho en varios años de trabajo por *la idea.*»

Este primer eclipse de «la idea» va seguido por otros eclipses menos honorables.

«¿Por qué no voy a divertirme y distraerme? La vida es larga y siempre conservaré *la idea;* no puedo abandonarla; sólo tengo que despreocuparme durante un cuarto de hora.»

Y «la idea» le espera.

En cuanto al Adolescente, gana en la ciudad el dinero que gasta en distracciones estúpidas, en apuestas, juegos, trajes y coches. Se mete en intrigas, se lía con canallas, y acepta finalmente el fracaso de este sueño que le embriagaba antaño en la soledad de su «subterráneo». El futuro Rothschild renuncia a ser un superhombre. Se renunciación es, sin embargo, menos patética que la de Raskolnikov, porque no la ha pagado con los mismos sufrimientos, pero procede de un análogo combate moral.

Junto a este ser encogido, Dostoyevski ha colocado la amplia y terrible figura del padre de Arkady Dolgoruki, Viersilov. Viersilov es, en cierto modo, un compuesto de todos los tipos dostoyevskianos. Es un carácter tan misterioso para el escritor como para el lector.

Viersilov, como la mayoría de los héroes de Dostoyevski, conoce el desdoblamiento del amor. Ama con pasión a Catalina Nicolaievna y con piedad a la madre del Adolescente. Es sensual. Es un «profeta para mujeres». Pero su amor es sin esperanza, porque a Viersilov le es imposible evadirse hacia otra persona, olvidarse por otro. Ni la sensualidad ni la piedad acercarán nunca a dos criaturas. Ni la sensualidad ni la piedad constituyen el verdadero amor, aunque las dos tengan parte en este sentimiento. El amor es, en primer lugar, entregarse; en cambio, la piedad constituyen el verdadero amor, aunque las dos tengan parte en supone un egoísmo absoluto. Para el depravado, la unión sólo es un pretexto para el placer. En la voluptuosidad, sólo piensa en él. La lujuria es el aislamiento más total en que puede caer un ser.

En este aislamiento, el hombre se pierde y se desdobla: «Tengo el corazón lleno de palabras y no sé decirlas —exclama Viersilov—. Me parece que *me divido en dos*... Sí, verdaderamente, me divido en dos, y eso lo temo realmente. Es como si su sosia estuviera junto a usted. *Usted* es inteligente y razonable, y el otro quiere a toda costa cometer algún absurdo...»

Lo arbitrario lleva a la destrucción de la personalidad, a la aparición del doble, del demonio, del «Goliadkin» gesticulante que anuncia la locura.

Viersilov, el charlatán inconstante, se desgasta en discursos sobre el papel de Rusia, sobre el bienestar general de la humanidad, sobre el amor sin Dios: «Los hombres abandonados se apretarán los unos contra los otros más estrechamente y más tiernamente... Amarán la tierra y la vida con frenesí, en la medida en que, gradualmente, se han de acostumbrar a ver en ella su origen y su fin.»

Habla, habla, pero la verdad es que no cree en nada: «Viersilov no iba hacia ninguna meta definida. Una borrasca de sentimientos contrarios desamparaba su razón.» De este modo se expresa el Adolescente. Pero él, sin embargo, no llega a alcanzar la «meta definida». Renuncia a la idea y redacta su confesión: «Ha terminado la antigua vida y la nueva sólo va a comenzar», escribe.

Se piensa involuntariamente en el final de *Crimen y castigo:* «Sobre sus rostros consumidos brillaba ya la aurora de un porvenir nuevo, de una completa resurrección a la vida.»

La crítica acogió favorablemente la última obra de Dostoyevski. «Después de leer la novela —escribe un cronista— os halláis ante esta ineludible obligación: pensar, pensar, pensar...»

El mismo Nekrasov, cuenta Dostoyevski, había leído el libro en una noche: «¡Mi edad y mi salud no hubieran debido permitírmelo!... ¡Y qué lozanía la de usted! A su edad tal lozanía es muy rara, y no hay nada semejante en ningún escritor. En su última novela, Tolstoi repite, poco más o menos, lo que ya dijo antaño, sólo que era mejor...»

En cuanto a Turgueniev, el enemigo de siempre, confía a Saltykov lo siguiente: «He echado una ojeada sobre ese caos. ¡Dios mío! ¡Cuánta acritud, qué morbosa hediondez, cuánto titubeo inútil, qué manera de complacerse psicológicamente en rascarse las costras!» Lo cual no impedirá que el mismo Turgueniev se dirija, dos años más tarde, a Dostoyevski en estos términos: «El señor Emile Durand ha sido encargado por la *Revue des Deux Mondes* de redactar una monografía sobre los más importantes escritores rusos... Usted se halla, naturalmente, en la primera fila de sus colegas...»

Durante estos dos años de trabajo, Fiodor Mijailovich vive en Staraia Rusa, con su mujer y sus hijos. Sólo se ausenta para visitar a sus editores en San Petersburgo o en Moscú, y va a Ems para cuidarse un catarro de garganta.

Es feliz. Con verdadero éxtasis habla de sus pequeños: «Se han instalado en el salón, se han apoderado de las sillas y se han puesto a jugar... Los niños han comido ternera, galletas, han tomado leche y se han ido de paseo. Luego, fueron a recoger nieve.»

Y también: «He soñado que Fiedia se subió en una silla, se cayó y se hizo daño. Por amor de Dios, no le dejes subirse en las sillas y dile a la niñera que tenga más cuidado.»

Ama a su mujer como en los primeros días. Firma las cartas que le escribe con el título de su libro: «Tu eterno marido». Le escribe: «Además, amor mío, me hubieras sido necesaria en este momento. ¿Me entiendes? ¿Es verdad que sueñas conmigo? ¡Quizá no sea yo ese que ves en sueños...! Beso tus piececitos y *todo*. Los beso terriblemente...»

«Annushka, ídolo mío, querida mía..., no me olvides. Es cierto que eres mi ídolo, mi dios. Adoro cada átomo de tu cuerpo y de tu alma, y te beso *toda, toda,* porque todo es *mío, mío.*»

Se ocupa de los vestidos de Anna Grigorievna con una ternura conmovedora. «A propósito, los Shtakenschneider me han dicho que en París la falla ya no está de moda y se lleva poco. Pretenden que se rompe, hace pliegues que se rozan, y que ahora la tela negra que está de moda se llama paño: se la quitan de las manos. Me han enseñado un paño que se parece mucho a la falla, y aún más al antiguo *poult* de seda glasé.»

En 1875, va a San Petersburgo para corregir sus pruebas. Se encuentra con Nekrasov, que le felicita por su último libro, y con Strajov y Maikov, que se muestran fríos. «Sí, Annushka, es un mal seminarista —escribe refiriéndose al primero— y nada más. Ya una vez me abandonó después de la caída de *La Epoca,* y sólo ha vuelto a mí después del éxito de *Crimen y castigo.*»

A Dostoyevski le resulta especialmente penoso el viaje que hace a Ems por «razones de salud».

«¡Me gustaría tanto verte y abrazarte! Aquí, me aburro mortalmente.»

Toma las aguas en dosis microscópicas. Escucha la música en el parque. Lee. «Estoy leyendo el libro de Job. Me produce un entusiasmo enfermizo. Dejo la lectura y me paseo durante una hora por la habitación, casi llorando...»

En aquella misma época, *El Mensajero Ruso* publica la siguiente información: «Nos hemos enterado de que nuestro célebre escritor Fiodor Mijailovich Dostoyevski está gravemente enfermo.» Anna Grigorievna, enloquecida, telegrafía a Ems. Inmediatamente, Dostoyevski la tranquiliza. «¡Ah! Es una desgracia ser un gran hombre», le escribe. Y se apresura a regresar a Staraia Rusa. Vuelve con alegría a este pequeño balneario, construido con vigas de ocasión, con su gran jardín y su casino para bañistas desocupados. Toma parte en los juegos de los niños. Da largos paseos por la ribera del río. Rodea de cuidados a Anna Grigorievna, que está encinta otra vez.

Un mes más tarde, el 10 de agosto de 1875, Anna Grigorievna da a luz a un niño al que bautizan con el nombre de Alexis.

«Parecía fuerte y sano, pero tenía una frente rara, casi angulosa», escribe su hermana Amada.

Después del nacimiento de Alexis, los Dostoyevski deciden irse a San Petersburgo. Fiodor Mijailovich, habiendo terminado *El adolescente,* piensa reanudar el *Diario de un Escritor.*

A principios de octubre prepara el primer número de este periódico, que piensa redactar él mismo por completo. El 22 de diciembre solicita de la Dirección Superior de Prensa la autorización para publicar «un órgano mensual... donde se redactarían —dice— todas mis impresiones de escritor ruso frente a lo que veo, oigo y leo...» Le conceden esta autorización, «a condición de que los artículos no se publiquen antes de ser visados por la censura».

El primer número aparece en el mes de enero de 1876. Y, con él, empieza una nueva fase de la vida de Dostoyevski.

18. Diario de un Escritor

Los artículos del *Diario de un Escritor* son exactamente una continuación de los que publicó Dostoyevski en *El Ciudadano*, del príncipe Mecherski. El conjunto forma, según la expresión de Dostoyevski, «un diario íntimo en toda la acepción de la palabra, es decir, una información de todo lo que me ha interesado más, personalmente».

Pero hasta el tono que tiene que adoptar le preocupa.

«¿Me creerán ustedes —escribe— que, después del tercer número, aún no he encontrado la forma del *Diario*, y no sé si la encontraré alguna vez...? Cuando me pongo a escribir tengo (por lo menos) diez o quince temas. De todos modos, aparto involuntariamente mis temas preferidos. Ocuparían demasiado espacio, exigirían demasiado ardor por mi parte... y, de esta forma, no escribo lo que me gusta. Por otro lado, me he figurado con demasiada ingenuidad que se trataría de un verdadero "Diario". Un verdadero "Diario" es imposible; sólo se puede componer un diario artificioso, para el público...»

Este diario artificioso, este diario para el público contiene de todas formas lo esencial del pensamiento dostoyevskiano.

Fiodor Mijailovich vuelve, en su periódico, a la doctrina de los «territoriales». Ataca a los occidentalistas, porque pretenden transformar Rusia en una sucursal de los países europeos. Ataca a los eslavófilos, porque permanecen hipnotizados por el cuadro de una Rusia antepetroviana, adornada por todas las mentiras de la leyenda.

¿No puede haber para Rusia un progreso que no sea el «progreso europeo»? ¿Sólo existe para ella esta absurda elección entre la servidumbre hacia el Occidente y la servidumbre hacia su propio pasado? ¿No habrá para ella un camino propio, que pueda emprender hoy mismo?

Sí. Y este camino es el pueblo quien se lo designa. El pueblo salvará a Rusia porque los *mujiks* han conservado intacta su sencillez, su ignorancia y su creencia en la verdad de Cristo. Su retraso los protege del contagio europeo.

«Se pretende —escribe Dostoyevski— que el pueblo ruso no conoce el Evangelio y que incluso ignora los mandamientos de nuestra fe. Sí, verdaderamente es así, pero conoce a Cristo y le llevará en su corazón eternamente.»

No hay necesidad de aprender para creer. La creencia no es el efecto de un razonamiento, sino de una disposición «física». No tiene nada que ver con las operaciones del espíritu. Procede del corazón. Se po-

dría decir que viene del cuerpo. El ruso tiene una apetencia por el sufrimiento que le acerca a Cristo y que inclina a Cristo hacia él. «El pueblo ruso siente una especie de voluptuosidad en el dolor», escribe Dostoyevski. Y también: «Creo que la necesidad espiritual más profundamente arraigada en el ruso es una inagotable necesidad de sufrir en todos los momentos, en todas partes y por todo.»

El ruso está siempre descontento de sí mismo. Se odia, se desprecia. No hay ni rasgo en él de esa «ingenua satisfacción que pone radiantes los rostros».

Y sólo porque renuncia a la comodidad moral y «olvida la medida en todo», sólo porque es vulnerable, y está inquieto y perdido en el centro del universo, es amado por Dios el hombre ruso, el *mujik* ruso.

Incluso la embriaguez, los robos, el cinismo, la miseria, el deshonor y la mentira del hombre ruso, del *mujik* ruso, no deben temerse. Proceden de esta disposición al paroxismo que le marca para la eternidad. Son como los espasmos de un animal herido. Son los signos de su próxima vocación.

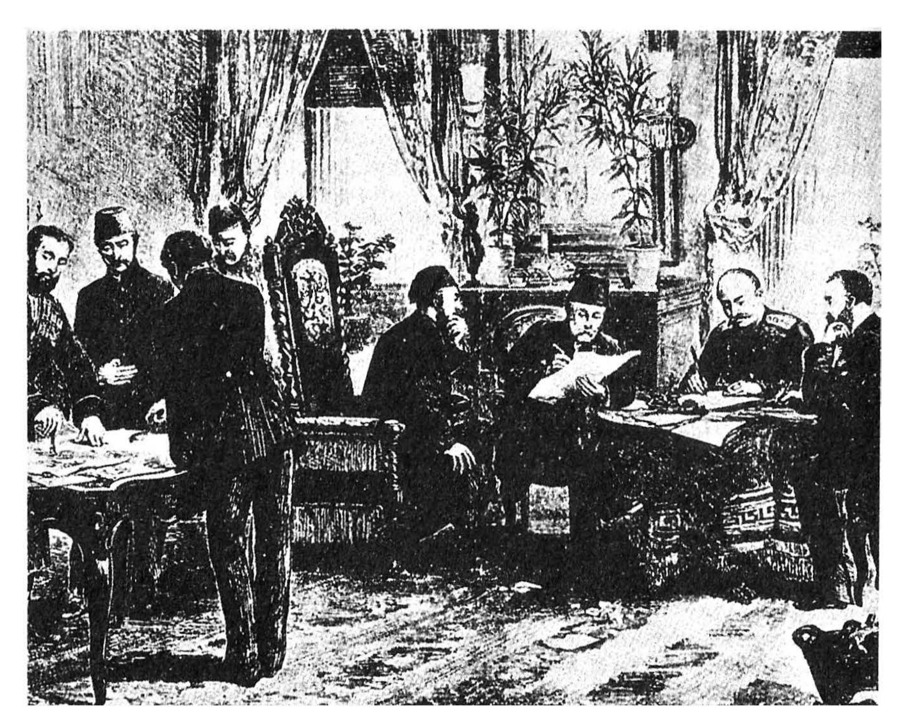
«Se salvará —escribe Dostoyevski— y nosotros con él, pues, una vez más, la luz vendrá de abajo.»

Esta fórmula, cogida al vuelo por los revolucionarios, se opone precisamente a la revolución. El pueblo ruso sólo alcanza un verdadero valor en la ortodoxia y el zarismo. Dostoyevski no concibe otro equilibrio para la nación. El zar es la emanación del pueblo, la suma, el total de todas las aspiraciones populares. Y la ortodoxia está tan infusa en el espíritu popular que Cristo llega a ser una especie de dios nacional. «Quien desconoce la ortodoxia, no conocerá nunca a nuestro pueblo.»

Es el Cristo ruso de Chatov el que pasa por el *Diario* después de haber pasado por *Los poseídos:* «Creo en Rusia... Creo en su ortodoxia.» No se puede creer en una de ellas sin creer en la otra.

Este papel mesiánico del pueblo no se limita, por lo demás, a las fronteras de Rusia. El pueblo ruso no sólo salvará a Rusia, sino al mundo. ¿Y por qué? Porque sólo el pueblo ruso posee ese don de simpatía universal que es indispensable a cualquier operación mesiánica. «El espíritu ruso, el genio del pueblo ruso es quizás el más apto de todos para abrigar en él la idea de la unión universal y de la fraternidad.» Los franceses, los alemanes y los ingleses no son capaces de identificarse con una nación vecina. Pero los rusos tienen una flexibilidad de alma que les permite «reencarnaciones casi perfectas en el genio de los pueblos extranjeros», «para el verdadero ruso, Europa como feudo de la tribu aria le es tan querida como la misma Rusia». El verdadero ruso no ambiciona una dicha étnica, limitada a su suelo natal. Aspira a la dicha de toda la humanidad. «El destino del ruso es indiscutiblemente paneuropeo, panmundial.» Y se aproxima la hora en que el campesino Mariei entrará, con pasos pesados, en la historia universal.

Ya, frente a una Europa inerte, privada de Dios, muerta espiritualmente por el progreso, Rusia se organiza. Se ha suprimido la servidumbre. Se ha instituido el jurado junto a los tribunales de lo criminal. Y estas dos medidas son un testimonio de estima por la consciencia popu-



Firma del tratado de San Estéfano entre Rusia y el imperio otomano (marzo de 1878), por el que se concedía la independencia a los búlgaros.

lar. El movimiento feminista se desarrolla, y esto también es un signo de renovación. «Una de nuestras grandes esperanzas, una de las garantías de nuestra resurrección, es la mujer rusa... El carácter de sus reivindicaciones es claro, franco e intrépido.»

La guerra de Oriente lleva al máximo la exaltación patriótica de Dostoyevski: «Sí, el Cuerno de Oro y Constantinopla, todo esto será nuestro.» En su entusiasmo, llega hasta santificar los derramamientos de sangre. «La guerra refresca el aire que respiramos y en el cual nos ahogábamos, enfermos de descomposición y de marasmo espiritual.» Y más adelante: «Nada hay más santo y más puro que esta guerra que hoy emprende Rusia...», «preguntad al pueblo, preguntad a los soldados por qué se sublevan, por qué se van y qué esperan de la guerra actual. Todos os responderán, como un solo hombre, que van a servir a Cristo y a liberar a sus hermanos oprimidos».

En realidad, ve en esta expedición una respuesta a su idea mesiánica del pueblo ruso, que va a combatir a los enemigos de Cristo. Y aquellos que se le resisten, ignoran que les trae la alegría en la verdad. Pero ¿y la carnicería de las batallas y los muertos? Dostoyevski no se preocupa de ello. Se le habrá olvidado la frase que escribió con motivo de

la guerra de 1870: «No, lo que se ha edificado con la espada no puede subsistir.» Podría responder, como Raskolnikov, que no ha matado «seres humanos», sino «principios». Para él, la gran idea de la alianza universal en Cristo disculpa el medio empleado para imponerla.

Pero esta carnicería en nombre de Cristo es un temible sofisma. Cristo derramó su sangre para salvarnos. Pero ¿nos corresponde a nosotros derramar la sangre de otros para salvar a Cristo? «Maldita sea la civilización si, para conservarla, es preciso desollar a los hombres», escribió también Dostoyevski. ¿Qué decir del cristianismo, si es preciso desollar a tantos para volverlo a traer sobre la tierra?

La respuesta de Dostoyevski es evasiva: «Quizás indigne si se piensa en ello de un modo abstracto, pero en la práctica, así es.» Dostoyevski está demasiado obsesionado por su visión del porvenir ruso para detenerse en discusiones metafísicas: «¡Que el eco de nuestra victoria pueda sonar por encima de Asia, hasta las Indias! ¡Que estos millones de seres humanos puedan creer en la invencibilidad del Zar Blanco!»

¡Esto en cuanto a Asia! ¿Y Europa? Europa también será salvada. «Europa está minada y quizá mañana se derrumbe sin dejar rastro por los siglos de los siglos...»

Alemania es una «nación muerta y sin porvenir...» «Los franceses se pierden a sí mismos...» «Los judíos son unos "corderos hediondos"...» «Los ingleses son los "tenderos del racionalismo"...»

Europa entera no es ya sino un cementerio donde descansan unos «difuntos queridos». Es el Cristo ruso el que resucitará a esas legiones de Lázaros. Pero Europa odia a Rusia: «Europa está dispuesta a escaldar a todos los eslavos en general, como a un nido de chinches en la cama de una vieja.» Será, pues, preciso emplear la fuerza para imponer a Europa una felicidad nueva.

Pero, ¿no ha realizado el catolicismo ya la unión en Cristo? No. El catolicismo ha perdido a Cristo. El pontificado romano ha proclamado la necesidad de una posesión temporal de los países y de los pueblos. Esta actitud, no religiosa, sino estatal, ha conducido «al establecimiento de una monarquía romana, a la cabeza de la cual se halla el papa». El ideal ortodoxo, en cambio, supone la unión religiosa de la humanidad en Cristo, «y luego la unión política y social que surge normalmente de esta unión espiritual». En resumen, hubo inversión en el orden de las dos fases en la Iglesia católica. Y esto basta, por el momento, para alimentar la posición vindicativa de Dostoyevski.

No se da cuenta de que, al proclamar el advenimiento de Cristo, se aparta de la doctrina cristiana más que los católicos a quienes condena. No comprende que reduce el papel de Cristo al reconocerle un poder étnico. Hace suya la «locura» de Chatov. Vuelve a emplear los argumentos más esenciales de su personaje.

Indudablemente, para Cristo, la humanidad entera es el pueblo elegido. Pero la humanidad entera, excepto el pueblo ruso, ha olvidado la palabra divina. Y le corresponde al pueblo ruso recordarla. Para la mayor gloria de Dios, el mundo pertenecerá espiritualmente a Rusia sola. Y éste será el tercer reino, el reino de la armonía en el paneslavismo total.

Así, en Dostoyevski, la política y la religión se mezclan y se completan. Su entusiasmo le prohíbe disociar las dos fases del problema. Corre más allá de Europa, a la nueva Babilonia, a la ciencia, a las democracias, al pacifismo... Está transportado. Ve. Prevé. Y su elocuencia no lleva más allá de su propio pensamiento.

Si *Los poseídos* es un libro profético, el *Diario de un Escritor* es un tejido de anticipaciones, de las cuales muy pocas se han realizado todavía.

Sonríe uno al leer los pasajes que se refieren a la conquista de Constantinopla, al Zar Blanco y a la misión cristiana del pueblo ruso. El pueblo ruso no tiene ya a Cristo. La revolución no ha tardado en transformar a estos nuevos cruzados en apóstoles del materialismo. Las aspiraciones particulares, los arrebatos místicos, los entusiasmos de estos conquistadores del alma, se han reabsorbido en algunos meses. El tercer reino es el reino del hormiguero humano.

El *Diario de un Escritor* no es solamente un manifiesto político, social y religioso. Contiene también varios artículos en los que Dostoyevski anota rápidamente sus impresiones sobre un proceso criminal, o sobre una visita al Hospicio de los Niños Hallados, o sobre un poema de Nekrasov.

Relata sus recuerdos de la infancia. Habla de los escritores que conoció antaño y que se van, uno tras otro, dejándole solo: la muerte le reconcilia casi con Bielinski, con Nekrasov...

Se le ocurre también publicar fantasías macabras, como *Bobok*, que es un diálogo de los muertos en un cementerio, o cuentos admirables como *El sueño de un hombre ridículo* y *La sumisa*.

El hombre ridículo se ve, en sueños, transportado a un planeta misterioso, que le parece el paraíso. La naturaleza es allí acogedora. Los seres son buenos, alegres, sencillos y perfectamente juiciosos. El extranjero se encarga de corromperlos. Les enseña la tristeza, la vergüenza, el crimen y la ciencia. El paraíso se transforma en infierno. Y, cuando el hombre ridículo trata de devolver a los «hijos del sol» su antigua felicidad, «se contentan con reírse sarcásticamente» y le toman por «un místico loco».

En cuanto a *La sumisa*, es el monólogo de un prestamista, hombre taciturno y malvado, que se casa con una muchacha de dieciséis años y la trata altaneramente para demostrarle su propia belleza moral. Una noche, la mujer, cansada de la actitud de su marido, se acerca subrepticiamente a la cama donde está descansando aquél. Tiene un revólver en la mano. El la ve, pero finge que duerme profundamente. Ella apoya el arma en la sien del hombre. Este no se mueve. Espera. Siente que una lucha atroz desgarra a la que le quería matar.

«Pero preguntáis aún, ¿por qué no haberle impedido que cometiera un crimen terrible?... Yo, en persona, estaba perdido, ¿a quién hubiera podido salvar?»

Finalmente, abre los ojos. Ella ya no está allí. Ahora, piensa él, sabe que no soy un cobarde, y no puede dejar de volver a mí, por su propio impulso. Pero las fuerzas y las ideas de la mujer están agotadas. «Yo

pensaba que siempre estaríamos así», suspira ella, es decir, siempre separados, siempre ajenos el uno a la otra. Cuando por último su marido le confiesa todo el amor que siente por ella, la sumisa se escapa, pues no puede contestarle con el mismo sentimiento. Desesperada, asqueada, se arroja por la ventana con un icono en los brazos. «¡Fatalidad! Oh, Naturaleza —concluye Dostoyevski—, el hombre está solo sobre la tierra. ¡Esta es la desgracia! ¿Hay aquí algún hombre vivo?, exclama el héroe de las leyendas rusas. Y yo también lo grito, yo que no soy héroe, y nadie me contesta.»

Estos dos cuentos demuestran una preocupación idéntica. En los dos casos, un «hombre de San Petersburgo», inquieto, agriado y orgulloso, estropea la dicha de los demás y la suya propia, porque se niega a aceptar la vida tal como se le presenta. Primero, ser sencillo. Ser un niño. Amar. Estos son los eternos principios que ha desarrollado Dostoyevski a lo largo de su obra.

Y, poco a poco, los lectores comienzan a comprenderlos. El éxito del *Diario de un Escritor* sobrepasa todas las esperanzas.

Desde el primer año, la revista cuenta con dos mil suscriptores, y otros tantos compradores. Al año siguiente, el número de suscriptores llega a tres mil y el de compradores a cuatro mil. Ciertas entregas se reeditan dos, tres, cinco veces. El ascendiente moral de Dostoyevski se afirma cada mes. Llega a ser, para una fracción de la juventud culta, como un curandero del espíritu, un profeta. Su correo le trae una ola de secretos íntimos, de dilemas sentimentales, de dudas religiosas y de desesperaciones impúdicas.

«He recibido centenares de cartas de todos los rincones de Rusia, y he aprendido muchas cosas que no sabía. Nunca hubiera podido creer antes que existiera en nuestra sociedad tal número de personas que compartiesen mis ideas.»

Aunque tenía pocos ratos libres, Dostoyevski contestaba a todas las cartas, y hasta se encargaba de todos los recados. Una joven le escribe que no quiere a su novio y que le gustaría seguir sus estudios. Inmediatamente, le proporciona la protección de una persona influyente: «Dadas sus aspiraciones, es imposible que se convierta usted en la mujer de un comerciante... Es preciso que no mutile su vida a ningún precio. Si no le ama usted, no se case con él. Si quiere, escríbame más...»

A otra, le contesta lo siguiente: «No hay que casarse sin amor. Pero, piénselo bien: quizá sea uno de esos hombres a quienes se ama *después*. He aquí mi consejo: pídale a su madre tiempo para reflexionar (sin prometerle nada aún), y estudie bien a este hombre, infórmese exactamente sobre él...»

Una estudiante se le queja de su fracaso en los exámenes, y no duda en consolarla: «Siento mucho su fracaso en el examen de geografía, pero es una tontería cuya importancia no debe exagerarse. Y usted me ha escrito una carta desesperada...»

Envía su bendición emocionada a una joven que se va de Hermana de la Caridad a Siberia. Y se alegra de la dicha de una joven madre: «¡Qué felicidad que tenga usted hijos! ¡Cómo humanizan y elevan nues-

tra existencia! Los niños son una carga, pero una carga indispensable.»

A un judío le declara: «Le diré, ahora, que no soy enemigo de los judíos ni lo fui nunca. Pero sus cuarenta siglos de existencia, como usted dice, prueban que esta tribu tiene una vitalidad prodigiosa, y que le ha sido imposible, a lo largo de toda su historia, no realizarse en diferentes *status in statu*...»

Envía una larga misiva de simpatía a los estudiantes de Moscú: «Ustedes me preguntan: "¿Hasta qué punto somos culpables nosotros los estudiantes?" He aquí mi respuesta: ustedes no son culpables de nada. Son ustedes, sencillamente, los hijos de esta sociedad que abandonan ahora, y que es un tejido de mentiras. De todos modos, al arrancarse de esta sociedad, al abandonarla, nuestro estudiante no se dirige hacia el pueblo, sino hacia alguna parte del extranjero, hacia el europeísmo... Y, sin embargo, nuestra salvación está en el pueblo...»

Pero la creciente autoridad de Dostoyevski no se traduce solamente en el volumen de su correspondencia. El círculo de sus relaciones mundanas se ensancha. Por todas partes le invitan, y él acepta la mayoría de las invitaciones. Su mujer, agotada por los trabajos de contabilidad y envío del periódico, no le acompaña casi nunca en sus salidas. En pocos años, esta mujer, aún joven, ha perdido toda coquetería y toda ambición. Ella misma confiesa que no espera gustarle a su marido más que por su «alma». Se descuida. Lleva vestidos zurcidos, ropa interior de tela basta. Torpemente, Dostoyevski trata de devolverle el gusto de vestir bien:

«Annushka, sabes, Fulanita llevaba un vestido espléndido. El modelo era de los más sencillos: levantado y recogido por la derecha; por detrás, largo hasta el suelo, pero sin arrastrar; a la izquierda, se me ha olvidado, creo que también iba recogido. *Es preciso* hacerte un vestido igual. ¡Ya verás qué bien te sienta!»

Y también: «No sabes qué maravilla son tus ojos, tu sonrisa y tus bruscos arrebatos inspirados en la conversación. Todo el error proviene de que no sales bastante... Pero si te arreglas un poco para salir, si te vistes cuidadosamente, tú misma te extrañarás de verte tan joven y tan extraordinariamente bella.»

Pero ella no le comprende. Dostoyevski la ha arrastrado tan por completo hacia el mundo desencarnado de sus libros, que ella no sabe volver a poner pie en el mundo real. Carece de la flexibilidad de Dostoyevski, que viaja entre el universo de las evidencias y el universo sobrenatural, sin abandonar nunca completamente el uno por el otro.

En los salones, Dostoyevski se muestra como antes, sucesivamente afable y rabioso, paternal y odioso.

«Siempre me ha sorprendido —escribe E. A. Shtakenschneider— su excesiva modestia; se hubiera dicho que ignoraba su propio valor. Por lo demás, esto es lo que explicaba su extremada susceptibilidad, o, más exactamente, esta continua espera de la ofensa. Con frecuencia veía una injuria en cosas en las que otra persona que hubiera tenido una alta opinión de sí misma no hubiera notado nada parecido... A ratos, era como una gota de bilis que se formaba en su pecho y estallaba

de pronto, y sentía necesidad de liberarse de esta bilis, contra su voluntad. En cuanto a mí, siempre sabía por cierta mueca de sus labios, por una extraña expresión de sus ojos, que iba a decir algo desagradable. A veces, llegaba a dominarse y volvía a tragar su bilis; pero entonces se ponía sombrío, silencioso y de mal humor.»

En realidad, a los ojos del mundo, el genio de Dostoyevski disculpa su mal carácter. Este mal carácter llega a ser casi un rasgo de caricatura indispensable para la imagen del genio. Antes que perjudicarlo, le sirve y le acerca a sus lectores.

En 1878 el antiguo presidiario recibe de la Academia de Ciencias la siguiente nota: «La Academia Imperial de Ciencias, deseosa de testimoniarle su respeto por sus trabajos literarios, le ha elegido a usted miembro corresponsal de la sección de lengua y literatura rusas.» Y el preceptor de los grandes duques Sergio y Pablo va a pedirle, en nombre del emperador, que sostenga algunas entrevistas con sus ilustres alumnos.

Dostoyevski saborea así el placer de una gloria consagrada definitivamente. Ha logrado pagar la mayoría de sus deudas. Se ha asegurado, gracias al hermano de su mujer, la disposición de una casa de campo en Staraia Rusa. El *Diario de un Escritor* produce una cantidad respetable.

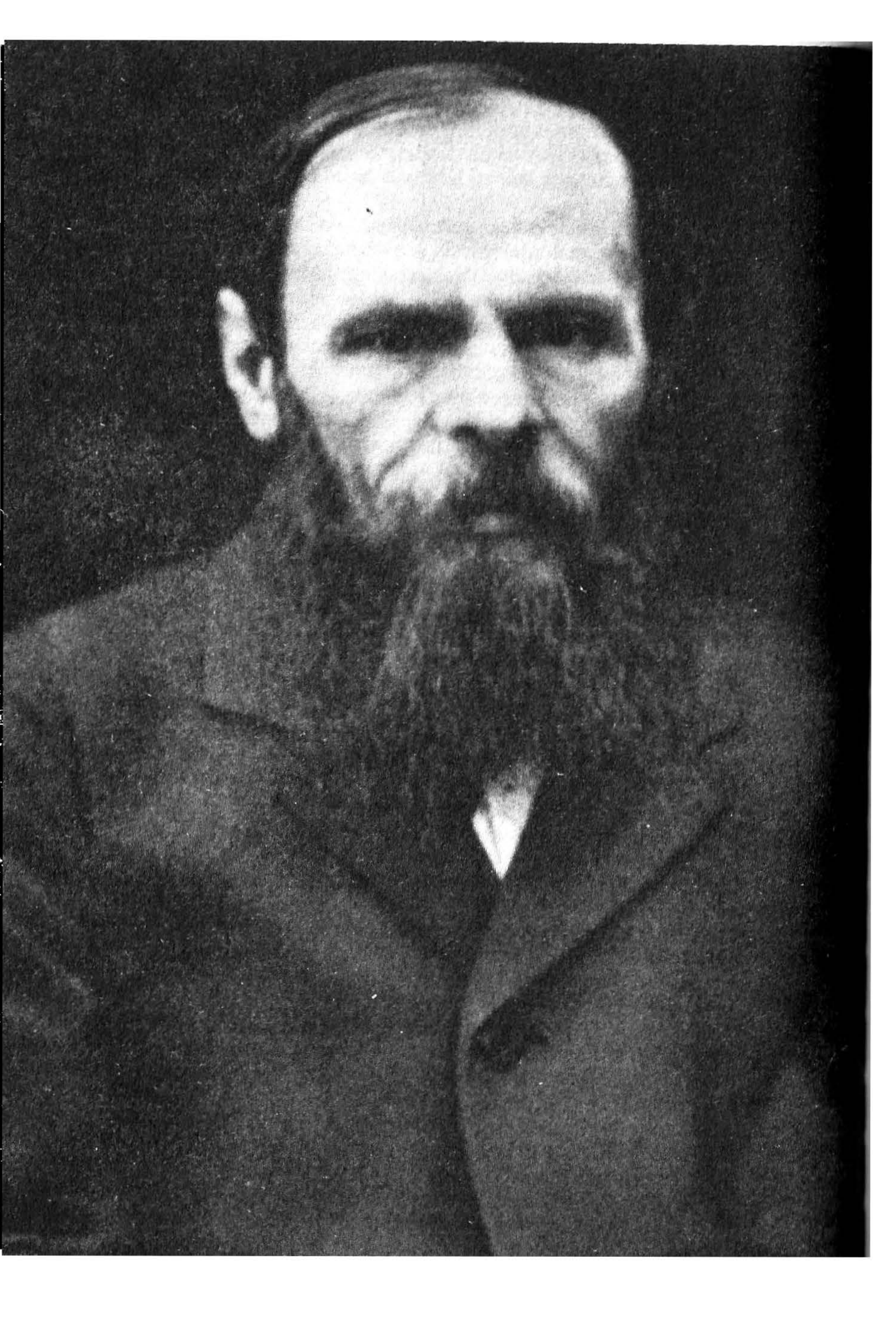
¿Qué más necesita?

Amada Dostoyevski nos ha dejado un encantador retrato de su padre en aquella epoca.

Fiodor Mijailovich dormía en su despacho, en un sofá. Encima del lecho había una reproducción fotográfica de la *Madona Sixtina*, de Rafael. A esta graciosa efigie era a quien dedicaba su primera mirada, al despertarse. Se levantaba y se lavaba, «gastando mucha agua, jabón y agua de colonia». Después se vestía de pies a cabeza, pues condenaba en el hombre el uso de la bata y de las zapatillas. «Desde por la mañana, estaba correctamente vestido y calzado, y llevaba corbata y una bonita camisa blanca con cuello duro.» Cuidaba mucho sus americanas: «Las manchas me molestan —decía—. No puedo trabajar mientras las veo...»

Al terminar su *toilette*, Fiodor Mijailovich iba al comedor para tomar el té. Tomaba dos vasos y se llevaba el tercero a su despacho. En la mesa reinaba un orden quirúrgico: la caja de cigarrillos, las cartas, los libros y los periódicos tenían su sitio fijo. Anna Grigorievna iba a reunirse con su marido en el despacho. Se instalaba delante de él, preparaba una mesita, su cuaderno, lápices y goma, y Dostoyevski le dictaba las páginas que había escrito de noche. Anna Grigorievna las taquigrafiaba y las copiaba inmediatamente.

Después venían el almuerzo, el paseo, la compra de golosinas para los niños, la cena, el té, y otra vez Dostoyevski se encerraba en el despacho para trabajar. Esta vida metódica y fecunda le encantaba. Al parecer, nada podía agotar su dulzura. Pero estaba escrito que, hasta sus últimos años, el destino se cebaría en Dostoyevski.



El 16 de mayo de 1878, su hijo Aliocha tuvo un violento ataque epiléptico. El ataque duró tres horas y diez minutos, y el niño murió sin haber recobrado el conocimiento. Dostoyevski se impresionó terriblemente por esta muerte, de la que se sintió culpable, puesto que el niño murió de una enfermedad hereditaria. Este nuevo luto precisa en él la noción de la responsabilidad universal. «Cada uno de nosotros es culpable ante todos, por todos y por todo.»

El día del entierro, la familia sube a un landó y colocan el ataúd entre los padres. «Por el camino lloramos mucho —escribe Amada Dostoyevski—, acariciamos el ataúd blanco cubierto de flores, y recordamos las palabras favoritas del niño.» Pero en el cementerio la hierba ha crecido entre las tumbas. Los árboles están en flor. Cantan los pájaros. «Las lágrimas corrían por las mejillas de mi padre. Sostenía a mamá, que sollozaba. Ella no podía despegar los ojos de la cajita, que desaparecía poco a poco bajo la tierra.»

Dostoyevski sobrelleva esta última prueba lo mismo que las demás. Se curará gracias al trabajo. Se salvará gracias a un libro: *Los hermanos Karamazov.*

◀ *Retrato de Dostoyevski en 1881.*

19. Los hermanos Karamazov

En el número de diciembre de 1877 del *Diario de un Escritor*, Dostoyevski anuncia a sus lectores que ha decidido interrumpir durante algún tiempo la edición de su periódico «a fin de ocuparse de un trabajo artístico, concebido insensible e involuntariamente durante estos dos años de publicación». El nuevo libro al que hace alusión será, lo mismo que *El adolescente*, un fragmento del amplio ciclo inacabado que se titula *La vida de un gran pecador*. En esta obra tratará de la existencia de Dios, «este problema que me ha torturado inconsciente y conscientemente durante toda mi vida».

Fiodor Mijailovich sabe que su obra literaria es *incompleta* aún. Se impone una última confesión y ya es hora de aventurarla. Será «su última palabra». Dostoyevski se recoge. Acumula notas y materiales. Necesitará tres años para llevar a cabo su empresa.

«He pensado, y la empezaré pronto, una novela en la que habrá, entre otros personajes, muchos niños...», escribió el 16 de marzo de 1878. Y empieza su cuaderno de *Los hermanos Karamazov* con estas palabras: «Informarse acerca de si puede uno quedar echado entre raíles, mientras un tren pasa por encima a toda velocidad.»

«Informarse respecto al trabajo de los niños en la fábrica, en las escuelas. Ir a una escuela.»

«Ir a un hospicio de niños abandonados.»

Mientras tanto, Dostoyevski ha conocido al joven y brillante profesor Vladimir Soloviov. Ha oído las conferencias del joven en San Petersburgo. Ha descubierto que un inquebrantable parentesco espiritual los une. ¿No ha escogido Soloviov como tema de tesis: «La crisis de la filosofía occidental»? ¿No ha atacado a fondo el viejo positivismo europeo? ¿No ha proclamado el advenimiento de una nueva metafísica? Además, el rostro del joven secunda admirablemente sus propósitos. Su inspirada belleza seduce a sus más fuertes contradictores. Dostoyevski asegura que tiene «la cabeza del joven Cristo» de Annibale Carracci.

Pronto, una gran amistad une al joven filósofo y al viejo escritor. Pero en esta asociación extraña, parece más bien que el viejo escritor es el alumno.

En efecto, gracias a sus interminables discusiones son Soloviov, Dostoyevski formula, ordena y aclara su propia ideología. Su joven camarada le ayuda a traducir en palabras abstractas el caos filosófico en que se debate desde hace ya varios años.

Para los problemas de la doctrina ortodoxa, Dostoyevski consulta

al procurador del Santo Sínodo, Constantin Pobiedonostzev. Pero se interesa también por la «teoría de la acción común» de Fiodorov. Lee los textos del bienaventurado Tijón Zadonsky, obispo del siglo XVIII: «Quiero hacer de Tijón Zadonsky la figura central de mi nueva novela», escribía Dostoyevski ya en 1870 a Maikov.

Después de la muerte del pequeño Alexis, Anna Grigorievna insiste en que su marido acompañe a Soloviov en su viaje a Optina Pustin. Espera que este cambio de vida distraerá de su pena a Fiodor Mijailovich, quien, además, siempre había deseado visitar el monasterio de Optina Pustin. Gogol, Leontiev y Lev Tolstoi se refugiaron también allí. Dostoyevski accede al deseo de su mujer y, después de una corta estancia en Moscú, los dos amigos toman el tren para Sargueievo. Desde allí, se meten en un coche que los zarandea durante 120 *verstas* por pedregosos senderos. Al cabo de dos días, llegan a Optina Pustin. Los monjes de la localidad los reciben cordialmente y el *staretz* Ambrosio, taumaturgo y director de conciencias, le concede a Fiodor Mijailovich dos entrevistas particulares. Esta visita precisará, en el espíritu de Dostoyevski, la figura perfectamente venerable del padre Zosim en *Los hermanos Karamazov*.

Es interesante anotar que, en 1877, un año antes del viaje a Optina Pustin, Dostoyevski había realizado un viaje a Darovoie, la tierra de su infancia. Volvió a ver el bosque, el barranco y la aldea de Cheremachny. Había charlado con viejos campesinos arrugados y mugrientos, que fueron un día aquellos chiquillos de mejillas encendidas y de cabellos rubios lacios, cuyas risas se mezclaban con las suyas. Había repasado sus recuerdos. Había refrescado su inspiración en la fuente misma.

Sin embargo este trabajo, que dura tres años, se presenta más laborioso que ninguno. Dostoyevski no quiere estropear este libro que debe ser la coronación de toda su obra. Pero teme que, con la edad, se le hayan dormido sus facultades creadoras. Teme que la enfermedad haya falseado su memoria. Teme morir antes de haberlo dicho todo: «Hace mucho tiempo que he notado que, cuanto más avanzo, más difícil me resulta mi trabajo.» O bien: «Pienso siempre en mi muerte... y me pregunto qué os dejaré a los niños y a ti...» Y también: «Ahora tengo sobre la espalda "los Karamazov", que es preciso terminar bien. Interesa hacer de esto una obra de arte, y es una cosa difícil y arriesgada, una cosa fatal: esta obra debe colocar muy alto mi nombre y afianzarlo; de otro modo, no me quedan esperanzas.»

La familia Karamazov vive en una pequeña ciudad de provincia. El viejo Karamazov, que es una especie de payaso cínico y libidinoso, ha estropeado su vida en misteriosos libertinajes. De su primera mujer, que lo molía a golpes, tuvo a su hijo Dimitri, animal desenfrenado, con repentinos apetitos de honradez y de devoción metafísica. De su segunda mujer, histérica y chillona, tuvo a su hijo Iván, intelectual irritable, espíritu atormentado y destructor, héroe y mártir de la negación. El joven Alexis parece haberse escapado de la maldición hereditaria de los Karamazov, estando dotado de una bondad viril opuesta a la bondad «asexual» del Idiota. Es el principio positivo del libro, el nódulo luminoso al-

rededor del cual los demás personajes dan vueltas y danzan como mosquitos negros. Pero, a estos tres hermanos, hay que añadir al infame Smerdiakov, hijo del viejo Karamazov y de una muchacha idiota y muda, a la cual había violado aquél una noche por una bravata. Este bastardo epiléptico sirve como lacayo en casa de su padre. Es impasible, pretencioso, retorcido. Admira a Iván. E Iván se irrita al reconocer en él su propia caricatura.

Entre el padre y los cuatro hijos, una mujer: Gruchenka. Luchan unos contra otros por obtenerla. Smerdiakov, creyendo obedecer al deseo secreto de Iván, mata al viejo Karamazov. Pero es a Dimitri a quien acusan del crimen. Condenado a trabajos forzados va a Siberia.

En la novela dominan dos problemas: el problema de la seducción y el problema de Dios. Gruchenka y Cristo.

Entre estos dos polos oscilan los personajes del libro. Algunos, como el viejo Karamazov, están colocados bajo el signo único de la sensualidad; otros, como el *staretz* Zosim, bajo el signo único de la religión; pero entre estos dos extremos, una inteligente gradación nos presenta las almas de los demás intérpretes. Smerdiakov, Dimitri, Iván y Aliocha son, quizá, los aspectos, cada vez más decantados, del mismo individuo que se desprende del animal y se realiza en «el hombre nuevo». Estos cuatro hermanos son un mismo ser transformado. Su escalonamiento en el espacio es sólo, en realidad, un escalonamiento en el tiempo. «La escala del vicio es la misma para todos —dice Aliocha a Dimitri—. Estoy en el primer escalón, tú estás más arriba, pongamos en el decimotercero. A mi juicio, da completamente igual.»

En este «decimotercer escalón» se halla también una mujer: Gruchenka. Es la querida de un viejo comerciante que la ha sacado de la miseria. «Una mujer pública con la que no quisiera estar emparentado», dice de ella uno de sus parientes. «Una cortesana», declara el viejo Karamazov. Pero añade que quizá sea «más santa» que todos los monjes del convento. «Esta muchacha es un animal...» «Esta muchacha es un ángel», replican otros personajes. Y Dimitri dice: «Sí, he aquí lo que es: un tigre. La reina del impudor, la mujer completamente infernal, la reina de todas las mujeres infernales desencadenadas sobre el mundo.» En cuanto a Aliocha, lo que llama la atención sobre todo es «la ingenua y benévola expresión de este rostro» ¿A quién creer? A todos. Pues Gruchenka merece todos los juicios. Gruchenka, la muchacha, la ramera, el animal, la santa, reúne en ella las múltiples contradicciones de la mujer. Es la mujer, según Paulina Suslova. La mujer es la locura hecha carne. Las mujeres se agotan en la espera, se desconsuelan en la realización de sus deseos, arden por entregarse y os reprochan haberlas tomado. Tan pronto son crueles por el placer de ser luego suaves, tan pronto son suaves por el placer de ser crueles más tarde. Tienen pudores perversos y voluptuosidades inocentes. Mienten a los hombres, a Dios; se mienten a sí mismas. No han penetrado en la vida. Juegan con la vida. Posan delante de la vida, como ante un espejo. Adoptan gestos ficticios. Y cambian de expresión y de actitud para darse la sensación de existir. Lo constante es, para el hombre, la prueba de su propia rea-

lidad. Y la mujer, en cambio, afirma su existencia con la volubilidad. El hombre quiere ser uno. La mujer quiere ser múltiple. El hombre sólo se siente fuerte en la plena consciencia de sus cualidades y de sus defectos. La mujer no se siente fuerte sino en la inconsciencia total de sí misma. El hombre es el mundo organizado. La mujer, el universo informe. Con ella, todo es posible. Y nada es seguro con ella. Hay que huir de la mujer o renunciar a dominarla.

La belleza de Gruchenka ha embrujado al viejo Karamazov. Este viejo borracho, mezquino, embustero y vicioso, parece ser un retrato exagerado del padre de Dostoyevski. «Era sentimental. Sí, era sentimental y malvado», escribe Dostoyevski de su personaje. «Siempre he creído —escribe Amada Dostoyevski— que Fiodor Mijailovich Dostoyevski pensaba en su propio padre al trazar la figura del viejo Karamazov.»

Ante la bella Gruchenka, el viejo Karamazov no es más que un bufón balbuciente y baboso. Le ofrece la parte de la herencia que corresponde a Dimitri. Todos los días espera su visita. Ronda de una habitación a otra, embrutecido por el deseo. Está esperando. Pero Gruchenka no cede ante él, ni tampoco ante Dimitri, que se ha enamorado de ella. Se burla del padre y del hijo. Y, a medida que pasan los días, aumenta el odio entre los dos hombres: «Se miraban el uno al otro, con los cuchillos preparados en las vainas.»

Una idea había seducido a Raskolnikov hasta el punto de privarle de toda independencia; una criatura seduce a Dimitri y a su padre hasta hacerlos esclavos de sus apetitos. «¡La belleza es una cosa tremenda y horrible!», declara Dimitri. Sí, porque su poder sobre los hombres iguala y sobrepasa a veces el poder del pensamiento. La locura erótica de los Karamazov iguala la locura política de *Los poseídos*. En los dos casos, el deseo es una satisfacción terrena que conduce a los seres al estado de bestias. En ambos casos, la pretensión de desafiar todos los límites morales conduce a la depravación y al crimen.

«En cuanto a Dimitri —exclama el padre—, le aplastaría como a una cucaracha.»

Y Dimitri dice de su padre: «No sé, quizá le mate, quizá no le mate. Temo *que no pueda soportar su rostro en ese momento*. Odio la nuez de su garganta, su nariz, sus ojos y su sonrisa descarada. Me asquea. Esto es lo que me aterra...»

Mientras tanto, sigue espiando a su padre por el temor de que Gruchenka, seducida por las promesas del dinero, vaya a reunirse con el viejo. Una noche, el servidor Grigori sorprende a Dimitri en el jardín. Dimitri le asesta con un mazo un golpe en la cabeza y huye. En una posada, se encuentra con Gruchenka: «Entonces empezó la orgía, una fiesta desenfrenada.» Vinos, coros, bailes... Gruchenka, completamente ebria, le confiesa a Dimitri que le ama y que quiere casarse con él:

«Aunque eres salvaje, sé que eres noble. En lo sucesivo debemos vivir honradamente... Seamos honrados y buenos, no nos parezcamos a los animales... Llévame muy lejos, ¿oyes?... No quiero quedarme aquí, quiero irme lejos, lejos...»

Parece que es la proximidad de la catrástofe lo que excita hasta el

paroxismo los sentimientos de estos voluptuosos. La premonición de un terrible destino les lleva a exaltar su alegría del momento. Están alegres porque adivinan que ya no tienen derecho a serlo. Y es un hecho que, en Dostoyevski, todas las alegrías que no son estrictamente espirituales —alegrías de «final de noche», alegrías de «final de novela»— nos parecen extrañamente frágiles. En el momento mismo en que asistimos a la brusca felicidad de los héroes, sufrimos por esta felicidad, pues sabemos que está condenada. Complaciéndose refinadamente en la tortura, Dostoyevski cultiva la felicidad de sus víctimas antes de castigarlas. No golpea una carne cansada y enferma. Escoge el día mejor, lleno de esperanzas, para asestar el golpe de gracia. En pleno delirio amoroso vienen a detener a Dimitri. Le acusan del asesinato de su padre. Y por más que protesta, todas las pruebas están contra él.

En realidad, es el lacayo infame, el bastardo Smerdiakov, quien ha matado al padre de Dimitri. Este bufón desempeña en la novela el papel del doble infernal, que tanto agrada a Dostoyevski. ¡Qué suplicio para un hombre honrado encontrarse en su camino con la encarnación de todo lo que duerme en él de sucio, inconfesado, olvidado, de animalidad, de cobardía! Estáis tranquilos. Os aceptáis a vosotros mismos. Y, bruscamente, se os aparece un individuo cuya alma está formada por todo lo que habéis desechado de vosotros mismos. Un individuo que es el conjunto de vuestros residuos, vuestro basurero, vosotros mismos en lo que tenéis de más vicioso. En esa boca enferma, vuestras palabras más bellas suenan como evidentes estupideces; en esa estrecha cabeza, vuestras ideas más bellas se vuelven contra vosotros.

De este modo, el mayor de los hermanos Karamazov pasea su propio mono sujeto con una correa. Lo odia. Y el otro admira este odio. Lo humilla. Y el otro ama esta humillación. Para hacer un favor a Iván, a quien privaría de herencia el matrimonio de su padre, Smerdiakov asesina al viejo. Le asesina sin que Iván se lo haya pedido expresamente. Le asesina creyendo obedecer así a un deseo secreto de su amo...

Lo que sólo era una vaga esperanza en el corazón de Iván Karamazov se convierte, de repente, en este acto monstruoso, que le espanta. Gracias a Smerdiakov, que ha realizado la intención criminal de su amo, Iván ya no es culpable de un sueño, sino de un acto. Smerdiakov es el contacto establecido entre la idea y el hecho, la negación de la irresponsabilidad espiritual, el castigo del librepensador.

«Usted —le dice a Iván— deseaba ardientemente la muerte de su padre... Era usted incapaz de matar; pero deseaba que otro lo hiciera.» Iván se interroga, razona, se turba: «Sí, yo esperaba esto; entonces he querido asesinarle, ¿verdad?» Y, más adelante: «¿Deseaba yo hasta ese punto la muerte de mi padre?» Sólo con esta espera y este pensamiento queda establecida la culpabilidad de Iván. «Usted ha matado, es usted el asesino principal, yo sólo he sido un auxiliar»..., le repite Smerdiakov. Y el criado revela al amo la génesis de su decisión.

En realidad, si ha asesinado es porque nada se oponía a que asesinase. Gracias a los discursos de Iván, el intelectual, Smerdiakov ha comprendido que «todo está permitido» en este mundo. No hay Dios.

No hay infierno. «Si Dios no existe, no hay virtud; y además, es inútil. Este es el razonamiento que me hice.»

Habiendo renegado de la moral corriente, habiendo pasado por encima del muro, Smerdiakov confunde la libertad con lo arbitrario. Mata. Y con su acto, une en el mal a Iván Karamazov, que aseguraba que «todo está permitido», con Dimitri Karamazov, que exclamaba: «¿Por qué existe un hombre así?»

Iván no es culpable a los ojos de la ley humana. Pero nada le justificará frente a sí mismo. Habiendo renegado de Dios, se encuentra frente a Smerdiakov. En lugar del superhombre, descubre al mono. En lugar de la escala luminosa, el abismo. En vez de la razón superior, la locura. Este hombre inteligente, instruido, inspirado, padece alucinaciones. Se desdobla. Ve al diablo. Y ese diablo es él mismo:

«Soy yo mismo, pero con otro hocico... Expresas mis propios pensamientos... Pero escoges los más tontos; eres necio y vulgar.»

Iván Karamazov es Dostoyevski, a quien «Dios ha torturado toda la vida». La negación blasfematoria de Iván Karamazov es la de Dostoyevski en sus horas de duda. «Estos imbéciles ni siquiera han soñado con el poder de la negación que he vencido», anota el escritor. Y cuando Iván Karamazov dice «¿Se puede admitir la armonía universal al precio de las lágrimas de un niño martirizado?», ¿no es Dostoyevski mismo quien toma en este momento la palabra en su lugar?

De hecho, parece que Iván Karamazov representa a los ojos de Dostoyevski el mismo papel que Smerdiakov a los ojos de Iván Karamazov. Iván representa para Fiodor Mijailovich la encarnación de esa parte de él que le es odiosa. Iván es lo que su autor quisiera rechazar de sí mismo; Iván es el castigo magistral de su autor.

Por encima de estos seres malditos, dos figuras claras se imponen a los lectores. Aliocha y el *staretz* Zosim. Aliocha es el menor de los hermanos Karamazov. Es novicio en un apacible convento. Sin embargo, no es un místico en el sentido total de la palabra.

«Aliocha —escribe Dostoyevski— no era en absoluto fanático, ni siquiera, según me parece, místico. A mi juicio, era sencillamente un filántropo avanzado para su época.»

Este muchacho está, pues, perfectamente equilibrado, perfectamente plantado en lo real. Tiene una confianza tranquila, honrada y sana en Dios. Cree en los milagros, pero esos milagros no le turban. Los milagros son el coronamiento de su fe, y no su base esencial. «En el realista, no es la fe la que nace del milagro, sino que el milagro nace de la fe.»

Aliocha es un «realista», un hombre completo. Su bondad no es de naturaleza seráfica. No supone, como en Michkin, una excepcional ignorancia del mal. Aliocha ha conocido el mal, no es incapaz de comprender los vicios de sus hermanos, de su padre, ni es ajeno a estos pecadores que le rodean. Es de este mundo. Y por eso tiene más mérito al vencer todas las tentaciones.

Por lo demás, el padre Zosim, el *staretz* del convento, le dice: «Esta es mi idea respecto a ti: abandonarás estos muros, vivirás en el mundo como un religioso. Tendrás muchos adversarios, pero tus mismos ene-

migos te amarán. La vida te traerá muchas desgracias, pero en el infortunio hallarás la felicidad; bendecirás la vida, y obligarás a los demás a bendecirla, que es lo esencial.»

¿No es Childovski, el amigo de la infancia de Fiodor Mijailovich, quien ha posado para la hermosa figura de Aliocha, o Soloviov, el filósofo con cabeza de Cristo? Indudablemente, han sido los dos. Asimismo, el bienaventurado Tijón Zadonski y el padre Ambrosio de Optina Pustin han suministrado los rasgos principales del *staretz* Zosim.

«El *staretz* —escribe Dostoyevski— es el que absorbe vuestra alma y vuestra voluntad en las suyas». Es un director de conciencias a quien abandonáis vuestros más íntimos intereses. Reina en el convento por la confesión que le deben todos. Reina sobre el pueblo por su extremada clarividencia y por la suave habilidad de sus consejos.

«A propósito del *staretz* Zosim, muchos contaban que, a fuerza de acoger, desde hacía muchos años, a todos los que iban a abrirle su corazón, ávidos de sus consejos y consuelos, terminó por adquirir una gran perspicacia. Al primer golpe de vista que echaba sobre un desconocido, adivinaba por qué había venido, lo que necesitaba e incluso lo que atormentaba su conciencia.» Sin embargo, el *staretz* Zosim, lo mismo que su joven protegido Aliocha, antes de ser santo ha sido hombre. Ha vivido entre sus semejantes. Ha servido en el ejército. Y, si se decidió a entrar en la orden, no fue por desesperación o por razonamientos, sino por *amor*. La doctrina de Zosim es una doctrina de amor y de alegría. «Lo que sorprendía también —escribe Dostoyevski— es que el *staretz* no era severo, sino alegre.»

El *staretz* se ha apropiado de las palabras de su joven hermano: «La vida es un paraíso en el que nos hallamos todos, pero no queremos saberlo...» Y también: «Cada uno de nosotros es culpable ante todos, por todos y por todo...»

Una simpatía universal une a los hombres y la vileza de cada uno recae sobre los demás. El mal no se limita al criminal y a su víctima inmediata. Se ensancha como una mancha de aceite. Los que lo han deseado sin cometerlo son alcanzados por él. Y los que han adivinado esos deseos sin condenarlos, sufren también por ellos. Y hasta aquellos que no saben nada del hecho son, no se sabe por qué, sus cómplices.

Todos somos responsables y desgraciados, y estamos mancillados. Hemos robado con este ladrón cuyo rostro ignoramos, hemos matado con aquel parricida de que hablan los periódicos, violado con aquel voluptuoso, maldecido con aquel blasfemador... Cada uno de nosostros se doblega bajo el pecado secular del mundo. Y, sin embargo, nos salvaremos todos. «El hombre no puede cometer un pecado capaz de agotar el amor infinito de Dios —declara Zosim—. Créelo, Dios te ama como no puedes ni figurártelo, te ama en tu pecado y con tu pecado... Y, si amas, ya eres de Dios. El amor lo rescata todo, lo salva todo...»

No es a una regla de vida rigurosa, a una renunciación monástica ni a una contrición lloriqueante a lo que invita el padre Zosim a los creyentes. Les pide pocas cosas: reconocer su culpa y amar. Lo que cuenta no es el resultado obtenido, sino el esfuerzo. Cuando el orgulloso in-

clina la cabeza, se halla más cerca de Dios que el lacayo que cae de rodillas. Porque el orgulloso ha tenido que luchar consigo mismo para ofrecer a Dios este signo de modestia humana, mientras que el otro se ha prosternado por costumbre, y sin pensar siquiera en lo que hacía.

«Haced lo que podáis y se os tendrá en cuenta... Lo que os parece malo en vosotros se purifica sólo porque lo habéis notado... En el momento en que veáis con espanto que, a pesar de vuestros esfuerzos, no sólo no os habéis acercado a la meta sino que incluso os habéis alejado de ella, en ese momento, os lo predigo, alcanzaréis la meta y veréis por encima de vosotros la fuerza misteriosa del Señor, que, sin que lo sepáis, os habrá guiado con amor...»

Zosim y Aliocha planean en la misma luz bienhechora. Aman y eso basta para que cuenten con la simpatía de la gente sencilla y de los niños. (Todo el libro X está consagrado a la amistad de Aliocha por los chiquillos del país.)

Sin embargo, los intelectuales atacan esta filosofía serena. Iván Karamazov opone a la fe tranquila de su hermano el argumento diabólico del «gran inquisidor». «La leyenda del gran inquisidor», tal como Iván se la cuenta a Aliocha, es el punto culminante de *Los hermanos Karamazov*, y, probablemente, de toda la obra de Dostoyevski. Lo resume todo. Lo esclarece todo. Es la última palabra de Dostoyevski.

Este libro inmenso no sólo resume todo su pensamiento sino, también, muy exactamente, su *manera*. En ninguna parte la indecisión del autor entre lo fantástico y lo real aparece tan claramente como en *Los hermanos Karamazov*. ¿El decorado? Apenas se piensa en ello. ¿Los personajes? En algún sitio dice que el viejo Karamazov tenía «bolsas que le colgaban bajo los desconfiados y maliciosos ojos...» y la nuez de la garganta, carnosa, lo cual le daba un aspecto «repulsivamente sensual». En cuanto a Aliocha, «es esbelto, tiene el cabello castaño; el rostro regular, aunque un poco alargado; las mejillas coloradas; los ojos, gris oscuro, brillantes y muy abiertos; y el aspecto, pensativo y muy tranquilo». Eso es todo. Al cabo de diez páginas, se habrán olvidado estos breves retratos; se habrán sacrificado estos rostros y estos cuerpos a un pensamiento. La pasión de los héroes habrá consumido su carne. Nos hallamos frente a un conflicto de ideas. Vivimos en un mundo en el que ya no se come, ni se bebe, ni se duerme, en el que en unas horas se amontonan múltiples acontecimientos, en el que las terribles premoniciones se alojan en los corazones humanos, y en el que cada cual habla para convencerse a sí mismo más que para convencer a los demás.

Por todas partes reina el desorden. Y, también por todas partes, la inquietud. Lo que tortura a esos seres no es la enfermedad o el temor del día de mañana: es Dios. El autor les ha desentendido de las pequeñas preocupaciones diarias para colocarles desnudos frente al Misterio. Su vida activa corresponde sólo a nuestra vida profunda.

Es como si fuéramos nosotros observadores desde el interior. Gracias a este método introspectivo, lo que está más cerca del operador es el tormento inconsciente, lo que está más alejado de él es la carne, los vestidos, la luz del día. El enfoque de la fotografía se hace sobre nuestro

mundo íntimo, y el mundo exterior permanece en *flou*, como un sueño. Y cuando nos enseñan esta prueba de nuestro retrato, nos reconocemos mejor que en una radiografía.

Esta óptica del «hombre subterráneo» se explica por la febril simpatía del autor hacia sus criaturas. Parece que es una crisis, casi un ataque epiléptico que le precipita en el corazón mismo del mundo que nos describe. Penetra, con un solo golpe, en esas penumbras viscerales del universo interior. Y, en seguida, sus ojos se acostumbran a la noche. Ve, comprende. Y lo mismo que una vida entera puede desfilar en los segundos que dura un ensueño, así, toda una aventura espiritual, con sus búsquedas, sus fracasos y sus esperanzas es la que se le presenta en un relámpago. Pero cuando vuelve a la superficie con su botín de ideas, cuando trata de ordenar según las leyes del arte una historia que ha vivido fuera del tiempo, fuera del espacio, fuera de los principios de causalidad y de contradicción, entonces empiezan las angustias del artista. Se trata de hacer inteligible un drama de la «segunda vida» a lectores que no poseen el «segundo espíritu». Se trata de hacer admitir el inconsciente por la consciencia común, hacer consciente lo inconsciente. Se trata de interesar a la gente en lo que ellos mismos son.

Aprisionado entre lo fantástico y lo real, Dostoyevski se esfuerza por engastar en el sólido marco de la lógica la materia huidiza de su observación. Pero la tarea es ardua.

Las inverosimilitudes hormiguean en la novela. La enorme cantidad de acontecimientos que compone *Los hermanos Karamazov* se encuentra comprimida en pocos días. Los personajes sostienen discursos de diez páginas y se reúnen para hablar de Dios «al estilo ruso». Smerdiakov, el lacayo, tiene elegantes réplicas. El palurdo Dimitri exclama: «No, el hombre es amplio, demasiado amplio. Yo lo hubiera reducido.» Estos héroes tienen, como siempre, un conocimiento profético: Zosim le dice a Aliocha que Dimitri está destinado a un trágico destino. Aliocha besa a su padre en el hombro al despedirse de él, pues tiene la sensación de una catástrofe inminente. Iván sale para Cheremachny, porque adivina el crimen que se prepara...

La alucinación, el sueño y el crimen son moneda corriente. Para disculpar los actos de sus héroes, Dostoyevski invoca ingenuamente la herencia o la enfermedad. «No, no son seres como ustedes y yo... ¡Son unos desequilibrados!...» Engaña al lector sobre la identidad de sus criaturas. Y, con el deseo de «ser verídico», acumula los detalles materiales. El crimen del viejo Karamazov está relatado con un cuidado de especialista. El interrogatorio y el juicio son los de una persona habituada a la vida judicial. «No creo haber cometido errores técnicos en mi relato. Me he documentado gracias a los procuradores de San Petersburgo.»

Así como Dostoyevski no ha querido elegir entre la revolución y el zarismo, tampoco quiere decidirse entre lo fantástico y lo real. Navega entre las dos zonas. Es de ambas orillas. Concilia lo inconciliable.

20. Los festejos en honor de Pushkin

Los hermanos Karamazov llevan a su apogeo la gloria de Dostoyevski. Se le admira tanto como a Turgueniev y a Tolstoi. Se cree en él más que en Turgueniev o en Tolstoi.

Una juventud sin alegría, una condena injusta, el presidio, la enfermedad, el juego, las deudas, las privaciones y el trabajo de encargo: todas estas pruebas ha atravesado Dostoyevski como si fuesen un barranco. Y, de pronto, surge en la llanura, cansado, sangrando, salvado. Pero es viejo. Está débil. Esta repentina calma le anuncia ya la muerte. Hacía ya siete años que Dostoyevski padecía de un enfisema pulmonar, consecuencia de un catarro de las vías respiratorias que no se pudo curar a pesar de las estancias en Ems. La enfermedad, que en un principio le parecía anodina, le preocupa ahora y habla de ella en sus cartas con una nerviosa complacencia:

«Cierta parte de mi pulmón se ha desplazado, y asimismo el corazón, que ocupa ya otra posición, todo ello a causa de mi enfisema...»

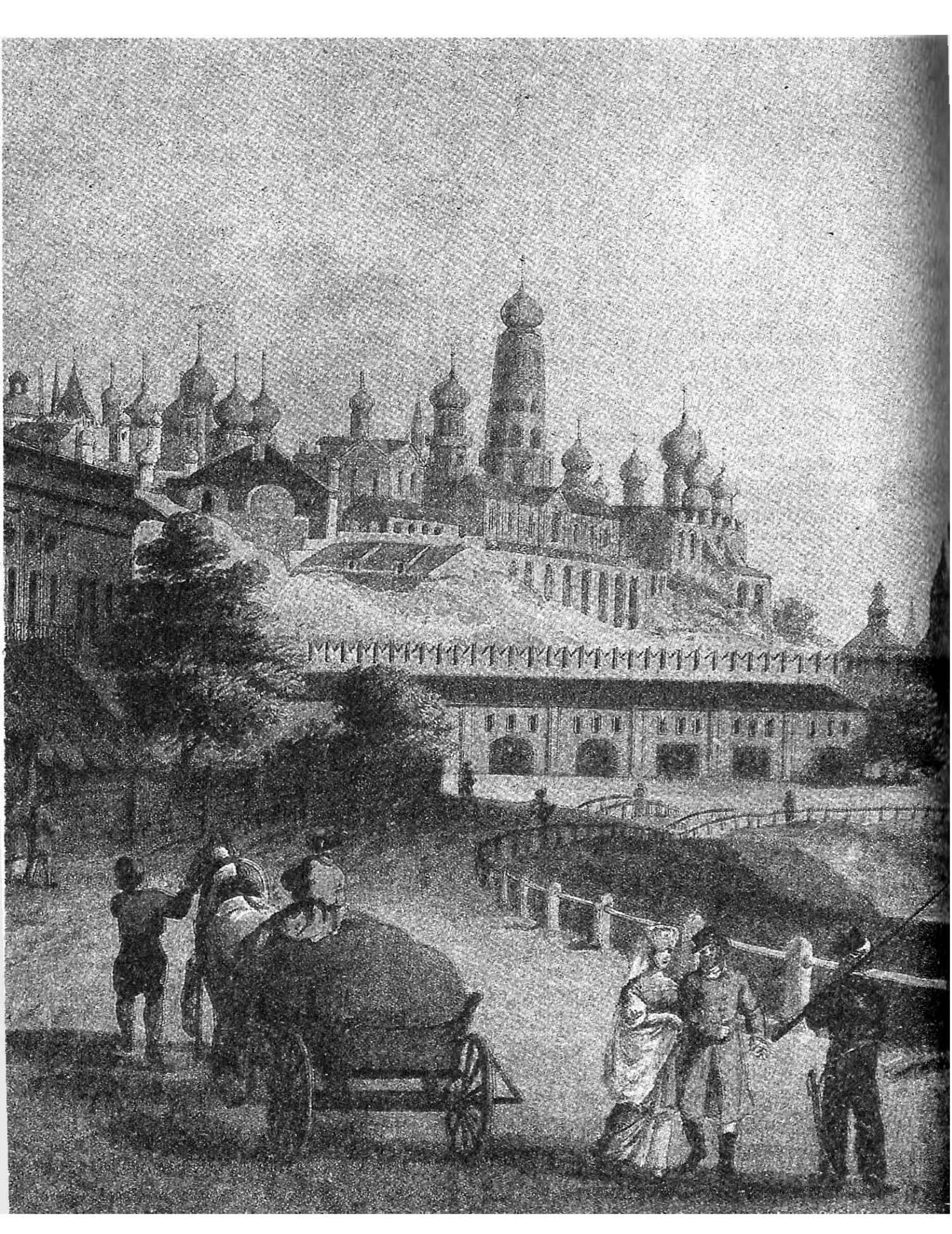
«Estoy siempre pensando en preparar el porvenir y, sobre todo, en el medio de comprar una finca. ¿Creerás que me vuelvo loco pensando en eso? Tiemblo por el porvenir de los pequeños.»

«Todo el mundo está convencido de que tenemos dinero, ¡y no tenemos nada!»

Su inmensa labor sólo ha servido para pagar a una horda de acreedores. Dostoyevski necesita dinero urgentemente. Su mujer organiza una librería, cuyos beneficios son, desde el principio, bastante importantes. En cuanto a él, piensa reanudar su *Diario de un Escritor* y componer la segunda parte de *Los hermanos Karamazov*, que será la historia de Aliocha, personificando la nueva Rusia.

Aliocha, el ruso joven, se opondrá de este modo a Dimitri, que es el ruso viejo; y a Iván, que es el europeo. Y el joven ruso se salvará en el mundo, como le aconsejó el *staretz* Zosim. Dostoyevski declara al conde Melchior de Vogüe, en el curso de una acalorada discusión, que el pueblo ruso posee, a la vez, el genio de todos los pueblos y su propio genio. Por eso, el pueblo ruso puede comprenderlo todo sin que nadie le comprenda a él.

Este orgullo nacional es muy apreciado en las altas esferas. Poco después, a petición de Dostoyevski, el ministro del Interior suspende la secreta vigilancia que había instituido en torno del escritor desde que saliera de presidio.



Vista de Moscú, ciudad en la que tuvieron lugar, en 1880, los actos en homenaje a Pushkin.

Con fecha 24 de diciembre de 1877, Dostoyevski anota en su carné:
«I. Escribir el "Cándido" ruso.
»II. Escribir un libro sobre Jesucristo.
»III. Escribir mis memorias.
»IV. Escribir un poema sobre Sorokovin.
»N. B. Todo esto representa diez años de actividad ¡y tengo ya cincuenta y seis años!»

En el mes de mayo de 1880, la Sociedad de Amigos de la Literatura Rusa envió una invitación a Dostoyevski rogándole que pronunciase un discurso con motivo de la inauguración del monumento a Pushkin. Las solemnidades iban a tener lugar en Moscú.

Pushkin había sido, de siempre y junto con Gogol, el maestro reconocido de Dostoyevski. ¿No era el Hermann de *La Dame de Pique* el que inspiró el personaje de Raskolnikov? ¿No eran *Los demonios* de Pushkin los que suministraron el título, el epígrafe de *Los poseídos* de Dostoyevski? ¿No fue el monólogo de *El caballero avaro* lo que despertó, en el Dolgoruki de *El adolescente*, ese amor por el dinero y por el poder ilimitado?

Dostoyevski sentía hacia Pushkin una especie de ternura celosa. Temía que cayese sobre su ídolo la perfidia o la cobardía de los demás oradores. Los occidentalistas celebraban en Pushkin a un gran europeo. Los eslavófilos no iban a reconocer en él a un gran ruso. Se esperaban unas palabras decisivas que reconciliasen a ambos bandos. Y Dostoyevski se sentía proféticamente llamado a pronunciarlas.

Pero el viaje desde Staraia Rusa a Moscú preocupaba a su mujer. Fiodor Mijailovich estaba cansado. El enfisema, según decían los médicos, había empeorado muchísimo y amenazaba incluso su existencia. «Mi primo Snitkin me explicó —escribe Anna Grigorievna— que los pequeños vasos habían llegado a ser tan delgados y propensos a romperse, que a cada momento podían estallar a consecuencia de un esfuerzo físico.»

A Dostoyevski le hubiera gustado que su mujer le acompañara a Moscú. Pero el gasto del viaje y de la estancia hubieran sobrepasado las modestas posibilidades del matrimonio. Anna Grigorievna se separó, pues, de su marido, con la promesa de que éste le enviaría diariamente noticias sobre su salud.

Al llegar a Moscú, Dostoyevski fue acogido y festejado por los eslavófilos. El mundo intelectual esperaba con febril impaciencia la apertura de estos «Estados Generales» de las letras, que habían sido fijados para el 26 de mayo, día del nacimiento de Pushkin. Pero la emperatriz murió poco antes de la fecha de las solemnidades, y se decretó un luto oficial de dos semanas. Dostoyevski, solicitado por su trabajo y las preocupaciones familiares en Staraia Rusa, quiso abandonar la capital. Pero sus amigos le explicaron que su marcha sería considerada como una despreciable dimisión: «Dirían que carezco del valor cívico necesario para posponer mis asuntos a un acontecimiento de tan elevado alcance», le escribe a su mujer.

Su presencia en Moscú es aún más necesaria por ofrecerle la oca-

sión de defender en público su concepción de la «Rusia-europea», por la que lucha desde hace treinta años. «El partido contrario (Turgueniev, Kovaleski y casi toda la Universidad) —escribe también— desea resueltamente disminuir la importancia de Pushkin como personificación de la nación rusa, llegando incluso a negar nuestra nacionalidad. Y, por nuestra parte, sólo podemos oponerles a I. S. Aksakov... Pero Iván Aksakov es viejo y Moscú está harto de él. En cambio, a mí nunca me han oído ni visto en Moscú, y se interesan sólo por mí.»

Dostoyevski se quedará. Pero ¿tendrá bastante dinero para pagar el hotel? En seguida le tranquilizan: el municipio se hace cargo de todos los gastos.

Dostoyevski está aterrado: «¡Y he devuelto dos veces el café porque estaba poco cargado! En el restaurante habrán dicho: "¡Cuántas exigencias para lo que le cuesta!"...»

Con las últimas noticias de San Petersburgo, la inauguración del monumento a Pushkin se aplaza hasta principios de junio. En espera de esa fecha, los delegados se dedican a visitas de amistad, comidas y discursos preparatorios. Dostoyevski es recibido y festejado en todas partes. A él mismo le asombra su popularidad.

«Hablan de mi gran importancia como artista, como espíritu universal, como publicista y como ruso», escribe Dostoyevski.

Admira ingenuamente el lujo de los salones adonde le invitan y la abundancia de los menús que le ofrecen:

«La comida fue muy lujosa: la sirvieron en un salón aparte (lo que ha debido costar bastante) y con tanto refinamiento que, después de la comida, a la vez que el café y los licores, trajeron doscientos cigarros magníficos, muy caros. Sí, esto está organizado de otra forma que en San Petersburgo... Han pronunciado seis discursos en mi honor, algunos muy largos.»

A medida que se aproxima la fecha de la inauguración, va creciendo la animación de los grupos literarios. El antagonismo de los eslavófilos y los occidentalistas se acusa cada vez más. Excluyen de los festejos a Katkov —jefe del movimiento de derecha— por no haber anunciado la ceremonia en su periódico *Las Noticias Moscovitas*. Los partidarios de Turgueniev preparan el triunfo de su jefe, reclutan una importante *claque* y distribuyen inteligentemente las invitaciones. «Temo que, por las divergencias de opiniones durante todos estos días, terminen pegándose», escribe Dostoyevski.

El 5 de junio, los festejos en honor de Pushkin empiezan con una misa solemne. Después de la misa, Dostoyevski se acerca a la señora Suvorin y le pregunta: «Cuando me muera, ¿asistirá usted a mi entierro y rezará usted por mí como lo ha hecho por Pushkin?»

Al día siguiente, los delegados de los escritores rusos depositan coronas al pie del monumento al poeta. Luego, hay una sesión académica en la Facultad y el rector anuncia que Turgueniev ha sido nombrado miembro honorario de la Universidad de Moscú. Los estudiantes aclaman al viejo novelista, en quien reconocen a «un digno y directo sucesor de Pushkin.»

«Como Turgueniev era, en esta fiesta, el representante más importante del occidentalismo —escribe Strajov—, se podía pensar que este movimiento literario desempeñaría el mayor papel y se llevaría la victoria en el torneo ideológico que iba a comenzar.»

Después de la sesión en la Universidad, los delegados van al banquete organizado por el municipio en el Círculo de la Nobleza. Todos los brindis y todos los discursos aluden a Pushkin, pero nadie se atreve a precisar lo que el poeta representa para la nación rusa. Por la noche, Dostoyevski lee en sesión pública la escena del monje Pimen y los aplausos cubren su voz. «Pero Turgueniev, que ha leído muy mal, ha sido más aplaudido», escribe Dostoyevski.

Durante el entreacto, las señoras se precipitan sobre Fiodor Mijailovich: «Es usted nuestro profeta —le dicen—. Somos mejores desde que hemos leído *Los hermanos Karamazov.*»

Al día siguiente, 7 de junio, tuvo lugar la sesión solemne de la Sociedad de Amigos de la Literatura Rusa, también en el Círculo de la Nobleza.

Turgueniev toma la palabra ante un auditorio decidido, cueste lo que cueste, al entusiasmo. ¿Cómo no querer a este pesado gigante de barba blanca y de rostro suave y cansado? Tiene gestos elegantes. Su palabra es bella, estudiada, pulida. Pero el autor elude las cuestiones difíciles. ¿Es Pushkin un poeta nacional que resume el genio peculiar de su raza? «No lo aseguro —declara Turgueniev—. Pero no me permitiría negarlo.» Termina con un panegírico de Nekrasov, poeta de los rebeldes.

Esta hábil maniobra exaspera a Dostoyevski. Le hacen rabiar las enloquecedoras ovaciones que acogen a su rival. Pues Turgueniev es, hoy como antaño, su rival. Parece como si estos festejos de Pushkin fueran un duelo entre dos ideas, entre dos hombres. Pushkin es el pretexto para la batalla. «Turgueniev rebajaba a Pushkin al negarle el título de poeta nacional», escribe Dostoyevski. Y añade: «No son más que palmoteadores; los míos son verdaderos entusiastas.»

Por la noche se consuela pronunciando algunas palabras, que se aplauden mucho, sobre su propia concepción de Pushkin. Pero al día siguiente piensa tomar su verdadero desquite.

La segunda sesión había de tener lugar el 8 de junio.

Aksakov debía pronunciar su discurso antes que Fiodor Mijailovich, pero, a consecuencia de un brusco cambio del programa, fue Dostoyevski el que tomó la palabra primero.

La sala está atestada. Hace calor. Después de haber pasado el primer arrebato, la mayoría de los oyentes de la víspera han reconocido que Turgueniev se ha mostrado algo reticente con respecto al poeta. ¿Qué dirá Dostoyevski? ¿Podrá explicar el significado exacto de la obra de Pushkin?

Transcurren los minutos. El escenario está vacío. Pero, de pronto, aparece Dostoyevski. Ahí está, sobre el gran estrado, frente a la muchedumbre que le aclama. Su rostro gris, agotado y arrugado, se inclina bajo los aplausos que estallan. Su cuerpecillo delgado parece estar sos-

tenido por la armadura del traje. En sus grandes manos de nudosas falanges tiene las cuartillas de su conferencia. Espera. Viendo que la ovación continúa, esboza un gesto para pedir silencio, saluda, se pasa un dedo por la rojiza barba.

«¿Qué son mis éxitos de San Petersburgo? ¡Nada! Cero, en comparación con éste», le escribe a su mujer.

Por fin el público se calla. Y Dostoyevski empieza su discurso con voz jadeante, pero que crece poco a poco hasta dominar toda la sala. ¿Dónde encuentra este hombre enfermo, este viejo cansado, la energía necesaria para vociferar así desde lo alto de la tribuna? ¿Qué extraño poder galvaniza a este cuerpo, enciende esta mirada e inspira este discurso? No esquiva, como Turgueniev, el problema esencial de Pushkin.

¿Qué es Pushkin? Pushkin es la encarnación del espíritu nacional, con una extraordinaria aptitud para apoderarse del genio de los demás pueblos. Pushkin es Rusia en lo que tiene de más universal. Los italianos de Shakespeare hablan como ingleses. Pero, ¿no es Pushkin español en su *Don Juan,* inglés en su *Festín durante la peste,* alemán en su *Fragmento de Fausto,* árabe en la *Imitación del Corán,* y ruso en *Boris Godunov?* Sí, es todo eso. Y por ser todo esto, por saber ser todo esto, es plenamente ruso.

Por décima vez, Dostoyevski vuelve al tema desarrollado en sus novelas y en el *Diario de un Escritor:* «La significación del hombre ruso es manifiestamente europea y mundial. Ser un verdadero ruso, ser plenamente ruso, quiere decir únicamente (fijaos bien en esto) ser el hermano de todos los hombres, ¡un panhumano, si queréis!»

El joven pueblo ruso ama a todos los viejos pueblos de Occidente. Y el joven pueblo ruso los salvará porque, gracias a su admirable ingenuidad, permanece como último refugio de Cristo. «¿Por qué no seríamos nosotros los que tendríamos la última palabra de Cristo?»

Este discurso vale menos por los argumentos que propone que por la emoción que le infunde su autor. Está escrito para ser dicho más que para ser leído. Y Dostoyevski lo dice maravillosamente. Cada periodo oratorio termina con el tronar de las aclamaciones. Cuando habla de la Tatiana de Pushkin, que es la muchacha rusa por excelencia, las mujeres gritan de alegría. Cuando ordena con Pushkin:

¡Humíllate, hombre soberbio
y, ante todo, rompe tu soberbia!
¡Humíllate, hombre de nada
y, ante todo, pena sobre la tierra!

los hombres bajan la cabeza, como si oyeran un sermón.

Dostoyevski experimenta la embriaguez de ser comprendido, admirado y elegido por todos estos desconocidos de rostros ansiosos. Reina sobre ellos. «Todo esto es por los *Karamazov*», le escribe a su mujer.

Llega a las últimas frases: «Pushkin ha muerto en el apogeo de sus fuerzas y, no hay que dudarlo, se ha llevado a la tumba un gran secreto. Nosotros debemos esforzarnos por descubrirlo.»

Dostoyevski se detiene. Está lívido. Por sus arrugas corre el sudor. Sus ojos están abrasados por el cansancio. Y hacia este cuerpo vencido se eleva de pronto un terribe alarido. Las mujeres y los hombres, de pie en la sala, aplauden, gritan y sollozan. Los enemigos se abrazan y prometen ser mejores y olvidar sus antiguas rencillas. Algunos jóvenes claman: «¡El profeta, el profeta!» A pesar de los servicios de orden, los oyentes suben al estrado. Dostoyevski, zarandeado y atontado, ve caer sobre él una ola de trajes, rostros y brazos. Caen a sus pies. Le besan las manos. «¡Es usted un genio! ¡Es usted más que un genio!...» Las llamadas «a escena» siguen durante media hora.

Por fin, el comité se decide a suspender la sesión. Pero el público ha forzado la entrada entre bastidores. Los estudiantes acuden vociferando. Uno de ellos, sollozando, cae a los pies de Fiodor Mijailovich y pierde el conocimiento. Turgueniev, con lágrimas en los ojos, abraza a su rival. Aksakov tartamudea de alegría. Iuriev anuncia con voz vibrante que la Sociedad de Amigos de la Literatura Rusa ha elegido a Dostoyevski, por unanimidad, miembro de honor.

Dostoyevski, destrozado por la emoción y por el cansancio, sonríe, llora y estrecha las manos que le tienden. Le tiemblan las piernas. Está un poco mareado con este olor y este calor de muchedumbre. Pero le sostiene una alegría nerviosa.

La sesión continúa después de una interrupción de una hora. Aksakov sale al escenario y declara que no leerá su discurso: «No puedo hablar después del discurso de Fiodor Mijailovich Dostoyevski —dice—. Todo lo que he escrito no es sino una débil variante sobre temas de esta genial alocución.»

Atronadores aplausos cubren su voz. Aksakov prosigue:

«Estimo que el discurso de Fiodor Mijailovich Dostoyevski es un acontecimiento en nuestra literatura... El verdadero significado de Pushkin se ha demostrado por fin, y no hay más que discutir...»

Aksakov quiere irse, pero el público protesta y le obliga a leer su alocución.

Mientras tanto, las señoras hacen, con sigilo, una recaudación y una delegación va al florista más próximo. Al terminar la sesión, la muchedumbre llama a Dostoyevski. Cuando aparece en el escenario, un centenar de mujeres se lanzan hacia él y sostienen sobre su cabeza una inmensa corona de laureles adornados de cintas. «En nombre de la mujer rusa, de la que ha dicho usted tantas cosas buenas.» Los espectadores, en pie, aplauden furiosamente. Se agitan sombreros en la sala. Las lágrimas suben a los ojos de Dostoyevski.

Gracias a él, ya no hay eslavos ni occidentales, sólo hay rusos. Un pueblo entero, dividido antaño, fraterniza en el amor y en el orgullo de sí mismo. Un pueblo entero se ha salvado por su palabra, por su fe.

«Confiesa, Annushka, que merecía la pena quedarse sólo por esto. Es la garantía del porvenir, es la garantía de todo, incluso si yo llegase a morir.»

En la sesión de la noche, Dostoyevski, a pesar de estar extenuado, lee *El profeta* de Pushkin. Aquí está, de nuevo en el escenario, delga-

Transido de emoción, Dostoyevski depositó junto al pedestal del monumento a Pushkin, en Moscú, la corona de laurel que le había sido entregada en el curso del acto homenaje al gran escritor ruso, a quien él consideraba su maestro.



Ullstein-Bilderdienst, Berlín

ducho, el pecho hundido y el cuerpo encogido. Pero, por segunda vez, el milagro de la inspiración le visita. Su voz sorda se hace más firme y se eleva chirriante, cortante, viva. «Su mano derecha —escribe un espectador— la dirigía hacia abajo, como si hubiera querido impedir los gestos que le solicitaban, y el tono de su voz llegaba hasta el grito.» Cuando pronuncia los últimos versos:

¡Levántate, profeta! Mira. Escucha.
¡Penétrate de mi voluntad,
y, recorriendo las tierras y los mares,
quema con tu verbo el corazón de los hombres!,

una ovación formidable estalla entre los asistentes. Para estos desconocidos que le escuchan, Dostoyevski es verdaderamente el profeta.

Regresa a su casa extenuado, con la cabeza pesada y los ojos doloridos. Se acuesta y trata de conciliar el sueño. Pero la sensación casi física de su dicha le impide dormir.

Se levanta, se viste, toma la corona de laureles que le entregaron durante el día y hace que le lleven al monumento de Pushkin.

La noche es cálida, azul, sin un soplo de viento. Las calles están desiertas. Al llegar a la plaza Spaskaia, Dostoyevski se apea del coche y se acerca a la estatua. Esta se yergue alta y negra sobre su pedestal de granito. Fiodor Mijailovich contempla este rostro de bronce y estos ojos muertos que miran la tierra. Luego, levanta penosamente la corona y la deposita junto al pedestal.

Un momento, se recoge junto a su maestro. Mide con el espíritu el camino recorrido desde aquel día en que, todavía un niño, se enteró de la muerte del poeta, hasta el minuto presente en que se halla ante el monumento de aquél, ¡pero está tan viejo, tan cansado, tan cerca él también del fin!

Vuelve a ver las habitaciones coloreadas del Hospital María, los tilos de Darovoie, los largos pasillos de la Escuela de Ingenieros, la covacha de Petrachevski, las oscuras prisiones y aquellos tres postes plantados en la nieve frente a las tropas. El viento. El frío. La noche. Siberia... Semipalatinsk... La huida a Zmiev en el coche de Vrangel. La risa altanera de Paulina. La ruleta dando vueltas, vueltas... Anna Grigorievna llorando. Una pequeña tumba en un cementerio desconocido. Ciudades, voces, ojos, la lámpara sobre la mesa-escritorio, la cara repugnante de un prestamista, el ruido de un tren, el pálido cielo de Rusia que se adelanta, que le aspira, que le coge. Un rumor de marea sube de las muchedumbres invisibles: «Es usted un genio, es usted más que un genio.» ¡Ha luchado tanto! ¡Ha sufrido tanto! ¡Y qué tarde ha conocido la alegría de ser comprendido! ¿Tendrá tiempo de disfrutar de ella a sus anchas?

Dostoyevski se yergue. La luna ilumina suavemente los tejados de las casas y el empedrado de las calles. El silencio apacigua el corazón. Dostoyevski vuelve la espalda al monumento y regresa al coche que le espera en la esquina de la plaza.

21. El fin

El 10 de junio de 1880, Fiodor Mijailovich, triunfador, abandona Moscú. Esta breve estancia ha gastado su organismo más que un año de trabajo, pero está confiado, relajado, y se siente dichoso. Sabe perfectamente, sin embargo, cuál es el valor exacto del milagro. Al regresar a Staraia Rusa escribe a su amiga la condesa Tolstoi, tía del escritor: «Esté tranquila, pronto oirá usted las risas de la multitud. No me lo perdonarán en los numerosos círculos y reuniones literarias.»

Y, en efecto, aplacada la primera exaltación, los enemigos se sobreponen. Se diría que no le perdonan al orador el haberlos encantado.

Saltykov escribe a Ostrovski: «Es evidente que el hábil Turgueniev y el loco Dostoyevski han sabido orientar los festejos de Pushkin a favor suyo.»

Aparecen unos artículos reticentes sobre Fiodor Mijailovich: «El discurso del señor Dostoyevski... obró más sobre los nervios que sobre la inteligencia», escribe el cronista de *El Negocio*. Y también: «El héroe y el beneficiario de este absurdo fue el señor Dostoyevski. No es la primera vez que comete el error de figurarse que es un publicista. Para ser un publicista le falta instrucción, desarrollo intelectual, conocimiento político y, finalmente, las más elementales nociones del tacto social.»

«¡Qué absurda retahíla!», leemos en *El Mensajero de Europa*. Y también: «Sería de desear que, en sus futuras divagaciones, el señor Dostoyevski no olvidase los hechos históricos elementales y los preceptos del sentido común.»

A Dostoyevski le ha trastornado tanto este brusco cambio de la opinión, que padece, uno tras otro, dos ataques epilépticos y se queda inmovilizado durante dos semanas. El 26 de agosto escribe a O. F. Miller: «En lo que concierne a mi discurso de Moscú, ya ve usted cómo me ha puesto casi toda la prensa: parece que he cometido un robo, un fraude o una estafa en un banco...»

Decide contestar a su mayor detractor, el profesor Gradovski, cuyo artículo «El sueño y la realidad» ha sido publicado en *La Voz*. La respuesta de Dostoyevski y su discurso sobre Pushkin aparecen en el único número del *Diario de un Escritor* del año 1880.

Este único ejemplar tiene un éxito de venta sin precedentes. Seis mil entregas salen en pocos días. Se prepara una segunda edición, que estará completamente liquidada durante el otoño.

El manifiesto interés de los lectores por su obra tranquiliza un tanto a Dostoyevski. Emprende el final de *Los hermanos Karamazov*, cuya cuarta parte no ha redactado aún.

«Desde el 15 de junio al primero de octubre, he redactado el equivalente a veinte hojas impresas de mi novela, y he editado tres entregas del *Diario de un Escritor*», escribe Dostoyevski.

En el mes de noviembre envía el epílogo de *Los hermanos Karamazov* a la redacción de *El Mensajero Ruso*, con estas palabras: «Por fin, he terminado esta novela. He trabajado en ella durante tres años; la he publicado en dos años. Es un momento solemne para mí.»

Instalado en San Petersburgo desde principios de invierno, vuelve a ver a sus amigos y participa en algunas lecturas.

«El *Fondo Literario* ha dado hoy una *matinée* en una sala donde es difícil leer y en la que no se oye desde todas partes —escribe Shtakenschneider—. ¡Pues bien, a Dostoyevski —enfermo, con la garganta cansada y con su enfisema— se le ha oído mejor que a los demás! ¡Qué milagro! Parece que ya no queda voz en este cuerpo; es delgaducho, tiene el pecho hundido y una voz cuchicheante, pero, en cuanto empieza a hablar, parece que aumenta de estatura y vigor. ¿De dónde le vienen esta resistencia y este poder?...»

En realidad, el afecto del público parece ser la mejor medicina para Dostoyevski. Renuncia a la cura de Ems para trabajar. Le preocupan varios proyectos. Piensa editar durante dos años su *Diario de un Escritor* y empezar en seguida la segunda parte de *Los hermanos Karamazov*.

«Permítame que no le diga adiós —escribe al secretario de redacción de *El Mensajero Ruso*—. Ya sabe usted que mi intención es vivir y escribir aún durante veinte años.»

En el mes de enero de 1881, Dostoyevski empieza la redacción del primer número del año del *Diario de un Escritor*. Se encuentra bien. Frecuenta a los amigos. Incluso consiente en representar —en una reunión artística prevista para el mes de febrero— el papel del asceta de *La muerte de Iván el Terrible*, de A. K. Tolstoi. También acepta leer un trozo con ocasión del aniversario de la muerte de Pushkin, el 29 de enero. Sin embargo, cuatro días antes de esa reunión, un ligero accidente despierta su preocupación.

En la noche del 25 al 26 de enero, cuando se hallaba trabajando en su despacho, una pluma cayó al suelo y rodó bajo una estantería. Dostoyevski se levantó y trató de mover el mueble. Pero, con el primer esfuerzo, sintió una bocanada caliente que le subía a la boca. Se limpió los labios: era sangre. Sin embargo, la hemorragia fue tan débil que no le concedió importancia y ni siquiera llamó a su mujer.

Al día siguiente, se encuentra completamente bien. Espera para comer a su hermana Vera, que ha llegado hace poco a San Petersburgo. Piensa evocar con ella sus recuerdos de la infancia de Moscú y de Darovoie. Y, en efecto, la comida empieza alegremente. Dostoyevski cuenta los juegos infantiles de los niños en el Hospital María, los febriles preparativos para el viaje de vacaciones y las discusiones con Mijaíl. Dostoyevski está alegre. Ríe con sus propias bromas.

Pero la «tía Vera» parece molesta con esta conversación. Sus hermanas la han mandado de Moscú para discutir un asunto de herencia con su hermano. Se trata de la sucesión Kumanin, cuya liquidación divide a los miembros de toda la familia. Vera tiene prisa por abordar este tema. Interrumpe a Dostoyevski para tomar la palabra a su vez. Convencida de lo que dice, se acalora, reclama lo que se le debe, acusa a Dostoyevski de «cruel» para con sus hermanas, y termina por echarse a llorar.

Dostoyevski, agotada su paciencia, abandona el comedor y se refugia en el despacho, mientras Anna Grigorievna acompaña a Vera hasta la puerta.

Dostoyevski se ha sentado ante su mesa, con la cabeza entre las manos. Oye todavía el cuchicheo de las dos mujeres en el vestíbulo. Un inmenso disgusto y una infinita laxitud se apoderan de él: esta noche estropeada, estas lágrimas y estos reproches ¡por un asunto de perras gordas!...

De repente, siente un líquido caliente que le corre por las manos. Se las mira. Están cubiertas de sangre. Se lleva un dedo a la boca, a los bigotes, y siente que están húmedos, pegajosos. Da un grito. Anna Grigorievna acude. Le ve en pie, con el rostro lívido y la barba manchada.

«¡Un médico, de prisa!»

Pero, incluso antes de la llegada del médico, cesa la hemorragia. Dostoyevski se lava las manos y la cara, y llama a los niños para enseñarles los dibujos de un periódico humorístico.

Cuando llega el médico, encuentra a un hombre tranquilo, sonriente, que le ruega le ausculte con el mayor cuidado. Pero, durante la auscultación, se produce una nueva hemorragia y Dostoyevski pierde el conocimiento. Cuando vuelve en sí, murmura:

«Anna, te lo ruego, manda llamar a un sacerdote inmediatamente. Quiero confesar y comulgar.»

Después de la confesión y de la comunión, parece que mejora el estado del enfermo. Bendice a sus hijos y a su mujer; después, dócilmente, deja que le acuesten sobre el sofá del despacho y se duerme velado por Anna Grigorievna y por el doctor Von Bretzel.

Mientras tanto, han mandado a buscar al profesor Kochlakov y al doctor Pfeifer. Les tranquiliza la poca cantidad de sangre que ha perdido Fiodor Mijailovich. «Se curará», dicen. El día siguiente transcurre del mejor modo. Dostoyevski se despierta con buenas disposiciones, pide las pruebas del *Diario de un Escritor*, y discute con su mujer la confección de la revista.

La noticia de su enfermedad se extiende por la ciudad, sus amigos le visitan y es preciso atar la campanilla, cuyo sonido excita los nervios de Fiodor Mijailovich.

Anna Grigorievna pide a los inquilinos de arriba que no anden con zapatos. Dostoyevski toma un poco de caviar y leche.

«Pienso en los niños, cuando sean mayores», murmura.

Durante la noche del 27 al 28, despierta a su mujer. Sólo una lámpara de cabecera alumbra la habitación.

—¡Bueno! ¿Cómo te encuentras, querido?

—¿Sabes, Annushka? Hace tres horas ya que no duermo y no dejo de pensar; pero ahora estoy completamente seguro de que moriré hoy.

—Querido, ¿por qué piensas en eso? Ahora estás mejor, no pierdes sangre, probablemente se ha formado un «tapón», como dice Kochlakov. Por el amor de Dios, no te atormentes con esas dudas; ¡vivirás aún, te lo aseguro!

—No, lo sé, debo morir hoy. Enciende una vela, Annushka, y dame los Evangelios.

A menudo, cuando Dostoyevski no se decidía a tomar una determinación, abría al azar su vieja Biblia del presidio y leía las primeras líneas que le caían bajo los ojos. Esta vez también se apodera del grueso libro, lo abre y se lo da a su mujer:

«Lee.»

«Es el Evangelio según San Mateo, capítulo tercero, versículo catorce», anuncia Anna Grigorievna.

Y se pone a leer. «Yo he menester ser bautizado de ti, ¿y tú vienes a mí? Y Jesús le respondió: "Déjame ahora, porque así nos conviene cumplir toda justicia."»

Fiodor Mijailovich sonríe:

«¿Lo oyes? Dice: "Déjame ahora". Esto significa que moriré.»

Anna Grigorievna se deshace en lágrimas. Y él la consuela apaciblemente. Después se duerme, reteniendo la mano de su mujer en la suya.

Se despierta a las once de la mañana, se incorpora sobre la almohada y sufre una pequeña hemorragia.

«Pobre querida mía, con qué preocupaciones te dejo... ¡Qué difícil te será vivir!...»

Llama a sus hijos para hacerles las últimas recomendaciones:

«Tened una confianza absoluta en Dios y no desesperéis nunca de su perdón. Os quiero mucho, pero mi amor no es nada junto al inmenso amor de Dios a los hombres, a sus criaturas.»

Los besa, les da la bendición y entrega su Biblia a su hijo Fiedia.

Las fuerzas de Dostoyevski declinan rápidamente. Hacia la noche se incorpora en el sofá, pero, de nuevo, se ahoga y un chorro de sangre corre de sus labios sobre la ropa. Anna Grigorievna le da de comer trocitos de hielo. Pero la hemorragia no cesa. Mandan a buscar al médico. Dostoyevski balbucea frases incoherentes, que su mujer anota sobre un pedacito de papel:

«Os estoy arruinando con mi enfermedad... Tacha lo que te parezca inútil... ¿Qué dicen de mí?... El fin, el fin... Me voy a sumergir...»

Ha perdido el conocimiento y se ha desplomado sobre la almohada. Su mujer y sus hijos están de rodillas en torno suyo, sollozando. Amigos y parientes esperan en el salón las últimas noticias del enfermo. Telegramas de pésame llegan ya de todas partes.

A las siete de la tarde dejan pasar a los visitantes a la habitación. Está oscura. La lamparilla alumbra el fondo de esta caverna de sombra y silencio. Dostoyevski yace sobre el sofá, completamente vestido, con

la cabeza sobre las almohadas. Sólo se ve su rostro blanco y seco, como una máscara de papel. Por la barba se extiende una mancha rojiza. Un extraño gorgoteo sale de sus labios. Su respiración se detiene. Luego vuelve la respiración, silbante y oprimida. Intenta hablar. Pero nadie comprende ya sus palabras.

El médico llega a las ocho de la noche. No le queda sino recoger los últimos latidos del corazón del moribundo. Fiodor Mijailovich expira a las 8.36, sin haber recobrado el conocimiento.

Han colocado el cadáver, lavado, vestido de limpio, sobre la mesa en espera de que traigan el ataúd. Cubren al difunto hasta la cintura con un paño de oro que han traído de la iglesia próxima. Colocan dos candelabros a ambos lados del catafalco.

Las manos cruzadas sobre el pecho sostienen un icono. En un rincón arde una lamparilla. El aire huele a incienso, cera y agua de Colonia. Un pintor se ha instalado junto al muerto y lo dibuja.

Mientras tanto, los actos religiosos se suceden. Llegan delegaciones acompañadas de su capellán y de su coro y piden, una tras otra, autorización para celebrar una misa en honor de Dostoyevski. Son los representantes de los estudiantes, los representantes de los Cadetes de Marina... El sacerdote dice las oraciones y los asistentes cantan en coro los responsos.

Hace calor. El aire es tan pesado que la llama de la lamparilla se apaga a ratos. Las coronas mortuorias y los ramos adornados de cintas se amontonan en la habitación. Algunos admiradores besan la mano del cadáver y piden a los niños una flor en recuerdo de su padre.

Anna Grigorievna va de habitación en habitación como una loca. Sufre con este incesante desfile de extraños en su casa, ante su marido. Los visitantes llegan por la escalera principal y por la de servicio. Las oleadas de visitantes se cruzan y se separan delante del catafalco. ¿Quiénes son estos desconocidos? ¿Por qué no los echan? A Anna Grigorievna le parece que toda esta gente se interpone entre ella y Fiodor Mijailovich. Ya no es el hombre al que ella mimaba, que se arrebataba, que era sentimental, ridículo, enfermo y afectuoso. Ya no le pertenece. Se lo han quitado. Es de la muchedumbre.

Por el pequeño piso de Dostoyevski pasan el representante del ministro del Interior, el gran duque Dimitri Constantinovich, sabios, académicos y grandes damas desconsoladas.

El *hofmeister* N. S. Abasa presenta a Anna Grigorievna una carta del Ministerio de Hacienda en la que le comunican que el emperador asigna a la viuda y a los hijos del gran escritor una pensión de 2.000 rublos. Esta noticia alegra tanto a Anna Grigorievna que se precipita al despacho para anunciárselo a su marido: «Sólo al entrar en la habitación donde reposaba el cuerpo, recordé que ya no estaba en este mundo y me eché a llorar amargamente», escribe.

Mientras tanto, los monjes de la Laura de Aleksandr Nevski proponen a Anna Grigorievna enterrar a Dostoyevski en su propio cementerio. Le exponen también su deseo de costear el funeral en honor «del celoso guardián de la verdadera religión ortodoxa».

Anna Grigorievna recuerda un día lejano en que bromeó con Dostoyevski sobre el lugar de su sepultura: «Prefiero enterrarte en el convento de Aleksandr Nevski», dijo ella. «Yo creía que allí sólo enterraban generales de infantería y de caballería», contestó él riendo. «Bueno, ¿pero no eres tú un general de la literatura?»

El traslado del cadáver tiene lugar el sábado 31 de enero. Desde las primeras horas de la mañana, una enorme muchedumbre llena la calle, frente a la casa. Han preparado un coche fúnebre, pero los admiradores de Dostoyevski se apoderan del ataúd y lo llevan a hombros hasta el convento.

Treinta mil personas acompañan los restos mortales del escritor. Desfilan setenta y dos delegaciones portadoras de coronas. Quince coros siguen a la comitiva entonando cánticos. Y una doble guirnalda de sesenta metros de largo, en la que se mezcla el laurel con las flores frescas, aísla la procesión del resto de la muchedumbre.

Después de dos horas de marcha, la cabeza de la columna llega al claustro de Nevski. Colocan el ataúd en el centro de la capilla del Espíritu Santo.

Al día siguiente, 1 de febrero de 1881, una masa de amigos y de curiosos invade el convento de Aleksandr Nevski. La policía tiene que cerrar las puertas. Anna Grigorievna apenas si puede abrirse paso y entrar en la iglesia.

«Contesté que era la viuda del difunto y que me acompañaba mi hija. No me ocultaron que ya se habían presentado varias viudas de Dostoyevski, algunas solas y otras con niños.»

Por fin, Anna Grigorievna llega a su sitio y comienza el acto religioso. El ataúd, elevado en medio de la nave, desaparece bajo las coronas de flores. Un arzobispo dirige la liturgia. El rector de la Academia Eclesiástica y el representante del archimandrita Simeón asisten a la bendición final. Antes de la absolución, el obispo Ianichev pronuncia un sermón exaltando los méritos cristianos de Dostoyevski.

Después de la ceremonia fúnebre, el ataúd de Fiodor Mijailovich es levantado y sacado de la iglesia, otra vez a hombros de sus admiradores.

El cementerio ha quedado sepultado bajo la nieve. Las ramas de los árboles se doblan bajo su carga blanca. Todos los ruidos parecen apagados por el frío.

Algunos curiosos se han encaramado sobre los monumentos y se quitan el sombrero al aproximarse el cortejo.

El panteón destinado a Dostoyevski se halla junto al de Jukovski. Ante la tumba abierta, los escritores Palm, Miller, Gaidepurov y Soloviov pronuncian discursos.

«Creyó en la fuerza infinita y divina del alma humana que triunfa sobre la violencia exterior y sobre la decadencia interior —dijo Soloviov—. Unidos por nuestro amor a él, tratemos de que un amor semejante nos una a los unos con los otros. Sólo entonces habremos saldado nuestra cuenta —por sus grandes trabajos y sus grandes sufrimientos— *con el guía espiritual de Rusia.*»

Unos desconocidos arrojan flores sobre el ataúd. La sepultura es

demasiado pequeña para contener este bosque de hojas y pétalos. Un admirador furtivo arranca ramas de laurel y las mete bajo su abrigo. Hace frío. Cae la noche. A las cuatro de la tarde, Anna Grigorievna, agotada por el cansancio y por el hambre, abandona el cementerio. Pero, entre las cruces, rondan aún extrañas siluetas negras, con el cuello levantado y el rostro congelado por la helada, semejantes a esos personajes extraños que describió Dostoyevski en sus libros.

Estos también se marcharán pronto. Cerrarán las verjas, y allá, en el fondo de la avenida, se alumbrarán los cristales en la casita del guardián.

Entonces comenzará la verdadera vida de Fiodor Mijailovich Dostoyevski, fuera del tiempo y fuera del espacio, pero en el corazón de quienes le amaron.

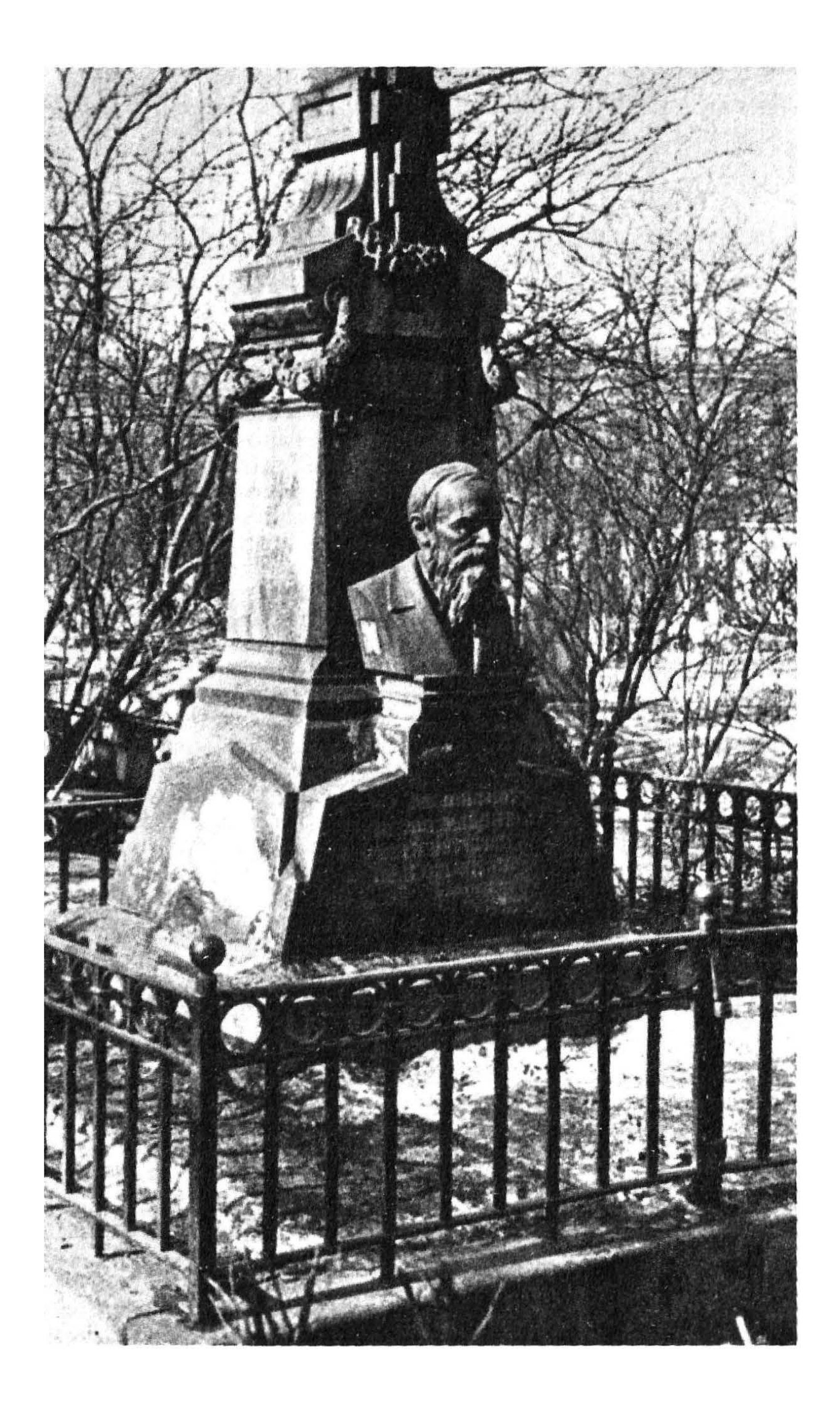
22. Post mortem

Desde la muerte de Dostoyevski, Anna Grigorievna iba diariamente con los niños al cementerio, y, cuando regresaba a casa, aterida de frío y agotada por las lágrimas, encontraba en el salón extraños visitantes, de los que no sabía cómo librarse. Allí se hallaba un diácono charlatán que alababa, con semblante compungido, los méritos cristianos de Fiodor Mijailovich y que no se retiraba hasta que no le daban una moneda de oro. Había una vieja loca que ofrecía legar un millón a los hijos del ilustre escritor si Anna Grigorievna quería ayudarle a desembrollar los asuntos de una herencia. Había también una recatada persona de rostro dulce y gestos suaves que aconsejaba a la joven viuda un segundo matrimonio, pues, decía, «ha producido usted una gran impresión a un joven que está bien». También estaban los editores que querían los derechos para publicar las obras completas de Dostoyevski. Y no faltaba el profesor Wagner, de la Universidad de San Petersburgo, conocido espiritista, que solicitaba permiso de Anna Grigorievna para invocar el alma de su marido. Ella se lo prohibió expresamente, pero aquella misma noche soñó con Fiodor Mijailovich. «¡Dios mío!, ¿qué habrá pasado? —exclamó al despertarse—. ¿Qué acabo de ver? Le he visto a él...» En ese momento, su hija, que dormía junto a ella, se incorporó en la cama y murmuró: «Mamá, he soñado con papá ahora mismo; parecía que se estaba levantando de algún sitio, y estaba tan pálido...»

Las visitas de los importunos, las discusiones de negocios y los ruegos diarios, todo ello mantenía a Anna Grigorievna en un estado de extrema tensión nerviosa. A ratos sentía como si se volviera loca. Se figuraba que su marido no se había muerto y que la llevaban todos los días a la tumba de otro, únicamente por hacerla pasear. Fiodor Mijailovich estaba en su despacho. Ella le oía mover papeles y andar con su paso pesado. En cuanto a las personas que le daban el pésame, se figuraba que eran médicos psiquiatras encargados de encerrarla.

El 1 de marzo, al regresar del cementerio, Anna Grigorievna halló en su casa a un viejo general que había conocido a Dostoyevski. Apenas habían iniciado la conversación, entró la sirvienta gritando: «¡Han matado al emperador!» Anna Grigorievna sufrió un ataque de nervios. Y el viejo general se desmayó en su sillón.

«Es posible que mi marido hubiera podido restablecerse, pero su restablecimiento no hubiera durado mucho —escribe Anna Grigorievna—. La noticia del atentado del 1 de marzo le hubiera producido un efecto desastroso, pues adoraba al zar, liberador de los campesinos.»



La muerte de Dostoyevski despertó el entusiasmo del público por *Los hermanos Karamazov*. En pocos días, los depósitos de las librerías se agotaron. Los editores de San Petersburgo y de provincias pidieron a Anna Grigorievna la autorización de volver a imprimir los *Recuerdos de la casa de los muertos* y *Diario de un escritor*. Pero ella la negó y, aconsejada por el tutor de los niños, el procurador del Santo Sínodo, Pobiedonostzev, decidió publicar ella misma las obras completas de su marido. Esta colección iba precedida de una biografía y de una recopilación de recuerdos, cuya redacción se confió a Miller y a Strajov. El éxito del libro fue enorme y obtuvo un beneficio neto de 75.000 rublos. La segunda edición (en seis volúmenes), barata, apareció en 1886. Finalmente, en 1893, el director del periódico *Niva* adquirió por 75.000 rublos el derecho de publicar las novelas de Dostoyevski, en forma de suplementos gratuitos. El número de suscriptores de *Niva* pasó rápidamente de 70.000 a 190.000, pero, durante varios años, fue imposible lanzar nuevas ediciones de las obras de Dostoyevski.

En 1883, se inició una suscripción entre los admiradores de Dostoyevski para levantar un monumento a su memoria. El monumento, según la maqueta elegida en un concurso, representaba un busto de Dostoyevski, que a su mujer no le parecía logrado, pues lo consideró demasiado grande, pero que se llevó a cabo porque había sido aprobado por el Comité.

Los 2.000 rublos que quedaron en caja después de ser realizado el monumento se invirtieron en títulos, y la renta de esos títulos se dedicó al sostenimiento de una escuela que iba a llevar el nombre de Dostoyevski. Fue en Staraia Rusa donde se edificó el nuevo establecimiento escolar, y el padre Iván Rumiantzev, que fue amigo del escritor, aceptó su dirección. Finalmente, en 1887, el gran duque Vladimiro Alexandrovich tomó bajo su esclarecida dirección la escuela.

Anna Grigorievna aprovechaba los pocos momentos libres que le dejaban los asuntos editoriales, la escuela y las manifestaciones literarias, para clasificar los documentos referentes a la vida de Fiodor Mijailovich. Cartas de amigos y pruebas de imprenta se mezclaban en sus carpetas con las cintas de las coronas mortuorias ofrecidas a la memoria de su marido. Una tarde, en casa de una antigua amiga de colegio, se encontró con Sisov, conservador del Museo Histórico de Moscú, y le pidió un local para instalar su colección de recuerdos. Al cabo de una semana, la joven viuda supo que podía disponer de una torre en el edificio del Museo. Anna Grigorievna encargó en San Petersburgo unos muebles especiales de encina oscura, y sólo su traslado a Moscú le costó 1.300 rublos. Y, desde 1886, empezó a enviar al Museo cajones con libros, retratos y manuscritos.

◀ *«Tengo un plan nuevo: volverme loco. Ese es el camino: que la gente pierda la cabeza y luego se cure y vuelva a la razón.» Tumba de Dostoyevski, en San Petersburgo.*

En lo sucesivo, sólo vivió para organizar la gloria póstuma de Fiodor Mijailovich. «No vivo en el siglo XX —le dijo a Grosmann en 1916—, sino en el XIX, por los años setenta. Mis amigos son los amigos de Fiodor Mijailovich, mi mundo es el mundo de los contemporáneos, ya desaparecidos, de Dostoyevski. Vivo de esa atmósfera...»

«Y —prosigue Grosmann— esta mujer de cabellos grises cubiertos con un gorrito, de rostro cansado pero encantador, de ojos claros, grises e inteligentes y sonrisa joven, me mostraba, como lo hubiera hecho con cualquier admirador de Dostoyevski, los manuscritos de sus *Memorias*, las valiosas reliquias de sus archivos y las numerosas cartas que su marido le había escrito.»

Sí, Anna Grigorievna renunció deliberadamente a su vida personal para consagrarse al culto dostoyevskiano. Quiso proteger a Fiodor Mijailovich después de muerto como le había protegido en el transcurso de sus últimos años. Quiso luchar por él, triunfar por él y prepararle una apacible y segura inmortalidad. Como antes frente a los acreedores, hizo luego frente a los detractores y a los biógrafos poco delicados.

En 1898, una austríaca, la señora Hoffmann, autora de varios estudios alemanes sobre Dostoyevski, consiguió, por medio de su embajada, la autorización para consultar los archivos del proceso de Petrachevski, que se conservaban en la cancillería de la III Sección. Pero sólo podía examinar esos documentos en presencia de Anna Grigorievna, que era la única oficialmente autorizada para sacar copia de ellos. Anna Grigorievna fue cinco veces para copiar íntegramente el texto de las declaraciones de Dostoyevski. El último día, la acompañó la señora Hoffmann. Al salir, Anna Grigorievna confió los manuscritos a la visitante austríaca, sólo el tiempo de ponerse el abrigo. Cuando le pidió el paquete, la señora Hoffmann se negó a dárselo declarando que aquella misma noche lo enviaría a Viena, a casa de su editor. Anna Grigorievna le contestó que era inadmisible que esos documentos se publicaran traducidos, antes de haberse publicado en Rusia. Pero «la austríaca» apretaba con ambas manos el «botín» contra su vientre y llegó a levantar la voz. Esta grotesca disputa de dos mujeres en torno a un muerto sólo terminó cuando Anna Grigorievna amenazó a la señora Hoffmann con llamar a un agente para que la detuviera por robo. La señora Hoffmann, atemorizada, le devolvió el manuscrito. Anna Grigorievna se pasó el día copiando, y aquella misma noche remitió un ejemplar a su «rival». Sin embargo, gracias a la celeridad de la señora Hoffmann, la traducción alemana de los documentos se editó antes de que los periódicos rusos se decidieran a publicar el texto original.

A la señora Dostoyevski no le gustaban los biógrafos ni los fabricantes de «memorias». La nube de *Recuerdos* que se publicaron después de la muerte de Dostoyevski, por todos los que le habían conocido más o menos, irritaba a la que pretendía ser la única en conocerlo. Los tipógrafos, los compañeros de clase, los amigos literarios y los compañeros de Siberia no describían en sus libros la verdadera figura de Dostoyevski.

«Cada vez que yo leía en un periódico que tal persona hablaba de

mi marido en sus recuerdos —escribe Anna Grigorievna—, mi corazón se oprimía y yo pensaba: "Seguramente, otra serie de exageraciones e invenciones." Y rara vez me equivocaba... Casi siempre me quedaba estupefacta por el tono, que había llegado a ser corriente, de los *Recuerdos* sobre Dostoyevski. Todos los narradores lo representaban, de común acuerdo (probablemente porque lo juzgaban a través de sus obras), bajo el aspecto de un hombre lúgubre y pesado en su trato social..., excesivamente orgulloso y con manía de grandezas.»

Preocupada por dejar a la posteridad una honrada imagen de su marido, Anna Grigorievna se subleva contra ese concepto de un Dostoyevski atormentado: ¿hablaba poco en público? Era porque acababa de subir las escaleras y tenía la respiración entrecortada. ¿Le encontraban taciturno? Era porque estaba enfermo...

Pero ¿qué suponían estas anodinas notas sobre el difunto comparadas con la terrible acusación de Strajov, su primer biógrafo?

En 1883, Strajov había aceptado redactar sus *Memorias* sobre Fiodor Mijailovich mediante un precio muy elevado. El 26 de noviembre del mismo año, dirigió a Tolstoi una carta llena de odio hacia el difunto. Esta carta se publicó en 1913 en el número de octubre de *El Mundo Contemporáneo*. Pero Anna Grigorievna sólo se enteró de ello un año más tarde, al ordenar unos recortes de periódico.

He aquí lo esencial del texto: «Le escribo, inestimable Lev Nicolaievich, una carta breve aunque el tema sea muy rico... Seguramente ya ha recibido usted la *Biografía de Dostoyevski* (para la cual solicito su atención y su benevolencia). Dígame lo que piensa de ella. En esta ocasión es cuando pienso confesarme con usted. Durante todo el tiempo que tardé en escribirla, hube de luchar con el asco que sentía en mí, y he tratado de aplastar este mal sentimiento. ¡Ayúdeme a encontrar una salida! No puedo considerar a Dostoyevski como a un hombre bueno, ni como a un hombre dichoso (lo cual, en realidad, viene a ser lo mismo). Era malo, envidioso y vicioso, y pasó toda su vida sumido en emociones e irritaciones que le hubiesen hecho lamentable y hasta ridículo, si no hubiera sido también malvado e inteligente... Le atraían las bajezas y se vanagloriaba por ello. Viskovatov me contó un día que se había jactado de haber... en un baño a una niña que le había llevado una institutriz... Sus personajes que más se le parecen son el héroe de las *Memorias del subsuelo*, el Svidrigailov de *Crimen y castigo*, y el Stavroguin de *Los poseídos*... Hubiera podido anotar y describir esa faceta del carácter de Dostoyevski; se me presentan varios casos más vivamente que el que le he contado, y el relato hubiera sido mucho más exacto. ¡Pero más vale que perezca esa verdad!»

He aquí la contestación de Tolstoi: «Me dice usted que se ha reconciliado con Turgueniev. Yo le quiero mucho ahora. Es extraño, su mérito consiste en no tener defectos y os lleva por el buen camino; no es como ciertos trotones que no os llevan a ningún sitio, a no ser a un hoyo. Turgueniev sobrevivirá a Dostoyevski, y no por su arte, sino por no tener defectos.»

El 12 de diciembre de 1883, Strajov contesta a Tolstoi: «Desde lue-

go, su concepto de Dostoyevski me ha esclarecido al personaje, pero lo encuentro demasiado benévolo con él. ¿Qué cambio se puede esperar en un individuo cuando nada puede pasar de cierta línea de su alma? Yo digo *nada* en el verdadero sentido de la palabra; así es como he comprendido su alma.»

Un año antes (el 6 de octubre de 1882), Turgueniev escribió a Saltykov, acerca de Dostoyevski:

«Mijailovich ha observado muy bien el rasgo esencial de su obra. Hubiera podido recordar que hubo en la literatura francesa una figura que se le parecía mucho, a saber, el demasiado famoso marqués de Sade... ¡Y si se piensa que todos los obispos rusos han celebrado misas por nuestro Sade, e incluso han pronunciado homilías sobre el amor universal de este amigo del género humano!... ¿Adónde vamos a parar?»

Esta oleada de rabia envidiosa en torno a Dostoyevski indignaba a Anna Grigorievna. Sobre todo, la carta de Strajov fomentó su indignación. «Me sentí cegada de horror y de rabia —le declaró a Grosmann—. ¡Qué insensata calumnia!... Si viviera Nicolai Nicolaievich (Strajov) yo hubiera ido inmediatamente a buscarlo, a pesar de mi edad, y le hubiera abofeteado para castigarle por su bajeza.»

¿No ha sido Strajov, durante más de diez años, el colaborador de Dostoyevski, su hombre de confianza, su protegido y su amigo? ¿Por qué no se negó a escribir esta biografía, ya que experimentaba «asco» al hacerlo? ¿Cómo pudo acusar de egoísmo a Fiodor Mijailovich cuando éste, durante toda su vida, se había privado para poder mandar algún socorro a la familia de su hermano Mijaíl? ¿Cómo pudo hablar de la maldad del escritor que ayudaba a todos sus corresponsales y solicitaba para ellos la protección de personalidades tan importantes como Pobiedonostzev o Vichnegradski? En cuanto a la escena en una casa de baños, se trata de un suceso que le contaron a Dostoyevski, del que quiso sacar partido en *Los poseídos*. Pero sus amigos se lo desaconsejaron, porque no hubieran perdonado al «feminista» Dostoyevski que presentara a una institutriz haciendo de «gancho» de niñas para un libertino. En realidad, Strajov sólo era un escritor de segunda fila, envidioso, mezquino, astuto, un parásito y un intrigante. Fiodor Mijailovich adivinó bien qué clase de persona era, pues en 1875 escribió de él: «Sí, Annushka, es un mal seminarista, y nada más... Ya una vez me abandonó después del fracaso de *La Epoca* y sólo volvió a mí después del éxito de *Crimen y castigo.*»

De todos modos, al defender a su marido, Anna Grigorievna sobrepasó la medida. Simplifica a Dostoyevski hasta el extremo. Hemos visto más arriba lo que había que pensar de la «moralidad» dostoyevskiana. Dostoyevski era capaz, al mismo tiempo, de grandes bondades y pequeñas maldades, grandes abnegaciones y pequeños egoísmos, grandes sentimientos y pequeños vicios. Representaba el dominio del mal. Los crímenes sádicos de sus personajes quizá no los cometiera, pero seguramente los soñó. Le obsesionaron, le tentaron. Y él se liberó de ellos en sus novelas. Si pudo ser tan grande fue porque abrigaba en sí todas las debilidades y todas las bellezas del hombre. Era el hombre universal,

no por la inteligencia, sino por el corazón y por el cuerpo. No pudo realizarse en Stavroguin, el «demonio», ni en Mishkin, «el santo», porque fue el uno y el otro a la vez, con idéntica consciencia. Y esta dualidad se encuentra a través de toda su obra. Oscila entre el mundo carnal de la lujuria y el mundo espiritual de la renunciación. Es la negación misma de la «elección». Desde ese momento, no hay que extrañarse de que este pacifista cristiano ensalce la guerra de Oriente, ni de que este visionario epiléptico llene sus libros de detalles realistas. Dostoyevski se desdobla como sus personajes. Y, tan pronto como propone una solución al «problema de la vida», podemos tener la seguridad de que no es suya. La obra de Dostoyevski no es una contestación, sino una pregunta. No somos los mismos de antes después de haberle leído. Antes pensábamos que nos encontrábamos plantados firmemente en un mundo de varios millares de años, cuyas leyes científicas, preceptos morales y costumbres sociales eran inmutables y sagradas. Y, de repente, todo el decorado vacila y el suelo se mueve bajo nuestros pies. Estamos rodeados de abismos. Dostoyevski nos saca de nuestro sueño cómodo y nos despertamos al borde de la nada. ¿Dónde están nuestras mentiras patentadas y nuestras viejas armas tan seguras? ¿Dónde estamos nosotros mismos? ¿Qué somos? Nos ha despojado de todas las convicciones que la filosofía nos prodigaba desde las primeras épocas de la tierra. ¿Y qué nos ha dado a cambio? Nada, casi nada, dirían algunos. Todo, contestarán otros. Dostoyevski ha introducido la noción de lo insoluble en la metafísica novelesca. Nos ha enriquecido, no con una certeza, sino con una infinita inquietud. No nos ha impuesto un nuevo dogma, sino que nos ha convidado a una gran paciencia. No nos ha dado un tema de espera, pero nos ha comunicado la afición a esperar. «Cree que Dios te ama *de tal manera que no puedes figurártelo en absoluto.*»

Apoyándose en esta verdad, todo un rebaño de extrañas criaturas, con los rostros iluminados y los vestidos de bruma, salen y se acercan a nosotros. Raskolnikov, Mishkin, Rogojin, Stavroguin, Viersilov y los hermanos Karamazov. Estos criminales, estos inocentes y estos libertinos se hallan junto a nosotros, atentos y graves. Y nosotros nos reconocemos en ellos. Y sabemos que, en lo sucesivo, nos acompañarán a lo largo de nuestra existencia, jadeantes por nuestra propia sed, gimiendo por nuestra hambre y empujándonos por los hombros cuando creíamos haber llegado a la meta. «El no llegar constituye tu grandeza», escribió Goethe. Dostoyevski es grande *porque no llegó.*

La prosa de Turgueniev encantó muy pronto a la elite culta de París. Su obra *Relatos de un cazador* se tradujo ya en 1854; *Nido de hidalgos,* en 1861; *Dimitri Rudin,* en 1862, y *Padres e hijos,* en 1863. Los libros de Tolstoi, que provenían de una estética esencialmente rusa, se tradujeron a partir de 1866 *(La infancia).* En 1879, *Guerra y paz* se publicó en francés en San Petersburgo y se vendió en París en las librerías Hachette. Pero la obra de Dostoyevski era demasiado irracional, demasiado confusa para seducir de golpe al lector occidental. Las novelas de Fiodor Mijailovich penetraron lentamente en el público europeo. En vida del autor, sólo *El Correo Ruso* y *El Diario de San Petersburgo,* redac-

tados en francés, publicaron, respectivamente, extractos de *Crimen y castigo* (1866) y *La sumisa* (1877). Después de la muerte de Dostoyevski, *El Diario de San Petersburgo* publicó *Humillados y ofendidos* (agosto-diciembre de 1881). Pero hasta 1884 no se emprende la edición de las traducciones, con *Humillados y ofendidos* (tradùcido por Humbert, en la editorial Plon) y *Crimen y castigo* (traducido por Derély, en la misma editorial). En 1885 aparecen *Recuerdos de la casa de los muertos* y *Los poseídos*. La adaptación de *El idiota* y la de *El jugador* son de 1887. Y sólo en 1888 pudo leer el público francés *Los hermanos Karamazov*, en un texto expurgado por Halperinme-Kaminsky y Charles Morice.

El 18 de agosto de 1884, Anna Grigorievna escribió a la librería Plon lo siguiente:

«Señor, no teniendo que hacer ninguna objeción a la publicación de la novela de mi marido *Crimen y castigo*, le ruego crea en mis sinceros deseos de que logre un éxito completo en su empresa. Sólo le pediré que tenga la amabilidad de enviarme un ejemplar de dicha traducción.

»Le ruego, señor, acepte mis respetuosos saludos. A. Dostoyevski.»

El 30 de octubre del mismo año, el conde Melchior de Vogüe envió la siguiente carta a la librería Plon:

«París, 15 rue Las Cases, 30 de octubre 84.

»Señor, me ha extrañado, y muy agradablemente, recibir la traducción de *Crimen y castigo*, que usted ha tenido la bondad de enviarme; ignoraba que esta obra estuviera publicándose; precisamente es la que yo más deseaba presentar a nuestro público, ya que es, indiscutiblemente, la obra maestra de Dostoyevski. Próximamente diré todo lo que pienso de ella en la *Revue des Deux Mondes*. No me han remitido el ejemplar de *Humillados y ofendidos;* se lo pediré a Brunetière, y si no lo tienen en la revista, se lo pediré a usted.

»Soy enteramente de la misma opinión que la señora Arapov en cuanto a *Los hermanos Karamazov (sic);* es la más débil, la más pesada y la más larga de las novelas de Dostoyevski; pocos rusos soportan su lectura, con seguridad chocaría con el gusto francés. Nunca podré aconsejarle lo bastante, si está usted dispuesto a publicar otra novela, que elija los *Recuerdos de la casa de los muertos;* en esa obra hay una elocuente descripción de la vida de los condenados en Siberia, que interesaría a nuestro público aún más, quizá, que las obras de pura imaginación de este novelista ruso...

Conde E. M. de Vogüe.»

De manera que, incluso aquel que había hecho a Francia el inapreciable favor de revelarle a Dostoyevski, retrocedía intimidado ante la obra maestra de este autor. «Mi labor debía limitarse —escribe Vogüe— a llamar la atención sobre el escritor, célebre allí y casi desconocido aquí, y a señalar en su obra las tres partes que mejor muestran su ta-

lento: *Pobres gentes, Recuerdos de la casa de los muertos y Crimen y castigo.»* Y también: «Dostoyevski es un viajero que ha recorrido todo el universo y que ha descrito admirablemente todo lo que ha visto, pero que sólo ha viajado de noche.» ¿Por qué asombrarse, pues, de que unos traductores animados de una buena voluntad peligrosa, como Halperine-Kaminski, hayan adaptado deliberadamente al gusto francés de la época las novelas de Dostoyevski?

¡No importa! Dostoyevski se ha instalado ya en Europa. Se han convertido en realidad sus propias palabras: «La significación del hombre ruso es indiscutiblemente europea y mundial.»

La difusión de las obras de Dostoyevski en Rusia y en el extranjero reportó una pequeña fortuna a su familia: Anna Grigorievna supo administrar admirablemente sus intereses, y, algunos años antes de la Revolución de 1917, compró una finca no lejos de Tuapsé, en el Cáucaso, y «una calle entera», afirma L. S. Michaelis, en Yalta, Crimea.

La señora Dostoyevski era, en aquella época, una viejecita exaltada, risueña y decidida a vivir mucho tiempo. Las únicas preocupaciones que confesaba tener eran por su hija Amada y por su hijo Fiodor.

Amada era una joven rubia de rostro campesino y maneras bruscas. Era, según decían sus parientes, «intranquila, histérica, egoísta y desmesuradamente orgullosa». Desde la adolescencia, se rebeló contra la afectuosa tutela de su madre. La joven sólo soñaba con fastuosas recepciones, amistades aristocráticas, álbumes de versos y arañas deslumbrantes. Le repugnaba su pequeño alojamiento de la calle Yamskaia, porque era oscuro y estaba pobremente amueblado. Obligó a su madre a mudarse a un barrio más elegante. «Cambió el mobiliario —cuenta la señora Stoiutina—; vimos aparecer un salón tapizado de seda azul, jardineras, poéticos rincones, valiosos jarrones, mantones, lámparas de Sajonia y estatuillas de porcelana.»

Como consecuencia de una riña bastante misteriosa, Amada abandonó a su madre y alquiló un piso a su nombre. Finalmente, en 1913, salió de Rusia y se estableció en el extranjero. De constitución débil, le obsesionaba el temor de las enfermedades y de la muerte. Rara vez hablan sus cartas de otro tema: «Mi espalda está mejor, pero los músculos del extremo de la espina dorsal me molestan aún mucho.» «El médico de la localidad me asegura que mis jaquecas se deben a que tengo artritismo en el cuello y en la nuca...» Con un egoísmo de hipocondríaca, escribe a su madre en el momento de la Revolución: «¡Cómo me fastidian todos estos trastornos!... Parece ser que en Italia reina el hambre. Eso me inquieta mucho, pues los médicos me han aconsejado que vaya otra vez a Salsomaggiore.»

En junio de 1917, Anna Grigorievna recibió la siguiente misiva: «Por fin, me ha llegado tu carta... Es igual que la precedente: las mismas protestas de amor, los mismos besos y la misma indiferencia por mi sino. ¿Es posible que hayas envejecido hasta el punto de no comprender que es imposible que una persona enferma viva sin recursos en el extranjero? Pero ¿te propones quizá llevarme a la desesperación? Verdaderamente, empiezo a creerlo. Tu desgraciada hija, A. Dostoyevski.»

F. M. Dostojewski

Rodion Raskolnikoff
(Schuld und Sühne)

Roman in zwei Teilen

Mit einer Einführung in die Ausgabe vom Heraus-
geber und einer Einleitung von Dmitri Mereschkowski
Uebertragen von Michael Feofanoff

Erster Teil



München und Leipzig
R. Piper & Co.
1908

Portada de la edición alemana de 1908 de Crimen y castigo.

Anna Grigorievna lloraba leyendo los absurdos reproches de su hija. En 1917 había sido arruinada por la Revolución y no podía materialmente socorrer a Amada. «Estos tormentos —escribe Kovriguina— eran lo que hacía más penosa la estancia de Anna Grigorievna en Yalta.»

En cuanto al hijo de Anna Grigorievna, Fiodor, era un muchacho nervioso, vanidoso, inteligente, voluntarioso y muy aficionado a los caballos y a los juegos de azar. Cuidaba de su vestimenta «como una muchacha». Escribía agradables versos:

El mantel blanco. Las luces reflejadas en los cristales,
un jarrón con frutas, guantes, rosas,
dos helechos, champaña sobre la mesa,
y posturas lánguidas e indolentes...

Por lo demás, aquellas delicadezas poéticas no le impedían dirigir unas caballerizas y trabajar en la Bolsa con bastante acierto y honradez. Pero Fiodor Fiodorovich no quería a su hermana. Estando enfermo, le dijo a su mujer: «Mi hermana se alegrará mucho cuando se entere de mi muerte: ¡otro pretendiente menos a la herencia!»

La vida sentimental de Fiodor Fiodorovich fue bastante agitada. Se casó por primera vez, divorciándose después de dos años de vida conyugal, lo cual causó gran disgusto a Anna Grigorievna. Un segundo matrimonio, en 1903, y el tercero, en 1916, inquietaron mucho a la pobre mujer, que deseaba a su hijo una dicha conyugal tan intensa como la suya. La Revolución separó a la madre y al hijo. En el mes de mayo de 1917, Anna Grigorievna salió de San Petersburgo para ir a su finca del Cáucaso. Pero, como consecuencia de los trabajos del ferrocarril de Tuapsé a Adler, se habían removido las tierras circundantes y aparecieron nubes de mosquitos sobre el suelo putrefacto. Anna Grigorievna tuvo un ataque de fiebres palúdicas. Se restableció al cabo de dos semanas y salió en seguida para Yalta. Sin embargo, en Yalta sufrió nuevos accesos de paludismo que la debilitaron y se temió por su vida.

Desde los primeros días de la Revolución, la gente acomodada había huido de la capital y se había refugiado en Crimea. Allí estaban la emperatriz madre y sus hijas, el gran duque Nicolás, el gran duque Pedro y el gran duque Alejandro. Los habitantes de Yalta se esforzaron por mantener su tren de vida habitual, a pesar de las terribles noticias que les llegaban de la Rusia central.

Esta apacible existencia no duró mucho tiempo. En Táurida, los campesinos sublevados saquean los castillos. Hordas de obreros, que trabajan en las fábricas de municiones, abandonan sus puestos y recorren las calles con banderas rojas. Un gobierno local quiere organizar Crimea en Estado independiente, como Ucrania y el Don. Pero, en la mañana del 8 de enero de 1918, tras una corta batalla, las tropas rojas se apoderan de la ciudad y proclaman la República de los Soviets. Los soldados proceden a las visitas domiciliarias. Se llevan dinero, alhajas y ropas. Fusilan en masa a los antiguos oficiales y a los sospechosos. En Simferopol, Eupatoria y Yalta, más de mil personas son eliminadas.

Anna Grigorievna, refugiada en la miserable habitacioncita de una casa de huéspedes, contemplaba con espanto al populacho en armas que realizaba por fin la terrible profecía de su marido. La que había copiado *Los poseídos* miraba aquellos rostros embrutecidos, oía aquellos gritos y cantos y el ruido de las botas sobre el empedrado y bendecía al cielo por haberle ahorrado a Dostoyevski la prueba que él mismo había anunciado. Un día, la muchedumbre de bolcheviques se metió en la pensión, invadió el piso inferior y hundió las puertas. Anna Grigorievna, inmovilizada por el miedo, se parapetó en su habitación. No pensaba en su propia muerte, sino en la destrucción de todas las reliquias, de todos los manuscritos y de todas las notas que dormían en el gran baúl del fondo de la habitación. Los pasos se acercaban ya ruidosamente.

«Oí —le contó a Grosmann— retazos de frases en las que se pronunciaba el nombre de Dostoyevski. Con gran sorpresa mía, llamaron discreta y respetuosamente a la puerta. Me persigné, abrí la puerta y me dirigí a la ruidosa jauría, rogando a los intrusos que no atormentasen a una pobre anciana como yo. Uno de los jefes se apresuró a tranquilizarme: "Sabemos quién es usted y no le haremos daño. Pero nos es indispensable registrar su habitación..."»

Los revolucionarios estaban persiguiendo a un tal Protopopov. Después de registrar la habitación, se retiraron sin molestar más a la desdichada.

Después de tres meses de terror desordenado, corrió la noticia de que los alemanes habían ocupado Ucrania. Los rojos abandonaron su posición. Y, una buena mañana, una columna de prusianos penetró en la calle principal.

Anna Grigorievna no comprendía nada de este caos político. Se sentía ya apartada de la vida, inútil, perdida. Nadie la conocía, nadie se interesaba por ella en este país trastornado por la guerra civil.

Habiendo invadido los alemanes el sur de Rusia, la señora Dostoyevski se encontró sin noticias de su hijo Fiodor, que vivía en Moscú, y que solía enviarle alguna ayuda. La miseria de la pobre mujer llegó a ser trágica. Se alimentaba de desperdicios. Se vestía con viejos trajes hechos jirones. Se quedaba en la cama para ahorrar sus energías. La señora Kovriguina nos ha dejado un impresionante retrato de esta mujer agotada por las privaciones: «Una habitación exigua y hostil. Después del sol fuerte y del aire puro del mar, la habitación parecía aún más oscura y más asfixiante. Primero, no se podía distinguir nada. Luego, una débil voz os obligaba a descubrir una camita abarrotada de mantas y almohadas... Abrigos y pañuelos, pañuelos... Entre todo este amontonamiento, un rostro minúsculo. Un rostro viejecito, arrugado, enfermo. En el centro del rostro, dos ojos que brillaban por la fiebre y se fijaban obstinadamente en mí. ¡Era siniestro!»

Las fuerzas de Anna Grigorievna declinaban rápidamente. El 1 de junio de 1918 compró dos libras de pan caliente y las comió sin prudencia alguna.

Aquella misma noche experimentó atroces dolores de vientre. El médico diagnosticó una inflamación intestinal. El 7 de junio, Anna Gri-

gorievna perdió el conocimiento. Murió el 9 de junio de 1918, a las once de la mañana.

El cuerpo de la desdichada fue depositado en un nicho hasta la llegada de su hijo. Pero Fiodor Fiodorovich no pudo llegar a Yalta hasta un año más tarde, en 1919. Le había afectado muchísimo la muerte de su madre y temía su propia muerte. La señora Olga Falz-Fein, que le vio en enero de 1920 en Sebastopol, le describió así:

«Me parece que veo aún su alta silueta, su cabeza rojiza de gran señor, y su largo abrigo de piel. Hacía mucho frío. Había mucha nieve, cosa rara en Sebastopol. Viéndome bajar de la pasarela del barco en que llegaba, su primer impulso fue acercarse a mí, pero inmediatamente retrocedió: "No se acerque a mí, querida, seguramente viene usted contaminada... ¡Han tenido ustedes tantos muertos en el barco!"» Más tarde, le dijo: «De aquí a unos días estará usted en el hospital y seré yo quien deba enterrarla. ¡Ah!, lo más terrible en una vida es morir como un perro.» En efecto, tuvo esa «muerte de perro» que temía.

Al regresar a Moscú en 1921, tras un interminable viaje, se presentó a las autoridades soviéticas y solicitó un empleo en el partido. A pesar de las reiteradas promesas de los dirigentes, no consiguió ni empleo, ni socorro pecuniario, ni asistencia médica. Se alojaba en un sótano helado. «El agua se helaba en su vaso —escribe la señora Falz-Fein—, y no tenía nada que comer. Ni un terrón de azúcar, ni una taza de té.»

Finalmente, le venció un cáncer en el pecho, complicado por una pulmonía. Sufría alucinaciones y terrores místicos: «¡Haz la señal de la cruz! ¡Haz la señal de la cruz!», gritaba a su mujer señalándole la puerta, la silla o una jarra. O bien: «Ve a decirles a los bolcheviques que el hijo de Dostoyevski se muere en su sótano.» Todas las noches exigía que le leyesen, a su cabecera, versículos del Evangelio. ¿Buscaba en él, como lo hizo su padre, el anuncio de su propio fin? Murió en medio de dolores atroces, y, cuando las autoridades soviéticas se enteraron de su muerte, se armó un tardío zafarrancho en toda la escala administrativa.

«Inmediatamente —escribe la señora Falz-Fein— trasladaron su cadáver a un lugar oficial... Todas las flores de Moscú fueron requisadas... El día de los funerales cerraron los establecimientos del Estado y las escuelas, y se ordenó a la población asistir a los funerales del hijo del *gran escritor revolucionario.*»

No parece que Amada Dostoyevski se afectara mucho con este doble luto. Estaba demasiado ocupada por su propia suerte para enternecerse con la de los demás. Viajaba de Milán a Arco, de Arco a Gries, siguiendo las indicaciones de sus médicos, a costa de diversas sociedades de socorro literario en el extranjero. Murió de anemia, el 10 de noviembre de 1926, en Gries, donde fue enterrada. A pesar de su enfermedad, escribió varios relatos largos y una inexacta y apasionada biografía de su padre. «¿Cuál es el objeto de su vida?», le preguntaron en un «Album de confidencias». «Hallar la dicha sobre la tierra y no olvidar la vida futura», escribió frente a la pregunta.

Y más lejos:

«¿Cuál es su autor preferido?» «Dostoyevski.»

Fiodor Fiodorovich Dostoyevski tuvo dos hijos de su segundo matrimonio. El mayor murió dos meses antes que su padre. El segundo se llamaba Andrei y era un hombre alto, activo, enérgico, aficionado a los deportes y a los libros. En el año 1928, un artículo del señor Rollo Maier, en *The Times*, reveló al público que el joven pasaba hambre en Rusia. Algunas personas le enviaron víveres: azúcar, arroz y margarina. Así pudo alimentarse en las épocas de hambre y terminar sus estudios.

Cronología

1789 Nace Mijaíl Dostoyevski, padre de Fiodor.

1819 Matrimonio de Mijaíl Dostoyevski y María Fiodorovna Nietchaieva (nacida en 1800).

1820 Nace Mijaíl, hermano mayor de Fiodor.

1821 El padre es designado médico del hospital de pobres de Moscú (Hospital María). 30 de octubre: Nace en Moscú Fiodor Mijailovich Dostoyevski.

1831 Su padre adquiere las aldeas de Darovoie y Cheremachny. Fiodor se traslada a Darovoie con su madre, enferma de tuberculosis, y su hermano.

1833 Los hermanos Dostoyevski ingresan en la escuela de Drachusov (Souchard), y un año después, en el internado de Chermak.

1837 Enero: muere Pushkin. Febrero: muere en Darovoie la madre de Dostoyevski.

1838 Fiodor ingresa en la Escuela Superior de Ingenieros Militares (el Castillo de los Ingenieros), en San Petersburgo.

1839 El padre de Dostoyevski es asesinado por sus siervos.

1842 11 de agosto: Fiodor recibe el grado de alférez. Pasa a ser alumno externo de la escuela.

1843 12 de agosto: finalizados sus estudios, abandona la Escuela y consigue un puesto en el Cuerpo de ingenieros militares.

1844 Se publica la traducción hecha por Dostoyevski de la obra de Balzac *Eugenia Grandet*. 17 de octubre: causa baja en la plantilla del Cuerpo de ingenieros para consagrarse a la literatura.

1846 Conoce a Nekrasov y a Bielinski. Publicación de *Pobres gentes*. Escribe *El doble*, *El señor Projarchin*, *La patrona* y *Nietochka Niezvanova* (publicada en 1849).

1847 Rompe con Bielinski. Su hermano Mijaíl se establece con su mujer en San Petersburgo.

1848 Escribe *Noches blancas*. 26 de mayo: muere Bielinski.

1849 Entra en contacto con Spechniev. Proyectos de fundar una prensa clandestina. 24 de abril: Dostoyevski es arrestado y encarcelado en la fortaleza Pedro y Pablo. En esta prisión escribe *El pequeño héroe*. 30 de septiembre: se inicia el proceso contra él. 22 de diciembre: simulacro de ejecución. 24 de diciembre: condenado a cuatro años en el presidio de Omsk, Dostoyevski inicia el viaje.

1850 9 de enero: llegada a Tobolsk. 23 de enero: llegada a Omsk.

1854 Febrero: Dostoyevski abandona el presidio. Marzo: llega a Semipalatinsk y se incorpora al 7.º batallón de línea en Siberia. Primavera: conoce a María Dimitrievna Isaieva. Noviembre: llega a Semipalatinsk el conde Vrangel.

1855 El matrimonio Isaiev se traslada a Kuznietz. Sube al trono Alejandro II. Agosto: muere Isaiev. Este año, Dostoyevski trabaja en *Recuerdos de la casa de los muertos*.

1857 Contrae matrimonio con María Dimitrievna. 17 de abril: le restituyen sus derechos nobiliarios. Agosto: aparece bajo pseudónimo *El pequeño héroe*, la obra que escribió Dostoyevski en la fortaleza de Pedro y Pablo.

1858 Escribe *Stepanchikovo*.

1859 Es puesto bajo vigilancia policial, que no cesará hasta su muerte. 2 de julio: sale de Semipalatinsk. 19 de agosto: llega a Tver. 25 de noviembre: autorizado a residir en San Petersburgo. Sigue trabajando en *Recuerdos de la casa de los muertos*. Diciembre: llega a San Petersburgo.

1861 Enero: aparece el primer número de la revista *El Tiempo* con una parte de *Humillados y ofendidos* y de *Recuerdos de la casa de los muertos*. 3 de marzo: publicación del *Manifiesto del 19 de febrero* aboliendo la servidumbre. Primeros encuentros con Paulina Suslova.

1862 Primer viaje a Europa: París, Londres (donde conoce a Herzen y a Bakunin), el Rin, Suiza, Italia. 4 de diciembre: *El Tiempo* publica *Un mal encuentro*.

1863 Inicio de la polémica con Chedrine. Febrero-marzo: *El Tiempo* publica *Notas de invierno sobre impresiones de verano*. 24 de marzo: la revista es prohibida. Agosto: inicia un nuevo viaje a Europa, esta vez con Paulina. Encuentro con Turgueniev en Baden-Baden.

1864 *El Tiempo* reaparece con otro nombre, *La Epoca*, cuyo primer número incluye el principio de las *Memorias del subsuelo*. 15 de abril: muere en Moscú María Dimitrievna. 1 de julio: muere Mijaíl Dostoyevski.

1865 Marzo: conoce a Anna Korvina-Krukovskaia. *La Epoca* deja de aparecer por dificultades económicas. Septiembre: trabaja en *Crimen y castigo*. Octubre: pasa una semana en Copenhague con Vrangel. Noviembre: regresa a Rusia. Pide a Paulina Suslova que se case con él, pero es rechazado.

1866 Comienza a aparecer *Crimen y castigo* en *El Mensajero Ruso*. 4 de abril: tentativa de asesinato del zar. 4 de octubre: comienza a escribir *El jugador*, dictándoselo a Anna Snitkina.

1867 15 de febrero: matrimonio de Dostoyevski con Anna Grigorievna Snitkina. Abril: la pareja inicia un viaje por Europa. Agosto: se instalan en Génova. Septiembre: escribe *El idiota*.

1868 *El Mensajero Ruso* comienza la publicación de *El idiota*. 22 de febrero: nace su hija Sonia. 24 de mayo: muere Sonia. Los Dostoyevski pasan el invierno en Florencia. Diciembre: inicia una nueva novela: *Ateísmo*.

1869 De julio a septiembre: Venecia, Bolonia, Trieste, Viena, Praga, Dresde. Septiembre: nace la segunda hija del matrimonio, Amada. Diciembre: *Ateísmo* se convierte en *La vida de un gran pecador*.

1870 Enero: publica *El eterno marido*. Marzo: trabaja en *Los poseídos*. Julio: guerra franco-alemana.

1871 La Comuna de París. Julio: en el momento de entrar en Rusia, Dostoyevski quema los manuscritos de las obras escritas en el extranjero. 8 de julio: regreso a San Petersburgo. 16 de julio: nace su hijo Fiodor. Su obra *Los poseídos* aparece en *El Mensajero Ruso*.

1872 Diciembre: Dostoyevski se convierte en el redactor jefe y responsable de *El Ciudadano*, periódico conservador y antieuropeo.

1873 Publicación regular en *El Ciudadano* de «Diario de un Escritor».

1874 Enero: dimite de su cargo en *El Ciudadano*. Marzo: es arrestado por la policía. Julio: comienza a trabajar en *El adolescente*.

1875 Nace su segundo hijo, Alexis.

1876 Se convierte en el único redactor del periódico *Diario de un Escritor*. Julio: pasa dos días en casa de su hermana en Darovoie.

1877 2 de diciembre: es elegido miembro de la Academia de Ciencias rusa.

1878 El zar le invita a conocer a sus hijos. Marzo: asiste al proceso de Vera Zasulitch. 16 de mayo: muere el pequeño Alexis. Trabaja en *Los hermanos Karamazov*.

1880 Mayo: acepta representar a la Sociedad de Amigos de la Literatura Rusa en la ceremonia de inauguración del monumento a Pushkin en Moscú. 25 de mayo: Dostoyevski asiste en esta ciudad a un banquete literario en su honor. 6-8 de junio: "Jornadas Pushkin". Octubre: regresa a San Petersburgo. Noviembre: termina *Los hermanos Karamazov*.

1881 28 de enero: muere Fiodor Mijailovich Dostoyevski. 31 de enero: una gran muchedumbre acude a su funeral.

Testimonios

Lev Tolstoi
Dostoyevski siempre me fue muy querido; fue quizá la única persona a la que yo hubiera podido plantear infinidad de preguntas que habrían hallado cumplida respuesta... Era un hombre noble, animado por un hondo espíritu cristiano.
(*Conversación con Anna Grigorievna Dostoyevski,* 1885)

Friedrich Nietzsche
El testimonio de Dostoyevski es trascendental para la discusión del problema que nos ocupa —Dostoyevski es, dicho sea de paso, el único psicólogo que ha podido enseñarme algo: es uno de los azares más venturosos de mi vida, mayor aún que el descubrimiento de Stendhal.
(*Crepúsculo de los ídolos,* 1888)

Knut Hamsum
Murió como un fanático, como un loco, como un genio. Estaba tan desgarrado y marginado como sus personajes de ficción... Nadie ha escudriñado con más profundidad la compleja estructura del hombre; su penetración psicológica es fundamental, profética. Es único, y por eso carecemos del patrón apropiado para enjuiciar su grandeza. Sus contemporáneos intentaron medirlo, pero fracasaron porque era inconmensurable... Dostoyevski se creía un genio y dedicó todos sus esfuerzos a trascender continuamente su propia genialidad, tarea en la que todavía hoy nadie le ha superado. ¡Quién sabe si Dostoyevski se habría atrevido con una labor tan sobrehumana de no haberse creído un genio!
(*I aeventyrland,* 1903)

André Gide
Aún se alza en el horizonte la figura poderosa de Tolstoi, y algunas mentes privilegiadas vislumbran ya... cómo tras el gigante Tolstoi se perfila y se agranda Dostoyevski. *Él* es la cima apenas percibida, el eslabón misterioso de la cadena. En él nacen algunas de las corrientes más vigorosas, capaces de apagar la sed de la Europa de nuestro tiempo. A *Dostoyevski*, y no a Tolstoi, hay que equiparar con Ibsen y Nietzsche, porque tiene su misma talla y quizá sea el más importante de los tres.
(*Dostoyevski d'après sa correspondance,* 1908)

Stefan Zweig
De todos los grandes transgresores de las fronteras literarias, el mayor es Dostoyevski: ningún otro ha descubierto tantas tierras vírgenes en el alma humana

como este hombre arrebatado, desmedido, a quien, según su propia confesión, lo inconmensurable y lo infinito le era tan vital como el aire que respiramos. Jamás permaneció estancado. "Siempre crucé la frontera —escribió con un timbre de orgullo en una de sus cartas—, siempre". Sería tarea imposible enumerar sus hazañas, su éxodo por los ventisqueros del pensamiento, sus descensos a los arcanos del inconsciente y sus escaladas sonámbulas a las más altas cimas del autoconocimiento. Sin este gran transgresor de límites, la humanidad sabría un poco menos de sus misterios innatos. Desde la cumbre de su obra abarcamos más distancia de futuro.
(*Drei Meister*, 1920)

Hermann Hesse

Debemos leer a Dostoyevski cuando nos encontremos en un mal momento, cuando hayamos apurado hasta las heces nuestra capacidad de sufrimiento y sintamos que la vida es una herida infinita, abierta y abrasadora, cuando respiremos el aire de la desesperación y hayamos muerto mil muertes de desesperanza. Entonces, cuando solos y desamparados miremos la vida desde el dolor y ya no la comprendamos en toda su salvaje y hermosa crueldad, cuando ya no esperemos nada, entonces estaremos por fin preparados para oír la música de este poeta terrible y maravilloso. Sí, entonces ya no seremos meros espectadores, ni degustadores, ni críticos: seremos pobres hermanos entre los pobres diablos de sus ficciones, padeceremos sus mismos sufrimientos y miraremos, fascinados y sin aliento, la vorágine de la vida y el eterno molino de la muerte con los mismos ojos fijos que ellos. Entonces y sólo entonces prestaremos atención a la música de Dostoyevski, al consuelo y al amor que de ella emanan, y experimentaremos el maravilloso sentido de su mundo aterrador y a menudo cruel.
(*Vossische Zeitung*, 22-III-1925)

José Ortega y Gasset

Podrá ser cierto que el hombre Dostoyevski fuese un pobre energúmeno o, si preferimos, un profeta; pero el novelista Dostoyevski fue un *homme de lettres*, un solícito oficial de un oficio admirable, nada más... Era, antes que otra cosa, un prodigioso técnico de la novela, uno de los más grandes innovadores de la forma novelesca.
(*Ideas sobre la novela*, 1925)

Thomas Mann

Nada más propicio para confundir los conceptos biológicos que la vida de este hombre [Dostoyevski], que, hecho un manojo de nervios y constantemente enfermo... llegó a vivir sesenta años (1821-1881), y que en las cuatro décadas de producción literaria alumbró una obra ingente, llena de novedad y valentía, de pasiones y personajes tan vivos como numerosos: una obra que, además de ese furor "criminal" de conocimiento y de declaración de principios que suponen una ampliación del saber humano, encierra en su seno un prodigioso número de travesuras, de comicidad maravillosa y de "regocijo espiritual", porque, entre otras cosas, este crucificado fue un gran humorista.
(*Die neue Rundschau*, 1945-46)

Bibliografía

Algunas obras de Dostoyevski publicadas en castellano

El adolescente. Barcelona, Juventud, 1973.
Corazón débil. Barcelona, Pomaire, 1981.
Crimen y castigo. Barcelona, Planeta, 1982.
Diario de un escritor. Madrid, Espasa-Calpe, 1982.
Los demonios. Barcelona, Bruguera, 1980.
El eterno marido. Barcelona, Vosgos, 1976.
Los hermanos Karamazov. Barcelona, Sopena, 1977.
Humillados y ofendidos. Madrid, Espasa-Calpe, 1982.
El idiota. Barcelona, Bruguera, 1981.
El jugador. Madrid, Alianza, 1980.
Nietochka Nezvanova. Madrid, Espasa-Calpe, 1982.
Noches blancas. Madrid, Alianza, 1982.
Obras completas. Madrid, Aguilar, 1977.
Obras inmortales de Dostoyevski. Madrid, Edaf, 1980.
Pobres gentes. Barcelona, Salvat, 1971.
Recuerdos de la casa de los muertos. Barcelona, Bruguera, 1981.
Relatos. Barcelona, Bruguera, 1976.
El sepulcro de los vivos. Barcelona, Sopena, 1969.
Stepantchikovo. Madrid, Narcea, 1971.

Obras sobre Dostoyevski

BAEZA, R.: *La comprensión de Dostoievski*. Barcelona, Juventud, 1939.
BERDIAEFF, N.: *El credo de Dostoievski*. Barcelona, Apolo, 1951.
CARR, E. H.: *Dostoyevski, 1821-1881. Lectura crítico-biográfica*. Barcelona, Laia, 1972.
CASTRESANA, L. de: *Dostoievsky*. Madrid, Unión, 1969.
FULOP-MILLER, R.: *Dostoyevski. Visión del alma, fe y profecía*. Madrid, Espasa-Calpe, 1951.
GUARDINI, R.: *El universo religioso de Dostoyevski*. Buenos Aires, Emecé, 1958.
LUCKACS, G.: *Dostoievski* (en "Ensayos sobre el Realismo"). Buenos Aires, Siglo XX, 1965.
MEREJKOVSKII, D.: *Dostoiewski, el profeta de la revolución*. Buenos Aires, Argonauta, 1946.
SERRANO PONCELA, S.: *Dostoievski menor*. Madrid, Taurus, 1959.
VALVERDE, A.: *Dostoyevski*. Madrid, Compañía Bibliográfica Española, 1962.
VIDAL, A.: *Dostoievski*. Barcelona, Barral, 1972.

BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFIAS

1. **Napoleón,** por André Maurois. Prólogo de Carmen Llorca.
2. **Miguel Angel,** por Heinrich Koch. Prólogo de José Manuel Cruz Valdovinos.
3. **Einstein,** por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge.
3. **Bolívar,** por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila. (2.ª serie.)
4. **Gandhi,** por Heimo Rau. Prólogo de Ramiro A. Calle.
5. **Darwin,** por Julian Huxley y H. B. D. Kettlewell. Prólogo de Faustino Cordón.
6. **Lawrence de Arabia,** por Richard Perceval Graves. Prólogo de Manuel Díez Alegría.
7. **Marx,** por Werner Blumenberg. Prólogo de Santos Juliá Díaz.
8. **Churchill,** por Alan Moorehead. Prólogo de José M.ª de Areilza.
9. **Hemingway,** por Anthony Burgess. Prólogo de Josep M.ª Castellet.
10. **Shakespeare,** por F. E. Halliday. Prólogo de Lluís Pasqual.
11. **M. Curie,** por Robert Reid. Prólogo de José Luis L. Aranguren.
12. **Freud (1),** por Ernest Jones. Prólogo de C. Castilla del Pino.
13. **Freud (2),** por Ernest Jones.
14. **Dickens,** por J. B. Priestley. Prólogo de Juan Luis Cebrián.
15. **Dante,** por Kurt Leonhard. Prólogo de Angel Crespo.
16. **Nietzsche,** por Ivo Frenzel. Prólogo de Miguel Morey.
17. **Velázquez,** por Juan A. Gaya Nuño. Prólogo de José Luis Morales Marín.
18. **Pasteur (1),** por René J. Dubos. Prólogo de Pedro Laín Entralgo.
19. **Pasteur (2),** por René J. Dubos.
20. **Luis XIV,** por Ragnhild Hatton. Prólogo de Víctor L. Tapié.
21. **Bolívar,** por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila.
21. **Einstein,** por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge. (2.ª serie.)
22. **Russell,** por Ronald Clark. Prólogo de Jesús Mosterín.

23. **Rembrandt,** por Christopher White. Prólogo de Josep Guinovart.
24. **Julio César,** por Hans Oppermann. Prólogo de Agustín García Calvo.
25. **García Lorca,** por José Luis Cano.
26. **Edison,** por Fritz Vögtle. Prólogo de Manuel Toharia.
27. **Verdi,** por Charles Osborne. Prólogo de José Luis Tellez.
28. **Chaplin,** por Wolfram Tichy. Prólogo de Carlos Barbáchano.
29. **Dostoyevski (1),** por Henri Troyat. Prólogo de Joaquín Marco.
30. **Dostoyevski (2),** por Henri Troyat.
31. **Falla,** por Manuel Orozco.



DOSTOYEVSKI

«De todos los grandes transgresores de las fronteras literarias, el mayor es Dostoyevski: ningún otro ha descubierto tantas tierras vírgenes en el alma humana como este hombre arrebatado, desmedido, a quien, según su propia confesión, lo inconmensurable y lo infinito le eran tan vitales como el aire que respira.»
Stefan Zweig

«Dostoyevski es el único psicólogo que ha podido enseñarme algo.»
Friedrich Nietzsche

«Nadie como Dostoyevski ha escudriñado con más profundidad la compleja estructura del hombre. Es único, y por eso carecemos del patrón apropiado para enjuiciar su grandeza.»
Knut Hamsun

«Una obra que... encierra en su seno un prodigioso número de travesuras, de comicidad maravillosa y de "regocijo espiritual", porque, entre otras cosas, este crucificado fue un gran humorista.»
Thomas Mann

